

LIMERENTE

El círculo de diamantes I



Cuando amar cuesta muy caro...

Manuel Landeros Pita

LIMERENTE
EL CÍRCULO DE DIAMANTES I

Manuel Landeros Pita

© 2018, **LIMERENTE. El círculo de diamantes I**

Manuel G. Landeros

Facebook: La tinta de Mane

Instagram: manelander

Twitter: @manelander

e-mail: mane.landerpi@gmail.com

Blog: www.manelander.blogspot.com

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su reproducción o incorporación a un formato digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o por fotocopias, por grabación u otros métodos de reproducción. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. Todos los derechos reservados de este texto en México y alrededor del mundo.

*Para mamá y papá,
que han creído en mí
incluso antes de nacer.*

Limerencia:

Estado de la mente involuntario, resultado de una atracción romántica que se origina de una persona hacia otra en la que nace una necesidad imperiosa y obsesiva de ser correspondido de la misma manera.

—¡Estoy que no puedo de felicidad! —exclamó con el teléfono pegado al oído mientras observaba las dos líneas que indicaban positivo en la prueba de embarazo casera sobre el buró de su habitación.

—¡Al fin seré tía! Estoy muy feliz por ti, hermana, y por supuesto emocionada —respondió la otra mujer por la bocina del teléfono móvil—. ¿Se lo has dicho ya? —preguntó.

—No, llegará de viaje hoy por la noche. Debo decírselo en persona.

—Claro, tienes toda la razón —asintió su hermana—. Deberíamos almorzar juntas —sugirió.

—¡Sí! Me parece magnífica idea —respondió emocionada—. ¿Te veo en el de las ensaladas?

—Perfecto, en una hora, ¿te parece?

—Muy bien, ahí te veo hermana, te amo.

—Yo también.

Salma cortó la llamada y se dirigió a su closet para elegir algo diferente de lo que traía puesto, se colocó un poco de perfume, preparó su bolso, subió al auto y se marchó de su enorme residencia. Era una mujer de treinta años de edad que había anhelado los últimos dos años, de los tres de matrimonio, quedar embarazada y ser madre. Lo tenía casi todo; dinero, un esposo maravilloso y una familia amorosa. Se dedicaba al diseño de interiores y él, Carlos Durán, al comercio de materiales quirúrgicos hacia importantes partes del mundo; era un esposo fiel, guapo, inteligente, exitoso, cariñoso, detallista, fuerte, bondadoso, y todo eso que hoy en día comienza a escasear en el mundo.

Dos años intentando quedar embarazada, era una eternidad para Salma, pero al fin podría darle a su esposo la familia que tanto anhelaban. Se sentía muy feliz, emocionada, llevaba dibujada en el rostro esa sonrisa característica que solamente las mujeres embarazadas lucen cuando desean un hijo. Estaba

tan contenta que puso ese disco que le había regalado Carlos en su aniversario de bodas, de esa cantante francesa de baladas que habían escuchado en un concierto en su luna de miel en París y que tanto le gustaba. Seguramente su madre también se pondría muy feliz en cuanto le diera la noticia, aunque como era debido, según ella, la primera persona con la que festejaría sería su hermana, su única hermana, con la que había compartido tantas cosas, incluso la noticia de su esterilidad; había sido un golpe muy duro para ella, y ahora que Salma estaba embarazada ambas se sentían probablemente igual de ilusionadas. Comenzó a pensar en muchas cosas a la vez; nombres, diseños de habitaciones para bebés, ropa de maternidad, y todas esas cosas que vienen con un embarazo. Se preguntó en dónde sería bueno que naciera su hijo, o hija, o hijos, no lo sabía. Cada pregunta le llevaba a diez más. Pensó en su esposo y le imaginó cargando a su bebé dentro de nueve meses; sonrió aún más cuando tuvo la imagen en su mente, y de pronto, como si la luz se apagara, todo se volvió oscuridad, negrura; ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar o de gritar cuando todos los autos se frenaron y la carga de un tráiler estalló, ni siquiera tuvo un segundo para despedirse de este mundo; por lo menos murió con la imagen de su bebé en los brazos de su esposo, por lo menos pudo enterarse que iba a ser madre. Y así, como son las cosas, la vida se le fue en un segundo, sin avisar, sin preparación previa, simplemente murió y dejó de existir en el mundo de los vivos.

1. Los diamantes de Anthony

El reloj de la estancia ya marcaba las siete en punto de la mañana; el *tic-tac* no era el único sonido que se extendía irritablemente por la mansión Ámaro. El lujo de los millonarios habitantes era incuestionable. El dinero venía de varias direcciones que tenían que ver con empresas de comercio de joyería a nivel internacional. La mansión Ámaro estaba situada a las afueras de Santa Villa, un pintoresco y agradable poblado mexicano ubicado en el centro del país.

El calor producido por el movimiento consumía los cuerpos empapados de sudor de Tony y Mateo Ámaro, mientras el segundo penetraba al primero con embestidas cada vez más rápidas y profundas, una y otra vez, provocando que tanto los latidos como el ritmo de su respiración aumentaran gradualmente. Las sábanas de seda blanca se descomponían como nubes en una tormenta imponente. El placer físico les sustraía de la realidad terrenal y les colocaba en un plano etéreo, en el plano del placer. Tony gemía boca abajo, mientras Mateo, en la misma posición pero sobre Tony, le repetía una y otra vez la misma perversa oración: *eres mío, mío y de nadie más*.

Cada embestida del bien dotado pene de Mateo dentro de Tony significaba una sensación que le condenaba al placer, a la succulenta proximidad del éxtasis. Cada vez con más intensidad, una y otra vez, mientras el sudor escurría por las jóvenes pieles y empapaba las blancas sábanas europeas que, cabe aclarar, no era la primera vez que participaban en tan exquisito banquete. La explosión, el clímax, el orgasmo, llegó a ambos infaliblemente como era costumbre cada vez que decidían dejarse arrastrar por sus pasiones, que últimamente se trataba de dos veces al día, y si los itinerarios lo permitían, tres.

Mateo salió de Tony y se volvió desnudo y empapado al igual que su amante, no solamente de sudor sino de saliva y semen también; agitados, como si hubiesen corrido un maratón de cien kilómetros en poco tiempo, se besaron apasionadamente los labios y sonrieron para, de manera espléndida, comenzar el día. Así Tony se levantó de la cama y entró al baño para ducharse. Mateo lo siguió.

—¿Qué haces? Ya es tarde. Me retrasaré en el primer día —expresó Tony mientras su pareja le abrazaba desnudo por la espalda bajo el agua fresca de la regadera que arrastraba el olor a sexo de ambos.

—No importa —respondió el otro mientras le besaba el cuello.

—Sí, sí importa, porque no quiero tener problemas con profesores, y menos el primer día.

—¿Para qué quieres ir a la universidad ahora? Aquí lo tienes todo, lo que sea. Puedes estudiarla después —le dijo mientras recargaba la barbilla en su hombro izquierdo y le susurraba al oído. Sabía cuál sería la respuesta, en realidad esperaba que esa respuesta saliera de los labios de Tony.

—Porque quiero prepararme, no quiero ser un pobre ignorante. Suficiente daño hace ya la televisión a este país como para contribuir a la ignorancia colectiva, además ya estoy casi por terminar. Y tú también llegarás tarde a la oficina, así que...

—Shhh —silenció, y le plantó un apasionado beso en los labios.

Mateo acababa de cumplir treinta años hacía apenas un mes exactamente. Era un hombre varonil y muy apuesto. Su piel blanca hacía una combinación excelente con sus ojos verde aceituna y su cabello castaño oscuro. Era delgado y tenía un perfecto cuerpo atlético que mantenía a base de una excelente alimentación y ejercicio constante. Tenía una licenciatura en administración de empresas con especialidad en empresas de los sectores primarios y diplomados en cultura mexicana y arte folklórico. Era una persona

dadivosa y gentil con los pies bien puestos sobre la tierra. Todos le tenían un aprecio incondicional, incluidos en primer lugar los trabajadores del Corporativo Lazo—Ámaro, quienes desde la muerte de su padre habían apreciado casi de inmediato al joven heredero. Tony, en cambio, era un chico de veintitrés años un tanto despectivo con quienes no eran de su agrado y, a pesar de su prominente capacidad mental y su poco reconocida virtud de ayudar a quien realmente lo necesitaba, era consciente de que muchos en su universidad, el Colegio Elena de Parra, sentían algo de odio hacia él; era de apariencia casi angelical, ojos azules, casi turquesa, piel blanca, mucho más que la de Mateo, cabello rubio oscuro, delgado, diez centímetros más bajo en estatura que su pareja y unos labios rosáceos que provocaban morderlos a quien fuese que los viera, cual dulce atractivo y brillante.

Los dos cuidaban mucho su apariencia física, pero Tony era un poco más exagerado que Mateo. Tenía un armario de varios metros cuadrados, diseñado en forma de laberinto con miles de prendas colgadas por todos lados de manera ordenada; un orden que solamente él conocía. El armario tenía la apariencia de una tienda departamental; con secciones de ropa, marcas, zapatos, accesorios de los diseñadores más caros del país y del mundo. Existían en ese armario millones de dólares en prendas exclusivas y con precios asquerosamente altos. En el centro del “laberinto” había un espacio con un espejo de cuerpo entero, liso, colocado sobre el piso y una mesa de medio círculo abarrotada de todas las cremas, perfumes y esencias imaginables. El armario estaba lujosamente alfombrado y tenía un sistema de aire acondicionado propio, ajeno al de la instalación de la mansión. En el centro, justo arriba del espejo y la mesa, colgaba un candelabro de cristal cortado que alumbraba gran parte del lugar; por supuesto esa luz no era suficiente y había colocadas lámparas en las paredes también. Mateo, a diferencia de Tony, tenía un armario común en la pared de su habitación hecho

con puertas de madera. El lujo de las prendas también era estratosférico, pero el estilo era mucho más sobrio; trajes, corbatas, camisas en tonos pálidos, moños de vestir para caballero, zapatos en tonos negros y marrón.

A pesar de que Tony tenía un tiempo promedio para arreglarse de aproximadamente una hora con treinta minutos en un proceso que iniciaba con la ducha y concluía con la aplicación de una fragancia europea cara, ese día en especial rompió un récord de veinticinco minutos en todo el proceso superando los treinta minutos de Mateo.

—Te veo abajo para desayunar —informó Tony desde la puerta entreabierta de la habitación mientras Mateo se hacía el nudo de la corbata.

—Ok —respondió el otro atareado. Tony sonrió; amaba ver a Mateo nervioso por el motivo que fuese, le provocaba ternura y despertaba en él más cariño y amor del que ya le tenía; en ese momento Mateo se había puesto ansioso porque probablemente sí había retrasado a Tony en su primer día. Rápidamente Tony entró en la habitación y le hizo el nudo con delicadeza.

—Tranquilo, no hay prisa, aún tengo tiempo —consoló Tony a su amado y le dio un beso en la frente para después desaparecer por el umbral de la puerta. Tony sabía que Mateo lo amaba y que todo lo que hacía lo hacía pensando en él.

El desayuno ya estaba servido en la larga mesa de ébano. La señora Edi era el ama de llaves de la mansión Ámaro y ella se encargaba de dirigir a todo el personal. Se trataba de una mujer de sesenta años que había trabajado en esa casa desde su adolescencia.

—Buenos días señora Edi —saludó Tony al sentarse a la mesa, del lado izquierdo de la cabecera.

—Buen día, joven Tony —respondió la mujer mientras servía el jugo de naranja en los vasos de cristal francés—. ¿Cómo amaneció hoy?

—¡Excelente! —respondió el joven con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me alegra. ¿Listo para un nuevo primer día de clases?

—Sí, muy listo.

—Bien. El desayuno es exactamente como ordenó ayer. Huevos revueltos con queso manchego, jugo de naranja, pan francés con fresas, café con leche para usted y café negro para el joven Mateo.

—Perfecto, señora Edi, se puede retirar, muchas gracias —respondió mientras agregaba azúcar a su café con una mano y con la otra desbloqueaba su teléfono celular.

Amelia Dante:

“¡NO TARDES!, NO QUISIERA TENER QUE DEFENDERTE (DE NUEVO) DE ALGÚN MAESTRO HOMOFÓBICO... O PEOR, DE CLOSET. DATE PRISA, NO SOPORTO A MI MAMÁ CON SU DISCURSO DE LA RESPONSABILIDAD EN LA ESCUELA. XOXO”

(7:50 am)

Tony respondió al mensaje de su mejor amiga con un simple: “*no tardo, estoy esperando a Mateo para despedirme. Loveu*”. En ese instante el sonido del timbre anunció un visitante en la entrada.

—¿Si? —preguntó la Sra. Edi por el interfono de la cocina, arrugando la vista para distinguir el rostro que aparecía por la pequeña pantalla.

—Hola, buen día, señora Edi, soy Yo, Emiliano —dijo la voz de un hombre maduro por la bocina.

—¡Ah, Buen día señor! —Exclamó avergonzada una vez reconocida la voz y la cara del visitante—. En un momento abro la puerta.

Emiliano Praga trabajaba en colaboración con Mateo, era un hombre de cincuenta y tantos años que había sido muy amigo de Antonio, el padre de Mateo, desde que eran universitarios hasta su terrible fallecimiento.

—Joven Tony, el señor Emiliano está afuera —anunció Edi.

—¡Que pase, que pase!—Acto seguido la Sra. Edi abrió la puerta al

recién llegado y lo condujo hasta el lujoso comedor con ventanales que daban al inmenso jardín trasero.

—Buenos días, Tony, ¿cómo has estado? —saludó cortésmente el hombrecillo de baja estatura, medianamente delgado, calvo y con un bigote que le asemejaba a una morsa; una bastante desnutrida.

—Excelente, Emiliano, ¿y tú?, ¿cómo está la familia? —respondió el chico al tiempo que le estrechaba la mano.

—Muy bien, hijo. Teodora de viaje en Europa con su mamá. Volverá pronto ya; y Alejo supongo que camino a la universidad.

—¡Ah qué bien! Me alegra mucho.

—Pues vengo a ver a Mateo. Tengo unas cosas que discutir con él antes de que llegue a la oficina.

—¿Problemas? —reaccionó Tony con un dejo de preocupación que evitó que se llevara el último bocado de pan a la boca.

—No, para nada. Todo genial. Son algunas cosas del personal. Haremos ajustes este bimestre.

—¡Ah! menos mal —dijo, y terminó su último bocado.

—¡Emiliano, buen lunes por la mañana! —exclamó Mateo, que ya entraba al comedor con el periódico del día bajo el brazo derecho, con una sonrisa que iluminaba su perfecto rostro y resaltaba su perfecta dentadura.

—Bueno, los dejo. Me marcho o llegaré tarde a la primera clase —informó Tony tras limpiarse los labios con la servilleta de tela blanca—. Emiliano, un gusto verte. Cuando hables con Teodora salúdame mucho.

—¡Gracias, hijo! Que te vaya muy bien. Dile a Alejo que no se meta en problemas, por piedad.

—No te preocupes, yo le digo —respondió sonriendo, y tras abrazar a ambos hombres presentes en el comedor, a diferencia de que a Mateo le diese un beso en la mejilla, Tony desapareció con pasos apresurados.

Emiliano se sentó en el lado que Tony había dejado vacío y Mateo se colocó en la cabecera de la mesa.

—¡Qué educado es tu hermano! Y se ve que te adora. Tus padres estarían muy orgullosos de ambos —expresó Emiliano con una sincera sonrisa.

—Lo sé —respondió Mateo—. ¿Gustas desayunar algo?

—No, muchas gracias. Solamente jugo, por favor. Tenemos que platicar asuntos del recorte de personal.

—Soy todo oídos —dijo el joven, y le pegó un sorbo de café negro a la taza de porcelana blanca.

Pedro, el chofer, conducía el Mercedes negro mientras Tony se concentraba en el teléfono celular y las redes sociales en la parte trasera del auto. Este día había elegido un saco verde bandera con bordes azul marino, del color de los botones, y un pantalón ajustado negro con mocasines del mismo color. Llevaba puesto un anillo de diamantes con valor cercano a dos millones de pesos, con las letras “T.A.” grabadas en el metal dorado. A pesar de que el sol alumbraba brillante en lo alto, la temperatura de Santa Villa se encontraba alrededor de los 18°C.

La mansión Dante Talín era una casa enorme de color blanco, con acabados minimalistas. El mensaje de texto se envió en un segundo: “*afuera! Ya! Es tarde!*”. Diez segundos después de haber leído el mensaje, Amelia Dante Talín salió por la puerta blanca con un vitral medieval como adorno y subió al auto junto a Tony, que después de darle un beso rápido en los labios, “de piquito” como se acostumbra decir, saludó:

—Hola, Sr. Ámaro, y buenos días Pedro, ¡qué guapo se ve hoy! —halagó la chica con media sonrisa haciendo que Pedro, un señor en los cuarentas, se ruborizara y agradeciera el cumplido con un movimiento

afirmativo de cabeza mientras observaba a los dos por el retrovisor.

—¿Cómo está Andrea? —preguntó Tony mientras continuaba inmerso en su teléfono.

—Cada día peor de neurótica —respondió Amelia, que hacía lo mismo que su amigo—. No entiendo cómo mi papá la soporta, de verdad.

Amelia Dante era una joven muy atractiva; estatura promedio, piel clara, ojos marrones, cabello negro y ondulado, y por supuesto un cuerpo monumental muy bien proporcionado, herencia de Andrea, su madre, una mujer igualmente atractiva, sin importar sus cincuenta y tantos años de edad, los cuales ocultaba a toda costa.

—¿Y Mateo? —preguntó la joven sin despegar la mirada de las notificaciones de los mensajes de texto de su teléfono.

—En casa, desayunando con tu suegro —respondió Tony esbozando media sonrisa sin ver a su amiga. De inmediato Amelia despegó la mirada del teléfono y la fijó en su amigo.

—Te odio —dijo con expresión seca.

—No es mi culpa que te hayas acostado diez veces con Alejo y el niño se emocionara contigo y que al final te enamoraras o algo así —respondió él sin despegar la mirada de la aplicación abierta en su pantalla; el twit se leía:

“@TonyAmaro: Primer día y llegaré tarde por culpa de @AmeliaDante”.

De inmediato, diez segundos después de haber publicado el texto, Tony recibió trescientas treinta y un respuestas y “RT’s”. Algunos alumnos de la facultad respondían cosas como:

“@HelenaPierre12: @TonyAmaro he traído bolsos exclusivos para caballero de Londres. Este año seré parte del círculo. “

“@IñaquiRomero2: @TonyAmaro este año tengo una sorpresa de bienvenida para ti. Espero te sientas complacido. “

“@AshleyTriana10: @TonyAmaro te amoooo! “

“@AmeliaDante: @TonyAmaro Fuck u bitch! “

Desde la preparatoria, el último año de colegio, Tony y Amelia formaron un círculo de amigos muy exclusivo y socialmente famoso en Santa Villa, en México y en el mundo, llamado *El círculo de diamantes*. Cada año Tony y Amelia permitían que una persona se integrara al círculo. Los requisitos eran muy sencillos: proporcionar un regalo singular, familia adinerada, buen gusto, clase, excelencia académica y tener una característica particular. La lista del círculo estaba compuesta hasta el momento por las siguientes personas:

1. María Thomas Río.

- Padre: Jorge Thomas (dueño de importantes cadenas restauranteras en la capital del país).
- Madre: Ximena Río (ex modelo y actriz de los 80's).
- Característica especial (descrita por Tony): *“ser la mujer más “sexualmente influyente” de todo Santa Villa”*

2. Miguel Landaeta Miranda.

- Padre: Juan Miguel Landaeta (uno de los cirujanos plásticos más reconocidos del país).
- Madre: Bélgica Miranda (hija del accionista más grande del mercado de aeronaves privadas en Latinoamérica).
- Característica: *“con un cerebro no tan activo pero con el físico perfecto”*.

3. Tania Escande Guillem.

- Padrastro: Phillip D'asot (empresario italiano – hotelería mundial).
- Madre: Tania Guillem (dueña de la agencia de viajes “Destiny”)

- Característica: *“el mejor estilo y sentido de la moda en todo Santa Villa... y el país entero”*.

4. Alejo Praga Portes.

- Padre: Emiliano Praga (asesor financiero de “Lazo – Ámaro”).
- Madre: Teodora Portes (diseñadora de interiores).
- Característica: *“por el aprecio a tu familia y porque fornicas con mi mejor amiga y no se cansa de pedírmelo”*.

5. Amelia Dante Talín.

- Padre: Salvador Dante (dueño de la constructora más grande de México).
- Madre: Andrea Talín (hija del actor fallecido Román Talín).
- Característica: *“ser la bruja más ruin y maldita de todo Santa Villa... y porque mi vida no tendría sentido sin ti”*.

6. Anthony Ámaro Priss.

- Padre: Antonio Ámaro (dueño del imperio joyero “Lazo – Ámaro”) – FINADO.
- Madre: Carolina Priss (cantante de trova) – FINADA.
- Característica (dicha por Amelia solamente para Tony): *“ser el más retorcido millonario, heredero de Santa Villa y tener una relación amorosa en secreto con su hermano adoptivo”*.

El campus era un lujoso conjunto de edificios distribuidos en una extensión de terreno cubierto de césped verde, árboles y animales como ardillas y mapaches. Parecía que todos se encontraban ansiosos por reencontrarse con sus amigos pero con la siempre presente antipatía a las clases. El edificio principal era el más grande y dentro de él se encontraba la recepción del campus.

El Mercedes se detuvo justo frente a las escaleras de piedra gris del

edificio principal y los dos amigos bajaron inmediatamente cuando Pedro abrió la puerta. El sol les iluminó el rostro y al mismo tiempo los dos jóvenes se colocaron las gafas oscuras. Los estudiantes que se encontraban dispersos alrededor se reunieron rápidamente para saludar a Tony. Al comenzar a subir las escaleras todos los presentes murmuraban y cotilleaban con las miradas puestas en ambos, como si quien hubiese llegado al campus fuese un personaje extremadamente importante y aclamado, y sí, lo era en cierto sentido. Amelia sonrió macabramente al ver cómo un estudiante (quien quiera que haya sido) abrió rápidamente la puerta para que los recién llegados entraran al edificio. Dentro un letrero gigante que ocupaba casi todo el espacio entre el techo y el suelo rezaba:

“Bienvenido Tony”

Atte. Iñaqui

Amelia soltó una carcajada estridente. —Este año sí le están echando ganas —dijo la chica burlándose. Tony hizo un gesto de seriedad un poco complejo de explicar; como si tratara de otorgarle un puntaje a la cortina que se extendía frente a ellos; al final su rostro continuó tan inexpresivo como de costumbre y dijo:

—Alguien deshágase de esto, por favor—dio media vuelta y salió del edificio. Amelia lo siguió poco después de twitear:

“@AmeliaDante: consideración especial a quienes quemen el letrero de bienvenida en el edificio principal: frente a todos, ceremonia de bienvenida :”*

Bajo el árbol más grande de todo el campus había una serie de mesas y bancos que simulaban una especie de parque adornado con flores y letreros que rezaban: *“Si amas la naturaleza, ella te amará a ti”*.

—Si amas mi vagina, ella te amará a ti —dijo María al tiempo que encendía un cigarrillo blanco con su lujoso encendedor bañado en oro.

—No entiendo cómo pudo hacer esa cortina, ¡qué horror! —habló Tania mientras se acomodaba el ondulado y castaño cabello viéndose en un espejo de bolsillo.

—Ojalá alguien haga entrar en razón a ese pobre personaje. Me da lástima el tipo, en verdad que sí —dijo Miguel; un chico atlético y moreno — *con todo el potencial para ser gay*—, dijo Tony el día en que Miguel ingresó al círculo.

Tony no ponía atención a sus amigos, solamente leía los mensajes que llegaban a su teléfono:

Mateo:

Ya estoy en la oficina. Espero no te metas en problemas por favor, pórtate bien. Te amo!

Tony:

Yo nunca me meto en problemas. Te veo en el almuerzo. ¡Yo te amo más!

— ¿Qué hicieron este verano de especial? —preguntó Alejo.

—Estuve en París dos semanas con mi mamá, pero odio que me abandone por largarse de puta cada vez que salimos de viaje. Ya no sé si pueda seguir escondiendo sus mentiras a papá —declaró María con preocupación.

—De tal palo, tal astilla —dijo Amelia, provocando que todos los demás rieran sentados en la mesa redonda bajo el árbol.

—No se burlen de mí, o sea, yo no soy como mi mamá... jamás sería infiel —refunfuñó la chica.

—Si nunca has tenido nada serio, ¿cómo puedes saberlo? —debatía Miguel.

—Déjenla en paz. Les aseguro que en esta mesa todos tienen pecados mucho peores que la promiscuidad —sentenció Tony.

—Pero miren, si es el círculo de diamantes de Santa Villa. Hola, Tony —dijo una hermosa chica de cabello negro que se había parado frente a la mesa.

—Hola, Romina. Buenos días —respondió Tony con inexpresión mientras abría una botella de agua que sacaba de su bolso para caballero color negro.

—Espero este año dejes de sentirte la gema más cara del campus —exclamó la chica con una sonrisa perversa.

—Espero este año te mueras, ahora sí, haznos ese favor —espetó Amelia con una sonrisa dos veces más perversa.

—¡Ah miren! Pero si es tu seguidora más fiel. Hola, zorrita —saludó Romina en dirección a Amelia.

—Hola, bulímica —respondió la otra con una dulzura actuada.

—Romi, cariño, por qué no vas a dar lástima a otro lado, por fa —dijo María en tono sarcástico y burlón.

—No hablo con golfas —respondió Romina provocando que María hiciera una mueca de sorpresa fingida.

—¿Qué quieres, Romina? —preguntó Tony con seriedad.

—Solamente quería saludar y decirte que este año las cosas serán diferentes —amenazó la chica.

—¿Algo más? —respondió Tony haciendo los ojos en blanco en señal de aburrimiento.

—No quiero que te metas conmigo, ¿entendiste?

—Bueno, si el año pasado no hubieses sido tan basura entonces no te hubiese sucedido lo que te sucedió —confesó Tony mientras se levantaba de su lugar, seguido por sus amigos—. Disculpa que no podamos seguir hablando contigo, la ceremonia de bienvenida está por comenzar y odio llegar tarde. Por cierto, me gusta tu tatuaje nuevo. Nos vemos. —Y tras decir esto se alejaron

de Romina que en vez de blanco ahora adoptaba un color rojizo en la piel y los ojos se le humedecían. La chica apretó los puños con un coraje casi mortal; la mano derecha tenía tatuada una mariposa negra en el costado, la cual había sido halagado por Tony.

La historia de Romina Indriú era sencilla de contar; una chica con padres adinerados y posicionados en el mercado de comercio internacional de cristalería artesanal. Era sumamente bella, alta, delgada, piel blanca, ojos marrones, labios delgados y facciones muy finas. La situación de Romina con el círculo se había convertido en una “guerra campal” desde que Tony decidió vetarla definitivamente el año anterior debido a que Romina confesara que estaba perdidamente enamorada de su hermano Mateo, al que conoció en una fiesta de caridad y se lo topaba en las reuniones que se organizaban en la mansión Ámaro. La duración de Romina dentro del círculo fue de cinco meses, suficientes para conocer algunos secretos y puntos débiles de sus integrantes. El pretexto de Tony para vetar a Romina del círculo fue su problema con la bulimia y su adicción a las pastillas para bajar de peso. En dos ocasiones la chica se desmayó por falta de alimento y tuvieron que llevarla al hospital. Para Tony fue el pretexto ideal para sacarla del grupo.

—Hemos tenido que llevarte al hospital dos veces y llamar a tus papás. Te la vives en el baño vomitando y eso es muy desagradable. La gente habla y comienza a pensar que todos hacemos lo mismo que tú. Si tú no sabes quererte primero, entonces no puedes pertenecer a ningún lado —declaró Tony el día de la expulsión.

Para Romina era un argumento estúpido, pues en el círculo había promiscuidad y drogadicción y todos hablaban de ello, sin embargo ninguno era expulsado por tales defectos. Al no poder hacer cambiar a Tony de parecer, la furia de Romina la llevó a la locura y mandó cortar los frenos del auto del chico. El arrebató de Romina no surtió efecto pues todos los autos en

la mansión Ámaro son revisados a diario antes de ser utilizados. Tony no necesitó pensar mucho para dar con el responsable y Romina con sinceridad confesó: — ¡Sí! ¡Yo lo hice! *¿Quién te crees tú que eres para expulsarme a mí de algo? ¡No eres nada, mereces estar muerto o al menos quedar postrado en una cama de hospital!*

Ante tal aberrante acto Tony decidió no meterse en cuestiones legales, solamente logró convencer a los padres de Romina de enviarla cinco meses a un centro de rehabilitación para trastornos alimenticios y mentales; las peores vacaciones de Romina Indriú, quien ahora volvía dispuesta a vengarse de Tony.

Había sido un martirio poder llegar al auditorio del campus pues todos se acercaban a saludar a Tony y algunos alumnos nuevos llevaban cajas con regalos costosos.

—Envíenlos a la mansión Ámaro —respondía Amelia en repetidas ocasiones, pues Tony odiaba cargar regalos y cosas.

—Creo que no comprenden muy bien cómo funciona esto —dijo Miguel con cierto matiz de desprecio. Para poder pertenecer al círculo de diamantes era sabido que los elegidos debían hacer un regalo especial y, para Tony, especial no era sinónimo de costoso.

—Nunca lo han hecho —agregó Tony con seriedad, sin querer saludar a la gente que se le acercaba para entregarle alguna caja u objeto.

—Buenos días, joven Ámaro —saludó la directora del colegio, la profesora Lorena Torres.

—Hola, profesora —respondió éste con educación mientras tomaba asiento en la primera fila del auditorio, justo en medio de sus amigos.

—Ahora vuelvo —informó María, y se levantó de su asiento para salir rápidamente del lugar provocando que Amelia pusiera los ojos en blanco en señal de resignación.

La puerta del aula del Profesor Alberto Casas se abrió y una figura angelicalmente femenina se coló con rapidez cerrando la entrada de inmediato con seguro.

—Hola prof —dijo María a un hombre de cuarenta años muy apuesto, de cuerpo atlético muy bien conservado. El hombre vaciló un momento y el nerviosismo le invadió de inmediato.

—Ho... hola María —respondió con tartamudeo—. ¿Qué haces aquí? La ceremonia está a punto de comenzar —dijo mientras continuaba de pie guardando libros sobre mercados y negocios en su portafolio de piel negra.

—¡Ay es que quería verte!, y como no te vi en el auditorio supuse que estarías aquí —dijo la chica al tiempo que jugaba con el cuello de la camisa del profesor y ponía cara de puchero infantil.

—María, por favor, lo que sucedió fue un error, sólo un par de veces y ya —respondió el hombre aún más nervioso que al principio.

—Pero... yo te quiero, en serio, Albert —confesó ella mientras le daba un abrazo—. ¿Tú no me quieres? —preguntó al oído.

—Emm, María, eres mi alumna —respondió él devolviéndole el abrazo con inseguridad.

Las luces se apagaron y la pantalla gigante frente a todos comenzó a transmitir el video anual del Colegio Elena de Parra; hacía referencia a cosas como el éxito y el futuro que una carrera universitaria podía proporcionarle a todos los estudiantes. Resultaba un poco tonto ver cómo el video trataba de imponer la idea de futuros financieros excelentes cuando todos los estudiantes ya tenían asegurado su futuro financiero sin necesidad de estudiar alguna carrera universitaria. Estaban ahí solamente porque sus padres querían hijos preparados, y algunos otros, como Tony, porque realmente querían sentirse menos ignorantes cada día. Las luces se encendieron y la figura de la guapa

directora de treinta y siete años se impuso en el estrado.

—Hoy comienza un año más de aprendizaje para todos ustedes...

—¿Dónde está María? —preguntó Tony por lo bajo a Amelia sin despegar la mirada de la profesora Lorena que continuaba con su discurso.

—No lo sé —respondió—. Quizás en el salón de Alberto. —Tony escuchó a su amiga y continuó poniendo toda su atención en el discurso.

El escritorio del aula era lo suficientemente espacioso para que yaciera María abierta de piernas, desnuda completamente, mientras su profesor la penetraba fuertemente de pie con la camisa puesta y los pantalones abajo. Tocar esa piel morena tan suave, tan “virginal”, tan pura, le hacían rasgar la locura y la desesperación. ¡Pero qué importaban los diecisiete años de diferencia, y todo lo demás! El mundo parecía detenerse cada vez que masajeaba los senos de la hermosa estudiante que gemía de placer cuando sentía el pene de su profesor moviéndose cada vez más fuerte y rápido en medio de un mar de humedad corporal; mezcla de fluidos biológicos hipnóticos, casi mágicos. Los corazones de ambos comenzaban a bombear la sangre necesaria para mantener al cerebro completamente consciente de lo que sucedía, preparándose para aquella explosión ensordecedora que arrebatara los sentidos.

El profesor de medicina, el Dr. Jesús de la Corte, daba unas palabras de bienvenida a los alumnos e intentaba hacerlos entrar en consciencia sobre la situación del país y los tiempos tan difíciles que México atravesaba. De pronto, un prefecto joven gritó desde la entrada: “*¡Fuego, algo se quema fuera!*”. Acto seguido todos salieron del auditorio para ver qué sucedía en el exterior, todos excepto Tony, quien permaneció sentado y marcó por teléfono al contacto con nombre: María Thomas.

—¡Ah... me voy a salir! —informó amablemente Alberto entre gemidos.

—¡No, termina dentro! —ordenó María mientras su teléfono en el piso vibraba. A pesar de no usar preservativo, el profesor hizo caso a la alumna y expulsó una cantidad de semen impresionante en el interior de la chica. Fue tanto aquello que María sintió como los disparos le golpeaban el interior. Probablemente el hombre llevaba mucho tiempo sin eyacular. A María aquel pensamiento le pareció algo tierno. De repente alguien intentó abrir la puerta asegurada y al ser imposible tocó con desesperación.

—¿Alberto, estás ahí? —Dijo la profesora Lorena—. Hay una situación que necesito me ayudes a resolver. ¡Abre!

Tras treinta segundos aproximadamente la puerta se abrió y el hombre, un poco rojo, se plantó frente a la directora.

—¿Qué pasa? —dijo éste.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en la ceremonia? ¿Y por qué aseguras la puerta? —preguntó con molestia la mujer.

—¡Cálmate, deja de cuestionarme! Quise dormir y por eso aseguré la entrada, no quise ir a la ceremonia —respondió mientras ella empujaba la puerta para inspeccionar el interior. Al encontrar el aula perfectamente vacía la directora vio con duda a su esposo.

—Ven conmigo, por favor. —Tras esto, el hombre cerró la puerta y siguió a su mujer hacia el auditorio. María Thomas salió rápidamente de debajo del escritorio de madera del salón, se vistió inmediatamente y salió del aula.

Fuera del auditorio la manta de bienvenida para Tony ardía en llamas y provocaba una cantidad espesa de humo.

—Pero quién...

—No lo sé aún —interrumpió Lorena a Alberto.

Tony había decidido salir del auditorio y se reunió con sus amigos mientras todos los alumnos del campus lo veían esperando una reacción. De pronto, una figura a lo lejos se acercó entre la humareda. Era un chico alto y guapo con una botella de alcohol etílico en las manos, sonriendo dijo a unos metros:

—Bienvenido, Tony. —Iñaqui Romedo había quemado su propia manta de bienvenida.

—¡Jaja! Quemó su propia basura —se burló Alejo.

—Para mí es algo muy lindo —declaró María que recién llegaba.

Tony sabía que desde secundaria Iñaqui había estado profundamente enamorado de él, pero él no tenía ojos para nadie más que no fuese Mateo, y tras ver a Iñaqui se dio media vuelta y regresó al auditorio; caminó pensando en lo ridículamente condescendiente que era Iñaqui. Entre más pasaba el tiempo Tony tenía la sensación de incomodarse cada vez más con las acciones de aquel joven enamorado. Sentía lástima por él y, de repente, como ese día, le asustaba un poco.

2. *¡Que comience el juego!*

El primer día de escuela estaba a punto de concluir y Tony no dejaba de hacer apuntes importantes en su tablet. Amelia, sentada a su lado mientras masticaba un chicle de fresa en una posición de pereza total, intentaba convencerlo sin mucho esfuerzo de que le proporcionara todos los apuntes.

—Ahí me lo mandas por correo —decía, provocando que Tony sólo pusiera los ojos en blanco, resignándose a la actitud de su amiga.

María observaba detenidamente al profesor y pensaba en lo placentero que había sido el sexo con él justo en el escritorio en donde ahora descansaban libros de texto sobre mercadotecnia y negocios. Alejo y Miguel hablaban por lo bajo, entre risas que seguramente tenían que ver con lo sucedido fuera del auditorio esa mañana. Tania, sentada al otro lado de Tony, ponía atención con detenimiento a lo que el profesor Alberto decía sobre cómo potenciar un mercado extranjero y al mismo tiempo se distraía pensando fantasiosamente en cómo diseñaría uniformes para la universidad con un estilo vanguardista.

—Hola Tony —dijo una chica de la carrera de diseño gráfico justo cuando Tony estaba por subirse al Mercedes negro aparcado en el mismo lugar en donde esa mañana los había dejado a él y a Amelia.

—¿Sí? —respondió él con seriedad intentando reconocer a la chica bajita y un poco regordeta que se había cruzado en su camino.

—Solo quería invitarte a la fiesta de bienvenida que daré en mi casa esta noche —dijo la joven con una seguridad impresionante que hizo que Tony respondiera de manera afirmativa.

—Ahí estaremos, gracias —dijo. Tomó el sobre color blanco y

esquivó a la chica para subirse al auto después de Amelia.

—¿Quién era la gorda? —preguntó Amelia.

—Carla Azzaro —respondió.

—¿La conoces?

—No, pero el sobre dice su nombre, no creo que sea el de su mamá — dijo Tony mientras le pasaba el sobre blanco a Amelia para que leyera la invitación.

Fiesta de Bienvenida

“Carla Azzaro”

Te invito a mi fiesta de bienvenida en

Calle Celeste #289

Invitado especial: Tony Ámaro y el círculo de diamantes.

9:00 pm

—¿Azzaro? No tengo idea —comunicó Amelia.

—Ni yo, pero iremos. Avisa a los demás —indicó Tony.

En la cabecera del comedor ya estaba sentado Mateo escribiendo un mensaje de texto: *Muero de hambre!!!!*. El teléfono hizo el representativo sonido de un mensaje de texto recibido y Mateo volvió el rostro para ver a Tony entrando al comedor con los ventanales abiertos y las cortinas de gasa blanca ondeándose por el viento que, muy a menudo, se presentaba en las tardes refrescantes y soleadas de Santa Villa.

—Ya estoy aquí —saludó Tony, y después de tantas horas de seriedad por fin esbozó una sonrisa que iluminó su angelical rostro al ver a Mateo que también sonreía desde su lugar.

Mateo jamás se perdía un almuerzo en casa, sin importar los compromisos laborales él había prometido a Tony, desde la muerte de sus

padres, que jamás pasaría un almuerzo comiendo solo. Esa tarde la Sra. Edi había ordenado al chef de la mansión preparar pasta tres quesos y algún tipo de corte fino de carne, una botella de vino tinto y una jarra con agua fría, ambos líquidos servidos en copas de cristal destinadas para cada uno. En realidad, los gustos de Tony y Mateo no eran nada exigentes cuando comían juntos; podían comer una lata de atún o langosta, para ellos la comida sabía igual de deliciosa mientras se tuvieran el uno al otro.

—¿Azzaro? No, la verdad es que no me suena —respondió Mateo mientras daba un trago a su copa con agua.

—Ni a mí, pero creo que será bueno conocerla. Supongo que es de primer semestre —habló Tony—. Además, tenía toda la seguridad del mundo, me impresionó... un poco.

—¡Jajaja! —se carcajeó Mateo.

—¿Qué? —preguntó Tony con un gesto de incertidumbre.

—Tony, por supuesto que te impresionó, la gente en Elena de Parra, o te teme demasiado para acercarse a ti, o te ama con locura y colapsan al verte frente a ellos —puntualizó. Tony puso cara de indignación y continuó comiendo la pasta—. ¡Oh, pero no te enojés! No era mi intención, es decir, tú sabes que has adoptado esa fama de popularidad, y con todo ese asunto del famoso “círculo de diantres”... La cosa es que eres muy querido y envidiado por muchos en esta ciudad, ¿Será tu belleza? ¿Tu inteligencia? ¿Tu apariencia angelical? O quizás, esa dulzura que te encargas de esconder muy bien —dijo Mateo sin dejar de observar al muchacho que se ponía rojo ante cada palabra.

—No sé de qué hablas, ¿ok? —respondió Tony sin dejar de observar el plato de pasta y llevarse el alimento a la boca.

—Sí lo sabes, lo sabes muy bien —agregó el otro, y tomó de la mano a su hermano por debajo de la mesa.

La decisión era difícil; estaban esos pantalones de temporada a cuadros rojos con azul marino y también los amarillo canario. La elección de la parte superior estaba tomada, se trataba de una camisa blanca de manga larga y un saco azul marino.

—No tengo la menor idea de por qué continúa haciéndolo, Tony. Hoy hablé con ella al llegar a casa y me juró terminar con esa aventurita. —La voz de Amelia sonaba por el altavoz del celular de Tony mientras éste se peinaba el cabello rubio frente al espejo de su enorme vestidor.

—No me agrada que haga esas cosas. Ese hombre es un cerdo que sólo se aprovecha de ella —dijo Tony mientras se hacía ese típico peinado con la línea lateral.

—Bueno, pero ella también lo usa a él. Me parece que están en igual porcentaje de responsabilidades.

—Amelia, no queremos tener un problema de ese tipo con la directora general, o peor, con el rector de la universidad. Es demasiado desagradable.

—¿Pues qué podemos hacer, Tony?, es su vagina y su problema —habló ella con firmeza.

—Pues para eso somos amigos, ¿no?

—Sí, pero también tenemos que respetar nuestras propias decisiones.

—Pero también, en todo caso, hacernos ver cuando algo no está bien. Bueno, en fin, te veo en una hora en tu casa, ¿ok?

—Ok, mi amor, aquí te veo. Saludos a tu amorcito —se despidió Amelia riendo.

El terreno de la mansión Azzaro era enorme, probablemente más grande que el de la mansión Ámaro. Tenía un jardín delantero perfectamente podado y decorado con flores alrededor de los árboles, de los cuales pendían pequeñas lámparas que simulaban antorchas encendidas.

—Nunca había entrado a esta casa. Antes había pasado por aquí pero sólo veía la reja frontal. Es muy linda —declaró Amelia mientras observaba el camino empedrado que los llevaba hasta la entrada principal.

En las escaleras que llevaban a la puerta principal ya se encontraba parada, con un vestido azul turquesa que se adaptaba muy bien a su figura regordeta, Carla, recibiendo a todos los invitados. Llegaban estudiantes de Elena de Parra ansiosos por convivir con la chica nueva y rara del campus, además, estar invitado a una fiesta a la cual asistiría Tony Ámaro y el círculo de diamantes era más que un plus. Muchos lo veían como una oportunidad para relacionarse y buscar su pase de entrada al selecto grupo.

Tony se había decidido por el pantalón amarillo canario que lucía muy bien con la camisa blanca y el saco casual azul marino y los mocasines del mismo color.

—¡Hola, Tony! —saludó la chica desde las escaleras al ver al popular universitario descender de la parte trasera del Mercedes negro mientras Pedro esperaba de pie para cerrar la puerta del auto. Tony subió las escaleras del brazo de Amelia, quien llevaba puesto un vestido de diseñador encantadoramente corto de holanes, color negro, con perlas color rosa esparcidas por toda la tela.

—¡Hola, Carla! —devolvió el saludo al llegar hasta ella.

—¡Qué genial que hayan venido! —exclamó la anfitriona.

—Sí, bueno, nos sentimos un poco obligados al vernos anunciados en las invitaciones. Gracias por invitarnos, en verdad —dijo el joven en un tono suelto, esbozando una ligera sonrisa, lo cual provocó que Carla se ruborizara un poco.

Detrás de Tony, en el espacio entre las escaleras y el césped, se estacionaba un Volvo amarillo y de él bajaban sin preocupación alguna el resto del círculo de diamantes.

—Pasen, por favor —invitó Carla.

María llevaba puesto un vestido rojo entallado que acentuaba su perfecta anatomía; el cabello castaño peinado de lado le daba un toque femenino muy interesante, sobre todo para los hombres que la observaban. Tania llevaba puesto un vestido de una marca inglesa; color arena con líneas negras y rojas, pegado a su figura y de manga larga con los hombros descubiertos y un moño en la parte trasera justo en el coxis, amarrado en forma de cinturón alrededor de su delgada cintura. Alejo y Miguel llevaban puestos pantalones a los tobillos, alpargatas y playeras de verano. Santa Villa regalaba una noche fresca, ni fría, ni calurosa.

Dentro de la mansión todo era llamativo y lujoso, pero no pudieron ver mucho ya que cruzaron el salón rápidamente para llegar al jardín trasero en donde un DJ ya comenzaba a hacer sonar la música en un volumen aceptable aún. Había mesas largas con bocadillos, dulces y bebidas normales y alcohólicas; lámparas de colores adornaban los árboles y las mesas lucían elegantemente decoradas con manteles blancos.

—¡Nice! —exclamó Amelia, y encendió un cigarro blanco que acababa de sacar de su bolso negro.

—Pues... ¡Bienvenidos! —expresó Carla con entusiasmo duplicando la sonrisa que dejaba ver su bien cuidada dentadura.

Justo en el centro de todas las mesas había una con un letrero que se leía: “Reservado para el círculo de diamantes”. Los seis lugares fueron ocupados por las seis personas para las que estaban destinados.

—¿Y qué piensas, Tony? ¿Merece la gordita entrar al círculo por esto? —habló Miguel mientras escribía en su teléfono y esbozaba una sonrisa burlona.

—Más bien, lo que ahora me pregunto es... cómo es que tú entraste— reprendió Tony.

—Yo también me lo pregunto —intervino María, que ya se había servido en una copa de champán un poco de agua mineral.

—¿Qué haces? —preguntó Tania en un tono que hacía notar que ya conocía la respuesta.

—¡Ay, o sea, traje para todos ¿ok?! —respondió María.

—¡Estás loca! —espetó Amelia con discreción.

—Pues yo sí quiero —interceptó Miguel.

—Yo también —se unió Alejo.

—¿Podrían no tragar esa porquería frente a mí? —exclamó Tony haciendo un gesto de desaprobación instantánea.

María, sin esperar más, sacó de su bolso una cigarrera con diamantes incrustados. Dentro había ocho cápsulas literalmente doradas. A cierta distancia parecían balas de oro; relucían como metal pulido y podían ver sus reflejos deformados en ellas.

—Una para ti —dijo, y le dio a Alejo una en las manos—. Otra para ti —hizo lo mismo con Miguel—. Y una más para mí —terminó y cerró la cigarrera después de arrojar la cápsula a la copa con agua mineral. Al instante el líquido comenzó a hacer efervescencia y se tiñó de amarillo, dorado como el champán.

—¡Salud! —brindó la dueña de las cápsulas y le dio un trago a la copa mientras Alejo y Miguel se servían agua mineral en copas de champán al igual que ella. Pronto todo comenzaría a tornarse muy lento y relajado; efectos de una droga extremadamente extraña y cara. Eran muy modernos los sonidos que la música electrónica despedía desde el lugar del DJ. El ruido se triplicaba al oído y esa sensación de humedad en la piel envolvía a los tres elementos del círculo de diamantes. María bailaba sensualmente frente a todos y Alejo y Miguel no paraban de reír sin motivo aparente.

—No puedo creer que haya traído esa mierda —opinó Tania mientras

bebía un vaso con soda de frambuesa.

—Yo sí puedo —dijo Amelia con rudeza y sarcasmo.

—Lo único que va a provocar es que Tony la expulse —agregó con preocupación.

—No, esto se lo ha pasado ya muchas veces, no creo que sea un motivo. Pero me preocupa ella. ¡Mírala! Parece que la vida no le interesa.

Tony se alejó de sus amigos y se paró en la parte de las escaleras que había que descender para llegar a las mesas del jardín. Bebía una copa de champán, de la real y no de aquella droga que asemejaba su efervescencia y color; observaba seriamente a la multitud bailar y embriagarse.

—¿Todo bien? —preguntó la voz de la anfitriona de la fiesta.

—Sí —respondió Tony con sequedad.

—Bueno, ¡pues qué bien! Me alegra —dijo ella intentando iniciar una buena conversación, o por lo menos una mala, ¡qué demonios! Era Tony Ámaro, cualquier tipo de conversación sería un halago. Hubo un silencio incómodo para Carla pero normal para Tony, y justo cuando la chica estaba a punto de dar media vuelta y darse por vencida, Tony habló.

—Me gusta tu fiesta, a excepción de mi amiga un tanto... exagerada —dijo sin despegar la vista de los demás.

—¡Oh, muchas gracias! —respondió con euforia—. No me gustaría que pensaras que hice la fiesta para pertenecer al círculo. Sé que alguien como yo no tiene oportunidad.

—¿Por qué no habrías de tenerla? —preguntó el joven con esa seriedad ácida en su voz. Carla sintió como la ansiedad invadía cada milímetro de su cuerpo y en ese momento deseó ser invisible para no tener que responder a la pregunta.

—Bueno... no lo sé, no soy el tipo de chica que podría pertenecer al círculo... o a cualquier otra cosa en realidad— respondió con toda la seriedad

y sinceridad que pudo.

—¿Y ella sí? —cuestionó Tony mientras señalaba con la copa de champán a su amiga drogada bailando en el centro.

—Pues, supongo que sí —respondió Carla. Tony la observó fijamente a los ojos y se sintió extrañado. De pronto tuvo la sensación de haber visto a Carla antes, de conocerla en algún momento, en algún otro lugar.

—¡Hola, basura! —interrumpió una voz aguda detrás de ellos.

—Buenas noches —saludó Carla.

—¿Te consideras una basura como para responderle? —preguntó Tony, obligando a Carla a sonrojarse y sentirse aún más ansiosa.

—Jaja, no le hablaba a la nueva, te hablaba a ti, ¿o acaso ves más basura? —preguntó la chica viendo a Carla.

—Yo...

—No te preocupes, ella tiene ese toque bastante falto de modales —interrumpió Tony.

—Yo no la invité, Tony —se excusó Carla intentando explicarle a Tony la llegada inesperada de Romina.

—Yo no necesito invitación —respondió con rudeza.

—¡Por Dios! Pero qué falta de respeto —dijo el heredero Ámaro justo cuando Amelia subía las escaleras del jardín para llegar a él, pues ya se había percatado a lo lejos de la presencia de Romina.

—Mira Tony, llegó tu perra al rescate —atacó mientras encendía un cigarro.

—¿Qué haces aquí, imbécil? —preguntó Amelia con ese tono que parecía una oración muy educada pero que su contenido era vulgar.

—¡Basta! Ustedes no son las anfitrionas de la fiesta, mucho menos tú, Romina, que no fuiste invitada, así que, dejen de llamar la atención —sentenció Tony.

—¿Todo bien? —preguntó Iñaqui, que acababa de salir por la puerta trasera de la casa.

—¡Ay no es cierto! —exclamó Amelia con un dejo de incredulidad y una sorpresa decepcionante.

—Él sí está invitado —informó Carla.

—Ay no bueno, pero si es tu fan número uno, Tony —se mofó Romina sonriendo.

—Madura, Romina —dijo Iñaqui mientras ponía los ojos en blanco.

—¡Ay por favor! Maduren ustedes y dejen de seguir a este impostor. Y disculpen, pero me iré a servir un trago —informó la chica con la mariposa negra tatuada en la mano y acto seguido bajo las escaleras enfilándose hacia la mesa de bebidas.

—¿Qué mierda hace aquí Romina? —preguntó Alejo a María, quien ya se había sentado a la mesa, pues el efecto del “oro” estaba abandonándola.

—Ni idea. Y si Carla la invitó, olvida el mérito de la fiesta para tener una oportunidad en el círculo —respondió la chica.

Carla había ordenado a diez meseros que entregaran unas copas pintadas a mano a todos los invitados. Las copas tenían en su interior un poco de champán. Tony reconoció el diseño de las flores y supo de inmediato que se trataba de una marca española de cristalería fina.

—¡Hola! —saludó la chica desde el micrófono del DJ—. Pues, soy Carla Azzaro, pocos me conocen. Soy nueva en la universidad... y en la ciudad. Quiero hacer amigos y pues... ¡salud! —concluyó mientras levantaba su copa. Todos respondieron al brindis, excepto Romina; era de esperarse que su reacción sería solamente beberse el contenido de la copa, poner los ojos en blanco y fumar su cigarro.

—Hola, bebé —saludó un chico medianamente apuesto detrás de Romina que se encontraba sola, de pie, fumando y observando a la multitud

con desprecio.

—Déjame en paz, Jorge —respondió, e hizo caso omiso al muchacho que ya se había colocado frente a ella.

—¿Quieres un poco de oro en tu bebida? —ofreció.

—No, gracias, no trago esa mierda —respondió ella.

—Pues antes eras cliente frecuente, lo recuerdo muy bien.

—Antes... tú lo has dicho bien. Aunque podrías ofrecerle a los del “círculo de porquerías”, a ellos les encanta.

—Pues jamás me han comprado una sola pastilla. Creo que María compra en Europa alguno de mejor calidad; digo... tres mil pesos por pastilla no son cualquier cosa, pero en Europa debe costar el doble o quizás el triple —informó el tal Jorge.

—¡Agh! —gritó Romina. Le daba rabia la idea de que, hasta para drogarse, los del círculo eran arrogantes e insufribles. Rápidamente, no pudo más con el odio que le generaba el escuchar a cerca de sus enemigos, y se marchó.

—¿Ya te vas? —preguntó Iñaqui arriba de las escaleras que llevaban a la puerta trasera de la casa; lo dijo con ese tono burlón y con media sonrisa dibujada en el rostro.

—Mira, imbécil, no tengo tiempo para ponerte el mínimo de atención.

—Emmm, pues ya lo estás haciendo. ¿No soportaste ser una rechazada social a tus veintitrés? ¿Qué pena, no? —se burló Iñaqui riendo. Sin preverlo, Romina se abalanzó hacia él y lo empujó con las dos manos tan fuerte y rápido que el impacto inminente en los ventanales hizo que la fiesta se paralizara. Tirado en la estancia con el rostro bañado en sangre yacía Iñaqui inconsciente. Los cristales del ventanal se rompieron en cientos de miles de pedacitos que se incrustaron en la piel del muchacho.

—¿Qué hiciste, Romina? —gritó Tony, que se acercaba rápidamente

con todos para ver el estado de Iñaqui.

—Yo sólo quería... yo venía a... decirte que... —No podía siquiera terminar la frase o articular una oración, veía a Tony con los ojos abiertos como platos. Estaba tan asustada por lo que acababa de hacer debido a su impulsividad que se fue casi corriendo del lugar.

—Carla, una ambulancia, ¡rápido! —exclamó Amelia asustada.

—¿Respira? —preguntó Alejo a Tony, que se agachaba para ver de cerca a Iñaqui teñido de escarlata; la sangre le brotaba del rostro y de las manos. Los cristales del ventanal estaban esparcidos por todo el piso blanco de la estancia y un charco de sangre se expandía por todo el lugar.

Había pasado una semana desde lo ocurrido en la mansión Azzaro. Iñaqui seguía en el hospital; tenía muchas cicatrices y había perdido mucha sangre. Por fortuna la ambulancia del Hospital Fátima había llegado a tiempo para controlar el daño.

Romina no se había aparecido por el campus, nadie le había visto, ni siquiera las que eran consideradas sus amigas, y por inevitables motivos los rumores habían comenzado a crecer dentro de la universidad; la mayoría de los chismes se basaban en un intento de homicidio fallido por parte de Romina hacia el joven hospitalizado. Esto por supuesto había generado un rumor aún más grande, un rumor que para el círculo de diamantes comenzaba a ser molesto, sobre todo para Tony.

Habían decidido pasar la tarde en la alberca de la mansión Ámaro. El sol les favorecía mientras bebían preparados con alcohol y charlaban bajo la jaima marroquí colocada en el jardín.

—Escuché a una chica de primer semestre en el baño del campus comentar eso del rumor —informó María mientras mordía una barra de chocolate y dirigía la mirada hacia Alejo y Miguel que se tiraban clavados a

lo lejos en la piscina, muy divertidos y algo alcoholizados.

—Tenemos que hacer algo para evitar que la gente hable —opinó Tania acomodándose los lentes de sol frente al espejo de mano que había sacado de una bolsa de playa.

—La gente siempre ha hablado —declaró Amelia, quien también observaba a sus amigos divertirse en la piscina—. No sería la primera vez que hay algo en contra nuestra. Aunque en realidad no es la gran cosa —opinó, y le dio un sorbo a su piña colada—. Aunque esto fuese cierto... termina siendo una estupidez —agregó quitada de la pena.

—He ido a ver a Iñaqui al hospital —habló el heredero Ámaro, quien lucía el delgado y ejercitado torso, brillante a causa del protector solar; las blancas piernas se mostraban desnudas bajo el traje de baño color turquesa que llevaba encima—. Parece que lo darán de alta mañana temprano. Tiene muchas cicatrices en el rostro —dijo con consternación sin que sus amigas pudiesen ver su expresión completa en el rostro a causa de las gafas de cristal azul eléctrico que llevaba puestas.

—¿Hablaste con sus papás? —preguntó Amelia.

—Con su mamá solamente. No procederán legalmente en contra de Romina, creen que todo fue un accidente desafortunado.

—¡Ay! Pobrecillo, tan guapo y lleno de cicatrices —opinó Tania con un sincero tono de preocupación y pena.

—Estará bien —consoló Tony.

—Seguramente estaba más que contento de verte en el hospital —habló María mientras encendía un cigarrillo.

—Es una pena; los amores no correspondidos me causan depresión —se lamentó Tania con el mismo tono preocupado.

—Es peor que no entienda la realidad de las cosas —enfaticó Tony, intentando apaciguar el hecho que ya conocía muy bien; Iñaqui había estado

perdidamente enamorado de él desde que se conocieron en la primaria.

A lo lejos se acercaba, con el torso atlético y marcado al descubierto, Mateo, vistiendo shorts parecidos a los de Tony pero en color salmón. Llevaba puestas unas gafas de sol idénticas a las de Tony pero de color rojo. Descalzo, pisando el pasto verde recién podado, se acercó a ellos y saludó. —Hola guapas... y guapo —agregó, haciendo referencia específica a Tony.

—Hola —respondieron todos al unísono sin mucho ánimo.

—Mat, ¿cómo estás? —preguntó Amelia.

—Muy bien, nena, con mucho trabajo en la empresa, mucho estrés, pero hoy decidí pasar el día con ustedes, ¿aceptan a un viejo en su selecto círculo de diamantes? —dijo el apuesto heredero Ámaro mientras se sentaba en la orilla del camastro en donde su hermano estaba recostado.

—¡Mati, please! Tú no estás viejo, por supuesto que puedes unirnos —respondió Tania con un acento dulzón.

—Además, esta es tu casa —se carcajeó María—. Nosotros somos los invasores, de hecho.

—Saben que esta es su casa, niños —concedió Mateo con esa amabilidad y bondad que le caracterizaban.

Tony observaba atentamente a sus amigos jugando en la alberca muy divertidos mientras sorbía una refrescante bebida con frutas.

—¿Cómo estás, flaquito? —le preguntó a Tony.

—Bien. Un poco preocupado por Iñaqui, pero bien —respondió.

—¿Fuiste al hospital?

—Sí. Tiene demasiada lastimada la piel del rostro —informó nuevamente, con un dejo casi imperceptible de preocupación—. Le quedarán muchas marcas.

—¿No han sabido nada de Romina? —preguntó Mateo dirigiéndose a las amigas de Tony.

—No, nada. No se ha aparecido por el campus —advirtió María.

—Tiene que volver algún día, además, los padres de Iñaqui no presentarán cargos, creen que sólo fue un accidente —añadió Amelia.

—Porque eso fue lo que Iñaqui les dijo que había sido —enteró Tony.

—¿Really? ¿Pero por qué la defiende!? —se indignó Tania.

—No lo sé, supongo que no quiere crear problemas —respondió Tony.

—Pero no podemos arriesgarnos a tener una loca psicópata caminando libremente por las calles de Santa Villa —protestó María—. No puede arriesgarnos a eso, o sea, es su deber ciudadano. ¿Pretende andar por el mundo intentando lastimar gente? ¡Sus padres deberían ponerle un alto! Parece que no le bastó con lo de tu coche, ¡es una delincuente! —exclamó indignada.

Tony se sentía bien estando con Mateo, en cualquier momento y a cualquier hora del día. Sabía que lo amaba con locura y obsesión, pero había un sentimiento extraño cuando tenía que comportarse frente a los demás, se sentía frustrado, atado de algún modo, porque nadie, a excepción de Amelia, conocía su oscuro secreto, pues a pesar de que ambos tenían ganas de gritarlo al mundo, se detenían debido a las repercusiones sociales que dicho revelamiento acarrearía. No sabía si estaba listo para que el mundo se enterara de una situación que tacharían de enferma, de incestuosa y desagradable. No sabía si podría enfrentarse a todo aquello, y Mateo, por su parte, tenía miedo de perder el respeto del imperio financiero; le había costado tanto poder posicionarse como dueño y líder de su empresa que una noticia como aquella podría arrebatarle cierto respeto y credibilidad. Así que se trataba de una cuestión de común desacuerdo; ambos tenían ganas de no esconder su amor, pero sus miedos eran más grandes y poderosos.

—Hola Mat, ¿cómo estás? —saludó Alejo mientras se secaba el atlético cuerpo con una toalla blanca y le daba un apretón de manos al jefe de su padre.

—Muy bien, ¿y tú? —devolvió el saludo con una sonrisa encantadora que derretía a cualquiera.

—Disfrutando de tu alberca —contestó a la vez que le arrebatava de las manos a Amelia su piña colada, provocando que la chica hiciera un gesto de desaprobación con el rostro y emitiera un “¡Oye!” que todos ignoraron.

—¡Qué bien! Me da gusto verlos a todos —respondió Mateo mientras hacía un saludo con la mano a Miguel, quien hacía lo mismo a lo lejos, un segundo antes de tirarse un clavado desde el trampolín de tres metros—. Y qué me cuentan de nuevo muchachos, ¿alguna novedad en el campus? Aparte del incidente, por supuesto.

—Pues... no, nada interesante —notificó María intentando no soltar la lengua con respecto al nuevo rumor que circulaba en la universidad.

—La gente en el campus ha comenzado a decir que Romina atacó a Iñaqui porque ella está enamorada de mí, y bueno, como todos sabemos, Iñaqui siempre ha tenido sentimientos hacia mi persona desde hace mucho tiempo, entonces pues... digamos que Santa Villa está tomando el asunto como un ataque pasional —confesó Tony con una sequedad casi abrumadora.

El tema de Iñaqui no era nada nuevo para Mateo, incluso le parecía algo extremadamente tierno, le causaba cierta lástima inclusive. Se le hacía muy triste la idea de que alguien estuviese enamorado de su hermano y por desgracia ese sentimiento no fuese recíproco. Sabía que Iñaqui era una buena persona, conocía a sus padres y eran excelentes seres humanos. Jamás había sido grosero con Tony, al contrario, Tony había sido en extremo despectivo con Iñaqui muchas veces, pero sabía que su hermano lo hacía con el afán de destruir todo sentimiento que pudiese tener hacia él, aunque Iñaqui no desistía, a pesar de la indiferencia de Tony, el chico continuaba intentando llamar la atención del menor de los Ámaro.

—¡Jajaja! —se carcajeó Mateo—. Eso sí que es una verdadera

invención, muy original, debo aceptar. No es nada nuevo en este país; eso de inventar rumores viene de mucho tiempo atrás, mis queridos diamantes.

—No me parece gracioso —sentenció Tony.

—Pues no deberías darle importancia. La gente sabe que no te gustan las niñas.

—No es eso, Mateo, sino el hecho de hacer un chisme de algo que no tiene nada de gracioso. Fue un impulso de Romina porque tiene un impresionante resentimiento en mi contra y, definitivamente, está bastante enferma de la cabeza.

—Pues según sé, ella los odia por haberla expulsado de su círculo, ¿me equivoco? —cuestionó el hermano de Tony—. Antes estaba todo el tiempo metida aquí, en la casa, y ahora la han excluido totalmente. Quizá sea una persona incomprendida que no tiene amigos.

—No es asunto nuestro —refutó su hermano—. No era una buena compañía.

De pronto los teléfonos celulares de todos los miembros del círculo comenzaron a emitir alertas de mensajes recién recibidos, incluido el de Miguel, que se encontraba en la mesa junto a su maleta sport y su toalla.

—¿Qué es esto? —pronunció María con horror.

—¿Qué es qué? —preguntó Mateo desconcertado al ver como todos se quitaban las gafas de sol y Tony se incorporaba.

El texto procedía de un número desconocido:

“Querido círculo de diamantes, me encantaría estar en la piscina con ustedes pero me encuentro planeando la manera de hacer sus vidas imposibles a partir de mañana. En especial la tuya, Tony. Saludos. ¡Que comience el juego!” (5:06 pm)

3. Letras sucias

— ¿Y tienes alguna sospecha de quién podría tratarse?

—No, bueno, en realidad soy consciente de que existen muchas personas en Santa Villa a las que no les agrado, pero sería muy difícil decir cuál de todas se atrevería a amenazarme, además del hecho de que el mensaje llegó a todos los teléfonos, podría ser alguien que quiere molestar a cualquiera de nosotros —respondió Tony con tranquilidad.

—Bueno, pero enfatizaron tu nombre al final del mensaje —añadió—. ¿Qué piensas de Romina? —cuestionó ella.

—No creo que sea tan torpe como para que después de haber hecho lo que hizo se atreva a amenazarme.

—Pues tal parece que esa chica tiene muchas dificultades en... cómo podríamos llamarle... el contacto social —puntualizó la mujer de unos treinta y cinco años aproximadamente.

—En realidad ella tiene muchas dificultades en todos los aspectos —agregó él, y le dio un sorbo a su taza de té caliente de manzana con canela.

—¿Han considerado decirlo a las autoridades?

—No creo que nos hagan mucho caso. Podría tratarse de una broma de mal gusto.

—¿Y qué piensan hacer entonces?

—Nada, supongo que por el momento lo más prudente es hacer nada.

—Bien, pues nuestro tiempo ha terminado. Nos veremos la próxima semana —informó la terapeuta desde su cómodo sofá color marrón esbozando una confortable sonrisa.

Miranda del Olmo era una reconocida psicoterapeuta en Santa Villa de edad madura y experiencia importante. Había obtenido su título de psicología

en una prestigiosa universidad ubicada al norte del país. La terapeuta había ganado fama por ser la mujer que atendía psicológicamente a los hermanos Ámaro, debido a ello, el resto del círculo de diamantes comenzó a asistir a sesiones semanales. Era curioso el asunto, pues ninguno de los integrantes del círculo hablaba sobre sus tratamientos psicológicos, nunca mencionaban a su terapeuta, ni siquiera por equivocación. La realidad era que las situaciones tratadas en terapia contenían asuntos demasiado fuertes, y para ellos vergonzosos, en extremo privados y personales. El espacio proporcionado por Miranda era de cuarenta y cinco minutos, un día a la semana, por un costo de seiscientos cincuenta pesos por sesión. La única vez que se había tocado el tema de la terapia había sido cuando Amelia le había pedido el número de teléfono del consultorio a Tony; éste, sin dar detalles, se lo envió a Amelia por mensaje de texto. Después el resto le pidió el número a Amelia e hicieron sus propias citas. Toda Santa Villa sabía que el círculo de diamantes acudía a consulta privada con Miranda del Olmo, y muchos habían intentado hacer lo mismo, pero para fortuna del círculo, Miranda había llegado a un tope en su saturada agenda y había rechazado a la gran mayoría de los que querían asistir sólo para imitarlos.

El consultorio de la psicoterapeuta era un lugar tranquilo y muy bien ubicado. Se encontraba en un segundo piso con una pequeña sala de espera que mostraba una puerta de madera barnizada que conducía al interior de la consulta. Dentro todo era muy sobrio; los colores predominantes eran el café en diferentes tonalidades y una especie de rojo quemado que lucía en la alfombra y en las cortinas de terciopelo. La sala estaba compuesta por un sofá para tres personas en donde todos los pacientes se sentaban y, frente a él, un sillón individual en donde Miranda les atendía. A un lado de los muebles había unas mesitas para poder colocar el té o el café y detrás de la sala se encontraba un escritorio de madera muy bien organizado con una computadora

portátil siempre abierta, y detrás de la silla de piel negra, un librero con doscientos libros como mínimo, todos con títulos de psicología, medicina, psiquiatría, sociología, pedagogía y antropología.

La consulta se había convertido en un espacio sumamente especial para Tony. Nunca había coincidido con sus amigos ni al entrar a la sesión ni al salir de ella; tal parecía que Miranda los había colocado a todos en días y horarios separados. El deleite que le significaba a Tony era incomparable; además de no hablar con sus amigos sobre ello, tampoco hablaba con Mateo al respecto. A veces, su hermano le preguntaba: “¿qué tal la terapia?”, y Tony siempre respondía de la misma manera: “bien”. Los herederos Ámaro habían comenzado a ir juntos a las sesiones, pero después de tres consultas Miranda los separó a citas individuales.

Ese día en especial, Tony había hablado toda la sesión sobre la amenaza recibida por mensaje de texto. Se sentía abrumado, pero su personalidad le impedía preocuparse demasiado, no sería la primera vez que alguien actuaba en su contra. Miranda, caracterizada por una actitud perspicaz y analítica, solía ayudar a Tony a encontrar soluciones por sí mismo. El trabajo de la terapeuta siempre se centraba en un punto crucial: guiar a sus pacientes para que ellos mismos encontraran respuesta a sus propias preguntas. A veces Tony divagaba pensando cosas como si Miranda era casada o soltera, si tenía hijos o familia en Santa Villa, si era heterosexual o lesbiana, si tenía sexo con regularidad, y todas esas cosas que los pacientes comienzan a preguntarse debido al tajante anonimato que el terapeuta construye. Alguna vez una muy amiga de Mateo y Tony, quien había estudiado psicología y trabajaba como terapeuta en Madrid, les había platicado en una de sus inesperadas visitas, que una parte importante de la terapia es el hecho de que el terapeuta sea idealizado por su paciente, pues tener una imagen perfecta es un impulso motivante para el proceso en cierto sentido, y que con el tiempo aquello va

encontrando un significado más real, menos fantaseado.

—Que tengas buen día, Tony —se despidió Miranda y cerró la puerta una vez Tony respondió: “igualmente”.

La sala de espera estaba vacía, eso quería decir que el paciente que siempre se encontraba después de su sesión se había retrasado o ausentado. Era un chico de unos dieciséis años que seguramente era obligado a ir por una madre desesperada por cambiar a su rebelde hijo, justamente en esa edad en la que los padres no saben cómo controlarlos. Justo antes de bajar las escaleras su teléfono comenzó a vibrar, pues durante la sesión le quitaba el sonido. Lo sacó del bolso izquierdo de su pantalón color aceituna y pudo darse cuenta de que tenía alrededor de quince mensajes y cuatrocientas notificaciones de Twitter.

Amelia Dante: “TONY NO SALGAS DE LA CONSULTA, VOY POR TI RIGHT NOW!” (3:30 pm)

Tony observó la hora y eran las tres cuarenta y seis de la tarde, es decir que el texto de Amelia había llegado dieciséis minutos atrás. De pronto, al revisar las notificaciones de la red social pudo ver que en la mayoría había RT's de fotografías tomadas de distintas cámaras pero de una misma cosa: su auto aparcado en el estacionamiento del lugar en donde se encontraba el consultorio de Miranda. En las fotos se podía ver el Mercedes negro, que esta vez había majeado él, pues cada vez que iba a consulta no le gustaba que Pedro lo llevara. Pero lo terrible era que el auto tenía pintada la palabra “Maricón” en un costado con letras color rosa hechas con pintura en aerosol. Los ojos azules de Tony se abrieron como platos y comenzaron a temblarle las manos. Sabía que si las fotos estaban cargadas en Twitter era porque había gente abajo tomándolas. El teléfono recibió una llamada y Tony respondió enseguida al ver que se trataba de María.

—¿Si?

—Estamos a cinco segundos de llegar a la puerta —dijo la preocupada voz de su amiga, quien no daba detalles, generalizaba como se hacía en una emergencia—. Sal pronto, hay demasiada gente. —Y sin darle tiempo al chico de responder, colgó.

A Tony lo invadió el pánico por lo repentino de la situación. Bajó rápidamente las escaleras y abrió la puerta. Una lluvia de flashes le cegó y apenas pudo abrirse paso para buscar el BMW blanco de Amelia. Al abrir la puerta una decena de reporteros le obstruían el paso y lanzaban preguntas como: “¿de qué se trata esto, Tony?”, “¿sabes quién lo hizo?” y por supuesto: “¿se trata de alguna venganza pasional?”. Antes de subirse al auto pudo leer que el BMW también tenía una palabra en el costado que se leía “Zorra” en letras negras. Al cerrar la puerta se encontró con Tania en la parte de atrás, a María en el asiento del copiloto y a Amelia conduciendo, todas con gafas oscuras, y Tania incluso llevaba una gorra color negro sobre su castaña y muy cuidada cabellera. Casi atropellando a la gente que les tomaba fotografías, Amelia pisó el acelerador a fondo y se marcharon del lugar.

En el periódico *La linterna*, uno de los más famosos y respetados diarios de Santa Villa, habían aparecido en primera plana tres fotografías de tres autos distintos, el Mercedes negro de Tony con la palabra “maricón”, el BMW blanco de Amelia con la palabra “zorra” y el Volvo amarillo de María con las palabras “más zorra”. El encabezado se leía de la siguiente manera:

“NI LOS RICOS SE ESCAPAN DEL BULLYING”

Por: Vanesa López

La historia de esta editora era larga en la vida de los herederos Ámaro. Era una mujer regordeta y morena de veintinueve años de edad que trabajaba en La Linterna desde los veinte. Se había convertido en la editora en jefe en corto tiempo debido a las notas tan controversiales que publicaba y a la fama que estas adquirían con rapidez. A pesar de que la editorial de La Linterna era

famosa y respetada, de vez en cuando publicaba notas hirientes, sobre todo de la gente rica de Santa Villa, y por supuesto, Tony y el círculo de diamantes eran sus favoritos. Tres años atrás, Vanesa había convencido a Mateo para realizarle una entrevista en la mansión; Tony estuvo presente durante todo el proceso y pudo darse cuenta de lo obvia que era la “asquerosa mujer”, como él solía llamarle desde aquel entonces, coqueteándole a su hermano. La entrevista duró más de lo programado porque Vanesa extendía las preguntas y profundizaba demasiado. Tony no soportaba la manera en la que la obesa chica observaba a Mateo y terminó estallando y corriéndola de la mansión.

—¿Y te gustaría casarte algún día, Mati? —preguntó la periodista con una sonrisa de oreja a oreja que dejaba ver su imperfecta dentadura.

—Bueno, en realidad no tengo mucho tiempo para pensar en esas cosas ahora —había respondido Mateo nervioso al ver cómo Vanesa se aproximaba cada vez más a él moviendo poco a poco su silla.

—Pero debe existir alguien, alguien a quien le pueda pertenecer tu hermoso corazón —insistía la mujer.

—Pues sí, en realidad sí, a mi empresa y a mi amado hermano —respondió contundente.

—Bueno, pero esas cosas no son lo mismo que una mujer...

—Me parece que es suficiente —intervino Tony—. La entrevista no duraría más de una hora y has utilizado casi tres. Lo mejor es que te retires. Tenemos un almuerzo importante en media hora —sentenció el menor de los Ámaro con una frialdad característica y maximizada.

—La entrevista es con Mateo, supongo que es él quien tiene que echarme —habló la periodista esbozando una sonrisa macabra.

—¿Perdón? —respondió Tony con un gesto sorprendido e indignado. Se levantó del sillón en donde se encontraba a unos metros de ellos y se aproximó a la mujer, que también se había levantado de su lugar—. Esta es

mi casa y si te digo que te vayas, te vas. ¿Entendiste? ¿O prefieres que llame a seguridad? —advirtió mientras el rostro blanco se le ponía rojo y una vena le resaltaba en la frente.

Desde aquel momento Vanesa había generado una especie de rencor contra Tony y todos sus amigos. Había publicado notas relacionadas con las adicciones de María y los rumores sobre su gusto por hombres mayores, la relación tormentosa entre Amelia y Alejo y la situación económica derrochadora de los hijos de las adineradas familias del círculo de diamantes. La peor de las notas fue una que se leyó el año anterior como:

“EL CÍRCULO DE DIAMANTES DE SANTA VILLA, UNA ORGANIZACIÓN LLENA DE VIOLENCIA”

El artículo hacía referencia a las cualidades despectivas y violentas de los integrantes del círculo, poniendo testimonios de estudiantes y extrabajadores de algunas de las familias que falsamente declararon que habían sufrido violencia verbal y psicológica por parte de estos “niños mimados” (como los llamada la periodista). Los rumores decían que la chica les había pagado a dichos testimonios una suma importante de dinero procedente de la editorial del periódico para que le concedieran información en contra de los muchachos, nada demasiado grave por fortuna; esto le ayudaba a vender más periódicos, pero en realidad nunca quedaba totalmente satisfecha, siempre quería atacar más a Tony. El círculo ya sabía muy bien la manera en la que esta mujer trabajaba y siempre ignoraban todos los artículos que escribía sobre cada uno. Los padres de la mayoría de ellos habían procedido legalmente en su contra en algunas ocasiones, pero la libertad de expresión era un derecho muy complejo de arrebatar.

—¿Y si ella fue quien mandó pintar los tres coches? —comentó Miguel desde su lugar en el salón de Mercadotecnia Contemporánea II.

—Pudo haber sido cualquiera —opinó María mientras se ataba el

cabello en una coleta con un listón blanco.

—Pues creo que estoy a punto de ir a amenazarla —vociferó Alejo con coraje—. De verdad, tardé media hora para poder salir de mi casa. Los reporteros y la gente no dejaban de obstruir el portón de entrada.

—No seas estúpido. No podemos actuar en su contra sin pruebas —intervino Tony de inmediato—. María tiene razón, pudo haber sido cualquiera y, aunque la detesto con toda el alma, no puedo acusar a esa asquerosa mujer de algo sin tener pruebas.

—Lo que es real es que una vez más aprovecha cualquier cosa negativa en nuestras vidas para hacerlo público —agregó Amelia.

—Me preocupa que todo esto coincidentemente puede estar relacionado con la amenaza que recibimos —habló Tania con su típico tono de consternación.

El aula comenzaba a llenarse con el resto de los estudiantes y el círculo cambió de tema abruptamente. La mañana en Santa Villa se mostraba fría y con un cielo nublado que podía augurar problemas para quien fuese supersticioso. La clase de la profesora Adriana Lathi estaba a punto de comenzar, pero ninguno de los integrantes del círculo podía dejar de pensar en los letreros puestos en los coches de Tony, María y Amelia.

El día había transcurrido de una manera abrumadora. Las clases comenzaban a ponerse complicadas y Tony y sus amigos no tenían cabeza para estar pensando en deberes de la universidad y proyectos largos y tediosos.

La mesa de ébano estaba puesta con tres lugares pues Amelia iba a almorzar en la mansión Ámaro. El menú de esa tarde consistía en sopa de pasta con manzana y filete de res bañado en salsa de arándano, agua de fresa y de postre pastel de chocolate con helado de coco.

—El joven Mateo acaba de marcar hace diez minutos de la oficina —informó la señora Edi, justo cuando Amelia y Tony se sentaban a la mesa

texteando en sus teléfonos—. Me ha dicho que ya viene en camino.

—Gracias, señora Edi, lo esperamos —dijo Tony dedicándole una mirada agradecida acompañada de media sonrisa. Acto seguido, la señora Edi se perdió tras la puerta que conducía a la cocina.

—¿Qué te han parecido los tributos de este año? —preguntó Amelia sin despegar la mirada del aparato móvil.

—Pues... sólo son regalos costosos. Muchas de las cosas que han llegado ya las tengo o las tuve alguna vez. Creo que no comprenden lo que es la originalidad... ¿sabes? Esto comienza a aburrirme —declaró Tony con cierto pesar.

—Me parece que deberíamos considerar a Carla por la fiesta de bienvenida.

—Sí, lo mismo estaba pensando, aunque no sé, digo, el tributo de Alejo fue muy bueno —dijo Tony con tono meloso y burlón—, y no me refiero a la cogida que te dio, obviamente —soltó una carcajada, de esas que poco demostraba ante los demás.

—¡Cállate! —exclamó la chica y contuvo la risa aún mirando la pantalla de su celularl.

El penúltimo en pertenecer al círculo de diamantes había sido Alejo, y su tributo había consistido en una fiesta exclusiva en un hermoso rancho de Santa Villa que rentó sólo para invitar a las personalidades de la alta sociedad de la ciudad. Lo interesante de la fiesta fue que había sido temática, y el tema fue, especificado en las invitaciones: “adictos al sexo”. Por supuesto que la fiesta había sido de lo más cara. No se había tratado de una orgía, por supuesto que no, no en un principio, sino de una cena con música muy elegante en los jardines del rancho, con una iluminación asombrosa que simulaba luciérnagas volando entre los árboles y por encima de las mesas redondas de cristal que también se iluminaban con luces azules y rosas desde su centro.

Alejo había mandado decorar todo el lugar con rosas blancas, miles y miles de rosas blancas que lucían tanto en las mesas como entre las cortinas que pendían de los árboles; se había tratado de una fiesta con un toque erótico griego, pues había edecanes vestidas de musas, sumamente atractivas, atendiendo a los invitados, y hombres con faldas griegas y cuerpos esculturales como meseros. En el centro había una especie de colchón con cientos de almohadas de muchos tamaños de color dorado y blanco. De los árboles también colgaban metros y metros de seda blanca que arrastraban por el césped y daban un aspecto de aposento de la antigua Europa. Al final, una orgía se desató, pero Tony y el resto del círculo se marcharon justo cuando las pasiones comenzaron a calentarse. Todo eso fue suficiente para que Alejo fuese aceptado dos años atrás con el motivo de la fiesta y, según Tony, por el aprecio a su familia.

—Hola guapos —saludó Mateo, quien entraba al comedor vistiendo un traje azul con camisa blanca y corbata color uva, luciendo su perfecta dentadura al sonreír—. Encontré esto en la entrada. Pedí que no lo revisaran porque supongo que se trata de uno de sus famosos tributos, que por cierto, no han parado de llegar a la casa —dijo intentando hacer tono de enojado sin lograrlo, pues su alegría y bondad le impedían enojarse con Tony, o con lo que estuviese relacionado a él. Se trataba de una caja blanca del tamaño de una libreta escolar y estaba atada con un listón color negro que concluía en un muy bien elaborado moño, sencillo y elegante. No pesaba tanto, así que intuían que se trataba de algún juego de perfumes de nueva cuenta.

Tony comenzó a deshacer el listón con la caja sobre la mesa y separó la tapa de la base con calma. Horrorizado, y con una cara de asco absoluto, tiró la caja con un solo movimiento del brazo al suelo.

—¿Qué es? —preguntó Amelia alarmada, levantándose inmediatamente para observar lo que yacía en el suelo mientras Tony tosía de

asco con las manos cubriéndose la boca y los ojos llorosos.

—Pero qué... —dijo Mateo al ver a una paloma muerta dentro de la caja. El ave no tenía cabeza y se podía ver sangre embarrada por todos lados, seca y oscura. Justo arriba de ella había una nota impresa que decía: *Aquí mi tributo, un detalle muy especial para todos los diamantes.*

Amelia hizo un gesto de repulsión y Mateo, molesto, recogió la caja y el listón y la tapó nuevamente dirigiéndose con rapidez al jardín en donde se encontraban, a lo lejos, contenedores de basura.

—Esto comienza a asustarme, Tony —dijo Amelia mientras le mantenía la mirada acongojada a su amigo.

La noche era bastante fría y la luna cubría con su luz plateada a Santa Villa. Tony estaba recostado con Mateo en una cama de descanso colocada en la terraza del segundo piso de la mansión. Mateo tomaba una copa de vino tinto y Tony un té caliente de menta con algo de azúcar; estaban tapados con una manta amplia y caliente que tenían desde que eran niños, era gris y estaba desgastada, pero se había convertido en un objeto muypreciado para ambos. Cada noche en la que decidían recostarse en la terraza para ver la luna y platicar, se acurrucaban con ropa cómoda envueltos en la manta.

Aunque la preferencia sexual de Tony era un tema sabido en Santa Villa, el caso de Mateo era distinto, pues solamente su hermano y Amelia conocían la realidad. Ese era un punto que a veces lograba preocuparle pero que a Tony le molestaba tocarlo por lo complicado que solía ser. Por supuesto, al respecto de esa cuestión, se habían generado escenarios poco cordiales; como el hecho de que muchísimas mujeres en Santa Villa, y en otros lugares, pretendieran algo sentimental o sexual con Mateo y, al ser su homosexualidad un secreto, el pobre tenía que arreglárselas para zafarse de tan incómodas circunstancias.

En las oficinas del corporativo habían desfilado diez asistentes distintas en tres meses; Tony se había encargado de la selección de este puesto específicamente y al contratar a una chica, esta siempre terminaba enamorada de Mateo y siendo demasiado provocativa, cosa que a Mateo le daba igual; sabía cómo manejar la situación de manera correcta. Pero Tony no daba lugar a que ninguna de esas cosas sucedieran. Al final, después de encontrar en el correo de la última asistente una carta dedicada a Mateo en donde confesaba sus sentimientos hacia él, terminó por elegir a un hombre para el puesto. El chico era un egresado de la facultad de administración de la universidad pública de Santa Villa, era regordete y usaba unos anteojos con una graduación que encogía el tamaño de sus ojos. Su nombre era Pablo y tenía veintiún años de edad. La falta de empleo le obligaba a aceptar un trabajo de asistente que en realidad desempeñaba muy bien y que le daba cierto alivio a Tony; no le agradaba tanto ir a las oficinas del negocio familiar porque le parecía muy aburrido y, además, siempre tenía la sensación de estorbarle a Mateo en su trabajo. Sabía que quizás algún día él tendría que saber administrar la empresa, pero deseaba que eso no sucediera nunca. Su pasión era la publicidad y la mercadotecnia, el nacimiento de nuevas ideas que impulsarían a las empresas más famosas del mundo, pero lo concerniente a la administración de éstas y sus estados financieros y contables le era sumamente aversivo. La mayoría de los empleados de la empresa siempre le tenían cierto miedo por su fama de altivez, aunque en realidad era un ser humano bondadoso, como Mateo, pero sumergido en una coraza de frialdad que le servía de defensa ante el exterior.

—¿Cómo estás? —preguntó Mateo mientras contemplaba la luna.

—Asustado —respondió Tony recargado en el pecho de su hermano.

—¿Por las bromas? —cuestionó Mateo mientras le acariciaba el cabello.

—Es que eso es lo que me asusta. Ya no estoy tan seguro de que se trate de simples bromas. Me parece que esto está yendo demasiado lejos.

—No debes preocuparte. Ya di la orden de que revisen con detalle cada paquete o regalo que llegue a la entrada, sin excepción —consoló.

—Pues sí, es lo mejor, pero hay cosas que no se pueden controlar como los letreros en los coches o cosas que se pueden salir de nuestras manos —explicó el chico con preocupación, una preocupación que realmente logró afectar a su hermano.

—No te preocupes, todo estará bien. Debes concentrarte en tus cosas, en la escuela, en nosotros —intentó animarle.

—Lo sé —dijo resignado y se acurruco aún más en el regazo del otro. Le encantaba el calor que desprendía su cuerpo y el aroma de su piel recién salido de la ducha y a Mateo le enloquecía el olor del cabello de Tony y la suavidad de su joven y blanca piel—. Pero te tengo a ti y eso me reconforta.

—Y yo te tengo a ti y eso me reconforta —respondió con dulzura, le dio un beso en la cabeza y se quedó pegado a ella para disfrutar del delicioso aroma a coco procedente de su champú, con los ojos cerrados durante unos segundos.

En la mansión Ámaro la mayoría de los empleados ya se habían hecho una idea propia sobre los herederos del apellido, pero jamás habían comprobado sus sospechas, aunque para los que ya llevaban demasiados años trabajando en esa casa, como la señora Edi por ejemplo, el tema de la relación entre ambos hermanos había dejado de ser algo importante. La servidumbre siempre era muy respetuosa y los hermanos jamás daban demostraciones de afecto frente a los demás; no más allá de un beso en la mejilla o a veces rápidamente en los labios como muchas familias estilan, abrazos o sujetarse de las manos por un momento. En el caso de la Sra. Edi, las cosas resultaban mucho más fáciles debido a la experiencia y antigüedad que tenía con la

familia. En algunas ocasiones había percibido ciertos comentarios extraños en el comedor o cuando les atendía en la alberca, pero mantenía extrema discreción y sus oídos se volvían sordos y sus ojos ciegos.

—¿Me amas? —preguntó Tony impulsivamente.

—Te amo el número de latidos de tú corazón —respondió como siempre y llevó su mano derecha al pecho de su hermano.

—¿Me amas? —preguntó Mateo.

—Te amo el número de veces que has respirado —dijo Tony, como se respondían siempre que surgía la pregunta.

Hubo un momento de silencio y comenzaron a besarse como pocos humanos en el mundo saben besarse, con tanta dulzura que casi se podía percibir un aroma azucarado en el aire. Su labios eran perfectos y encajaban de tal manera que podría incluso decirse que una obra de arte se dibujaba durante ese movimiento. Sus ritmos cardiacos se aceleraban y comenzaban a tener esa sensación que llegaba a ellos cada vez que se besaban, esa sensación que parecía nueva, aunque ya la habían experimentado muchísimas veces. El proceso en terapia les había enseñado a ambos a manifestar su cariño sin remordimientos, pues a pesar de no tener la misma sangre, el asunto de dejarse llevar con totalidad les había sido un poco complicado años atrás. Pero las complicaciones al respecto no tenían tanto que ver con los lazos familiares que se decretaban ante la ley, sino con un pasado oscuro y atormentador que les perseguía. Los hermanos habían sabido sobrellevar muy bien su relación sin necesidad de comentarle a nadie, a excepción de Amelia, quien se había enterado debido a la primera vez que Tony tuvo relaciones sexuales con su hermano.

La confesión de Tony hacia su mejor amiga fue un poco aterradora, pues lloraba por la culpa que sentía y su llanto emocional se mezclaba con el dolor que Mateo había dejado físicamente en su cuerpo; la manera en la que

Mateo penetraba a Tony casi siempre era salvaje y avorazada, como si se tratase de la última vez, y esto era extraño ya que la personalidad de Mateo siempre tenía una ternura característica, pero en el sexo mutaba a una especie de sátiro, agresivo y pasional. Para Amelia la noticia no fue tan sorprendente; se encontraban en la edad de tener relaciones y conocer personas nuevas, y Tony jamás hablaba de alguien más que no fuese su hermano. En ciertas ocasiones, antes de saberlo, Amelia pensaba que Tony estaba enamorado de su hermano, y además de todo, toda Santa Villa sabía que Mateo Ámaro había sido adoptado por la familia cuando él tenía diez años de edad; era un tema popular y muy sabido, pues los padres de ambos jamás ocultaron la realidad. Así que, la confesión de Tony fue realmente una confirmación de las sospechas que Amelia se había construido meses atrás.

Durante el beso pasaron de lo dulce y tierno a lo pasional y arrebatado. Se mordieron los labios y lamieron sus cuellos. La mano de Tony bajó hasta la entrepierna de Mateo y comenzó a acariciarle hasta conseguir, en menos de un minuto, que su hermano se empalmara.

—Espera —dijo Mateo empujando a Tony con amabilidad para que se detuviera.

—¿Qué pasa? —cuestionó arrugando el entrecejo.

—Tengo que darte algo —informó. Se levantó de la cama de la terraza y se dirigió al interior de la habitación. Buscó algo en el cajón del buró colocado del lado en donde dormía cuando Tony pasaba la noche con él, que eran casi todas las del año, y volvió con un sobre blanco en las manos.

—¿Qué es esto? —preguntó Tony mientras recibía el sobre y contenía una sonrisa.

—Ábrelo, es un regalo —indicó Mateo—; sé que todo esto de las “bromitas” te estresa, así que decidí comprarte esto.

Tony abrió el sobre rápidamente mientras observaba la expresión de su

hermano observándolo ansioso por descubrir la cara de sorpresa y emoción que haría al ver el contenido. Y efectivamente, tal como lo esperaba, al ver lo que había dentro, una sonrisa se dibujó en el rostro de Tony y se lanzó a los brazos de su hermano.

—¿De verdad? ¡Júramelo! —exclamó Tony mientras lo abrazaba y le daba besos en las mejillas, en la frente y en la boca.

—Sí, guapo, es real. Ya lo he arreglado todo —respondió, y un minuto después comenzaron a celebrar con una hora de sexo, desnudos, a la luz de la luna, sin nadie que pudiera juzgarles.

Había pasado ya un mes desde que Mateo le entregara a Tony los boletos de avión para su viaje a Londres en diciembre. Pasarían la navidad en Inglaterra, el lugar favorito de ambos en el mundo. Habían viajado de doce a quince veces al país Europeo; los primeros viajes fueron en su infancia, con sus padres, y después del fallecimiento de estos continuaron yendo hasta que se convirtió en su sitio preferido para vacacionar. Por lo regular tenían un itinerario que consistía en largas caminatas por las calles londinenses, tomar el té en lugares nuevos, comprar libros y ropa, dormir y tener sexo lo más seguido posible. A Tony le encantaba el clima londinense y amaba la ropa invernal. Esta vez sería la primera ocasión que pasarían navidad en Londres; Tony estaba más que emocionado con la idea, tanto, que los problemas y las amenazas se le olvidaban casi por completo.

—No sé qué tanto llevar. Mateo se reirá de mí si llevo demasiado equipaje —confesó Tony a Amelia mientras tomaban té helado de frutas en la terraza que daba al jardín, con los ventanales del comedor abiertos al tiempo que el viento ondeaba las largas y blancas cortinas como si fuesen nubes.

—Tony, faltan tres meses. Relájate —respondió su amiga poniendo los ojos en blanco—. Además, es Londres, no lleves nada, compra todo allá.

—Tienes razón, siempre hago un shopping muy limitado porque el equipaje sería demasiado. Llevaré lo indispensable —dijo, provocando que Amelia soltara una risita casi imperceptible que era generada por la idea de “lo indispensable” que Tony tenía en cuestión de equipaje—. ¿Y dónde pasarán navidad éste año?

—No lo sé, supongo que aquí. Valeria llamó hace dos días y le dijo a mamá que era probable que vinieran esta navidad a Santa Villa —respondió un tanto molesta y dirigió la mirada hacia la alberca a lo lejos, bañada por la luz del sol.

Valeria Dante era la única hermana de Amelia, nacida seis años antes que ésta. Ella y su esposo Gilberto vivían en Toronto, Canadá, y visitaban Santa Villa una o dos veces al año. Valeria era una mujer amorosa, correcta y dulce, muy diferente a su hermana menor; esas características ponían a Amelia de mal humor. La relación entre las hermanas Dante no era muy buena, pero a Tony le parecía una tontería pues Valeria le caía muy bien. Ella y su esposo se habían ido de Santa Villa hacía apenas tres años, un año después de contraer matrimonio, debido al trabajo de Gilberto, quien se dedicaba a la arquitectura.

—¡Ah! Y tú seguramente estás muy contenta, ¿no? —se mofó su amigo intentando contener una sonrisa.

—Equis, no me interesa si viene o no. La que me estresa es mi mamá, sobre todo porque su hija favorita ya está planeando darle su primer nieto —confesó, y comenzó a revisar las notificaciones de su teléfono.

—¡Oh, entonces ya vas a ser tía!

—No, aún no está embarazada, pero planea estarlo el próximo año.

El círculo de diamantes tenía un grupo de mensajería instantánea por donde podían enviarse mensajes en un chat común. Una notificación arribó a los teléfonos de ambos:

Tania:

Supongo que ya vieron el periódico de hoy.

Alejo:

¡Maldita! Les dije que teníamos que darle un escarmiento.

Tania:

Mi madre está demasiado molesta por esto.

Miguel:

No puedo creerlo. Una vez más en contra de nosotros.

María:

¡La voy a matar! ¡Maldita ballena!

Amelia:

Es medio día, yo nunca leo el periódico. Foto, NOW!

Imagen recibida de Tania:

“El círculo de diamantes o círculo de drogadictos”

Una vez más encontramos evidencia que hunde al tan renombrado “Círculo de Diamantes” de Santa Villa, un grupo de niños ricos y malcriados que ésta vez nos sorprenden drogándose en una fiesta de bienvenida en la ciudad. Hemos encontrado testigos que vieron a todos los miembros de este “selecto” círculo social drogándose en el baño de la casa en donde se llevó a cabo la fiesta en cuestión...

Los ojos de Tony se llenaron de coraje y sin leer más la nota que aparecía en la foto del diario que Tania había enviado, tomó su teléfono celular y marcó un número ubicado en sus contactos. Después de tres tonos una mujer de voz joven respondió:

—Buenas tardes, editorial Santa Letra, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, ¿me podría comunicar con Rogelio Letras por favor?

—El licenciado Letras se encuentra en una reunión muy importante. ¿Quién le llama? —preguntó la mujer, como si del nombre dependiera si continuaba con su mentira de la reunión o desistía y comunicaba la llamada.

—Tony Ámaro —dijo imponentemente.

—Permítame un segundo señor Ámaro, lo comunico. —Y tras unos segundos de silencio un hombre mayor respondió del otro lado del teléfono.

—Buenas tardes, Tony, de hecho, estaba esperando tu llamada.

—Pues espero que seas consciente del problema que aquí nos aqueja.

—Lo sé, y te pido una disculpa, pero La Linterna es nuestra mayor fuente de ingresos como editorial, y lo que esa mujer escribe nos hace vender muchos diarios.

—¿De verdad? No me digas —se burló mientras Amelia lo veía consternada sin saber qué trataba de hacer—. Quiero que la corras mañana mismo —ordenó.

—Lo siento, Tony, no puedo hacer eso. La empresa está en su mejor momento y gran parte del éxito es gracias a ella.

—En realidad, es gracias a mí y a mis amigos —aclaró—. Y no era una pregunta, Rogelio.

El señor carcajeó y se contuvo inmediatamente. —Discúlpame, pero no puedo hacerlo.

—Estoy intentando ser prudente y darte una oportunidad, pues al parecer La Linterna ha caído ya muy bajo —habló Tony conteniendo la ira.

—Pues para mí, en números, está por las nubes, mi querido Tony.

—¿Sabes que con una llamada puedo cerrar La Linterna, verdad? Incluso, con una llamada puedo cerrar tu editorial entera —dijo en un tono malévolo con un toque prepotente.

—No creo que te sea posible —respondió el hombre al otro lado de la línea con mucha seguridad.

—No estás en posición de retarme.

—¿Ves? Así lo resuelven todo ustedes, por medio de amenazas, niños mimados. Creen que con dinero lo solucionarán todo —respondió

enérgicamente—. No me asustas, es más, puedo decirle a Vanesa que escriba otro artículo sobre esta llamada.

—No es amenaza, es advertencia. Si no despides a esa mujer cerraré tu querido periódico.

—¡Haz lo que quieras, maricón! —Y después de una risita empalagosa, colgó el teléfono, dejando a Tony con el tono de la línea en el oído.

—¿Qué pasó? —preguntó Amelia extrañada—. ¿Con quién hablaste?

—Con Rogelio, el director de la casa editorial a la que pertenece La Linterna.

—¿Y qué pasó?

Tony no respondió a la última pregunta de su amiga y comenzó a buscar nuevamente un contacto en su teléfono celular.

—Comienzo a tener la sospecha de que todo lo que ha pasado desde el día de la amenaza en los mensajes de texto puede ser producto de la asquerosa mujer. —Acto seguido se colocó el teléfono de nueva cuenta en el oído y esperó a que respondieran.

—¿Si? —dijo una voz joven.

—Hola amiga, habla Tony.

—¡No puede ser! ¡Tony, qué alegría escucharte! ¿Cómo estás, bebé? —preguntó eufórica.

—Muy bien. Sé que es una grosería terrible, pero te llamo para saludar y pedirte un pequeño favor.

4. Volar

—Nos iremos el viernes, después de clases —informó Tony mientras sus amigos desayunaban en una de las mesas de la cafetería del campus.

—Tiene mucho que no las vemos —añadió Tania emocionada por el viaje.

—¿Cuál es el motivo de la visita? —preguntó Alejo.

—Su padre, como varios de ustedes saben, tiene una agencia privada de investigación —respondió Tony y agregó dos cucharadas de azúcar a su taza de café con leche—. Creo que antes de que las cosas se salgan de nuestras manos deberíamos comenzar a investigar al respecto de lo que ha sucedido. No creo que acudir a la policía sin pruebas sea una buena idea, por lo menos no en este país, así que lo mejor es investigar por nuestra cuenta.

—Entonces iremos a proporcionar cierta información de lo acontecido. Además, tenemos una sospecha de que La Linterna tiene algo que ver —agregó Amelia, ya enterada de los planes de su mejor amigo.

—Y aprovechamos para hacer una fiesta, obviamente —dijo María emocionada por el fin de semana, y mordió un trozo de manzana ensartada en un tenedor.

—No es nuestro objetivo principal, pero ya saben cómo son ellas, no nos dejarán volver sin hacer una fiesta —corroboró Amelia.

—¿Por qué sospechan de La Linterna, Tony? —cuestionó Miguel un poco desconcertado, cambiando abruptamente el tema de la fiesta y volviendo al punto central del viaje.

—Hablé con Rogelio Letras por la publicación de ayer y, además de lo pedante y maleducado que es, descubrí que tiene un interés enorme en vender periódicos gracias a nosotros. Este tipo de “escandalitos” le van muy bien a

La Linterna y por consiguiente a su casa editorial —respondió Tony y le dio un trago a su café caliente.

—No es la editorial, es esa maldita mujer que sólo nos odia —añadió María enfurecida.

—Quizá si dejaras de exponer al círculo con tu desagradable adicción nos evitaríamos esas publicaciones tan de mal gusto —habló Tony con una sequedad característica de su enojo que obligó a que la chica agachara la cabeza y enmudeciera.

Era claro que la actitud de María le resultaba demasiado comprometedor. En algún momento había pensado en expulsarla del círculo, pero prefería mejor ayudarla de otra manera y conservarla. La apreciaba demasiado y la forma de demostrarle ese aprecio era no expulsándola. Al final se trataba de una niña rica con una vida llena de penas... como la de él.

El viaje del que hablaban era a la Ciudad de México, a unas dos horas en automóvil. Visitarían a dos viejas amigas, las hermanas Salvatierra, herederas del imperio de las finanzas Salvatierra. Su familia se dedicaba a muchísimas cosas, incluida la hotelería, la arquitectura y la gastronomía internacional, pero el fuerte de los Salvatierra siempre había sido la asesoría financiera de una amplia cartera de multimillonarios del continente americano. Para Tony, lo más adecuado era visitarles cuando necesitaba un favor para así compensar el requerimiento educadamente, además de que tenía ganas de verlas y charlar. Escucharlas le provocaba un alivio difícil de explicar; como si para ellas la vida estuviese vacía de problemas.

—Bien, entonces preparen sus cosas, nos iremos en una de las camionetas de la mansión —informó Tony, y acto seguido se levantó de la mesa para dirigirse a su clase de Estrategias de Mercado II.

La tarde había traído consigo un clima fresco, con ese viento agradable

que te permite estar fuera de casa sin molestar de más. El sol ya se encontraba en el trayecto a ocultarse y Tony pensaba en lo hermosas que eran las puestas de sol vistas desde el jardín trasero de la mansión y que pocas veces disfrutaba. Estaba tan inmerso en sus cosas, problemas y ocupaciones, que eran contadas las veces que salía y se deleitaba con aquel retrato casi mágico. Estaba recostado en uno de los camastros con ropa cómoda mientras bebía un vaso con limonada y comenzaba a hacer planes mentales con respecto a su viaje a Londres. Se imaginaba con Mateo de la mano por las calles londinenses en la víspera de navidad, tomando café y conociendo a personas nuevas. La idea le resultaba más que placentera, tanto, que sentía como algo en su interior brincaba y lanzaba pirotecnia para festejar. Eran pocas las veces que solía viajar con Mateo, y Londres, al ser su destino favorito, le parecía más que un regalo, le parecía un acto de magia.

—Joven Tony —dijo la voz de la Sra. Edi, quien había salido por uno de los ventanales del comedor justo detrás de él—. Lamento molestarle —se disculpó la mujer, borrando la media sonrisa del joven provocada por sus pensamientos.

—Ah... ¿Si? Dígame Sra. Edi, ¿qué sucede? —respondió saliendo de inmediato de su ensimismamiento y volviendo el rostro hacia un lado para medio ver al ama de llaves de reajo.

—Una joven le busca —informó con seriedad—. Me han llamado desde el portón de entrada para preguntarme si dejan pasar su auto. Dice llamarse Carla Azzaro.

—Déjenla pasar y tráigala aquí —indicó Tony y le dio un trago a su limonada.

Habían pasado varias semanas desde el inicio de clases en la facultad y Tony no había tenido tiempo para acercarse a platicar por lo menos una vez con Carla. Tenía la intención de agradecerle por haberles invitado a la fiesta

en su casa y también para preguntarle cómo se sentía con lo sucedido aquel día, pues su casa se llenó de policías y paramédicos la noche del incidente.

—Hola, Tony —saludó la chica regordeta mientras se dirigía hacia el joven que ya se levantaba del camastro para saludarle con un beso en la mejilla.

—Hola, Carla, ¿cómo estás? —preguntó para comenzar la charla y volvió al camastro, esta vez sentado en un costado, invitando a Carla a sentarse en el que se encontraba a un lado; el que por lo regular ocupaban Mateo o Amelia.

—Muy bien, ¿y tú?

—Excelente.

—Me alegra. No hemos tenido tiempo de charlar en la escuela.

—Sí, lo sé, con tantos deberes pierdo la cabeza.

Y es que Tony distribuía su tiempo lo mejor posible entre las clases, las tareas y proyectos fuera de la facultad, comidas, reuniones con el círculo, tiempo con Mateo, llamadas importantes, la psicoterapia y cualquier otro tipo de deber relacionado con transacciones financieras a su nombre o soluciones domésticas con los cocineros, jardineros y guardias. Aunque parecía ser un chico sin ocupaciones, la realidad era que el día se le escapaba rápidamente de las manos.

—He leído la publicación en La Linterna —confesó la chica.

—¿Y qué te pareció? —preguntó Tony, e inmediatamente lanzó otra pregunta rápida—. ¿Algo de beber o comer?

—No, muchas gracias —respondió a la segunda pregunta y continuó hablando para responder a la primera—. Me parece de muy mal gusto, por supuesto. Aunque no conozco muy bien el contenido del periódico, considero que es muy abusivo.

Tony recordaba ahora que Carla era nueva en Santa Villa, por lo tanto

conocía muy pocas cosas de la ciudad y sus componentes.

—Tienes toda la razón —afirmó él, y comenzó una ligera e informal entrevista que hacía con todas las personas nuevas que conocía y que le agradaban—. Y dime, ¿cómo fue que llegaste a Santa Villa?

—Pues vivo con mi madre y su esposo. Él se dedica a invertir en negocios pequeños y esta vez quiso probar con pequeñas joyerías en ciudades cercanas a la Ciudad de México —confesó.

—¡Ah qué bien! Supongo que entonces está aquí para hacer algún tipo de trato con nosotros. Tenemos muchas joyerías como clientes.

—Sí, así es. Tenía planeado decírtelo en la fiesta pero con el incidente ya no pudimos platicar bien —confesó Carla.

—Pues estoy seguro de que tu padrastro hará un gran negocio con nuestra ayuda.

—No lo dudo —dijo ella y sonrió—. Es un buen hombre, mi padrastro, lo quiero muchísimo; él y mi madre se casaron desde hace ya doce años, cinco años después de la muerte de mi papá.

—Lo lamento mucho, sé lo que es perder a un... padre. Mi hermano y yo perdimos a ambos hace ya seis años —dijo Tony con un tono insípido; casi comprometido, por mera educación.

—Oh, vaya, también lo lamento —consoló la chica algo apesadumbrada—. Hace un par de días acompañé a mi padrastro al corporativo y conocí a tu hermano. Es muy guapo y encantador —confesó, no sin antes ponerse sumamente roja de las blancas y regordetas mejillas, se llevó una mano a la boca y contuvo una sonrisilla boba.

Tony no pudo evitar sentir simpatía por el comportamiento de Carla y esbozó media sonrisa al ver lo apenada que estaba por lo que acababa de decir.

—Sí, lo es —corroboró él.

—Supongo que es de familia. Ambos son muy guapos. —Nuevamente las mejillas se le encendieron de ese tono escarlata que produce el estancamiento de sangre—. Por supuesto es un simple cumplido, no quisiera que pensaras que yo... —Tony se carcajeó y se acercó un poco hacia ella para poner una de sus delgadas manos en una de las redondas mejillas de la joven.

—No me gustan las mujeres, pensé que a estas alturas ya debías saberlo; todo mundo habla de mí y de mi vida —informó aún sonriendo y mostrando su perfecta dentadura a través de esa sonrisa tan tierna y angelical que conmovió a la chica—. Y, con respecto a Mateo, pues supongo que sus verdaderos padres debieron ser muy atractivos. No somos hermanos de sangre. Creí que eso también ya lo sabías.

—Oh, sí, bueno, ya sabía que no te gustan las chicas. —Volvió a sonreír, esta vez un tanto nerviosa—. Pero no estaba enterada de que Mateo y tú...

—Sí, él es mi hermano adoptivo —interrumpió—. Y dime, ¿qué puedo hacer por ti? ¿A qué debo el placer de tu visita?

—Pues solamente quería venir a saludar y bueno, también a platicar sobre Romina.

—¿Sobre Romina? —preguntó extrañado, frunciendo el entrecejo de inmediato.

—Sí, ayer por la tarde decidí ir a visitarla. Creí que después de lo sucedido quizá se sentía triste o culpable, no sé, pensé que lo mejor sería ir a ver por qué no ha asistido a la universidad.

—¿Y qué sucedió? ¿La encontraste en casa?

—Sí, pero fue muy impactante.

Tony pudo ver el rostro de Carla cambiar mientras la luz del día les abandonaba rápidamente ante la puesta de sol.

—¿Por qué? —cuestionó él con un nada melodioso tono de voz que

ocultaba muy bien el interés que a veces sentía por algo.

—Pues sus padres se encuentran de viaje. Me recibió el ama de llaves. Pude subir a su recamara y la encontré tirada en el suelo alcoholizada y... — se detuvo haciendo una cara de repulsión.

—¿Y...? —dijo Tony para romper la pausa.

—Y estaba mojada, o sea, se había orinado encima —confesó con pesar mientras se tronaba los dedos ansiosa—. El ama de llaves me dijo que llevaba días sin probar bocado, solamente bebía. Sus padres no volverán hasta navidad y no hay nadie más en casa.

—Podríamos llamar a su hermano mayor. Vive en la Ciudad de México.

—La mujer me dijo que su hermano vino hace unos días y solamente discutieron. Romina lo corrió de la casa.

Tony comenzó a sentir un poco de pena por Romina. Sabía que siempre se había caracterizado por estar desequilibrada pero todo esto le parecía demasiado, sin contar por supuesto el hecho de que había intentado descomponer su auto para que los frenos no funcionaran.

—Debería la empleada llamar a sus padres entonces.

—Me dijo que lo ha hecho pero que no responden. Aunque eso no es lo peor.

—¿Hay algo peor? —exclamó Tony, esta vez mostrándose un poco sorprendido.

—La empleada me dijo que la escucha hablando sola todo el tiempo —confesó—. Yo intenté platicar con ella, pero estaba prácticamente desmayada. Entre la empleada y yo logramos cambiarla de ropa y acostarla en la cama. Creo que puede estar enferma. Quizá necesite un psiquiatra o algo así.

Tony sintió esa punzada en el estómago que le indicaba que a veces

debía intervenir para ayudar a quienes realmente lo necesitaban y sin dudar lo habló con sinceridad: —Iré a visitarla mañana —dijo, y Carla reconoció la bondad escondida en quien, una gran cantidad de gente, le tomaba por cruel y vil.

La oficina de la profesora Lorena Torres era un espacio pequeño con cientos de libros colocados en libreros alrededor del lugar. Como en la mayoría de las oficinas de directores y rectores, detrás del escritorio y el sillón de piel giratorio, había una ventana que daba a los jardines del campus. Dentro del despacho, con piso de madera, circulaba un aroma dulzón, ese aroma de café con azúcar que invade casi todas las oficinas del mundo. Todo ahí dentro era de color marrón y blanco. Se lucían en la repisa de la ventana un par de plantitas muy bien cuidadas y en el escritorio de madera algunos portarretratos de la profesora Lorena con su esposo, el profesor Alberto.

—Adelante —indicó con su tono femenino y cantado sin despegar la mirada de las notas, como si supiera de antemano de quién se trataba y no hubiese necesidad de alzar la vista.

—¿Me llamó, profesora? —dijo la voz de Tony al asomarse por el umbral con un rostro tan serio que casi rayaba el cansancio, y quizás un tinte de ligera molestia se agregaba por el llamado de la profesora y la interrupción de su itinerario.

—Así es, joven Ámaro —dijo la mujer, esta vez levantando el rostro para verle a los ojos—, tome asiento —indicó.

Tony se aproximó a una de las sillas acojinadas colocadas frente al escritorio de la directora, inhaló hondo y liberó el aire con rapidez. —Dígame, en qué puedo servirle.

—Primero que nada —comenzó la mujer con un rostro casi triste, con las cejas juntas en señal de preocupación—... he leído la nota de los

periódicos. Lamento que inventen cosas como esas.

—No es la primera vez que sucede, profesora —confesó el chico sin ánimos de profundizar en el tema, que ya le parecía bastante aburrido y tedioso.

—Lo sé. Sólo espero que sea un invento y no una realidad, ¿sabes?, no sería bueno para el colegio que un grupo de estudiantes se dr...

—Por favor, profesora, más de la mitad de los alumnos del campus consumen drogas. No estoy diciendo que lo de La Linterna sea cierto, pero no entiendo por qué pensar que podríamos ser nosotros los únicos en hacer tal cosa cuando muchos lo hacen. El “prestigio” del colegio se debe a más cosas y no a las adicciones de sus alumnos, además, créame, para la gente rica existen cosas peores que las drogas —sentenció, tal como acostumbraba hacer para evitar charlas sin sentido y llenas de rodeos.

La mujer guardó unos segundos de silencio mientras observaba atónita al joven Ámaro con la boca entre abierta, con los labios separados lo suficiente como para que una mosca entrará en ella. —Creo que tienes razón —dijo al fin—. Aunque ese no fue el motivo por el que te mandé llamar. —Tony guardó silencio en espera de la explicación de la directora—. Se trata de un evento de caridad que Elena de Parra está organizando para apoyar a una fundación llamada “Contigo”, encargada de apoyar a las familias que menos tienen en las zonas más necesitadas del país —informó la mujer con las manos entrelazadas sobre el escritorio—. La fundación obtiene soporte a través de donativos y, en la acomodada posición de tu familia, pensé que podrían donar una suma.

Tony no emitió ningún tipo de gesto y abrió la boca solamente para decir: —Cuenta con ello, profesora. ¿Cuándo será el evento?

—Principios del mes de diciembre, un par de semanas antes de que finalice el semestre.

—Muy bien, entonces lo hablaré con mi hermano y le informaré la cantidad de dinero cuando la fecha se aproxime.

—¡Perfecto! Esperaré tu respuesta con ansias.

—¿Es todo? —preguntó con la mayor cantidad de educación que su voz le permitió.

—En realidad sí, aunque me gustaría agregar algo más.

—Dígame —habló insatisfecho porque la conversación se había extendido más tiempo del que él había planeado dedicarle.

—Sólo quisiera decirte que cuentas con todo mi apoyo, digo, con eso de los ataques periodísticos. No quisiera que pensaras que ese tipo de cosas te traerán problemas en la universidad. Eres un alumno ejemplar y estoy segura de que serás el mejor mercadólogo y publicista del país.

—Se lo agradezco, profesora, pero en realidad ese tipo de cosas no representan una gran amenaza para mí. Es el costo de la fama, ¿no lo cree? —dijo el joven alumno y emitió media sonrisa.

La profesora lo miró una vez más atónita, sin saber qué decir. Lo que el alumno acababa de confesar en realidad no era nada más que la verdad, sin máscaras o disfraces, la verdad cruda y transparente, de esa que te deja sin palabras.

—¿Es todo entonces?

—Emmm... sí, puedes retirarte —tartamudeó la mujer, y Tony salió rápidamente de la oficina, llevándose consigo un poco de aroma a café impregnado en la tela de su ropa.

Las clases comenzaban a complicarse conforme el semestre transcurría, y entre los deberes de la escuela y los deberes sociales, Tony comenzaba a sentirse abrumado. Además estaba toda esta cosa de las amenazas y las “bromitas” pesadas que le asaltaban los pensamientos de vez

en cuando.

La tarde era calurosa y el aire caliente le empapó el rostro cuando la ventanilla de la parte trasera del auto bajó automáticamente para poder comunicarse con la cámara que vigilaba la entrada de la casa. De pronto, la voz de una mujer mayor salió de una pequeña bocina: — ¿Si? —preguntó.

—Hola, buenas tardes, soy Tony Ámaro, me gustaría entrar a ver a Romina si me lo permite. Supe que no se ha encontrado muy bien —respondió.

—Oh, adelante, joven, abro enseguida. —Acto seguido la reja negra de la entrada se abrió hacia dentro para permitir que el Mercedes negro se dirigiera a la enorme casa de la familia Indriú.

—De verdad, no entiendo por qué venimos a ver a la loca esta —refunfuñó Amelia sentada a un lado de Tony.

—Quiero saber cómo está, es todo. Carla no me dio detalles muy positivos.

—Sí, pero por qué me arrastras a mí —refutó su amiga—. En realidad me da igual si está muerta o se la llevaron los extraterrestres.

Tony no respondió ante tal pataleta y abrió la puerta para salir del auto, indicándole a Pedro que les esperara estacionado ahí.

Una mujer anciana, con aspecto acabado y vestida con un atuendo azul marino, abrió la puerta principal de madera con el vitral de una orquídea en el centro. —Bienvenidos —saludó la mujer. Amelia puso los ojos en blanco y respiró hondo.

—Buenas tardes, usted debe ser el ama de llaves —habló Tony.

—Así es, soy Fabiana —dijo, y extendió una mano para estrechar la del joven frente a ella, quien respondió de la misma manera.

—Mucho gusto, Sra. Fabiana, no tenía el placer de conocerla. He estado antes en la casa y no nos habíamos cruzado.

—No tengo mucho tiempo trabajando aquí —informó la mujer.

—Ella es mi amiga Amelia —presentó él, y las dos mujeres se estrecharon las manos. Amelia con una sonrisita falsa y forzada—. Nos preguntábamos cómo se encontraba Romina; ha faltado mucho a clases. Una compañera vino a visitarle y me dijo que la encontró muy mal.

—Oh, sí joven, está muy mal, creo que ha enfermado, pero pasen, pasen. —Se hizo a un lado para permitirles la entrada.

La casa Indriú era, a primera vista, la mitad de grande que la mansión Ámaro. Estaba decorada con muebles antiguos y los colores predominantes eran marrones y rojos en tonos oscuros y oxidados. Había un vestíbulo circular con una mesa alta que tenía un jarrón de cristal enorme con flores naturales de colores distintos. El vestíbulo llevaba a una escalera de caracol pegada a la pared de madera; los escalones eran también de madera y estaban alfombrados de un color azul grisáceo poco llamativo. El barandal era de madera barnizada y se extendía retorcido en círculo hasta una segunda planta. Amelia y Tony conocían la casa de Romina debido al corto tiempo en el que la chica había pertenecido al círculo; siempre habían tenido la impresión de encontrarse en una especie de museo de antigüedades, lleno de objetos hechos de cristal esparcidos por repisas y libreros.

La Sra. Fabiana comenzó a subir los peldaños para conducirlos hacia la planta superior mientras les platicaba rápidamente la situación: —No prueba bocado alguno, se la pasa encerrada en su habitación y bebe alcohol hasta quedar prácticamente inconsciente, además habla sola durante horas, eso me asusta mucho. Sus padres se han marchado a Asia a asuntos de trabajo y no volverán hasta temporada navideña. El joven Adrián vino hace unos días, pero lo único que escuchamos todos fueron gritos y él simplemente se fue, azotando la puerta, furioso joven, muy furioso, como alma que llevaba el diablo — comunicó la mujer alarmada. Llegaron al piso de arriba y torcieron a la izquierda. El pasillo los condujo hasta una puerta al final de color café. La

empleada ni siquiera se tomó la molestia de tocar y abrió de inmediato. La habitación estaba iluminada por la luz del sol que penetraba intensamente a través de las ventanas abiertas. El espacio era un desorden total; había ropa por todos lados y botellas vacías y medio vacías esparcidas por todo el lugar. Había un aroma a licor penetrante que al parecer ya había comenzado a desvanecerse debido a las repentinas corrientes de aire que entraban por las dos ventanas abiertas.

—¿Alguien más ha venido a visitarle? —preguntó Tony mientras observaba a la chica tumbada en su cama durmiendo en una posición torcida, casi diabólica.

—Sí, bueno, un par de amigas y... me parece que es la directora de la universidad. Ha venido tres veces. Me ha ayudado a darle de comer.

—Hola Tony. Hola, zorra —dijo la voz alcoholizada de Romina, que se había despertado a causa del ruido de las voces—, los estaba... esperando —vociferó con dificultad mientras intentaba levantarse de la cama pegada a la pared.

—Hola, Romina —respondió Tony estupefacto. Notaba lo delgada que se veía, casi cadavérica, con el cabello enmarañado y manchas de baba en la ropa. Los ojos se le desorbitaban y la voz le salía con dificultad.

—Quiero que me veas volar, Tony —dijo, y acto seguido se lanzó hacia la ventana con la confianza que tiene un acróbata al lanzarse en su acto de circo con una red debajo de él. Justo cuando su cuerpo desapareció en el aire la Sra. Fabiana emitió un grito espectral de terror y Amelia se llevó las manos a la boca para contener uno similar. Tony abrió los ojos como platos y corrió hacia las escaleras.

5. La fiesta de las piedras preciosas

Afortunadamente Romina había sobrevivido a la caída de seis metros gracias al toldo en el que se resguardaban los objetos de jardinería en el patio lateral de la casa. Se había dislocado una muñeca gracias al impacto amortiguado por la lona de plástico que le había sostenido por fracción de segundo y ya se encontraba descansando nuevamente en su habitación luego de que Tony y Amelia le llamaran a un médico para que fuese a verla, quien tuvo que llevarla a servicios de urgencia del Hospital General de Santa Villa para que la muñeca regresara a su lugar con la ayuda de un especialista. Al parecer Romina estaba tan alcoholizada que ni siquiera se inmutó cuando los huesos tronaron al embonar de nueva cuenta.

Tony y Amelia habían perdido toda la tarde en el ajetreo con Romina y llegaron a sus respectivas mansiones cuando la luz del sol ya estaba oculta. Al entrar a la habitación de Mateo para ver si ya se encontraba ahí, Tony se acurrucó con su hermano, quien veía atento el noticiero con el pijama puesto, ese de color azul marino que a Tony le encantaba verle, pues lo hacía lucir más tierno de lo que ya era.

—¿Qué ves? —preguntó Tony mientras acomodaba su cabeza en las piernas extendidas de su hermano.

—El noticiero —respondió rápidamente—. Parece ser que encontraron un plantío de hongos alucinógenos ilegales muy cerca de Santa Villa, en uno de los pueblos rumbo a la Ciudad de México. Están investigando al respecto; parece ser que algunos campesinos encontraron el plantío y robaron muchos hongos. La policía piensa que los campesinos o la gente que los robó pueden estar consumiéndolos o vendiéndolos. Son muy peligrosos; mortales en dosis equivocadas.

—Pues es una droga más en el país. ¿Pero de quién es el terreno en donde están sembrados?

—Parece ser que el terreno no tiene propietario. No encuentran a un dueño —respondió Mateo con los ojos pegados a la pantalla—. La investigación es complicada. ¿Qué tal tu día?

—Cansado. Hoy fui a visitar a Romina.

—¿Y qué tal? Pensé que se odiaban.

—Pues me enteré que estaba un poco enferma y decidí ir a verla con Amelia.

—¿Y está bien?

—Más o menos. Sus padres no están y su problema más bien es exceso de alcohol —explicó Tony apesadumbrado—. Hoy tuvimos que llevarla al hospital porque se lanzó por la ventana de su habitación y se dislocó una muñeca. Afortunadamente eso fue lo único.

—¿En serio? —exclamó Mateo sorprendido, despegando al fin la mirada del televisor y posándola en la cabeza de su hermano sobre sus piernas.

—Sí, en serio —respondió con pesadez.

—¿Y con quién está? ¿Totalmente sola?

—No, con la servidumbre. Su hermano llegó hace unos días pero el ama de llaves nos dijo que habían discutido y que Adrián se marchó furioso de la casa.

—Pues me alegra que hayas ido a verle y también que la hayas llevado al hospital y todo eso —dijo el mayor de los Ámaro—. Eres una buena persona.

—La gente no piensa eso la mayor parte del tiempo.

—Porque no te conocen como yo —respondió, y comenzó a acariciarle el lacio y rubio cabello, ese color dorado que brillaba con la luz del sol y

llamaba la atención de cualquiera que reconociera la hermosura de Tony.

—Mañana me iré de viaje —confesó—; iremos a México a visitar a las hermanas Salvatierra. Les pedí un favor y debo ir a entrevistarme con personal de su agencia de investigación.

—¿A quién estás investigando, Sherlock? —cuestionó Mateo con media sonrisa dibujada en el rostro. Tony giró la cabeza posada en sus piernas y lo miró desde abajo.

—Quiero saber quién nos está amenazando.

—¿Has recibido más cosas intimidantes? Porque si es así iré a la policía, y no me importa que tú no quieras, no podemos continuar así, entien...

—Calma, no he recibido nada más, ¿te podrías relajar? —le interrumpió Tony, pues el discurso de su hermano ya lucía histérico y extremadamente preocupado. Tras decir esto, Mateo inhaló profundo y exhaló lentamente. Tony se levantó de la cama y en el proceso le dio un beso a su hermano en la mejilla derecha.

—Iré a cambiarme de ropa —informó el chico rubio y salió de la habitación dejando a su hermano con el rostro serio, como aquel que guarda una preocupación que no puede demostrar con totalidad.

El sol estaba oculto detrás de un montón de nubes grises que hacían lucir el camino bastante tétrico. La carretera hacia la Ciudad México era boscosa y fría; la falta de iluminación se imponía con un toque romántico mezclado con algo lúgubre y a la vez fascinante. Tania, María y Miguel se encontraban en la parte trasera de la camioneta discutiendo sobre sus cantantes favoritos; la revuelta había comenzado entre Tania y Miguel, pues a ella le parecía mejor opción el pop sobre todos los géneros musicales, y Miguel, siendo versado en lo que a música respectaba, decidió comenzar un debate al que se le había unido María. Amelia y Alejo viajaban en la parte media de la

camioneta y discutían sobre el rumbo que llevaba su “relación” en un tono de voz quedo, ese tono de voz que utilizan las parejas mientras pelean para que los demás no escuchen lo que cada uno dice del otro. Tony, sentado en el lugar del copiloto junto a Pedro, contemplaba el cielo y los bosques que pasaban rápidamente a su lado. En silencio, el heredero Ámaro intentaba separar algunas de sus ideas, algunas de ellas eran, por supuesto, la amenaza, lo de los autos y el animal muerto que había recibido en su casa. Trataba de imaginar quién estaría tratando de perturbarle con tan desagradables cosas, además, también pensaba en todo ese embrollo que se había armado debido a los “tributos” que los demás le hacían. No tenía ni idea de a quién podría incluir este año en el círculo. No había buenos candidatos y el concepto comenzaba a parecerle abrumador, complicado y estaba considerando la posibilidad de ya no admitir a nadie más y dejar de aceptar regalos cada año. Era algo que hacía desde la preparatoria; quizás ya no era necesario, quizás algo en él estaba madurando.

La Ciudad de México siempre les había parecido encantadora, y a quién no le parecería si era el conjunto perfecto de lugares para distraerse, conocer, aprender, divertirse, etc. La grandeza de la ciudad estaba a la altura del círculo, pues adoraban visitarla de vez en cuando para dejarse absorber por la frivolidad y el exceso.

El teléfono de Tony emitió una alerta de mensaje:

AniLú Salvatierra:

Hola, bebé. ¿Ya casi llegan?

Tony:

Estamos entrando a la ciudad, bebé.

AniLú Salvatierra:

*Perfecto, los vemos en el penthouse :**

El edificio “Adora” era propiedad de la familia Salvatierra; se trataba

de un condominio de veinte pisos con una combinación entre oficinas y departamentos de lujo. El “Adora” había sido un regalo de cumpleaños por parte de Bladimir Salvatierra, el padre de Ana Luisa y Fernanda, para Adora, su esposa y madre de sus hijas. Abarcando todo el piso veinte se encontraba un lujosísimo penthouse en donde las hermanas Salvatierra vivían la mayor parte del año desde que sus padres habían decidido establecerse en una mansión al norte del país. En el estacionamiento del “Adora” les estaba esperando un grupo de sirvientes que llevarían su equipaje por el ascensor de servicio; Tony indicó a Pedro que descansara y pidiera una habitación en el hotel de cinco estrellas que se encontraba justo frente al edificio Salvatierra; quizá no lo necesitaría hasta el domingo, pues si salían muy probablemente utilizarían un chofer de sus anfitrionas. El círculo adoraba el penthouse de las hermanas Salvatierra porque era enorme y tenía todas las comodidades para pasar un tiempo muy relajado. El elevador subió por un túnel de cristal desde donde se podía observar el amplio vestíbulo con muchas recepcionistas de las diferentes oficinas establecidas ahí, en diferentes plantas del multimillonario condominio.

Mientras todos revisaban las notificaciones en sus teléfonos celulares, el ascensor se detuvo y la puerta de metal se abrió tras ellos. El cielo de la Ciudad de México ya comenzaba a despejarse y el sol ya había invadido algunas partes del interior del lujoso lugar; los colores amarillo y rosa predominaban en casi todo el penthouse, había un desnivel de cuatro escalones que conducían a la enorme sala de estar con una pantalla del tamaño de media pared. Los muebles de la estancia eran amarillos con cojines color fucsia y la alfombra mostraba un collage de cuadros y círculos de los mismos colores. Al fondo se encontraba un pasillo que conducía a varias habitaciones. Del lado izquierdo se encontraba un bar de la cristalería más bella que se pudiese conseguir en el mundo con una cantidad de licores impresionante; marcas

extranjeras de ron, whisky, vodka y coñac. Al fondo, después de los muebles, las mesas, los espejos y la enorme lámpara de cilindros de cristal que colgaba como un racimo en el centro del lugar, se encontraban unos ventanales enormes que funcionaban como puertas al exterior, en donde se podía ver la alberca rectangular que daba la impresión óptica de desbordarse por el límite del terreno del departamento, delimitado por placas de cristal de metro y medio de altura, reforzadas por uniones metálicas.

Una figura descalza y escultural entró de la terraza a la estancia contoneando las sensuales caderas, luciendo un fino vestido corto que parecía más bien una especie de bata color negro que se transparentaba y dejaba a la vista la lencería del mismo color. La mujer se había hecho una coleta con un listón blanco, tan largo que las tiras colgaban por detrás hasta su cintura. Era de piel trigueña, bronceada, de ojos negros y grandes, cabello castaño, labios delgados pintados de rosa fosforescente. Su nariz era pequeña y afilada, al igual que todas sus facciones; la chica no podía medir más de un metro con sesenta centímetros. Llevaba puesto un reloj grueso de oro, prenda que Tony reconoció enseguida, no era necesario preguntar cuál era la marca, él conocía cada uno de los diseños que fabricaban en su empresa.

—Mira, Anilú, si es el famosísimo círculo de diamantes de Santa Villa —dijo la chica esbozando media sonrisa con una expresión sarcástica y algo malévola en el rostro. Justo cuando se detuvo frente a ellos y se cruzó de brazos, otra figura igual de femenina entró siguiendo la misma ruta que la primera y se detuvo unos centímetros detrás de su hermana; era idéntica a la primera, incluso llevaba puesta la misma ropa, solamente que de color blanco, y el listón que le sostenía el cabello era color negro, además de que el reloj que llevaba en la muñeca era de plata.

La segunda chica colocó una mano en la cintura, sonrió y dijo a su gemela: —Fer, creo que esta noche habrá fiesta en casa.

El primero en conocer a las gemelas Salvatierra fue Tony. Su historia había iniciado desde la infancia pues sus padres solían trabajar juntos. Ana Luisa y Fernanda Salvatierra eran dos años mayores que Tony, es decir, veinticinco. Se habían encontrado por primera vez cuando Tony tenía once años en uno de los viajes que hacían en familia para visitar a amigos de la Ciudad de México. La primera cosa que Tony hizo con las gemelas fue molestar al mesero del restaurante al que habían ido a cenar. Entre las gemelas y Tony sacaron de quicio al pobre hombre a quien le regresaban los platillos, le pedían postres que no se comían y le exigían hablar con el gerente pues se quejarían de su mal servicio; el haberse sentado en una mesa apartada de los adultos les había conferido cierto poder. Desde entonces decidieron ser amigos pues se percataron de que tenían muchas cosas en común; la principal era creer que casi todo en el mundo era posible si tenías dinero de sobra. Poco tiempo después, cuando Tony viajaba con Amelia a Ciudad de México, a quien conocía desde que tenía un año, tuvo oportunidad de presentárselas. Las tres habían congeniado de lo mejor, pues era igual de traviesa, incluso peor, que ambas hermanas juntas. Con el tiempo, Tony fue presentándoles a los miembros de su círculo de diamantes y las chicas siempre lograban divertirse con todos. Aceptaban que les tenían cierto aprecio.

—Por favor, pórtate bien —dijo la voz de Mateo saliendo del auricular del teléfono.

—No, tú pórtate bien —replicó Tony.

—Yo siempre lo hago, tú eres el menor, el que siempre se mete en problemas.

—¿Qué? Estás mal, Mateo —dijo intentando contener la carcajada.

—Bueno guapo, cuídate. Te veré el domingo.

—¿Me amas? —preguntó Tony.

—El número de veces que ha latido tu corazón —respondió y formuló la pregunta esperada de vuelta—. ¿Me amas?

—El número de veces que has respirado —tras decir esto Tony se despegó el celular del oído y finalizó la llamada. Salió a la terraza en donde sus amigos estaban platicando y bebiendo martinis de manzana.

—Jajaja, ¡basta, Mikey! No puedo creer que hicieras eso —exclamó Anilú Salvatierra con los pies metidos en el agua de la alberca al tiempo que todos se carcajaban por algo que Miguel acababa de contar.

El sol comenzaba a ganar terreno en el contaminado cielo de la Ciudad de México, dejando ver entre el velo gris algunos espacios celestes por donde se escapaban rayos de luz que iluminaban pedazos de la ciudad.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Tony con una sonrisa mientras se colocaba los lentes de sol negros con un plástico verde como armazón.

—Mikey dice que una vez tuvo sexo con una azafata en un vuelo de Europa a México —informó Fernanda Salvatierra, y dicho esto le dio un trago a su bebida.

Tony sonrió y se sentó en el camastro en donde se encontraba recostada Amelia con los lentes de sol puestos y el martini en la mano izquierda. —Deberías creerle —dijo el heredero Ámaro.

—Quizás en este momento tienes un hijo y no lo sabes, Mikey —habló Ana Luisa intentando contener una carcajada.

La plática se extendió por horas y los martinis de manzana preparados por Fernanda habían sido todo un éxito para amenizar la conversación llena de carcajadas atiborradas de burla y escándalo, retratadas probablemente como hojas delgadas de navajas invisibles que salían de sus bocas lastimadas por la soledad y la miseria interna.

Las hermanas Salvatierra tenían una fama muy reconocida en la clase alta del país. Su desinterés ante las situaciones del mundo era una pieza

importante que se reflejaba en las fiestas millonarias que se encargaban de organizar para festejar absolutamente nada. Eran compradoras compulsivas y la mayor parte del tiempo se encontraban juntas. Eran fanáticas de ser extremadamente exigentes solamente por diversión, tal y como lo habían sido junto a Tony con el mesero el día en que se habían conocido. Fernanda era un poco más frívola y calculadora que su hermana, pero en resumen, se podría decir que eran de ese tipo de gemelos que se parecen demasiado, en la personalidad inclusive.

Tony se levantó del camastro mientras todos reían, cuando la luz del sol se hubo extinguido y las luces artificiales del lugar se encendieron automáticamente iluminándolo todo a su paso, incluido el interior de la alberca.

—Bien, supongo que saldremos a algún lugar esta noche. Iré a bañarme y a arreglarme, deberían hacer todos lo mismo —dijo el líder del círculo de diamantes.

—¡Por supuesto que saldremos, cariño! —exclamó Fernanda impactada—. Tenemos una sorpresa para ustedes, mis hermosos diamantes.

—Hay habitaciones de sobra, pueden utilizar las que gusten, ya lo saben. Aunque, si algunos quieren dormir juntos pues también están en libertad de hacerlo. En esta casa somos sexualmente abiertos, ¿verdad, Fer? —explicó Ana Luisa.

—Verdad —respondió su hermana con media sonrisa y una ceja levantada.

El penthouse tenía diez habitaciones, dos de ellas estaban en el pasillo este del lugar, eran más grandes y pertenecían a sus propietarias. Las otras ocho habitaciones se encontraban en el pasillo oeste; cuatro del lado izquierdo, tres del derecho y una puerta al fondo; esa última era la que Tony siempre ocupaba; era una habitación amplia con una pequeña terraza que

deslumbraba por su espectacular vista de la ciudad, la cual se podía disfrutar dentro de un jacuzzi color azul. La decoración de la habitación de Tony era mucho más sobria, abundaban los colores púrpura y marrón y casi todo era de terciopelo; muebles, cortinas y almohadas. Tenía un aromatizante característico a vainilla que le encantaba y disfrutaba cada vez que entraba a ese cuarto. Se pudo percatar de que su equipaje ya se encontraba dentro, junto a la cama. Cerró la puerta y abrió el ventanal para salir a la terraza y admirar las luces de la ciudad iluminada de noche. Pensó en lo agradable que era estar ahí, en la casa de sus viejas amigas, y no pudo evitar recordar cuando viajaba con sus padres a la enorme Ciudad de México. Admiraba el paisaje de puntos de luz, algunos moviéndose, pues probablemente pertenecían a los faros de los automóviles encargados de atiborrar las avenidas; podía escuchar, entre el silencio parcial provocado por la altura del edificio, a lo lejos, el sonido de la vida en la ciudad, el sonido del movimiento, del trabajo y de la vida nocturna también. El recuerdo de sus padres en la ciudad le asaltaba la mente de una manera inevitable y una sensación amarga le recorrió la garganta, la saliva se le había vuelto espesa y las náuseas le invadieron el cuerpo; cerró rápidamente el ventanal corredizo con una mano y con la otra se cubrió la boca en señal de malestar. Los ojos azules le brillaban debido a lo cristalizados que se encontraban por una rápida lubricación que terminó por escurrirse en dos delgadas lágrimas a través de su blanca piel; comenzó a respirar lentamente con los ojos cerrados, aún frente al ventanal, empañando el cristal con el cálido vaho de sus exhalaciones. Miranda le había enseñado a cómo controlar esos ataques de angustia con la respiración. Poco a poco se dirigió a la cama para sentarse; todo le daba vueltas y los recuerdos se habían despertado de ese sueño forzado al que los sometía constantemente. Sentía cómo esa guerra en su interior comenzaba a hacer más ruido de lo normal, ese escándalo que le hacía revivir los momentos más turbios y asquerosos.

Respiró lento, pausado, contando sus inhalaciones; “uno, dos, tres...” decía mentalmente con los ojos cerrados, las cejas entronadas y las fosas nasales dilatadas. Alguien llamó a la puerta y se abrió acto seguido.

—Hola, bebé, ¿puedo pasar? —dijo Fernanda Salvatierra.

Tony abrió los ojos y se recuperó de inmediato, o por lo menos fingió hacerlo. Inhaló hondo y tragó saliva. —Adelante —concedió.

—¿Estás bien? —preguntó la chica al verle más pálido de lo normal, sentado en la cama con los ojos algo llorosos aún.

—Eh, sí, por supuesto —mintió.

—No parece —insistió ella poniendo un rostro preocupado y sentándose en la cama—. ¿Es por las amenazas que me contaste? ¿Está todo en orden?

—Sí, todo está bien, no te preocupes. Sentí un ligero mareo, pero es por la altura de la ciudad, ya sabes que siempre me pasa —mintió de nuevo—. Con respecto a las amenazas, en realidad no estoy tan preocupado como quizá debería estar, pero por eso he venido a pedir su ayuda. Quisiera investigar quién está haciendo ese tipo de bromitas pesadas. No quiero involucrar a la policía, me parece innecesario.

—Ok, pues sabes que cuentas con nosotras. Mañana por la tarde vendrá alguien de la agencia a hacerles algunas preguntas. Tú no te preocupes por nada, ellos se encargarán de todo. Seguramente se trata de alguna perra envidiosa por ahí que quisiera tu perfecta vida —dijo Fernanda emitiendo una sonrisa perversa y burlona al final, pero la borró de inmediato y volvió a poner cara de preocupación ladeando la cabeza mientras observaba a Tony—. Si quieres podemos quedarnos esta noche en casa.

—No, por supuesto que no, ¿por qué habríamos de hacer eso? —respondió con su característico tono frívolo y serio, lo que hizo que Fernanda sonriera de nuevo, esta vez con mayor intensidad.

—Muy bien, pues, tenemos una súper fiesta preparada para ustedes. Queremos que la pasen genial, como siempre. Y... en verdad espero que todo esté bien contigo —dijo con un tono sospechoso—; no logras convencerme del todo.

—Por favor, sal de aquí muñeca de aparador, debo arreglarme, y eso me toma algo de tiempo —habló intentando aparentar la típica personalidad prepotente y fría de siempre, esforzándose por convencer a su amiga aún más sobre su bienestar.

—Jajaja, ok mi drag queen favorita, te veo en la sala en un rato para bajar juntos. El chofer nos llevará al lugar. —Dicho esto la chica se levantó de la cama, salió del lugar, cerró la puerta y se dirigió a su habitación para arreglarse.

Tony volvió a desencajar el rostro y a llevarse una mano a la boca para contener lo que posiblemente era un llanto que llevaba acumulado mucho tiempo.

Todos los miembros del círculo de diamantes, excepto Tony, se encontraban ya en la sala del penthouse, sentados en los muebles, vestidos glamorosamente, texteando en sus teléfonos celulares sin cruzar palabra alguna, en completo silencio, ese silencio que ya no es incómodo porque la tecnología lo ha vuelto algo habitual, común, es más, casi necesario de vez en cuando.

—¿Listos? —cuestionó la femenina voz de Fernanda Salvatierra, quien se acercaba rápidamente haciendo resonar los tacones de aguja que llevaba puestos mientras se acomodaba el cabello semiondulado hacia el lado izquierdo. Llevaba encima de su delgado cuerpo un vestido de una sola manga larga hecho de tela con piedras que simulaban diamantes; el vestido despedía un reflejo luminoso plateado que exigía ser visto, además, Fernanda se había

maquillado de esa manera tan natural, casi perfecta, que las mujeres actuales saben utilizar muy bien.

—Aún falta Tony —respondió María, quien se tomaba una selfie para subirla a sus redes sociales.

—Como siempre...

—...elegantemente tarde —interceptó a Fernanda el apuesto heredero Ámaro, quien salía del otro pasillo ajustándose los botones del cuello de la camisa azul marino que llevaba puesta debajo de un saco color rojo encendido. También llevaba puestos unos pantalones negros con un corte finamente entubado, sin exageraciones, que acentuaba su delgadez—. ¿Nos vamos? —dijo mientras observaba a todos sus amigos y esbozaba media sonrisa con las cejas arqueadas.

—Sí, pero antes, tomen esto —indicó Ana Luisa mientras les repartía una bolsa de papel negro con listones blancos como aza a cada uno de los presentes.

—¿Qué es esto? —cuestionó Alejo al tiempo que abría la bolsa de aspecto elegante y misterioso.

—Es un artículo indispensable para poder entrar a donde vamos —informó Ana Luisa, y acto seguido sacó de la bolsa que se había quedado en las manos un antifaz decorado con piedras y plumas de color rosa; el antifaz combinaba perfectamente con el color de su vestido, el cual era exactamente igual al de Fernanda a excepción del color de las piedras que estaban incrustadas en la tela.

—¿Una mascarada? —dijo Tania asombrada mientras observaba su antifaz blanco hecho de plumas.

—Tiene mucho tiempo que no hacíamos una... en honor a su visita —aclaró Ana Luisa.

—Bueno, será mejor que nos vayamos. Los demás invitados esperan en

el lugar —dijo Fernanda con tono emocionado y se dirigió de inmediato al ascensor.

Tony se colocó su antifaz, uno muy elegante con piedras y plumas que se difuminaban de negro a azul encendido. Sabía que las fiestas de las gemelas eran majestuosas, inolvidables, pero también sabía que tendría que convivir con demasiadas personas de los más altos círculos sociales del país; algunos no tan de su agrado.

Se trataba de un hotel en una zona de gente adinerada. Cuando la camioneta en la que eran transportados se acercó al lugar, el círculo de diamantes pudo percatarse de que había un tumulto esperando a los costados de una alfombra roja dispuesta hacia la entrada al lobby del hotel.

—¿Le hablaron a la prensa? —preguntó Miguel en dirección a las gemelas.

—¡Por supuesto que no! —respondió Ana Luisa en tono de indignación exagerado y burlón.

—La prensa siempre llega sola. No existe la necesidad de llamarles —agregó Fernanda mientras escribía un twit:

“@FerSalvatierra_: Para ocultar el rostro al pecar”

El twit iba acompañado de una selfie que se habían tomado en el elevador mientras descendían del penthouse al estacionamiento del “Adora”; todos con sus antifaces puestos.

Cuando el chofer abrió la puerta para que pudieran descender del vehículo, una tormenta de flashes les asaltó los ojos, pupilas acostumbradas por supuesto a los destellos de las cámaras desde su niñez. Avanzar por la alfombra roja significaba un camino de aproximadamente media hora, recorriendo una distancia de quince metros; todo ello debido a que los recién llegados debían posar ante diversos periódicos y revistas que se deleitaban

con las columnas de los estratos sociales más altos de México y del mundo, además, claro, de que una cantidad importante de periodistas hacían preguntas para incluir en sus notas, encabezados y pies de foto.

—¡Amelia, un saludo para CSM, por favor! —gritaba un reportero con euforia a la joven de vestido color negro de mangas largas y escote pronunciado.

—Hola, soy Amelia Dante y estás viendo CS México —dijo mientras esbozaba una pronunciada sonrisa y posaba para la cámara, finalizando con un beso en la palma de la mano que enviaba dulcemente hacia los televidentes a través de un ligero soplido.

Cuando por fin hubieron terminado de posar ante las cámaras y responder a las preguntas de los reporteros, el círculo y las gemelas se introdujeron al lujoso hotel en donde una mujer alta, rubia, muy guapa, con un vestido corto, plateado y destellante, les condujo amablemente hasta el salón de eventos en donde aguardaba la fiesta organizada por las hermanas Salvatierra.

Al abrir la puerta, todos ya con sus antifaces colocados nuevamente después de mostrar sus rostros en la alfombra roja, pudieron admirar la majestuosidad de la decoración al interior del enorme salón; acomodados en todos lados una especie de árboles artificiales que en vez de hojas tenían en sus tallos y ramas un infinito número de cristales de una reconocida marca de cristalería. Estos árboles artificiales encendían luces de colores que hacían destellar a los cristales de una manera exquisita. De las paredes colgaba el entelado naciendo del centro del techo, pero entre la blanca tela se encontraban pequeños focos que brillaban como oro en una mina oscura por la que se cuela un pequeño rayo de sol. Justo en medio de donde el entelado nacía, también colgaba un enorme candelabro de cristal cortado que reflejaba las luces que provenían de todas direcciones como parte de la ambientación.

Toda la decoración simulaba estar hecha o forrada de piedras preciosas, algunas azules simulando zafiros, como los vasos en las mesas, algunas rojas simulando rubíes en los glamorosos centros de mesa que se trataban de pequeños arbustos con piedras esparcidas que brillaban y colgaban de hilos transparentes hasta el mantel y, por obviedad a la temática de la fiesta, todos los invitados tenían puesto un antifaz con diseños muy singulares, en su mayoría con piedras incrustadas.

Al fondo, en una zona elevada del salón, se encontraba un escenario en donde una mujer jugaba con la música para inundar el lugar con las canciones electrónicas de moda; era una chica de cabellos negros que también se cubría el rostro con un antifaz del que encendían luces de colores.

—¡No puede ser! Pero si los rumores eran verdaderos —dijo una chica que se levantaba de una de las mesas del salón con una copa de champán en la mano derecha con una cereza azul en el interior—. El círculo de diamantes en México —dijo mientras abrazaba a Tony. Era una joven de veintiocho años aproximadamente, alta, delgada, de piel bronceada, de cabellos castaños, ondulados y bañados en una escarcha dorada que brillaba al moverse; llevaba puesto un vestido dorado que destellaba como el oro, corto, con detalles muy metálicos al igual que su antifaz y todos los accesorios que traía puestos.

—Marci —respondió Amelia cuando le dio un beso en la mejilla a la chica que les saludaba alegremente.

—¿Cómo están mis diamantes hermosos? —interrogó.

—Más brillantes que nunca, Marci. ¿Acaso no nos ves? —respondió Tania con una actitud melosa que les caracterizaba a casi todas las chicas de clase social alta.

—Pero claro que lo veo —dijo Marci mientras observaba lujuriosamente a Alejo y a Miguel, vestidos con abrigos oscuros y pantalones

casuales marrón y azul plumbago respectivamente—. Pero bueno, brindemos por su llegada... —instó la despampanante mujer y alzó la copa.

—Pero hermanita, ellos no tienen una copa en la mano aún, no pueden brindar —dijo una varonil voz detrás de la chica con atuendo dorado—. Buenas noches, Amelia, Tony, María, Tania, Alejo, Miguel...

—Pero qué bien memorizados tienes nuestros nombres, Marquito —habló María mientras le esbozaba media sonrisa al apuesto joven de treinta años como máximo, alto, atlético, de piel blanca y nariz afilada; era imposible no prestar atención a su perfecto rostro adornado con una bien delineada barba de candado, negra como sus cabellos. Llevaba puesto un antifaz plateado, liso, metálico reluciente que hacía juego con su traje gris, con camisa del mismo color y una corbata gris que rayaba en lo plateado debido a lo pulido de los hilos de la tela con la que estaba hecha.

—Tienes toda la razón, hermanito. —Acto seguido, Marcela, a la que llamaban Marci, llamó con señas a un mesero, quien en una bandeja traía más copas de champán, suficientes para los recién llegados—. Muy bien, entonces... ¡Salud! —dijo la chica y todos golpearon sus copas mientras repetían “¡Salud!” con frivolidad.

—Disculpe, señorita Del Antía, ¿me permitiría unas preguntas?, soy de la revista “Dime” —dijo un hombre detrás de las gemelas.

—Emmm, claro —dudó, pero se dirigió hacia los reporteros; uno de los pocos medios de comunicación que había conseguido el acceso al interior del evento.

Amelia puso los ojos en blanco mientras observaba el rostro inexpresivo de Tony, quien se dirigió a saludar a más invitados que se encontraban en otras mesas, pasando a un lado de Marco Del Antía como si fuese invisible; el resto del círculo siguió a su líder, excepto Amelia, a quien Alejo le lanzó una mirada castigadora antes de alejarse y dejarla a solas con

el hermano de Marcela.

—Y... ¿qué se siente ser el hijo del presidente de México en su tercer año? —preguntó la chica.

—No es la gran cosa, algo me ha hecho falta —respondió con ironía.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Tú.

La fiesta había transcurrido de lo más normal; demasiadas personalidades de círculos sociales altos del país habían asistido al evento organizado por las gemelas Salvatierra. El menú había consistido en cuatro tiempos de comida gourmet preparada seguramente por algún chef internacional. Cada uno de los integrantes del círculo se encontraba ya conversando con amigos de diversas partes del país y del mundo que no frecuentaban debido a las distancias. Ya todos se habían deshecho de sus antifaces. Alejo y Miguel platicaban entre carcajadas con Ana y Pablo Giordano, hijos de un actor italiano radicado en México desde hacía ya varios años. María y Tania bailaban con “Elemental”; tres jóvenes que conformaban un grupo de pop muy de moda en el país. Por otro lado, Tony se encontraba en la mesa con Celine Dub y Gabriela Carvajal, una pareja de lesbianas que conocían a Tony desde la infancia; los padres de ambas habían sido socios de Lazo-Ámaro en el pasado y habían estrechado una relación cordial con Tony, como la mayoría de los hijos de los socios de su padre.

—En realidad no entiendo tu soltería —repetía nuevamente Gabriela; una joven de veintiséis años, alta, de piel morena, cabello rizado y facciones latinas; muy atractiva.

—Eres un hombre muy apuesto, Tony, cualquiera mataría por tener una oportunidad contigo, literalmente —agregó Celine arqueando las cejas y bebiendo un trago de whiskey. Ella era una chica menos alta que su novia, de

piel más clara y cabello ondulado, negro. Sus facciones eran toscas pero tenía la cualidad de lucir siempre radiante.

—No lo sé. Probablemente pase la vida entera solo —respondió él con desinterés.

—¿Qué? ¡No! Verás que pronto encontrarás el amor —dijo Gabriela alarmada y colocó una mano en el hombro de Tony en señal de compasión.

En el interior, Tony tenía esas ardientes ganas de gritarle al mundo que estaba enamorado ya de alguien y que pasaría el resto de su vida a su lado. Quería anunciar su relación con Mateo sin importar lo que los demás pensarán o dijeran; en ese aspecto de su vida Tony estaba exhausto de aparentar y cubrir la realidad, pero recordaba a Mateo y se tranquilizaba. Quizás el momento para decir la verdad llegaría pronto, debía ser paciente.

Al fondo del salón se encontraban Amelia y Marco sentados en un sillón con una copa de champán en las manos. La música había cambiado de electrónica a balada en una mezcla poco convencional pero agradable al oído.

—¿Cómo va la universidad? —preguntó el apuesto hijo del presidente.

—Normal —respondió Amelia con sequedad mientras desviaba la mirada de la de Marco.

—¿Sigues soltera? —preguntó. Amelia soltó una carcajada y volvió la mirada hacia él, quien la veía atentamente.

—Eso no te interesa.

—Por supuesto que me interesa...

—¿Para qué, Marco? Lo nuestro se acabó y no volverá a ser de nuevo. Es una suerte que me encontraras aquí, es una suerte más grande que esté platicando contigo en este momento.

—Te he extrañado muchísimo, Amelia.

—¿Enserio? Pues yo a ti no, ni un poco —dijo ella con frialdad, de esa hiriente y verdadera frialdad.

—¿Por qué no lo intentamos nuevamente?

—¿Te golpeaste la cabeza o algo? No digas estupideces, Marco — respondió indignada, como si la propuesta de Marco se tratara de un asunto delicado.

—¿Por qué no me das otra oportunidad? Yo te amo, te he amado desde que te conocí, desde la primera vez que te vi. —Amelia lo miró inexpresiva, quería decirle tantas cosas pero no tenía idea de por dónde comenzar siquiera.

—Estuve internada en el hospital cuatro días por tu culpa, por ti y por tus estupideces. Estás enfermo y necesitas ayuda —dijo en un tono enojado pero apenas audible—. Te amé, y mucho, pero no puedo estar con alguien que casi me mata.

—Fue un error, lo siento... Yo... yo he cambiado —tartamudeó intentado excusarse.

A lo lejos Alejo observaba a Amelia y Marco detenidamente; su mirada era inquisitiva, casi condenadora, castigadora, llena de incomodidad mal disfrazada. Y es que la “relación” entre Amelia y Alejo se estrechaba con el tiempo pero lentamente. Amelia era una mujer muy complicada y Alejo no podía lidiar a veces con sus cambios de humor, pero la quería; sabía en el fondo que se trataba de alguien especial. Por otro lado Amelia veía en Alejo un hombre bueno, pero a veces pensaba que sería injusto ilusionarlo de más cuando ella no sentía aún el mismo cariño que él le ofrecía. La música se detuvo y las luces se apagaron. Un reflector se movió hacia una esquina del salón y enfocó en su redondo perímetro a un pianista preparado para tocar un hermoso piano de cola negro en el que se encontraba sentada una hermosa mujer de cabellos rojos como el largo y sexy vestido que llevaba puesto, el cual brillaba como si estuviese hecho de rubíes. La mujer tenía un rostro singular, unos ojos negros interesantes y unos labios gruesos pintados de escarlata; el pianista comenzó a tocar una pieza y la mujer inició un canto en

inglés, romántico e hipnótico, con una voz que pasaba de grave a aguda y viceversa en un segundo. Todos los presentes fijaron su atención en la hermosa cantante y dedicaron un aplauso caluroso en señal de aprobación.

—Podrías tener a quien sea, eres el hijo del presidente de México —expresó Amelia al tiempo que observaba a la cantante contonearse alrededor del piano mientras interpretaba su canción.

—No quiero a nadie, te quiero a ti.

—¡Basta! Tiene más de dos años que no nos vemos, que terminó todo contacto entre nosotros. No puedo creer que aproveches este momento para decirme todas estas tonterías —refutó la amiga de Tony ahora en un tono plano, nada exaltado, quien no dejaba de observar al pianista y a la interprete.

—No son tonterías, Amelia. Cancelé muchos compromisos para poder venir a la fiesta y hablar contigo.

—Pues no era necesario, no debiste venir.

—Por favor... -suplicó él y la tomó de una mano provocando que ella lo mirara con desprecio y la retirara inmediatamente.

—Marco, es mejor que vaya con Alejo, estás siendo demasiado insistente —informó la chica.

—No, no puedes irte con ese idiota —dijo él con asco en el rostro.

—Pues me trata muy bien. Estamos intentando formalizar las cosas. Creo que eso responde a tu pregunta; no estoy soltera, así que será mejor que me vaya —explicó Amelia y se levantó del sillón. Marco la tomó nuevamente de una mano y tiró de ella obligándola a sentarse otra vez a su lado.

—¿Qué te sucede? ¡Déjame en paz! —reclamó ella enojada, con el sonido de la voz de la cantante de fondo.

—Déjame intentarlo —insistió él.

—Ya te dije que no.

—Pero...

En ese instante, Alejo se dirigía hacia Amelia al ver que ella se encontraba incomoda a causa del hermano de Marcela, pero antes de que pudiera llegar a ellos la figura de Tony apareció en su camino y abordó a Amelia y a su acompañante.

—Hola, ¿todo bien por aquí? —preguntó el heredero Ámaro esbozando una sonrisa sin mostrar los dientes, ladeando la cabeza en señal de consternación y con las manos sujetas frente a él, como quien está a punto de hacer una oración.

—Por supuesto, por qué no habría de estar todo bien por aquí —respondió el heredero Del Antía.

—No lo sé, respiro un poco de tensión en el aire —dijo Tony observando la cara consternada de su amiga.

—Pues, dejando a un lado la idiotez de la gente, supongo que todo está bien —agregó Amelia.

—¿Todo bien? —interrogó Alejo, quien había aparecido detrás de Tony.

—Jajaja, ¿es real esto? —habló Marco con ironía—. No soy un delincuente, no voy a hacerle daño a su adorada Amelia.

—Ya lo hiciste antes, no veo por qué no se te ocurriría hacerlo nuevamente. Hay cosas que nunca cambian —sentenció Tony con brusquedad.

—Emmm... ¿saben qué?, es tarde ya, debo irme. Sigán divirtiéndose —se despidió Del Antía, le dio un beso en la mejilla a Amelia, quien se mantuvo quieta como un maniquí en señal de molestia, se levantó del sillón y se dirigió a la salida del salón.

Las gemelas Salvatierra se acercaron con copas de champán en mano y pasaron de un rostro sonriente y algo ebrio a uno serio y consternado.

—¿Qué sucede? —preguntó Fernanda.

—¿Por qué las caras largas? —añadió Ana Luisa.

—Necesito otra copa —dijo Amelia e inmediatamente se levantó del sillón en busca de otro trago.

La fiesta dio fin alrededor de las tres de la mañana y los invitados se despidieron del círculo de diamantes con euforia, algunos ebrios y otros no tanto. Al llegar al departamento, Amelia se encerró en su habitación, harta de lo acontecido, y Alejo con ella. Tania, ebria y algo drogada, se encerró en la suya aún con una copa de vodka en la mano. Miguel hizo lo mismo. Tony se dirigió a la terraza del penthouse para admirar la ciudad y las gemelas, descalzas, aún con vestidos de fiesta y maquillaje en el rostro, lo siguieron mientras bebían jugo de piña que había en el refrigerador.

—¿Todo bien? —preguntó Ana Luisa.

—Hoy me han hecho demasiadas veces esa pregunta —respondió Tony. El ruido de la ciudad bajo sus pies en la madrugada le recordaban el ajetreo de las ciudades grandes y lo mucho que las personas tienen que trabajar para sobrevivir y mantener a sus numerosas familias. La economía en el país no era nada consistente y Tony a veces pensaba en todas aquellas madres y padres que luchaban incansablemente para otorgarles una vida digna a sus hijos.

—Pues andas muy pensativo —dijo Anilú Salvatierra.

—¿Qué sucedió en la fiesta? —preguntó Fernanda—. Con Marco y Amelia —agregó y dio un trago a su vaso con jugo de piña.

—Digamos que Marco es una persona enferma y Amelia fue víctima de sus locuras hace unos años —respondió Tony.

—Oh, no lo sabíamos; los invitamos porque creímos que era buena idea. Los dos nos caen muy bien, sobre todo Marcela —declaró Ana Luisa.

—Ellos siempre han sido muy atentos con nosotras, creímos que...

—No lo dudo, son personas con mucha clase —interrumpió Tony a

Fernanda—. Pero ustedes y yo sabemos que la clase y el dinero no son cura para las aberraciones del alma, al contrario, supongo...

—Qué miedo —expresó Fernanda—. Suena como si se tratara de una cosa espantosa.

—Lo es, es algo espantoso —puntualizó el chico.

—¡Dinos! —pidió Ana Luisa mientras ponía su vaso en el piso y comenzaba a quitarse los aretes de las orejas.

—Es algo que no me compete, solamente Amelia podría contarles —explicó Tony.

—Si es algo delicado deberíamos saberlo. Nosotras pasamos mucho tiempo con ellos, quizá tenemos que alejarnos de...

—Un golpeador —interrumpió una cuarta voz, la voz de Amelia, que acababa de salir con el pijama puesto haciéndose una cola de caballo dirigiéndose a los tres que se encontraban pegados al barandal del balcón—. Marco Del Antía es un golpeador de mujeres. Me golpeó tantas veces que perdí la cuenta. La última vez me mandó al hospital con una costilla rota y moretones por todos lados. Es muy listo, así que no tengo cicatrices, por fortuna, no por fuera, no en el cuerpo —explicó concisamente como si estuviese dando el significado de alguna palabra, sin demostrar emociones. Tomó el vaso de Ana Luisa del piso y le dio un trago al jugo de piña mientras que las hermanas Salvatierra la veían con los ojos tan abiertos como podían mantenerlos—. Pensé que tenía vodka —dijo resignada.

La “Agencia S” había enviado a dos de sus mejores investigadores a petición de las hijas del propietario. Se trataba de la agente Graciela Prieto y su compañero José Arturo Castilla; dos especialistas en investigación privada de casos criminales, licenciados en derecho y criminología. Graciela era una mujer de treinta y cinco años, perspicaz y de apariencia masculina, intimidante

para Tania y María, según se habían secretado éstas al verla llegar al penthouse. La agente había comenzado un interrogatorio dirigido casi siempre a Tony, pues había sido quien solicitara sus servicios, aunque de vez en cuando se dirigía al resto de los integrantes del círculo. Las preguntas de la entrevista eran directas, sin divagaciones, por lo regular buscando respuestas cortas y concisas.

—¿La periodista ha tenido un enfrentamiento directamente con ustedes o sólo a través de sus publicaciones en el periódico? —preguntó Graciela imponentemente con su traje sastre color caqui y su cabello tan agarrado en una coleta que los parpados se le tensaban a modo de una apariencia casi oriental.

—Siempre a través de sus publicaciones. Jamás hemos discutido con ella frente a frente —respondió Amelia mientras José Arturo hacía algunas anotaciones en una pequeña libreta; daba la apariencia de un topo jugando con un trozo de madera, pues era un tipo regordete y chaparrito con un abrigo negro y cabeza calva. De vez en cuando el agente apretaba los labios y hacía una expresión de desaprobación. Era como si todo lo que ellos le comunicaban tuviese todo el sentido del mundo, como si pensara en sus adentros: *¡jóvenes malcriados y millonarios! ¡por supuesto que cualquiera los trataría así!*

—Aunque en realidad quisiera golpearla un día de estos —agregó María por lo bajo.

—Necesitaremos que nos proporcionen una lista de personas, diez como máximo, que sean sospechosas para ustedes —indicó Graciela con seriedad—. La agencia investigará a esas personas bajo la legislación vigente sin invadir asuntos demasiado personales y, además, estaremos muy al pendiente de los movimientos que se hagan en cada una de sus casas, desde regalos, mensajería y paquetería, hasta sus itinerarios y las personas con las

que se juntan —informó—. En realidad no creo que se trate de algo serio. Tal parece que alguien no los soporta y quiere molestar.

—¡Uy! —exclamó Miguel—, la lista será larga entonces.

—Muy larga —agregó Tania consternada.

—No es la primera vez que trabajamos en situaciones como esta. Si existe algo complicado, y descubrimos al causante de todo este alboroto, daremos parte a las autoridades correspondientes para que ellas se encarguen —dijo la mujer de treinta y cinco, quien llevaba varios años trabajando para la agencia de los Salvatierra.

—Colocaremos una aplicación creada por la agencia para detectar la ubicación de cualquier número que sea desconocido si la llamada es mantenida durante veintiún segundos como mínimo —informó el agente José Arturo, quien tenía una voz chillona, propia de los hombres con su compleción.

—Nos pondremos en contacto con usted, señor Ámaro, para reunirnos y conversar sobre los avances que logremos obtener —apuntó la agente—. Supongo que en términos de seguridad privada ustedes están mejor que atendidos; no habrá necesidad de proporcionarles guardaespaldas.

—No, no es necesario —confirmó el chico.

—Confíen en ellos, son los mejores de la agencia, según papá —dijo Fernanda, quien se sentaba en uno de los sillones de la sala, aún con el pijama puesto, bebiendo una taza de té verde caliente.

—Me gustaría que estén muy cerca de Santa Letra. Investiguen todo lo posible sobre ellos, me dan muy mala espina —expresó Miguel, haciendo hincapié en la editorial a la que pertenecía La Linterna.

—No se preocupen, haremos todo lo que esté en nuestras manos —consoló la agente y acto seguido se levantó del sillón imitada por su compañero. Extendió el brazo para comenzar estrechar la mano de todos los

presentes en señal de despedida, gesto que el regordete de su colega también hizo con nerviosismo.

Una vez los agentes se hubieron retirado del departamento todos comenzaron a comentar la situación. Para las hermanas Salvatierra era casi un hecho de que se trataba de una broma de mal gusto maquinada por algún enemigo social que actuaba por envidia o resentimiento hacia el círculo de diamantes; Amelia y Alejo se mantenían en una posición un tanto pesimista y preocupada; Miguel y María insistían en que la culpable de todo era la asquerosa mujer y su falta de profesionalismo y ética; Tony se mantenía callado, pensativo, analítico, sabía que algo no andaba bien; antes muchos actuaron en su contra a través de redes sociales y bromitas pesadas, pero esta vez tenía la sensación de que las cosas se dirigían hacia otra dirección, una dirección complicada y amenazante, y comenzaba a preocuparse. Incluso el atentado de Romina el año anterior le resultaba un juego de niños comparado con esa mala espina que le molestaba últimamente.

—Bueno, deberíamos prepararnos para salir —dijo Fernanda Salvatierra con toda la pereza del mundo y se acurrucó en uno de los sillones de la sala.

—Iremos a almorzar con parte del elenco del nuevo musical de la ciudad —informó la gemela de Fernanda.

—Uh, ya sé cual... ¿irá el productor? —preguntó María con interés y lujuria.

—Jajaja, ¿es real tu interés en los hombres adultos, verdad? —habló Ana Luisa entre carcajadas.

—Ese señor tiene la edad de mi papá —confesó Fernanda con cierto asco.

—Pero es guapísimo. Además, no lo quiero para casarme. Tiene esposa e hijos, según sé —respondió María cínicamente.

—¿Qué enferma estás! —la juzgó Miguel mientras texteaba algo en sus redes sociales.

—Ay por favor, habló el rey de los promiscuos —refutó ella.

—Pues al menos no destruyo familias —dijo él sin despegar la mirada del celular, con media sonrisa en el rostro.

—Yo no destruyo familias ¿ok? Y desde cuándo te metes en mis asuntos, imbécil. —María ya sonaba demasiado molesta, abrumada, con ganas de golpear a Miguel. Todos los observaban con las cejas arqueadas, incluido Tony, quien siempre tachaba su comportamiento de infantil.

El teléfono de Tony recibió una llamada y respondió mientras sus amigos discutían. El número de la llamada entrante era desconocido pero Tony nunca ignoraba los números desconocidos; atendía sin importar la procedencia de las llamadas.

—¿Si? —respondió con ese tono cantado y clásico en él. Hubo un silencio y Tony volvió a hablar—: Diga —insistió, pero nadie respondía.

Amelia observó a su amigo e hizo una señal para silenciar de tajo a María y a Miguel, quienes pusieron atención a Tony inmediatamente.

—¿Hola? —insistió por tercera vez. Un segundo después, la persona que había marcado, finalizó la llamada dejando en el oído de Tony el típico sonidito intermitente de las llamadas finalizadas—. Supongo que se equivocaron al marcar —dijo el joven Ámaro.

El teléfono de Amelia comenzó a vibrar indicando una llamada entrante de un número desconocido.

—Bueno —respondió la chica, pero el silencio también se hizo presente—. ¡Diga! —insistió con las cejas entronadas. Cinco segundos después la llamada fue finalizada.

El tono de teléfono antiguo procedente del teléfono de Alejo rasgó el ambiente.

—Bueno —respondió, y unos segundos después sucedió exactamente lo mismo que con las llamadas anteriores a sus dos amigos.

—Bromita de mal gusto —exclamó Tania para romper con la tensión que comenzaba a formarse.

—Me parece que no es sólo una broma —dijo Tony a los demás.

—¿Algún loser de la facultad? —opinó Ana Luisa para consolar la situación.

—No lo creo, no muchos tienen nuestros números —respondió Alejo.

—¿Cuál es el número del que les han marcado? —preguntó Tony a Amelia y Alejo.

—0036 —respondió ella.

—0037 —respondió él—. ¿Y a ti?

—0035 —informó Tony.

—Emmm, bueno, eso ya no suena a casualidad —agregó Tania con voz consternada, temerosa y burlona; todos se observaron unos a otros sin decir nada por unos segundos, acto seguido los seis teléfonos celulares comenzaron a vibrar y sonar al mismo tiempo con llamadas entrantes de números desconocidos de cuatro dígitos que comenzaban con cero. María y Tania dieron un ligero brinquito desde sus lugares sorprendidas por el escándalo de los teléfonos, sugestionadas previamente por el misterio de las llamadas. Nadie respondió y los teléfonos dejaron de alertar las llamadas entrantes tras unos cuantos segundos, dejando en sus pantallas las notificaciones de una llamada perdida. Amelia observó a Tony y a las gemelas con los ojos abiertos como platos.

—Prepárense para el almuerzo —indicó el chico rubio—. No respondan si reciben otra llamada de números similares. Llamaré a los investigadores para que me envíen la aplicación de la que hablaban hace un momento —indicó, y todos, sin chistar, asintieron y se dirigieron a sus

habitaciones.

6. Sr. y Sra. Ámaro

Tony tecleaba un ensayo sobre la publicidad subliminal; parte de los deberes de la semana en la facultad. Se encontraba bebiendo una taza de té caliente de manzanilla con una cucharada de miel, concentrado en su escrito, leyendo tras las gafas de pasta negra que utilizaba únicamente cuando leía algo en un libro o en la computadora durante mucho tiempo. Estaba sentado en una mesa de madera de la enorme biblioteca del campus llamada Juana de Asbaje; la temporada de exámenes se encontraba cerca y Tony comenzaba a volverse ermitaño, enfocado la mayor parte del tiempo a estudiar y hacer deberes para obtener la mayor cantidad de puntos posibles. No por nada era el alumno más destacado de una de las cinco mejores universidades del país.

Habían pasado ya tres semanas desde su visita a las gemelas Salvatierra y, a pesar de que no habían recibido llamadas, amenazas o algún tipo de atentado, no dejaba de sentirse un poco preocupado en el interior. La agencia no se había comunicado aún con ninguno de los integrantes del círculo y eso, en vez de tranquilizarle, le hacía sentir un tanto angustiado; el heredero Ámaro jamás demostraba su preocupación ante eventos con un tinte negativo. Tony era una especie de soporte para sus amigos, junto a él los demás se sentían seguros de algún modo, algo que la firmeza de Tony y el control de sus emociones le transmitía a los otros. Dejó de escribir su ensayo y tomó unos segundos de reflexión. Pensó en otro asunto importante, en ese asunto de la admisión de un nuevo integrante a su círculo de diamantes. Últimamente sentía que continuar con eso del círculo de diamantes debía parar. No podía seguir actuando como un adolescente, pero recordaba lo mucho que le agradaba sentirse elogiado, admirado; amaba la manera en la que las personas actuaban de maneras desesperadas para poder pertenecer a un grupo de amigos del que

bien podría formar cualquiera y que cualquier otro podría crear... —*No, nadie podría hacer lo que yo* —se corrigió el mismo en sus adentros. Comenzó a ordenar sus ideas y a definir a sus candidatos; pensó en Carla como primer lugar, pero era más joven que ellos. Tony siempre había elegido a personas de su generación, incluso de la misma facultad. Carla estudiaba diseño gráfico y era dos años menor, aproximadamente, pero su forma de pensar y de comportarse le hacían sentir a Tony cierta curiosidad. Comparaba mentalmente a Carla con un diamante en bruto que necesitaba ser pulido. —*No es fea* —volvió a hablarse a sí mismo mentalmente mientras observaba las letras de su ensayo en la pantalla frente a él. Después comenzó a repasar, mentalmente también, la lista de los estudiantes en Elena de Parra que habían enviado sus regalos para obtener la atención de Tony y tener una oportunidad para poder pertenecer a su grupo de amigos. De pronto una voz lo sacó de su ensimismamiento obligándolo a volver el rostro hacia un lado. Alguien se acababa de sentar junto a él.

—Hola —dijo Iñiqui mientras abría un libro sobre mercados europeos.

—... Hola —respondió Tony con sequedad tras vacilar un rato y observó a su nuevo acompañante con recelo, una mirada que hasta cierto punto resultaba graciosa—. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó tras dirigir nuevamente la mirada a su ensayo.

—¿Leyendo? —respondió el chico con otra pregunta que recitaba un sarcasmo bobo y empalagoso. Media sonrisa se le dibujó en el rostro lleno de costras a causa de delgadas heridas provocadas por los cristales del ventanal de los Azzaro.

Tony puso los ojos en blanco, cerró su laptop y comenzó a guardar sus libros y marcadores en un portafolio azul celeste de tela con hazas amarillas.

—¡Espera, no te vayas! —suplicó Iñiqui con una entonación seria en

la voz.

—¿Qué quieres, Iñaqui? —preguntó Tony con frustración para concluir lo más rápidamente posible la conversación.

—En el hospital no pudimos platicar bien —dijo angustiado—. Por cierto, muchas gracias por visitarme —expresó sonriente. Dentro, un pequeño dolor le punzaba al sonreír; gesticular con tantas heridas en proceso de cicatrización se había convertido en toda una hazaña.

—No tienes por qué agradecerme. Fue un gesto de amabilidad —respondió el joven de ojos azules.

—He intentado encontrar la oportunidad para platicar contigo. Pensé hacerlo en la fiesta de la niña nueva pero...

—Pero terminaste en el hospital —interrumpió.

—Sí —asintió—. ¿Estabas preocupado por mí?

—Por supuesto que estaba preocupado por ti, como lo hubiese estado por cualquiera que hubiera sufrido un accidente esa noche.

—Uh, yo había comenzado a sentirme especial —bromeó.

—Tengo mucha tarea aún, ¿podrías darte prisa? —urgió Tony sin elevar el volumen de su voz y también sin mostrarse exasperado, estaba en una biblioteca después de todo.

—¿Has visto a Romina?

—No desde hace algunas semanas. La visité después del incidente pero no se encontraba nada bien —dijo con un remanente de preocupación.

—¡Qué pena! —expresó con sinceridad—. Está loca.

—Ya lo sabemos todos. No es la primera vez que actúa de forma estúpida.

—Bueno... pues, yo quería hablar contigo para... —comenzó a tartamudear debido a la ansiedad—... para disculparme por la horrible manta de bienvenida que hice para ti. No fue mi intención avergonzarte, sabes que

yo...

—Basta —intervino con frialdad, esa frialdad que casi provocaba nieve al ser pronunciada. Se acercó un poco a Iñaqui y habló quedamente—. No me avergonzaste, simplemente creí que tu regalito era una tontería, nada impresionante, muy soso de hecho y, ¿para qué tener algo tan tonto en existencia? Mejor deshacerse de él—. Tony intentaba siempre ser lo más duro con Iñaqui para destruir sus ilusiones, pero era algo que poco efecto lograba.

—Lo sé —asintió y guardó silencio con la cabeza agachada, como cuando regañan a un niño pequeño. Tony lo observó con detenimiento durante unos segundos. Iñaqui no era un tipo desagradable a la vista, al contrario, se trataba de un joven muy apuesto; alto, varonil y de cuerpo atlético. No era el mejor promedio de la clase pero intentaba ser responsable. Era lindo, de cabello negro y lacio, piel bronceada y ojos color miel. Tenía una sonrisa tierna y a Tony siempre le había dado la impresión de ser un joven muy noble, de buenos sentimientos y sin malas intenciones. El señor y la señora Romedo se dedicaban a los negocios en el extranjero, textiles principalmente. Iñaqui era el más joven de cuatro hijos varones, el único homosexual; aceptado por sus padres y amigos, llevaba una vida común y corriente dentro de los círculos adinerados del país; viajes, compras excesivas, fiestas y lujos, nada fuera de lo ordinario para alguien de su estatus social.

—Iñaqui —lo llamó Tony por su nombre y se quitó los anteojos de pasta negra para eliminar cualquier obstáculo entre ellos—. Eres un buen niño, pero debes dejar de perseguir ese intento desesperado por tener algo conmigo. No soy para ti.

—Cómo lo sabes si ni siquiera me has dado la oportunidad de intentarlo.

Tony vaciló un segundo y el nombre de Mateo se coló desde sus pensamientos hasta la punta de su lengua; contenida y asegurada tras sus

dientes y labios.

—Simplemente lo sé y ya. Deberías buscar a alguien que te quiera, te lo mereces.

—¿Piensas quedarte solo toda la vida, Tony? —preguntó con un tinte un tanto resentido.

—Eso es algo que no te interesa.

—Por supuesto que me interesa —refutó—. No me das la oportunidad de acercarme pero tampoco se la das a alguien más, ¿pretendes vivir siendo el objeto inalcanzable de todo el mundo? —habló, esta vez con mayor pesadez en la voz, molesto, frustrado por las reacciones de Tony.

—¡Suficiente! —exclamó para detener lo insidioso de Iñaqui, pero, por supuesto, sin perder la compostura ni elevar el volumen de su voz; seguía estando en un lugar que demandaba silencio—. Te he brindado minutos de más al tener esta conversación. Debo marcharme. Espero de verdad que algún día puedas comprender que pierdes el tiempo conmigo. A veces la persona ideal está muy cerca de nosotros pero no le otorgamos atención porque estamos obsesionados con alguien más, con alguien que no nos corresponde, por ejemplo —sentenció—. Que tengas excelente tarde. —Iñaqui abrió la boca para responder pero Tony ya se había alejado a toda prisa del lugar dejando tras de sí ese succulento perfume francés que al joven Romedo hipnotizaba.

Mateo no se cansaba de besarle el cuello a Tony mientras se encontraban enredados entre las sábanas de la cama, en la habitación del mayor de los herederos Ámaro. En la televisión se transmitía el noticiero nocturno, la temperatura había descendido lo suficiente en Santa Villa y la información sobre el clima auguraba una posible nevada para la temporada navideña. Los Ámaro habían decidido esa noche no salir a la terraza a observar la luna en la cama que siempre los recibía dispuesta, olorosa a

lujuria y pasión, a sexo; del perverso y adictivo. Tony volvió el rostro hacia Mateo y le dio un beso breve pero dulce.

—Me siento un poco mal —dijo con pesadez.

—¿Qué pasa? —cuestionó su hermano mayor con preocupación.

—Tengo migraña, estoy mareado —explicó Tony.

Mateo se levantó de la cama para sentarse y observar a Tony acostado, viéndolo desde abajo.

—Duerme. Has tenido demasiado estrés en la universidad.

—Sí; la temporada de exámenes está muy cerca y ya sabes cuánto me estresa el asunto. Además de que hoy tuve una charla incómoda con Iñaqui; creo que eso me detonó el dolor de cabeza —explicó Tony; siempre contándole toda la verdad a Mateo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué fue incómodo?

Tony lo miró con una expresión de molestia mezclada con victimización pues Mateo sabía que la mayor parte del tiempo Iñaqui le resultaba poco agradable, no porque él fuese desagradable, sino por el enamoramiento que sentía hacia él y que Tony era incapaz de evitar o cambiar.

—Quizás haber ido al hospital a visitarlo no estuvo del todo bien. A veces siento que un mínimo de atención hacia él lo ilusiona demasiado —dijo consternado.

—Fue un gesto muy lindo que lo visitaras, un gesto de educación, de humanidad.

—Lo sé, así fue, pero creo que él no lo entiende de ese modo.

Mateo sonrió mostrando su perfecta y blanca dentadura. Su cabello estaba despeinado y un mechón se le escapaba hacia la frente de vez en cuando. Tony sabía que su hermano era demasiado bueno como para pretender siquiera pedirle que alejara a Iñaqui de su vida, además, ambos estaban seguros de lo que cada uno sentía por el otro; se trataba de un tema que ya se

había tocado hacía algunos años con toda la claridad posible; años atrás, cuando sus padres habían abandonado este mundo; tiempos oscuros, turbios, atiborrados de dolor y pena.

—Me tomaré una pastilla —dijo Tony mientras se levantaba de la cama para buscar en uno de los cajones de madera de los muebles de la habitación un frasco con pastillas ansiolíticas que disminuían su angustia y que además estaban saturadas de sustancias analgésicas que eliminaban sus migrañas.

—Esas te hacen dormir demasiado —interceptó Mateo observando a su hermano.

—Eso es lo que necesito —respondió Tony con pesar y se llevó una pastillita blanca a la boca, tomó un vaso de agua que se encontraba en su buró y le dio un trago profundo con los ojos cerrados. Se recostó a un lado de su hermano quien lo abrazó y le dio calor, ese calor que necesitamos cuando nos sentimos solos, presionados, enfermos o vacíos.

—Yo —dijo Mateo junto a él, inundándolo de su aroma, de su vitalidad, de su cariño—. Yo soy lo único que necesitas. —Y tras haber dicho esto, Tony se perdió en los brazos de su hermano y sus respiraciones se sincronizaron. Sintió el pecho de Mateo llenarse de aire y después exhalar, como un reloj que le hipnotizaba hasta quedarse dormido, atrapado en la prisión de los químicos del medicamento que acababa de ingerir.

El tiempo transcurrió muy rápido. Tony abrió los ojos y enfocó una tela blanca justo encima de él moviéndose por el viento que se colaba a través; entronó las cejas y se tocó la frente, ya no sentía más dolor. Un sonido le golpeó los oídos; era el mar. Se levantó de la cama un poco apesadumbrado y salió de una elegante tienda de tela blanca llena de artículos lujosos; mesas y sillas hechas de madera y bambú, fruteros de cristal con fruta fresca lista para ser comida, cortinas de tela blanca que arrastraban por el suelo hecho de

madera con partes arenosas. El sol le cubrió el rostro y lo cegó por un par de segundos; frente a él, el mar más azul que había visto y el cielo más celeste y limpio del universo. Se sintió demasiado extrañado y una taquicardia comenzó a apoderarse de su interior.

—No es un sueño —dijo la voz de Mateo detrás de él, obligándole a voltear. Estaba de pie, con el atlético y perfecto torso desnudo, vistiendo unos pantalones de playa color marrón.

—¿Qué es esto? —preguntó el menor de los Ámaro con los ojos tan abiertos como platos.

—Un pequeño secuestro. Sólo tú y yo, hoy, aquí —respondió con una sonrisa casi angelical—. ¡Cámbiate! Ese pijama no es adecuado para la playa.

—No puedo creerlo; ¡está completamente loco! —exclamó Amelia tras haberle dado un trago a su copa de vino tinto en la pequeña sala que Tony tenía en su habitación. Estaban sentados en la alfombra, alumbrados con la luz de varias velas que Tony había colocado en lo que parecía una chimenea falsa en una de las paredes del cuarto.

—Se aprovechó de la pastilla que me tomé y me llevó al aeropuerto así, dormido —explicó el chico con una expresión en el rostro en la que se revolvía sorpresa, alegría y encanto—. Pasamos el mejor día del mundo, Amelia.

—Lo imagino. ¿Y qué hicieron? —preguntó ella mientras se acomodaba la blusa del pijama que llevaba puesto, pues pasaría esa noche en la mansión Ámaro.

—Cuando desperté estaba en una especie de cabaña a la orilla del mar; tuvimos sexo. No puedo decirte que el mejor que hemos tenido porque siempre tenemos el mejor sexo del mundo. —Amelia puso los ojos en blanco tras escuchar aquello—. Después del sexo un globo aerostático nos estaba

esperando en una parte vacía de la jungla que teníamos detrás de la cabaña. Recorrimos la jungla y una laguna hermosa en el globo y...

—... y tuvieron sexo en el globo nuevamente —interrumpió ella con melodioso aburrimento en la voz.

—¿Cómo lo sabes?

—Jaja, yo también lo hubiese hecho, cariño —dijo, y volvió a darle un trago a su copa de vino tinto.

—¿En qué lugar estuvieron? —preguntó su mejor amiga con las cejas entronadas.

—Emmm... nunca lo supe —respondió Tony y desvió la mirada inteligentemente hacia el conjunto de velas al tiempo que le daba un trago a su copa de vino blanco.

—¿Ah? ¿Cómo que nunca lo supiste? ¡No inventes, Tony! —reprendió.

—Te lo juro —dijo él sin mirarla.

—¿Tony? —interrogó con ese tono que demanda una explicación.

—No sé, me quedé dormido.

—¿En el vuelo de regreso?

—No, en la cabaña.

—Pero...

—Me volví a tomar el ansiolítico —escupió verbalmente, esta vez dirigiendo su mirada hacia Amelia en un movimiento rápido, como un niño que dice velozmente una verdad como si pensara que eso le ayudará a recibir un menor castigo.

—¿Te sentías mal de nuevo?

—No, es que a veces... nos gusta tener sexo mientras me quedo dormido al tomar esas pastillas. Mateo termina cuando yo ya estoy inconsciente.

Amelia abrió los ojos como platos y no emitió palabra alguna por unos

segundos. Tony la observó con la mirada un poco agachada. Era la primera vez que mencionaba aquella manía extraña que al parecer les otorgaba placer a él y a Mateo.

—¡Son... un par... de asquerosos enfermos! —exclamó Amelia riendo y golpeando a Tony con un cojín azul que se encontraba en el mueble del que estaban recargados.

El reloj de muñeca de Miranda del Olmo indicaba las nueve menos veinte de la noche con ese extensible color negro de piel que se aferraba a su muñeca de una manera elegante y femenina. La luz de las lámparas al interior de la consulta era suficiente para recrear ese ambiente cómodo y seguro para sus pacientes. La terapeuta acostumbraba usar ropa seria, pantalones de vestir por lo regular, para construir y mantener esa imagen sobria del psicólogo ante el paciente; tenía las piernas cruzadas y recargadas en ellas sus manos unidas en señal de tranquilidad y concentración.

—¿Y por qué no has podido dormir bien? —preguntó ella.

—He tenido nuevamente esos sueños —respondió Mateo Ámaro desde el sillón en el que los pacientes se acomodaban frente a la terapeuta.

—¿Exactamente los mismos? —cuestionó y levantó una ceja hábilmente.

—Sí, bueno, el final es algo distinto ahora.

—Cuéntame.

—Ummm... —dudó—. Bien, pues aparezco yo nuevamente, justamente a la edad en la que todo sucedió. —Miranda frunció ligeramente el entrecejo en señal de un incremento de atención—. Camino por el pasillo y escucho a papá murmurar; las luces están apagadas, es de noche, lo único que se distingue es la luz de la habitación al fondo del pasillo; es el estudio de papá... —hizo una pausa y tragó saliva para poder continuar, las manos le

sudaban y comenzó a tronarse los dedos adoptando un estado angustiado.

—¿Y qué sucede cuando llegas ahí?

—Empujo la puerta que está entreabierta y veo a papá desnudo teniendo sexo con una mujer.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó la psicóloga a pesar de conocer la respuesta, pues no era la primera vez que Mateo le contaba aquel sueño.

—No lo sé, no la conozco; es delgada, blanca, de cabello lacio y negro. Está recostada boca abajo sobre el escritorio de papá. Están teniendo sexo anal al parecer; ella llora y gime dolorosamente —describió. Se llevó rápidamente una mano al perfecto rostro, esta vez aperlado por el sudor.

—¿Qué sucede después?

—Me acerco y papá voltea. Tengo la edad actual ahora. Se enoja y camina desnudo hacia mí, enfurecido, gritando: “*¿Qué haces aquí?*”; pero cuando está a punto de golpearme dejo de ser yo y soy Tony, Tony en la edad actual —confiesa consternado—. Se detiene al ver el rostro de Tony y pone cara de susto; justo ahí despierto.

—Veo que ahora Tony aparece en el sueño —aporta Miranda con la intención de incitar a Mateo a dar mayor información.

—Sí. Antes mi padre me golpeaba y yo despertaba al sentir el golpe en la cara, pero ahora no lo hace porque cree que soy Tony. ¡Dios!, pero qué complicado ¿no lo cree?

—A mí me parece un sueño muy literal.

—¿Literal? Bueno, nada de eso me ocurrió, papá nunca tuvo amantes, no que yo lo supiera.

—¿Qué crees tú que representa ese sueño?

—Pues lo que siempre decimos en las sesiones; la mujer es una extensión de mí y de los abusos sexuales de mi padre, pero Tony no tiene nada que ver.

—Es tu hermano, ¿por qué no tendría nada que ver? —dijo ella para profundizar en la cuestión.

—No somos hermanos, no llevamos la misma sangre.

—¿Qué son entonces?

—No lo sé, somos una pareja que aparenta una hermandad.

—¿Por qué aparecería en el sueño?

—Papá me adoptó para poder tener su propio juguete sexual privado sin temor a ser descubierto. Suficiente era el peso de su pedofilia como para aún tener que cargar con la culpa del incesto —habló quedamente mientras perdía la mirada en la alfombra de la consulta—. Siempre he pensado que yo salvé a Tony. Si mis padres no me hubiesen llevado de ese orfanato, quizá, no lo sé, y creo que nunca lo sabré, papá hubiese abusado de Tony.

—Yo pienso similar —habló la terapeuta con toda la calma del mundo, calma que le inspiraba cierta paz y tranquilidad a todos sus pacientes—; aunque no sé si sea correcto decir que tú salvaste a Tony. De la misma manera podríamos decir que Tony arruinó tu vida; si él no le hubiese representado culpa a tu padre entonces él habría sido el agredido y no tú. En realidad el origen de todo esto no depende ni de él, ni de ti, sino de tus padres y de otras circunstancias que incluso ellos desconocían de sí mismos.

—Creo que es por esa razón que Tony aparece y mi padre se detiene. Tony era una especie de barrera que siempre respetó; yo fui su vacuna, un retrete en donde vomitar sus culpas y sus deseos. Para eso me adoptó, para abusar de mí durante muchos años.

—Ya hemos hablado de tu padre y su parafilia, sus enfermedades y lo mucho que te hicieron daño. Me parece que hemos tenido un magnífico progreso y que comienzas a ver las cosas desde otro ángulo —añadió la mujer.

—Me he sentido tan estresado al respecto últimamente. Las cosas en la empresa van muy bien, pero esos sueños me perturban, por eso me fui con

Tony un día a la playa, para despejarme y disfrutarlo un poco más —dijo el heredero Ámaro recuperándose de su estado angustiado unos segundos atrás.

—¿Cómo va todo con él? —cambió el rumbo de la conversación.

—Bien, supongo. Aunque he llegado al punto de sentir que él quiere avanzar en esto pero yo no se lo permito.

—¿Avanzar en qué?

—En nuestra relación.

—¿Por qué no se lo permites?

—Tengo miedo, miedo a que los demás se enteren.

—¿Por qué? ¿Habría alguna consecuencia negativa?

—No lo sé, aún no me siento listo, pero creo que Tony ya lo está.

—Todo llegará a su debido tiempo —consoló la terapeuta—. Por lo pronto, el nuestro ha concluido. Nos veremos la semana entrante —indicó, y acompañó rápidamente a Mateo a la salida.

Las sesiones de terapia con los hermanos Ámaro comenzaban a volverse un tanto escabrosas; ambos habían llegado a ese punto del proceso en el que se pisa terreno peligroso y sólo existen dos opciones: continuar adelante para salir o quedarse ahí para toda la vida.

Carolina era una mujer hermosa; una de las mujeres más codiciadas en todo el país por su voz y físico. Era alta, delgada, de piel blanca y facciones muy parecidas a las de su hijo Tony, quien siempre le recordaba que tenía los ojos verdes más bellos del mundo. La bondad y carisma eran atributos que a Carolina Priss se le notaban a leguas de distancia; destellaba una especie de luz casi divina y obligaba a cualquiera que se cruzara en su camino a posar los ojos en ella. Siempre sonriente, siempre de buen humor, Carolina demostró un inmenso amor por su familia, en especial por sus dos hijos.

A pesar de ser una de las voces más bellas del país, Carolina había

decidido retirarse del mundo artístico al quedar embarazada de Tony a los veintiséis años, un año después de haber contraído matrimonio con el heredero del emporio joyero: Antonio Ámaro, hijo de los empresarios Carlos Ámaro y Antonia Lazo. Antonio fue un hombre atractivo en su juventud; tenía facciones italianas debido a la ascendencia que le brindaban sus abuelos paternos; él y Carolina se habían conocido en un concierto que ella había dado en Guadalajara; había sido amor a primera vista. Antonio supo que una mujer de Santa Villa cantaría en un bar de la ciudad en la que se encontraba de viaje de negocios con su padre y decidió comprar un boleto para escucharla mientras su padre descansaba.

El matrimonio Ámaro Priss lució encantador desde el comienzo; la boda se había celebrado en un jardín de la familia Ámaro en la Ciudad de México. Grandes personalidades del mundo de los negocios y artístico se presentaron en la recepción. Fue “La boda del año” según los titulares de las revistas y los periódicos de todo el país. Ambas familias se tenían muchísimo aprecio. Los Ámaro solamente habían procreado un heredero, el albacea de todo el imperio joyero, en cambio los Priss tenían dos hijas: Carolina y Ámbar; separadas por tres años, siendo Carolina la menor.

Un año más tarde de contraer nupcias, la joven pareja tuvo a su primer hijo, al que llamaron Anthony. Amado desde su nacimiento e idolatrado por su belleza, Anthony fue construyendo un carácter especial y frívolo desde su infancia. Tres años más tarde del nacimiento de Tony, el matrimonio decidió adoptar a su segundo hijo: Mateo; un niño de diez años, abandonado por su madre en las puertas del Orfanato del Sagrado Corazón en la Ciudad de México desde los dos; las monjas del orfanato siempre admiraron la belleza del niño que encontraron parado en la reja del jardín frontal, llorando con una carta en la mano que decía: *No puedo continuar arrastrando a mi hijo a esta vida tan difícil que vivo. Ojalá Dios pueda algún día perdonarme. Su*

nombre es Mateo y tiene dos años. Cuídenlo mucho hasta que encuentre una buena familia que lo ame.

Las monjas se preguntaban qué madre podría ser capaz de abandonar a una criatura tan encantadora y carismática como Mateo. Sus ojos verde aceituna cautivaban a todos, sobre todo a los Ámaro, cuando visitaron por primera vez el orfanato en busca de un niño. También fue amor a primera vista; encantados de conocer a Mateo iniciaron el proceso de adopción que duró tan solo seis meses. Movieron todas sus influencias para acortar el proceso al menor tiempo posible. No habían adoptado a Mateo porque no pudiesen tener más hijos sino porque se habían convencido de que adoptar era una buena acción; darle un hogar a un niño abandonado era considerado para ellos como una acción positiva que demostraba que aún quedaba un poco de bondad en el mundo. Antonio había tenido la idea en primer lugar y no le costó nada de trabajo convencer a su esposa.

El estudio psicométrico había estado a cargo de un especialista en adopciones que trabajaba para el gobierno. Los resultados fueron congruentes debido a la enorme cantidad de dinero que Antonio pagó para que todo estuviese en norma; no quería que nada ni nadie se interpusiera en sus perversos planes, los planes que se tramaban en su interior, teniendo al recién miembro de la familia como víctima.

Antonio nunca lo había hecho, pero sabía que algún día sus fuerzas no serían suficientes para evitar aquello que cada vez crecía más en sus adentros; ese deseo perturbador de tocar a un niño, de olerlo y probarlo; y no de esa manera buena con la que los padres tratan a sus hijos, o como la mayoría del mundo trata a los niños; Antonio sentía deseos, desde la adolescencia, de poseer sexualmente a un niño, a un varón. Se imaginaba continuamente robándole la inocencia y la pureza a una criatura indefensa. A menudo se masturbaba en la ducha pensando como lloraba un niño mientras lo penetraba

analmente y cómo, después de eyacular dentro de él, pasaba tiempo curándolo y cuidándolo, preparándolo para una siguiente vez. Jamás fue evidente al respecto, jamás se lo contó a nadie, mucho menos a su esposa. A pesar de que en las reuniones con amigos algunos matrimonios llevaban a sus pequeños hijos, nunca se atrevió a hacer algo en contra de alguno. Muchas veces, solamente con mirarlos jugar en el jardín sentía la necesidad de acercarse, pero decidía meterse al baño y masturbarse para aplacar su hambre pedófila y retorcida.

Cuando Tony cumplió tres años, una tarde en la que Carolina se ausentó debido a un compromiso, Antonio se dio cuenta de que cuando su hijo creciera más, quizá no sería capaz de detenerse como lo había hecho durante tantos años. Lo observaba detenidamente; era tan hermoso, jugueteando en la cama con sus muñecos de felpa, con esos ojos azules heredados de él mismo, angelical, como un muñeco de porcelana, con la piel más suave que pudiera imaginar, y fue cuando surgió en él la idea mientras pasaban uno de esos comerciales en la televisión que hablan sobre apadrinar a un niño enviándole dinero para sus estudios. La adopción era la mejor opción que tenía en sus manos, aberrante, pero la mejor. De esa manera nadie sospecharía, se las ingeniaría para cubrir su falta y así evitaría algún día hacerle daño a su propio hijo. Quiso a Mateo como a su hijo también, pero lo veía diferente, como un desahogo ocasional, excusándose mentalmente en que lo único que hacía era darle amor carnal a un niño, como si intentara, fallidamente, enseñarle a disfrutar del sexo; algo que solamente los que eran como él entendían.

Mateo fue abusado sexualmente por su padre adoptivo alrededor de cuarenta veces, desde los diez años, iniciando la segunda noche que pasó en la mansión Ámaro, hasta los catorce, momento en el que Antonio perdió interés sexual en él. Las primeras veces fueron terribles, llenas de gritos y llanto que inundaban la casa cuando Carolina y el pequeño Tony salían de compras.

Mateo se comportó durante un año de manera ausente; no comía, ni quería ir a la escuela, guardando un secreto por simple vergüenza o miedo. Después desarrolló una especie de odio reprimido contra su padre, odio que sabía aparentar muy bien. No hubo una sola vez en la que Mateo no derramara una lágrima al ser abusado por Antonio, aunque los últimos dos años, a pesar de que se resistía como siempre, había dejado de gritar y patear, dejando solamente un rastro de lamentos y pujidos que imploraban que todo terminara mientras las lágrimas le recorrían la blanca piel del rostro, apretando los ojos, los labios y las manos.

—Ya, ya, no llores más. Sabes que te amo mucho, peque —decía siempre Antonio al terminar—. ¿Tú no amas a papá? —preguntaba melosamente.

Jamás golpeó a Mateo, jamás dejó una huella o una cicatriz. Procuraba no causarle más dolor del que sabía que le causaba al penetrarlo. El primer año lo curó con bálsamos y medicamentos disueltos en su jugo de naranja para que nadie notara jamás la destrucción del tejido que había sido pervertido por él y su lujuria. El secreto había sido encubierto durante muchos años y Mateo había intentado reprimir todo el odio y asco que sentía hacia su padre. Siendo el mayor, por supuesto, protegió a Tony en todo lo que le fue posible, y cada vez que podía lo alejaba de su padre; en todos los retratos familiares Mateo siempre estaba en medio de Tony y de su padre; si Carolina le pedía acompañarle a algún lugar, Mateo pedía que Tony fuese también, pues temía que viviera el mismo destino vil que le había tocado vivir a él.

Carolina pensó al principio que a Mateo le estaba costando un poco de trabajo adaptarse a su nueva familia. Siempre tuvo una relación muy estrecha con sus dos hijos, pero su hijo adoptivo jamás tuvo el valor suficiente para confesarle la verdad. El mayor de los Ámaro Priss calló durante muchos años, incluso mantuvo una relación cordial con su padre siendo adulto, fingida, por

supuesto, como en su niñez; padre e hijo comenzaron a trabajar juntos una vez Mateo concluyera la universidad a los veinticuatro años. Había callado la pedofilia de su padre adoptivo tajantemente, ni siquiera se permitía mencionárselo a sí mismo, en su cabeza. Fueron todos esos años los que le pusieron en bandeja de plata el cariño de su hermano; unidos como si sus lazos fueran sanguíneos, Mateo le tomó un cariño especial a Tony; quizá debido a la protección que siempre quiso brindarle. En la niñez, si Tony se lastimaba o era castigado por su mal comportamiento, Mateo siempre lo abrazaba y le decía: —*Yo estoy contigo*.

Habían pasado muchos años, suficientes para que Mateo comenzara a ver a su hermano como algo mucho más que eso. Para ese entonces no se había atrevido a confesar sus sentimientos, es más, ni siquiera estaba seguro de lo que sentía, quizás estaba equivocado, confundido por todo el sufrimiento que cargaba desde hacía mucho tiempo, y Tony, por su lado, siempre demostró cierta empatía por su hermano; le agradaba pasar tiempo con él, le agradaba dormir con él en su habitación cuando sufría de insomnio, abrazados, de una manera diferente a la que acostumbran los hermanos comunes y corrientes. De hecho, Mateo fue el primero en enterarse de las preferencias sexuales de su hermano menor y, después de discutirlo mucho, decidieron comunicarlo a sus padres justo cuando Tony cumplió quince años. Pero Mateo jamás confesó sus preferencias, ni los abusos de su padre, hasta el día en el que decidió entrar a la oficina de su padre para revisar un proyecto publicitario para la empresa. Por fortuna la computadora de su padre estaba encendida, desbloqueada. Al abrir la pestaña de archivos encontró dos carpetas con los nombres de “Carpeta 1” y “Carpeta 2”. Confundido, Mateo abrió “Carpeta 2” y probablemente un centenar de fotografías aparecieron en la pantalla golpeando sus pupilas agresivamente, tanto, que los ojos se le humedecieron al instante. Eran niños, desnudos, fotografiados mientras se tocaban el cuerpo, algunos

llorando y otros con cara de susto, ese miedo que se transmite de una mirada a otra y que probablemente había provocado que algunos de ellos se orinaran encima. Las fotos tenían fondos de paisajes y los niños iban de los cinco a los doce años de edad. Algunos de ellos aparecían juntos, tocándose, probablemente amenazados por quien quiera que estuviese detrás de la cámara. La rabia le inundó las entrañas y su corazón comenzó a latir rápidamente. Tenía ganas de asesinarlo, peor aún, de torturarlo y después asesinarlo. No tenía idea de por qué su padre tenía esas fotos ahí, ni quiénes eran esos niños; algunos rubios y otros morenos, todos sufriendo.

—¿Mateo? —dijo la voz de su padre al salir por la puerta del sanitario ubicado dentro de la oficina—. ¿Qué haces aquí?

—No puedo creerlo —dijo con los dientes apretados intentando contener el llanto y los gritos—. Dime algo, papá, ¿solamente te masturbas viéndolos o es un catálogo para rentar alguno? —Volvió la mirada hacia su padre, desenchajado. La piel se le había puesto roja y las venas de la frente se le resaltaban casi como dos raíces enardecidas de coraje.

—Yo... —intentó hablar, pero la voz se le atoró debido al nudo que se le hizo en la garganta. Dos lágrimas comenzaron a escurrirle de los ojos.

—¡Me das asco! —explotó al tiempo que se levantaba de la silla.

—¡Hijo, perdóname! —suplicó a su hijo mientras lo sujetaba del brazo para que no se marchara de la oficina. Mateo se soltó agresivamente y le dio la espalda a la puerta solamente para gritarle a su padre.

—¡Te odio! —gritó con rabia—. No ha habido una sola noche en la que no me acueste pensando en las cosas espantosas que me hiciste cuando era un niño, en la que tenga que correr a vomitar al baño por el simple recuerdo de tu cuerpo violándome una y otra vez —sentenció e inhaló profundo para dejar de gritar y contenerse. Se acercó a su padre quien no dejaba de llorar—. Contéstame esta pregunta, me adoptaste sólo para eso, ¿verdad?, para

descargar tus perversiones en mí y no en mi hermano.

—Mateo yo... —intentó hablar pero el sonido de la charola y las tazas de café estrellándose contra el piso lo interrumpió, obligándole a él y a su hijo a volver el rostro hacia Carolina, que acababa de entrar por la puerta de la oficina con café y galletas para sorprender a su marido con su visita. Fueron suficientes dos segundos para que la madre de Mateo y Tony se derrumbara en un llanto silencioso llevándose las manos al rostro para taparse la boca y la nariz en señal de sorpresa, esbozando un grito ahogado en señal de ese colapso que nos hace hiperventilar cuando nos enteramos de cosas aterradoras.

Carolina bajó las manos y vio a su hijo con dolor y después a su marido con rabia, dio media vuelta, se puso sus gafas de sol, agachó el rostro y salió de la oficina.

—¡Mamá! —exclamó Mateo.

—¡Carolina, espera! —gritó Antonio y salió a toda prisa detrás de su esposa.

Mateo sabía que lo que su madre había escuchado aquella tarde le había causado un dolor muy profundo. Se sentó en la silla del escritorio de su padre y lanzó todo al suelo en un arrebato agresivo fusionado con llanto.

Carolina bajó al estacionamiento y se subió a su camioneta, arrancó y aceleró todo lo que pudo para alejarse de inmediato del lugar. Unos minutos después Antonio hizo lo mismo en uno de los autos que utilizaba y siguió a su esposa hecho un manojo de nervios y desesperación. Ambos tomaron la carretera que llevaba al fraccionamiento a las afueras de Santa Villa, en donde ellos vivían. Sin pensarlo más, Antonio aceleró para alcanzar a su esposa y pedirle que se detuviera. Se colocó en doble fila haciéndole señas a Carolina para que se orillara. En un segundo, un tráiler apareció en una curva y se estrelló contra el auto de Antonio, obligando a la camioneta a salirse del

camino y caer en un barranco de unos cien metros aproximadamente. Tres autos más se accidentaron esa tarde, dejando varios heridos y seis muertos, entre ellos al señor y a la señora Ámaro.

7. Cena para tres

La profesora Lorena escribía algo en una libreta sobre su escritorio, sentada en la silla de su oficina; era una lista importante, algo que demandaba toda su atención. Observaba cada palabra con detenimiento para no errar y de vez en vez se acomodaba las discretas gafas que utilizaba para leer. Detrás de ella se encontraba, de pie, su esposo Alberto, observando con detenimiento lo que ella escribía.

—Parece que todo ha quedado acordado. Las tareas son específicas; les pido por favor que pongan todo su empeño en este evento —dijo la mujer en ese tonito quedo e imperativo que usaba en asuntos importantes—. ¿Alguna duda?

—Profesora, ¿la entrega de los cheques se hará directamente con usted? —preguntó una de las alumnas del comité.

—Así es, señorita Loreto. No podemos correr el riesgo de ser víctimas de una estafa —puntualizó—. Ese dinero es muy importante para quienes lo necesitan y también para proyectar una buena imagen de la universidad por supuesto.

—Aquí tienen la lista de los benefactores, para que se encarguen de los reconocimientos que se darán en agradecimiento por sus donaciones —informó el profesor Alberto al darle una carpeta a Natalia Loreto, la presidenta del comité organizador del evento de caridad que se llevaría a cabo la última semana de clases del semestre en Elena de Parra. La lista era una hoja blanca con diez apellidos, y por supuesto, el número uno lo poseían los apellidos “Ámaro Priss”. Al parecer los herederos Ámaro eran prioridad en el evento que se realizaría en dos meses exactamente, y aunque Tony no había comunicado al colegio cuál sería la cantidad de dinero que aportarían, la

directora, quien había sugerido la idea de dicho acontecimiento, estaba segura de que los Ámaro no donarían cualquier suma de dinero.

—Pueden retirarse —indicó la profesora Lorena con los codos puestos sobre el escritorio. Todos salieron de la oficina pensando en sus deberes como parte del comité organizador.

“Contigo” era una fundación encargada de proporcionar recursos a familias necesitadas del país; recursos como becas de estudio, casas, ropa, despensas, tratamiento psicológico y médico, etc. Esta fundación había sido contactada por el Colegio Elena de Parra para realizar un evento de caridad obteniendo beneficios mutuos, es decir, ayudar a los que menos tienen y dar una buena imagen de la universidad al país entero y al mundo.

Además del evento de caridad ya se aproximaban los exámenes finales y el alumnado del campus estaba histérico. Todos los profesores habían anunciado ya los proyectos a entregar, los cuales serían sumados a las calificaciones finales de los exámenes. El círculo de diamantes, a pesar de ser algo engreídos y pedantes, no podían darse el lujo de reprobar ninguna asignatura, y este designio no por voluntad propia sino por la de Tony, quien en repetidas ocasiones establecía como recordatorio una de las normas principales del círculo: —*No permitiré que se nos critique por bajas notas o problemitas en la escuela. ¡Estudien! Al país no le viene mal gente menos idiota.* —Eso les obligaba a esforzarse en lo que a asuntos universitarios constaba.

Tony había dejado de escribir en la computadora que tenía sobre su escritorio en su habitación, frente a la ventana que daba al jardín lateral; había sacado del cajón una foto de su madre, cubierta por el reluciente cristal del portarretrato en donde se encontraba. Carolina lucía sonriente; llevaba puesto un vestido corto, color verde agua que combinaba con sus hermosos ojos. Su

cabello era lacio y rubio y su sonrisa era más que perfecta. Resbaló una lágrima por la mejilla de Tony y se estrelló en el cristal que resguardaba la fotografía. Observó a través de la ventana de su habitación y vio las nubes grises cubriendo el sol. Dejó que el viento le hipnotizará por un momento y recordó a su madre, lo buena que era y lo desafortunado que se sentía por haberla perdido sin siquiera haber dicho adiós.

El mal tiempo estaba apoderándose de Santa Villa. Era el invierno que se acercaba con un frío cada vez más espantoso. Y, de repente, así como había recordado a su madre con un tanto de alegría y nostalgia combinadas, un sabor amargo le inundo la boca; era el recuerdo de su padre, el recuerdo del hombre que había lastimado a Mateo durante tantos años sin que él pudiese notarlo; engañado al igual que su madre. Vino a su mente el día en el que sus padres murieron en aquel terrible accidente y recordó a Mateo dándole la noticia al llegar a casa del colegio. No gritó, ni reclamó a la vida por lo sucedido; derramó un par de lágrimas y abrazó a su hermano tan fuerte como pudo, quien no paraba de llorar desconsoladamente. En algún punto de ese momento, Tony llegó a pensar que le dolía más el sufrimiento de Mateo que el haber perdido a sus padres.

El funeral fue casi insoportable pues tuvieron que recibir a un sinnúmero de personajes que, en su mayoría, ni siquiera conocían. Tres días después Mateo confesó toda la verdad a su hermano y el duelo se combinó con un coraje frustrante, asfixiante y desgastante. Tony dejó de creer en su padre, dejó de admirarlo y sintió deseos de reclamarle por sus atrocidades, pero era inútil, él no estaba ni estaría nunca para sufrir el reclamo de su hijo menor. En ese momento Tony sintió que el lazo con Mateo se hizo más fuerte, más importante, diferente. Bastó sólo un mes para que ambos, mientras dormían acurrucados en la habitación de Mateo, se dieran un beso apasionado en los labios y tuvieran un primer encuentro sexual. Después de ello la historia se

convirtió en un cuento de hadas con un trasfondo perverso y doloroso, y con un final incierto muy difícil de definir para ambos.

El sonido del vibrador de su teléfono celular lo sacó de su ensimismamiento; vio el título “Llamada entrante de: Dirección Universitaria”; deslizó el índice por la pantalla y se lo llevó al oído.

—¿Diga? —respondió.

—Tony, buenas tardes, soy la profesora Lorena —dijo la femenina voz—. Me he tomado el atrevimiento de llamarte a tu número privado solamente para recordarte el asunto del donativo para el evento de caridad.

—Buenas tardes, profesora —saludó—. Claro, no lo he olvidado, ¿ya hay una fecha?

—Será diciembre tres —informó.

—Perfecto. No lo olvidaré.

—Acabo de platicar con los chicos del comité organizador. Ellos te indicarán cómo será la logística cuando se aproxime la fecha.

La puerta de la habitación se abrió y Mateo entró llenándola con ese exquisito perfume que regularmente usaba y que le recordaba a Tony todo el amor que se tenían, sobre todo en la cama; a veces, Tony se excitaba con solamente olerlo. Mateo se dirigió al escritorio con una charola que sostenía con ambas manos en la que se encontraban dos tazas de té caliente de manzanilla con un poco de leche y azúcar. Iba vestido con ropa deportiva; Tony supo entonces que su hermano acababa de ejercitarse.

—Bien, profesora, lo tendré en cuenta. Debo colgar —sentenció Tony cuando Mateo se hubo sentado a su lado en una silla después de colocar la charola con las tazas de té a un lado de la computadora, en el escritorio. Entonces, el menor de los Ámaro finalizó la llamada y abrazó a su hermano, después le vio a los azules ojos y le dio un beso rápido en los labios. Mateo sonrió y despeinó a Tony alborotándole los cabellos con una mano; el chico

rubio llevaba puestos unos pants de tela térmica, blancos, holgados, y un suéter tejido de color gris, el cual lucía muy acogedor; se colocó los lentes de pasta negra que le hacía ver como uno de esos hipsters que se ponían de moda. Solía vestirse cómodamente para trabajar en asuntos de la escuela cuando estaba en casa; las mangas del suéter le llegaban casi a mitad de los dedos y eso le hacía lucir muy tierno según Mateo.

—¿Quién era? —preguntó Mateo, y dio un sorbo a su taza de té.

—La directora Lorena —respondió Tony llevando los pies arriba de la silla, flexionando las rodillas y recargando su barbilla en ellas mientras las rodeaba con ambos brazos—. Por cierto, no había podido platicarte acerca de un evento de caridad que organizó el colegio. Daremos un donativo —informó.

—¿Cuándo será? —preguntó, y dio otro sorbo a la taza de té.

—Diciembre tres —respondió e hizo lo mismo que su hermano.

—¿Para qué fundación?

—“Contigo”.

—Muy bien, pues haz el cheque cuando quieras, sólo avísame cuánto donarás —indicó Mateo como el mayor de su pequeña familia—. Sólo no te pases de un millón.

—No te preocupes —consoló y dejó la taza nuevamente sobre la charola plateada en su escritorio—. ¿Vienes del gimnasio?

—Sí. Deberías dejar de trabajar tanto en tus proyectos —opinó al tiempo que posaba la mirada sobre la fotografía de su madre colocada en el otro extremo de la mesa—. Sobre todo si mezclas tu esfuerzo con recuerdos tristes.

—Bueno, recordar a mamá no es nada triste.

—Pero recordar que ya no está sí lo es.

—Sí, es por su ausencia. Recordar a... —se detuvo y desvió la mirada hacia las grises nubes que auguraban tormenta en el exterior.

—A papá —terminó el otro.

—Sí, a papá —repitió resignado—. Eso sí es triste y frustrante.

Mateo dio el último sorbo a su taza de té y acto seguido se acercó a su hermano para darle un beso en la frente. —Me daré un baño, peque. Debo volver a la oficina.

Tony se levantó de su silla e impidió que Mateo se fuera tirando de su brazo derecho.

—Espera, no te vayas aún —pidió Tony, y le dio un abrazo.

Ambos comenzaron a besarse como dos enamorados se besan, desesperadamente, casi como si supieran que el mundo se acabaría después de ese beso y que ya no tendrían nunca más otra oportunidad para saborear sus carnosos labios.

—¿Estás listo ya para Londres? —preguntó Mateo esbozando una sonrisa mientras sostenía a su amado Tony de la cintura.

—Desde el día en que me diste la noticia —respondió.

—Debo irme, estoy retrasado.

—A veces, pero nada de qué preocuparse —bromeó Tony.

—Jajaja, ¡tonto! —se carcajeó—. ¿Me acabas de decir retrasado?

—Tú lo dijiste —respondió con una carcajada, lo que provocó que Mateo le empujara a la cama, que estaba muy cerca. Tony no paraba de reír y Mateo se le lanzó encima y le tapó la boca—. ¿Quieres que te castigue? —preguntó y quitó la mano para que Tony respondiera.

—Eres mi hermano, no tienes el poder de castigarme —respondió con una seriedad tan provocativa que le fue casi imposible detener a su hermano, quien lo tenía inmovilizado de las manos, extendido sobre la cama con su cuerpo encima de él.

—¿Ah, no? —Mateo puso cara seria y con una mano le bajó los pants a su hermano y después los suyos. Tomó a Tony del cuello con una mano y lo

observó perversamente, como observa un cazador a su presa antes de dispararle—. Te arrepentirás por tus acciones, pequeño Tony.

—Y si no, ¿qué? —lo retó con media sonrisa dibujada en el perfecto rostro.

—¡Abre la boca! —ordenó en tono quedo pero firme; Tony obedeció y su hermano metió cuatro dedos, lo más profundo posible, los movió y Tony los lamió con su lengua emitiendo un sonido acuoso y gutural; los ojos se le humedecieron rápidamente y su piel se ruborizó. Mateo sacó los dedos y los dirigió a su miembro, ya erecto, humedecido por ese transparente y a veces abundante líquido preseminal que anuncia un estallido aplaudible. Se levantó un momento y puso a Tony bocabajo, y así, desnudos de la cintura para abajo, con los pants arrugados entre sus tobillos y sus pies, Mateo penetró a Tony lo más rápido posible. Tony emitió un quejido en el que es difícil diferenciar si duele o gusta—. Eres mío, ¿entendiste?, y cuando te portes mal te voy a castigar. —Comenzó a embestirlo más rápido, de una manera tan salvaje que no pudo evitar morderle el cuello, arrastrado por ese irrefrenable deseo de poseer a su hermano.

Tony sentía ese dolor placentero y no podía imaginarse teniendo eso con alguien más. Mateo hizo un ruidito sordo y tembló cuando cinco disparos de semen salieron expulsados hacia las entrañas de su hermano; salió de él y lo abrazó aún en la misma posición. —Te amo —le murmuró al oído.

—Yo también te amo —respondió Tony, ambos hiperventilados.

—Y ahora por tu culpa llegaré tarde a la oficina —le dijo provocando que ambos soltaran una ligera carcajada.

—Nunca me dejes —pidió Tony con dulzura y se giró para darle un beso en los labios.

—Nunca.

—¿Me puedes explicar esto? —interrogó Amelia con una indignación fingida al señalarle a Tony el cuello con las marcas de los dientes de Mateo dibujadas en la blanca piel, en un tono casi púrpura. Tony guardó silencio y desvió la mirada con media sonrisa extendida en el rostro.

—¿Explicar qué? —dijo él, justo cuando sacaba de su maletín una bufanda color gris con negro y se la enrollaba en el cuello.

—¡No inventen, parecen conejos! —reprendió Amelia.

—Aquí la zorra eres tú, amiga —puntualizó Tony mientras observaba el paisaje a través de la ventana del auto.

—Pero el enfermito eres tú, amigo —refutó con dolo.

—Ayer por la noche recibí una llamada de la agencia de investigación —cambió rápidamente de tema.

—¿Qué sucede? ¿Encontraron al bromista?

—No, al contrario, me dicen que no hay indicios de alguna amenaza o atentado desde que comenzaron a investigar —dijo con un toque de extrañeza y con el entrecejo fruncido—. Me dieron un reporte de las llamadas y textos entrantes a nuestros números celulares y pues ninguno de nosotros ha recibido nada sospechoso.

—Pues... no, es verdad, nadie ha recibido nada extraño.

—Creo que lo mejor será olvidar el tema —opinó el joven.

—Quizás el bromista simplemente se cansó de joder.

—Esperemos que así sea. En este país no podemos simplemente pasar por alto ese tipo de bromas, por desgracia, nos hemos convertido en paranoia pura —lamentó con seriedad y abrió la puerta del auto que ya se había aparcado frente al campus.

—Buenos días, Tony —dijo la ya conocida voz de Iñaqui Romedo, obligando a que el chico pusiera los ojos en blanco tras cerrar la puerta del Mercedes una vez Amelia hubo salido de él.

—¿Es enserio, Iñaqui? Ni siquiera esperas a que entre al campus.

—Es que es importante.

Tony inhaló y exhaló aire rápidamente en señal de resignación y se detuvo para escuchar a Iñaqui. Amelia, por su parte, se alejó sin prestar atención.

—Contigo siempre es importante. Ok, dime entonces, y rápido porque estoy retrasado... —Y el recuerdo fugaz de Mateo reprendiéndolo por haberle dicho retrasado lo desconcentró por un segundo. Se carcajeó internamente y pensó que ahora, cada vez que escuchase o dijese “estoy retrasado”, tendría un ataque de risa. Se contuvo y prestó atención a Iñaqui.

—Estamos organizándonos para la graduación —declaró el joven un poco ansioso.

Tony volvió a poner los ojos en blanco y continuó avanzando para adentrarse al edificio principal del campus. —Por favor, Iñaqui, aún falta mucho para eso —dijo al atravesar el umbral principal.

—Bueno, sí, tienes razón. En realidad quería invitarte a salir esta noche —confesó el chico; lo dijo tan rápido que Tony apenas pudo entender lo que había pronunciado. El heredero Ámaro se detuvo y lo miró fijamente a los ojos.

—Iñaqui, de verdad, espero algún día puedas comprender que tú y yo nunca tendremos nada.

—No lo hago con esas intenciones, solamente me gustaría ser tu amigo. He estado pensando las cosas y...

—Si continúas de esta manera ni siquiera podremos ser compañeros de clase porque pediré mi cambio a un lugar muy alejado de ti —sentenció—. Además, hoy no puedo, tengo un compromiso. —Vio el rostro apesadumbrado de Iñaqui y volvió a hablar—. Mira, ahora estoy muy ocupado, debo entregar un avance del proyecto de mercados nacionales, pero te invito a cenar a mi

casa, mañana, a las nueve de la noche se sirve la cena, no llegues tarde — consoló, y acto seguido se alejó del apuesto muchacho. Y, como si hubiese dicho unas palabras mágicas, Iñaqui sonrió y levantó el rostro.

—Claro, te veré mañana —respondió mientras veía a Tony alejarse por el pasillo, dándole la espalda cubierta por un abrigo negro que hacía juego con su elegante bufanda y un maletín de piel marrón.

Tony caminó hacia la dirección académica y al arribar tocó la puerta de madera dos veces. —Adelante —respondió la profesora Lorena.

—Buenos días, profesora —saludó Tony al abrir la puerta y caminar hacia el interior de la oficina.

—Buenos días, señor Ámaro —saludó ella—. Dígame, en qué puedo servirle —preguntó y dejó un par de hojas a las que dirigía su atención sobre el escritorio para posar la mirada en Tony.

—He traído el cheque con el importe del donativo. Los del comité me dijeron que tendría que entregarlo directamente en sus manos —dijo; extendió la mano para darle el rectangular papel blanco que acababa de sacar de su maletín.

—Así es, gracias —contestó la mujer al tomar el cheque—. No queremos que haya ningún tipo de malentendido con respecto al dinero —concluyó con una sonrisa.

—Por supuesto —asintió Tony—. Por cierto, profesora. ¿Alguna noticia de Romina? Es extraño que no haya vuelto a clases, el semestre casi termina.

—Ella está algo enferma. Me ha sido imposible comunicarme con su familia. Estuve yendo a la residencia Indriú y ayudé al ama de llaves a atender a Romina un par de veces. Según me dijo la mujer, sus padres volverán hasta fechas navideñas.

Tony arrugó el entrecejo y desvió la mirada de manera pensativa. Era

muy extraño no saber nada de Romina pues ya había pasado demasiado tiempo ausentándose de la universidad y de la vida social en general. Lo peor del asunto es que comenzaba a sentirse preocupado en verdad por la chica y no quería entrometerse en el asunto.

—Bien, esperemos que todo marche adecuadamente —externó, y acto seguido abandonó la oficina.

Había otorgado un donativo por un millón de pesos a nombre del colegio Elena de Parra; ni un peso más ni un peso menos. Para los Ámaro, un millón de pesos era como quitarle un pelo a un gato.

—¡Hey! —saludaron Amelia y Tania que se cruzaron en su camino al salir de la dirección.

—¿Qué pasa?

—¿Qué quería tu noviecito Iñaqui? —preguntó Amelia melosamente.

—Por favor, no quiero volver a escuchar el nombre de Iñaqui en lo que resta del día —indicó con una seriedad apesadumbrada, como si el nombre del joven Romedo le doliera cada vez que era pronunciado—. Tania.

—Dime —respondió la esbelta chica, quien llevaba puesta una gabardina blanca con botones negros, muy elegante, que se ajustaba muy bien a su reducida cintura debido al cinturón del abrigo que iba hecho un nudo por el frente.

—Hoy habrá una reunión en tu jardín —informó—. Avisen a los demás. Los veré ahí a las ocho de la noche. —Ambas chicas asintieron y cada uno se dirigió a sus respectivas labores universitarias.

Las reuniones del círculo de diamantes se llevaban a cabo en algún lugar especial que Tony elegía en la casa de alguno de los integrantes, pero su favorito era el jardín de la residencia D'asot; cuando Tania fue elegida para entrar al círculo, cuatro años atrás, ofreció como tributo un concierto privado para el círculo de diamantes en el jardín de su mansión. Era un lugar muy

particular; su madre era una mujer algo extravagante, con gustos extremadamente singulares. El concierto lo ofreció una de las cantantes favoritas de Tony, una mujer del sur del país que cantaba música de folklor mexicano con una voz muy versátil. La decisión de incluirla en su grupo de amigos cercanos fue casi inmediata.

La noche ya cubría Santa Villa y había una ventisca envuelta con frío algo incómoda. Tony se dirigía pensativo hacia la residencia D'asot en la parte trasera del auto conducido por Pedro. Observaba las mansiones vecinas iluminadas por las lámparas lujosas que adornaban el exterior de cada una; los jardines eran enormes y cada una de ellas lucía solitaria, algunas vigiladas por personal de seguridad en pequeños cubículos construidos en los enrejados principales; todas ubicadas en una extensión de terreno rodeada de árboles, lejos de las partes urbanizadas de la ciudad. La carretera era solitaria la mayor parte del tiempo; se trataba de un lugar tranquilo. Pensaba en su pasado y en lo mucho que se había divertido en ese lugar, en esa casa que actualmente habitaba, pensaba en lo mucho que había admirado a su padre y a su madre, y nuevamente la boca se le humedeció con ese amargo sabor que le recordaba la inevitable decepción y aborrecimiento que sentía por Antonio, ese hombre al que tenía que llamar padre y aparentar ante los demás que aún le guardaba cariño cuando se tocaba el tema por algún motivo. Mateo y él jamás se habían atrevido a contarle absolutamente a nadie el oscuro secreto de su familia, al contrario, habían decidido guardar silencio por el resto de su existencia. Miranda sería la única persona que se enteraría de lo retorcido y enfermo que su padre se había comportado, solamente por el hecho de que necesitaban de su ayuda. Qué difícil se había vuelto todo, qué difícil era lidiar con esas cosas, con esa carga tan pesada. Amaba a Mateo, con todo su corazón, y lamentaba profundamente todo lo que le había sucedido en la infancia, y ahora,

comenzaba a sentirse un poco consternado por el hecho de que su situación sentimental empezaba a lucir algo estancada, sin dirección aparente. Las preguntas siempre le rebotaban en la ocupada cabeza; ¿podría algún día decirle al mundo la realidad de su relación con su hermano mayor?, ¿cómo explicaría todo aquello?, ¿se casaría con Mateo?, ¿tendrían hijos?; él deseaba casarse y tener hijos algún día, formar una familia como lo hacen las personas comunes; ese era el punto, quizás él no era una persona común y quizá nunca lo sería, quizá debería comenzar a resignarse a vivir una vida llena de apariencias y sacrificios. Esa idea le aterraba, le aterraba demasiado; tenía la sensación de que para él y para Mateo, una vida llena de normalidad era prácticamente un sueño y nada más. Aunque había intentado tocar el tema con su hermano, el mayor de los Ámaro siempre cambiaba el rumbo de la conversación. Tony sabía que lo que Mateo hacía era defenderse porque probablemente tenía miedo, igual o peor que él.

La entrada a la mansión D'asot era un enrejado que anunciaba un largo recorrido, como en casi todas las casas de la zona, hacia el lugar en cuestión. La reja estaba hecha de varas de metal negro con un decorado de lianas y hojas enredadas hechas de metal dorado. Justo en el portón de entrada había una caseta con un vigilante que ya conocía a Tony y a Pedro y, sin siquiera detenerlos para preguntarles algo, el hombre solamente hizo un saludo con la mano y pulsó el botón para que la reja se abriera de par en par automáticamente.

La mansión era una construcción pintada de color marrón con blanco que lucía imponente, con una puerta de madera blanca que tenía en su centro un vitral de un colorido pavorreal con las plumas extendidas. Tony no entraría por ese umbral; existía a un costado de la mansión una reja de madera que conducía al jardín trasero a través de un camino de roca trazado sobre el verde y muy bien cuidado césped.

—Gracias, Pedro. Espera aquí, volveré en unos minutos —indicó el chico al bajarse del auto que ya se había estacionado frente a la residencia. Vio los autos de todos los miembros del círculo estacionados a lo lejos, en un espacio para los visitantes. Tony estaba muy acostumbrado a tener chofer; sus padres le habían acostumbrado a tener siempre a alguien que manejara el auto por él, no por soberbia o presunción, sino por seguridad, según su padre, y por tener siempre una compañía, según su madre. Eran pocas las ocasiones en las que Tony manejaba.

El heredero Ámaro se protegió contra la ventisca abrigándose con una gabardina negra y una bufanda del mismo color. Llevaba puestas unas botas de invierno, negras también, y un pantalón casual color uva que hacía una combinación exquisita, elegante, como todos los atuendos que elegía cada día. El crecido cabello rubio se le despeinaba ante el soplido del viento pero, como si tuviera alguna especie de hechizo mágico, las delgadas fibras capilares volvían siempre a su posición original; quizá hasta su propio cuerpo le tenía cierto temor o respeto, como muchas de las personas que le rodeaban. Tras cerrar la pequeña reja de madera caminó a través del enorme jardín en dirección a una especie de domo que se distinguía a unos trescientos metros al fondo. Pudo ver una manguera conectada a varios aspersores en el césped, los esquivó y conforme avanzaba escuchaba algunas voces y carcajadas a lo lejos.

—No, lo peor de todo es que es un imbécil lame suelas —vociferó Miguel entre risas.

—Lo peor de todo es que se acueste con una de nosotros —añadió Amelia con acidez.

—¡Ash! Basta, es un pasatiempo y ya —se defendió María mientras encendía un cigarro con su lujoso encendedor dorado.

—María, es un profesor, ¿cuántos años tiene?, ¿cincuenta? —interrogó Alejo con seriedad, como si intentara reprender a su hermana menor.

—No me voy a casar con él, ¿ok?...

—Serías una inconsciente —intervino la voz de Tony, quien se adentraba a la sala en la que sus amigos se encontraban sentados.

El invernadero al que Tony había entrado estaba construido de cristal y alojaba un laberinto hecho de arbustos muy bien podados en forma de paredes de tres metros de altura. Era un lugar muy atractivo a la vista; en cada pasillo, pegadas a las paredes de arbustos, se encontraban macetas con un número enorme de especies florales. Todo estaba iluminado tenuemente por pequeñas lámparas colocadas por el lugar que simulaban la luz de las luciérnagas en la oscuridad nocturna. Había un hermoso aroma recorriendo cada pasillo desprendido de las diferentes plantas y flores. En la parte central del laberinto, en donde todos los caminos se unían, se encontraba una sala de color blanco compuesta por muebles muy finos de acabado victoriano, dispuestos en círculo, con una mesa de centro hecha de cristal cortado con una luz por debajo que obligaba a que dicho objeto brillara majestuosamente y proyectara la luz hacia todas direcciones en pequeños triangulitos que se impregnaban en todos lados, incluso en el rostro de los presentes; era como un diamante gigante.

—Gracias por venir —expresó Tony mientras se sentaba en un sillón blanco individual, reservado exclusivamente para él, al parecer.

—¿Qué sucede? —preguntó Tania después de inclinarse una copa con vino rosado sobre los labios y darle un trago ligero.

—Convoqué a esta reunión porque tengo algunas cosas que consultarles —comenzó—. Primero que nada quisiera preguntarles qué sucede con el nuevo integrante del círculo, ¿tienen algún candidato en especial? —dijo, y miró a todos en silencio, esperando una respuesta.

—Ninguno me agrada —declaró María mientras texteaba en su celular con un dejo desinteresado e insípido.

—Me agradaron los pases para el “Cirque Du Soleil” en París de Ernesto Notaralli —opinó Tania desde su lugar—. Además, es italiano. Deberíamos considerar tener a un extranjero en el círculo.

—Pues nunca he ido, me parece interesante su tributo —agregó Alejo.

—Una palabra: ¡¡A-BU-RRI-DO!! —exclamó Miguel con pereza.

—También Johanna de la Palma —agregó Tania—. Es muy guapa y estudió en Europa un año. Nos regaló pases VIP para el fashion week de este año. No sé, creo que no sabe que somos invitados todos los años, pero se me hizo un esfuerzo importante.

—Estudió medicina. Creo que hace un tiempo habíamos acordado que doctores no. Son pésimos para la vida social y siempre están cansados y hablando de sus guardias en el hospital —refutó Miguel nuevamente.

—Entonces deberías proponer algo en vez de sólo denegar —reprendió Alejo con seriedad.

—Pues todos me parecen sosos —volvió a hablar Miguel haciéndose el desinteresado.

—No necesitamos pases para el fashion week; tenemos acceso libre a todas las pasarelas en reservados VIP —aclaró Amelia con pesadumbre, como si tuviera que explicarle algo simple a un niño de primaria.

—Además de todos los *after* —agregó María sin despegar los ojos del teléfono celular.

—¡ñaqui Romedo —dijo Miguel con media sonrisa, haciendo una pose bonachona desde el sillón blanco para tres personas que compartía con María y Alejo.

Tony abrió los ojos como platos y volvió el rostro hacia Amelia y después hacia Miguel.

—Descartado —sentenció el heredero Ámaro con rapidez en un tono que sugería que ni si quiera era necesario dedicarle más tiempo a la propuesta

malintencionada de Miguel.

—Creo que debemos recordar, y por supuesto recordarles a todos los aspirantes, que no se trata de algo caro todo el tiempo sino de algo significativo, original; algo sorprendente —opinó Amelia para dejar en claro un punto que era crucial al momento de elegir a un nuevo integrante.

—Bueno, yo tampoco tengo candidatos —dijo Tony algo consternado—. He pensado que quizás este año no elija a nadie, o probablemente sea momento de parar y cerrar el círculo; es desgastante pensar en incluir a alguien más.

—Eso es porque todos quieren ser un diamante —intervino María.

—Son demasiados —agregó Tania—. Y la verdad, a veces quisiera que no nos quisieran tanto. ¿Qué caso tiene esforzarse tanto por esto? —hizo silencio y todos pusieron cara de melancolía y bajaron la mirada al suelo—. Digo, no es como que nuestras vidas sean muy bonitas que digamos... ¡buena compañía les daremos, jaja! —Había dado justo en el blanco y sus palabras fueron lanzas en las heridas de cada uno. Todos guardaron un silencio algo prolongado; quizá pensaban lo mismo que su amiga, quizás era momento de parar. Ya no era igual que hace algún tiempo, cuando el asunto de un círculo social exclusivo les parecía divertido. Definitivamente las cosas habían cambiado.

—Bien, yo decidiré más adelante y les informaré el nombre de la persona —añadió Tony con la mirada perdida en la mesa de cristal—. Y, pasando a otro tema. Sé que es un estorbo en la vida, pero en realidad estoy preocupado por Romina. No se ha aparecido en la universidad. Nadie sabe nada de ella y su familia sigue sin llegar a Santa Villa.

—Yo también he pensado en ella. Quizá deberíamos visitarla —habló Alejo, intentando sonar centrado y racional.

—Ah, pues si te preocupa tanto deberías ir con Tony. Yo fui la última

vez y no me quedan ganas de toparme con esa demente de nuevo —refunfuñó Amelia, dejándose llevar un poco por los celos.

El teléfono celular de Tony emitió una alerta de mensaje.

Mateo:

Peque, ¿dónde estás? Voy llegando a casa. ¿Cenaremos juntos?, si dices que sí, te daré una sorpresa en el postre.

—Bueno, debo marcharme, ya nos pondremos de acuerdo para hacerle una segunda visita a Romina, o por lo menos contactar a sus padres —declaró al tiempo que se levantaba del sillón—. Por cierto, dentro de una semana tendremos una entrevista para la revista *Here*. Estén preparados. —Y tras haber dicho esto se marchó.

—¡Amo esa revista! —exclamó María, aun texteadando en su teléfono.

—Siempre tan misterioso —dijo Tania mirando a Alejo y a Amelia una vez Tony se hubo marchado del invernadero—. ¿Quieren entrar a cenar? Tengo cereal. —Todos se soltaron a reír con euforia.

Pedro aparcó el auto de Tony en la entrada de la mansión; Tony abrió la puerta de madera después de haber subido los cuatro escalones de concreto que conducían a un hermoso pórtico lleno de flores y macetas de porcelana, con muebles dispuestos por todo el corredor.

—¿Mateo? —dijo tras haber colgado su abrigo en el armario debajo de la escalera interior y haberse adentrado posteriormente al comedor. La luz del enorme candelabro de cristal que colgaba del techo iluminaba perfectamente el lujoso comedor de ébano, negro y reluciente. Las largas cortinas que cubrían los ventanales hacia el jardín tapaban los cristales cerrados y de manera majestuosa arrastraban en el piso con un sobrante de varios centímetros de tela blanca, traslúcida, combinada con una opaca, color azul marino, con bordados negros de flores y hojas de árbol.

—Hola —saludó Mateo con su sonrisa perfecta que, casi mágicamente, le iluminaba los verdes ojos.

—¿Está lista la cena? —preguntó su hermano al sentarse en el lugar de siempre, tras darle un beso rápido en los labios.

—Así es —respondió mientras lo observaba detenidamente, así como solía observarlo de vez en cuando, con esa mirada que parecía buscar algo escondido en él, o quizás algo muy admirado, con esa ligera sonrisa que arrastraba a Tony a enamorarse cada vez más.

—¿Qué? —cuestionó el hermano menor.

—Nada —contestó como siempre contestaba al recibir esa pregunta cuando observaba así a Tony.

—¿Por qué me ves así?

—¿Acaso no puedo verte ahora? —dijo con tono insidioso.

—No —respondió Tony con una sonrisita nerviosa y el entrecejo fruncido.

—Yo soy el hermano mayor, yo puedo hacer lo que quiera —habló intentando contener una sonrisa más amplia.

—Estás loco —refutó Tony y desvió la mirada hacia su teléfono celular.

—¿En dónde estabas? —preguntó con una seriedad fingida.

—En la residencia D'asot —respondió por impulso, pero reaccionó al instante—. ¿Estás controlándome? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Así debe ser, ¿no crees?

—Deja ya ese jueguito del hermano mayor controlador.

—Te gusta, lo sé —afirmó recostado cómodamente en el respaldo de la silla en la que se encontraba sentado, observando a Tony con el mismo misterio.

La señora Edi había entrado al comedor con el ayudante de cocina

para que le asistiera al servir la sopa de pasta en los platos ya dispuestos sobre la mesa; al retirarse, Tony comenzó a comer la sopa. Mateo por su parte dejaba enfriar la sopa y continuaba observando a Tony.

—¿Crees que es tiempo de que la gente lo sepa? —interrogó a Tony.

—¿Que sepan qué?

—Sobre nosotros.

Tony frunció las cejas en señal de extrañeza y dejó la cuchara sobre el plato para poder unir sus manos con los codos puestos sobre la mesa.

—No lo sé. ¿Crees tú que es tiempo?

—No lo sé, necesito de ti para poder tomar una decisión de esa magnitud.

—Pues aquí me tienes, siempre me has tenido contigo —consoló—. Hemos intentado hablar de esto muchas veces, pero en realidad, Mateo, la decisión no es mía solamente, es de ambos.

—Sí, lo sé —respondió, esta vez algo apesadumbrado—. He estado pensando mucho en eso y en las consecuencias.

—Pero si lo hacemos es porque no queremos escondernos más, no por lo que los demás piensen.

—Me aterra mucho la idea de que las cosas cambien.

—¿Por qué habrían de cambiar? —dijo extrañado.

—No entre nosotros, sino con las demás personas.

—Ese es el problema, siempre estás pensando en lo que los demás puedan pensar, en la empresa, en nuestros amigos, en todos —reprendió el menor de los Ámaro, como si los papeles se hubiesen invertido—. A mí sabes que esas cosas no me interesan. Las personas ya hablan de mí de igual forma, así que me da lo mismo.

—No es tan fácil tomar una decisión así.

—Entonces me doy cuenta de que necesitas más tiempo y mi respuesta

es no, no es tiempo para que los demás sepan que tú y yo somos algo más que hermanos —sentenció, y volvió la mirada a su sopa para continuar comiéndola.

—Entonces seguiremos así por ahora —afirmó Mateo y se acomodó para comenzar a hacer lo mismo que Tony.

Tony se sentía frustrado cada vez que el tema se tocaba. Era una situación complicada. Él sabía que Mateo en el fondo deseaba gritarle al mundo entero que Tony era su pareja y que eran muy felices juntos, pero también sabía que estaba rodeado de barreras enormes, barreras que él no había podido derribar durante todos estos años.

Al terminar la cena, en silencio, después de los waffles con mantequilla y miel, Mateo se inclinó hacia Tony y le tomó de la mano.

—Mírame —pidió con amabilidad; acto seguido los ojos azules de Tony y los verdes de Mateo se conectaron—. Eres todo para mí, te amo como nunca imaginé amar a nadie. Sin ti no existo.

Tony comenzó a verlo con la dulzura con la que Mateo lo veía. No podía resistirse ante tanta hermosura y amor. Su hermano mayor era una especie de droga adictiva, pero que en vez de perjudicar su salud le ayudaba a mejorar.

—Te amo —respondió Tony, como si aquellas dos palabras compensaran de inmediato el punto central de la conversación que les llevaba casi siempre a discutir.

Miranda había generado en ellos la iniciativa de comenzar a preguntarse qué sucedería entre ambos con el tiempo, cuando los meses y los años transcurrieran. Las preguntas siempre eran las mismas y la respuesta también: *no lo sé*.

—Sabes que yo quisiera gritarlo al mundo entero, pero me es inevitable pensar en las consecuencias —argumentó Mateo con preocupación

intentando no enfadar a Tony con la misma cuestión.

—Entonces lo diremos cuando estés seguro de hacerlo —dijo con tranquilidad, consolándole con una mano acariciándole la mejilla—. Las cosas no han sido nada fáciles en esta familia. No nos hagamos todo más difícil.

Mateo sonrió y tiró de la mano de Tony para que se levantara de la silla y se acercara a él.

—¡Ven, siéntate en mis piernas!

—¡Estás loco! —respondió con una expresión de admiración.

—¡Ven! —insistió sonriéndole desde su silla mientras el chico rubio ya se había levantado con la mano entrelazada a la de su hermano.

—¿Qué estás haciendo? Pueden vernos —cuestionó con pesar, aunque forzosamente ya se había sentado en las piernas de Mateo, sin dejar de voltear para ver si alguno de los empleados no estaba por ahí espiando, o por si la señora Edi aparecía preguntando: *¿algo más que pueda ofrecerles?*

Mateo tomó a Tony del cuello y lo acercó para darle un beso en los labios, beso al que Tony se resistió durante los primeros tres segundos pero que en poco tiempo se dejó llevar, colocando las manos detrás del cuello de su hermano, sentado en sus piernas, sintiendo que la vida era todo y nada al mismo tiempo cuando estaba con él. Su vida tenía un significado, un propósito, algo difícil de describir, algo que sólo alguien en su situación podría comprender. El beso comenzó a extenderse y a intensificarse. El sonido del viento rozando los ventanales tras las elegantes cortinas les susurraba cosas lujuriosas al oído. Mateo tomó una de las manos de Tony y la bajó hacia su entrepierna. Tony comenzó a acariciar por encima del pantalón hasta que la sangre se estancó en aquel órgano ansioso de contacto y lo endureció, listo para participar en lo que fuese que estuviese involucrado el placer carnal.

—Quiero hacértelo, ahora mismo —le susurró Mateo al oído.

—Vamos arriba —respondió de la misma manera, con los ojos

cerrados de placer y con un movimiento de cabeza que permitía que Mateo le besara el cuello.

Se levantaron rápidamente y subieron las escaleras para dirigirse a la habitación de Mateo; deseosos de comerse la piel a besos, comenzaron ese fluido movimiento que desordenaba las sábanas cada vez que se les antojaba amarse con el cuerpo. Mateo desvistió a Tony con tanta rapidez y desesperación que casi rompe la tela. Una vez estando desnudos le dio media vuelta, lo levantó de la cama y lo postró sobre la pared, inmovilizándolo, le besó el cuello y tomándolo de los rubios cabellos lo penetró, ahí, de pie, mientras las piernas le temblaban, ansioso por recibir una vez más a su hermano.

—Eres mío —le susurró entre las agitadas respiraciones.

Tony tenía la sensación de que cada vez que tenía sexo con Mateo sentía más placer y más ganas de que el momento fuese eterno. La lengua de Mateo lamía deseosa la espalda y el cuello de Tony de una manera tan apetecible que Tony a veces sentía que explotaría de placer. Mateo se movía de una forma singular; su cadera iba de rápido a lento y viceversa, en círculo a veces, impulsándose majestuosamente hacia el interior de su amante. Le gustaba mirar cómo le penetraba, como su atlético vientre se tensaba por el movimiento, le gustaba terminar dentro de él, marcando su territorio, su propiedad. Le gustaba Tony y sabía que pronto las cosas cambiarían para ambos, pues debía tomar una decisión, debía pensar no sólo en lo que él quería sino también en lo que su hermano quería; era Tony quien siempre cedía ante todo y respetaba las decisiones de su hermano, pero Mateo pensaba que era momento de dejar de ser egoísta y dar un paso importante sin que le afectara lo que los demás pudiesen decir.

A Mateo le había agradado mucho la idea de que Tony hubiese invitado

a Iñaqui a cenar a la mansión. Sabía que su hermano era una persona muy emocional pero que la mayor parte del tiempo se escondía en ese caparazón duro y frío. El hecho de haber invitado a Iñaqui a cenar con ambos le hacía creer que Tony en realidad si estaba preocupado por los sentimientos de Iñaqui.

La temperatura en Santa Villa había descendido con rapidez y todos comenzaban a lucir esos atuendos invernales que resaltaban aún más el dinero que poseían. Por supuesto, y como cada temporada, Tony Ámaro era el mejor vestido en toda la ciudad; incluso una revista internacional lo había colocado en el ranking de los hombres mejor vestidos del mundo, representando, junto a otros dos adinerados jóvenes, a México.

El campus lucía especialmente gris por la mañana, las nubes se habían aglomerado de tal manera que impedían el paso de los rayos de sol hacia los mortales. El círculo de diamantes caminaba en dirección a los jardines, tenían una hora libre y se encontraban muy estresados por la entrega de proyectos que anunciaban el fin del semestre y lo único que querían era un momento alejados de los edificios y del movimiento estudiantil.

—No entiendo como Claudia Santyno puede ser novia del obeso de Gerardo de la Luna. Ella es tan bonita —habló María mientras encendía un cigarro.

—Así es el amor —agregó Alejo colocando la mirada en Amelia, quien lo observó con un rostro de disgusto denotado por sus cejas entronadas y los ojos abiertos como platos.

—Jaja, ¿eres real? —se burló Miguel—. De cuándo a acá tan romántico y cursi Alejito.

Un silencio incómodo intentó apoderarse del ambiente pero, como casi siempre, Tony lo destruía con alguna intervención interesante.

—Ha pasado ya bastante tiempo desde la última bromita pesada. Me

parece que hablaré con los agentes de investigación para que detengan sus esfuerzos por encontrar algún tipo de prueba —informó el heredero Ámaro.

—Debió de ser algún inútil, envidioso, obeso, jugador de videojuegos con cuarenta años, viviendo en casa de su madre, en el sótano, comiendo hamburguesas y masturbándose para no pensar en su virginidad —dijo Tania al tiempo que se sentaban en una de las mesas del jardín.

—Tengo ganas de salir —dijo María.

—Yo también, tiene mucho tiempo que no vamos de fiesta en Santa Villa —agregó Miguel, con un tono de voz casi entristecido, suplicando una salida y esperando la aprobación de quien era prácticamente su jefe en lo que asuntos sociales concernía.

—Mañana será, hoy tengo una cena en casa —consoló Tony.

—¿Cena? —cuestionó Alejo.

—Sí, Iñaqui Romedo cenará con Mateo y conmigo en la mansión —respondió.

—Uy, ahora estará más obsesionado contigo —añadió Tania un poco consternada.

—Al contrario, yo creo que estará más relajado —refutó Amelia.

—Ya veremos —sentenció Tony. En su cabeza había muchas dudas con respecto a esa cena, pero concordaba con Amelia; Iñaqui podría quizá sentirse satisfecho con haber pasado una noche agradable en la casa Ámaro, además, Mateo estaría presente y eso le daría un toque adicional. Quizás inconscientemente Iñaqui se percataría de que Tony ya era feliz con alguien sin saber exactamente con quién.

La mesa se encontraba puesta elegantemente y un sutil sonido de piano se emitía a través de las bocinas colocadas discretamente en las esquinas superiores del comedor. Había candeleros de plata traídos desde Europa con

pedras incrustadas, producto por supuesto del trabajo artístico realizado en el corporativo Lazo-Ámaro. Las cortinas ahora lucían un terciopelo negro elegantemente acompañadas de un satín blanco; quizá fuese exageradamente elegante, pero a Tony lo exageradamente elegante le apasionaba: —*Ser elegante es un aprendizaje común y corriente, ser exageradamente elegante es una virtud con la que se nace* —dijo alguna vez para una entrevista de un reconocido periódico de la Ciudad de México. El mantel de la mesa era blanco, de una tela delgada que casi arrastraba en el piso de madera. Había tres lugares preparados con cristalería fina y plata para consumir los alimentos.

—Adelante, joven Romedo, los hermanos Ámaro lo acompañarán en un momento, póngase cómodo —dijo la señora Edí, quien había adentrado a Iñaqui al comedor después de que éste aparcara su deportivo en el estacionamiento para visitas en el jardín frontal de la mansión—. ¿Puedo ofrecerle alguna bebida? ¿Té, una copa de vino, agua?

—Oh, no, muchas gracias, esperaré.

—Bien, hay una campanilla justo en el centro. Puede hacerla sonar si necesita algo —informó la amable mujer, y dicho esto se retiró.

El comedor era un lugar impresionantemente grande para tratarse de un comedor. El techo, muy a lo alto, estaba forrado de madera con grabados en forma de raíces de árboles y hojas que se extendían sobre todo el lugar y, en el centro, el elegantísimo y llamativo candelabro de cristal cortado hipnotizó a Iñaqui. Era un sueño estar en casa de Tony, de ese chico que tanto le gustaba, “por fin” se dijo en sus adentros como un aplauso de victoria. Los ventanales alrededor del comedor estaban parcialmente abiertos y el aire se colaba moviendo majestuosamente las cortinas de vez en cuando. Sentía cierta curiosidad por conocer a Mateo, es decir, ya lo había visto a lo lejos algunas veces con Tony, pero nunca se había presentado formalmente. Estaba

encantado con el lugar, era tan hermoso y se respiraba una paz que debía ser producto de algo; se imaginó que posiblemente era producto del gran amor que se tenían en esa familia, quizás era la bondad de los padres de Tony que permanecía invisible como una huella de su paso por el planeta.

—¡Hola! —saludó Mateo, quien se adentraba al comedor vistiendo una camisa negra y un pantalón del mismo color combinado con unos mocasines color marrón, seguramente italianos—. Iñaqui, ¿verdad? —saludó con una sonrisa encantadora, se acercó a él y le extendió una mano para estrecharlo.

—Así es, es un gusto conocerte, Mateo —dijo un poco nervioso. No pudo dejar pasar el hecho de que el hermano de Tony era extremadamente apuesto, sobre todo ahora que lo veía tan cerca, además de percibir el aroma de ese delicioso perfume que llevaba encima.

—Tony bajará en cualquier momento, siempre demora algunos minutos con eso de arreglarse —informó y se sentó en la cabecera—. ¿Algo de beber, Iñaqui? —preguntó cortésmente mirándolo fijamente mientras hacía sonar la campanilla de plata.

—Oh, no, muchas gracias, ya he dicho que esperaré a ambos.

—Muy bien —asintió con media sonrisa.

—¿Si, joven Mateo? —preguntó la señora Edi, quien atravesaba la puerta de vaivén al fondo.

—Pueden ir preparando la cena, estamos a punto de comenzar —indicó con toda la amabilidad del mundo.

—Como usted ordene —respondió Edi, con la misma amabilidad, sorprendiendo a Iñaqui con su elegancia y porte, cosa que muy pocas trabajadoras domésticas poseen.

—¡Ah!, y señora Edi, ¿podría traerme la botella de vino que le mencioné por la tarde de la cava? —preguntó a manera de orden.

—Enseguida, joven —contestó ella y volvió a desaparecer por la

puerta de vaivén.

—Y, háblame sobre ti, Iñaqui, ¿qué tal la universidad? —inició Mateo la conversación debida.

—Pues todo bien, siempre me he dedicado a la escuela, mucho. No tengo problemas con ello, supongo que les facilito la vida a mis padres —respondió haciendo reír a Mateo.

—Eso es genial, me agrada la gente que piensa como tú. Los padres no duran para siempre, es crucial saber valernos por nosotros mismos.

—Bueno, aunque ser tú debe ser mucho más interesante que mi aburrida vida —dijo Iñaqui como un cumplido informal—. Lo más divertido que me ha pasado en estos meses es haber terminado en el hospital gracias a una estudiante desquiciada que me dejó cicatrices en las manos y en los brazos. —Mateo soltó una breve carcajada.

—Lamento mucho el incidente, Tony me contó todo —confesó con una seriedad inmediata—. ¡Oh, vamos! —continuó de manera amena—, estoy seguro de que te diviertes por ahí, eres muy joven. ¿Tienes la misma edad que Tony, no?

—Así es, veintitrés años —respondió.

—Pero de vez en cuando actúa como un niño de cinco —dijo la voz de Tony, quien se adentraba al comedor con una copa de vino rosado en la mano izquierda. Llevaba puesto un pantalón negro ajustado a su delgada figura, zapatos negros de agujetas, camisa blanca y un saco color azul marino con líneas color uva.

—Buenas noches —saludó Iñaqui, y le estrechó la mano al apuesto chico de ojos azules.

—Buenas noches —respondió, y tras estrecharle la mano se colocó detrás de su hermano y con un movimiento pausado y camuflado, se inclinó hasta casi poner la barbilla sobre el hombro de Mateo y le dio un beso en la

mejilla. Acto seguido posó la mirada en Iñaqui y se sentó frente a él, en el lugar lateral que restaba por ocupar—. Supongo que ya te han ofrecido algo de beber —intuyó Tony.

—Sí, estaba esperándote.

—Qué educado —reconoció—. Pues ya estoy aquí.

La señora Edi se dirigía a la mesa con un ayudante; su nombre era Carlos y había trabajado para los Ámaro durante cuatro años. Carlos se encargaba únicamente de preparar y servir bebidas cuando fuese necesario, conocía lo suficiente sobre vinos y licores como para satisfacer las necesidades de sus patrones y sus amigos. Sirvió tres copas de un vino tinto mexicano muy reconocido; era como un dibujo encantador y perfecto que relucía dentro del brillo del delgado cristal de la copa, tan delgado que de pronto parecía que el líquido flotaba o que estaba contenido en un recipiente invisible.

—Estábamos iniciando la plática —dijo Mateo y le dio un sorbo a su copa mientras la señora Edi y Carlos se alejaban nuevamente.

—¿Sobre qué? —interrogó Tony, y dio un trago a su copa.

—Sobre mi aburrida vida —confesó Iñaqui algo apesadumbrado.

—Por favor, olvida la modestia —reprendió Tony ácidamente—. Deberías contarle a mi hermano sobre tu familia, sería un buen comienzo.

—Pues no hay mucho que contar —inició—. Mis padres tienen negocios en Sudamérica. Por lo regular nunca están en casa, siempre la pasan viajando.

—Sacrificios para tener una vida mejor —dijo Mateo—. ¿Y tienes hermanos, Iñaqui?

—Tres hermanos mayores —respondió y le dio un primer trago a su copa de vino. Se sentía aún un poco nervioso ante la conversación; Tony era siempre intimidante, su presencia tenía un peso que ponía ansiosos a muchos,

pero se había acostumbrado ya a perder temor al hablar con él; sin embargo, tener a los dos herederos Ámaro juntos era revivir y duplicar ese peso y no estaba acostumbrado.

La cena se sirvió en tres tiempos: crema de champiñones, muslos de pollo con setas y, de postre, tarta de chocolate y jengibre con salsa de café y una taza de té de canela con miel. La conversación llevó una dirección simple, pasando de los deberes universitarios y los chismes de ciertos personajes en Santa Villa hasta los proyectos próximos de la compañía de los Ámaro.

—En realidad no le pedimos nada a ninguna empresa de joyería extranjera. Tenemos un estilo muy marcado y singular que nadie en el mundo posee, además claro de una calidad prácticamente perfecta —comentaba Mateo en la hora del postre.

—Sí, mi madre es fanática de su marca; tiene por lo menos tres prendas de cada colección —confesó Iñaqui.

—Tu madre tiene muy buen gusto —agregó Tony con la taza de té sujeta con ambas manos.

—Y cuéntame, Iñaqui, ¿tienes novia, novio? —preguntó Mateo con una expresión encantadora. Hacía siempre esa pregunta a quienes sabía eran abiertos con su sexualidad, pero incluía ambos géneros al realizarla para restarle incomodidad.

—Novia no lo creo, soy gay —respondió intentando ocultar una sonrisa nerviosa—. Y novio... —observó a Tony—... no por ahora.

—Eso es porque no se ha querido dar la oportunidad con alguien —intervino Tony.

—Si he querido, pero ese alguien no me corresponde.

—Porque quizá tú no entiendas que no siente lo mismo por ti.

Mateo observaba a ambos, quienes comenzaban a hablar cada vez con más ironía; como dos niños que debaten sobre quién tiene el mejor papá o la

mejor mamá.

—Bueno —interrumpió el mayor de los hermanos—, ya llegará el indicado —consoló.

—Espero que si —dijo Iñaqui—. ¿Y tú, Mateo? ¿Novia, novio?

La pregunta le congeló las arterias a Tony y volvió el rostro hacia su hermano. No era muy común estar en una conversación en donde las personas le devolvieran la misma interrogante curiosa sobre su orientación sexual.

—Estoy muy enamorado —respondió con decisión mientras su hermano lo observaba con una preocupación contenida y disfrazada de seriedad.

—Pero, ¿es hombre o mujer? —cuestionó Iñaqui; después de cinco copas de vino había tomado la confianza necesaria, algo que comenzaba a molestarle a Tony.

—Emmm... —abrió la boca para responder la pregunta pero su hermano interrumpió lo que estaba a punto de decir.

—Iñaqui, pero que falta de educación devolver la misma pregunta y sobre todo ser tan insistente en algo de lo que mi hermano detesta ser interrogado —habló con ese tonito imperioso y pedante, con una expresión de cierto asco en el rostro.

—Oh, lo siento, no quería incomodar —reaccionó Iñaqui.

—¡No te preocupes! —señaló Mateo sonriendo, intentando sonar relajado—. Estoy muy enamorado y soy muy feliz, pero me gusta mantener mi vida privada así, privada. No le hagas caso al gruñón de Tony —consoló generando una ligera sonrisa en el invitado de su hermano.

—Entiendo —asintió Iñaqui un poco apenado—. Aunque si yo fuese tú, estaría encantado con mi hermano, quizá cometería incesto.

Tony abrió los ojos como platos y Mateo movió sus ojos hacia él en señal de consternación.

—Suficiente vino para ti esta noche —reprendió nuevamente—. Fue un placer tenerte con nosotros. Te acompañó a la salida, mi chofer te llevará a tu casa, no es prudente que manejes en este estado.

—Oh, no, estoy bien, de verdad.

—Ñiqui —se despidió Mateo levantándose de su lugar y extendiéndole una mano.

—Hasta pronto Mateo, un placer.

El joven Romedo se tambaleó un poco al levantarse y Tony lo acompañó hasta la salida.

—Gracias por la cena, me la pasé increíble.

—Buenas noches, Ñiqui —respondió Tony y cerró la puerta principal para posteriormente recargarse de espaldas sobre ella y emitir un suspiro de alivio interceptado por un beso tierno en los labios y un abrazo de Mateo.

—Me cae bien —confesó su hermano. Tony puso los ojos en blanco y se dirigió a las escaleras.

8. Sin ver, sin respirar

Pensaba en los buenos momentos que había pasado con su madre cuando estaba viva, ahí, en el estudio subterráneo que había en la mansión; un lugar frío decorado con rocas en las paredes, una chimenea al fondo, amueblado de piel color miel, con una alfombra marrón y toda clase de entretenimiento: un mini bar, una pantalla, consolas de video juegos, mesa de billar, escritorio con un librero detrás, etc. Tony estaba sentado en el sillón individual con los pies arriba de la mesa de madera que se encontraba al centro de la estancia. Estaba vestido de blanco, con un pantalón ajustado a su figura, una camisa del mismo color con un chaleco igual. Tenía en la mano una copa de vino blanco y observaba fijamente el sillón para tres personas ubicado frente a él. De pronto, como si pasaran una película frente a sus ojos, se vio sentado junto a su madre con el uniforme del colegio puesto. Tendría poco más de ocho años aproximadamente y recordaba que había sido uno de los peores días de su vida.

—¡Ya no puedo más! —dijo con el rostro enrojecido de coraje y llanto que probablemente se debía a la inmensa frustración que sentía.

—Mírame —habló la dulce voz de su madre, en ese tono que siempre transmitía paz y armonía—. No dejes que lo que los demás digan de ti te afecte —ordenó mientras le limpiaba las lágrimas con el pulgar—. Jamás, ¿me has entendido?

Había sido una semana difícil para Tony; adaptarse a los compañeros de clase era un asunto complicado. Su personalidad ácida siempre le había acarreado problemas, desde el jardín de niños, cabe recalcar, incluso los profesores le tenían cierto desapego ya que el hijo de los Ámaro se mostraba antipático y temperamental.

—Nunca tendré amigos, ¿verdad? —dijo entrecortadamente entre lágrimas.

—Por supuesto que sí, de hecho, ya los tienes. Hay muchísima gente que te quiere.

—Pero en el colegio nadie es mi amigo de verdad —confesó con toda la tristeza del mundo—. Georgina Barros dice que me tienen miedo, no aprecio.

—Eso no es verdad, cariño —refutó ella y acto seguido le dio un cálido abrazo. Tony lloró y lloró intentando no emitir sonido alguno para no parecer un bebé.

—Tengo un regalo para ti —dijo Carolina sonriendo. Se levantó del sillón dejando a Tony con cara de consternación por unos segundos, se dirigió a una de las paredes de roca y quitó de ella un óleo de flores de tamaño mediano, lo colocó en el suelo de madera y tecleó cinco números en la caja fuerte que estaba oculta detrás del cuadro; la puertecilla de metal gris se abrió inmediatamente después de emitir un “bip”. Carolina extrajo una caja de metal color púrpura no más grande que su puño, cerró la caja fuerte y volvió a colgar el cuadro en su lugar.

—Mira —indicó al sentarse en el sillón de nueva cuenta—. Pensaba dártelo hasta que cumplieras quince años, pero estoy segura de que eres más responsable que muchos chicos de esa edad—. Tony tomó la caja entre sus manos y la abrió lentamente; en realidad no esperaba nada, tenía todo lo que pedía en cuanto a cosas materiales; dentro del cúbico objeto había una joya incrustada en un anillo de oro reluciente y pulido. La joya lucía un color azul turquesa intenso de 9.3 mm en su redondo diámetro; brillaba reluciente debido a las docenas de cortes que tenía en toda su estructura; era un diamante enorme y hermoso a la vista.

—¿Te gusta? —preguntó Carolina a su hijo, quien estaba anonadado con la joya.

—Es hermoso —respondió sin dejar de mirarle. En algún punto, Carolina logró ver el brillo del diamante reflejado en los azules ojos de su hijo; supo inmediatamente que no se había equivocado al hacerle tan extravagante regalo a un niño de ocho años.

—Se llama *Lágrima de Klié* —informó ella—. Y hay una historia misteriosa detrás de este diamante, ¿quieres escucharla?

Tony asintió y se acercó aún más a su madre para poner atención. Había olvidado el motivo de su llanto y se había decidido a escuchar aquello que estaban a punto de revelarle.

—En un antiguo reino del medio oriente vivió una hermosa princesa llamada Klié. Su padre el rey era un hombre muy duro con su pueblo y con su familia. Klié, como todas las doncellas de su edad, añoraba enamorarse alguna vez y formar una familia. Como era de esperar, por supuesto, la hermosa Klié se enamoró de un apuesto sirviente del palacio llamado Rhao, de ojos color verde aceituna y, viéndose a escondidas, cuando salía la luna, él se colaba en su habitación para estar con ella, por lo menos lo que duraba la noche. Así, después de un año de verse a escondidas, un día el rey decidió que Klié debía casarse con el hijo de un rey de un país cercano; llena de tristeza y frustración, y sin que su madre, la reina, pudiera convencer a su padre de lo contrario, Klié y Rhao decidieron escaparse del reino a un lugar en donde su amor pudiera ser libre. La noche en la que decidieron fugarse el rey los descubrió y con su espada quiso atravesar el corazón de Rhao, pero sin poder preverlo Klié se interpuso entre la espada y Rhao y murió casi instantáneamente. Después, lleno de furia, el rey asesinó a Rhao con la misma espada y vivió lleno de culpa toda su vida por haber cometido tal acto de injusticia —hizo una pausa y tomó el anillo entre la pinza de sus dedos—. Te preguntarás qué tiene que ver la piedra con la historia. En realidad no estamos seguros de ello; unos dicen que al morir Klié derramó una lágrima que se

cristalizó en un hermoso diamante. Es una de las leyendas alrededor de aquel reino. Otros más dicen que Klié robó el diamante favorito del reino para poder huir con Rhao y poder obtener dinero para sobrevivir el resto de su vida. La realidad es que esta piedra perteneció a ella, o por lo menos alguna vez la tuvo en sus manos, y debido a la leyenda se le llamó *Lágrima de Klié*, en su honor. Pero verás... —dijo misteriosamente— esa no es la maravilla de éste diamante.

—¿No? —interrogó Tony anonadado, con los ojos tan abiertos como pelotas de golf.

—Parte de la historia dice que un pedacito del alma de Klié vive en la piedra y que ella sabe identificar las emociones de aquel que la posea, así su dueño sabrá cuando el amor cruce en su camino.

—¿Y cómo hace eso? —preguntó Tony con interés.

Carolina colocó el anillo en el dedo índice de su mano izquierda y poco a poco el azul turquesa de la piedra comenzó a tornarse púrpura, de un color lavanda intenso. Tony abrió aún más los ojos y emitió un sonido ahogado en señal de sorpresa.

—Cuando el anillo te quede podrás ver de qué color son tus emociones —explicó con una sonrisa y volvió a guardar el anillo en la cajita—. Y, cuando estés enamorado será verde, como los ojos de Rhao.

Tony sonrió al recordar lo especial que había sido aquel momento y lo hermosa que era su madre; siempre haciendo todo para animarlo. Jamás se había atrevido a preguntarle qué significaba el color púrpura que había adoptado la piedra en aquel momento y tampoco había querido investigar a qué se debía, científicamente hablando, que ese diamante tuviera tan magnífica capacidad; era para no acabar con la magia que su madre había despertado desde aquel momento quizás. Lo único que sabía era que la Lágrima de Klié era una joya invaluable codiciada alrededor mundo. Él y su hermano habían

obviamente protegido la piedra con todos los recursos posibles, creando cientos de rastros falsos en bóvedas de bancos en el extranjero para despistar su verdadero paradero: el sótano de su mansión, detrás de un cuadro de flores que no iba con la decoración.

Se levantó del sillón individual en el que se encontraba sentado y se dirigió a la pared en donde estaba colgado el óleo aquel que escondía la caja fuerte. Sacó la pequeña caja y la abrió; la piedra azul relucía igual de brillante que la primera vez que la había visto, la tomó con los dedos y la colocó en su índice izquierdo. Lentamente el turquesa de la piedra se tornó a un verde aceitunado que hipnotizaba a quien lo viera. Lo admiró por un momento; sólo había usado la piedra en pocas ocasiones y recordaba muy bien un par de ellas; el día del funeral de sus padres la piedra se tornó gris, un gris tan intenso que hacía lucir al diamante como un pedazo de plata muy bien pulido; y la noche en la que había hecho el amor por primera vez con su hermano la piedra se había vuelto roja como rubí, dos semanas después, al probársela nuevamente, el diamante lucía verde, tal y como su madre lo había augurado.

—¿Tony? —dijo la voz de Amelia desde la puerta arriba de las escaleras—. Estamos listos, ¿y tú?

—Sí, subo enseguida —respondió sin dejar de mirar la piedra en su dedo.

Arriba, en el estudio más grande de la residencia Ámaro, ya se encontraban instaladas un sinnúmero de cámaras de video y fotografía, lámparas, computadoras y pequeños escritorios con toda clase de tecnología y papeles.

—Buenos días, señor Ámaro —saludó la voz de una mujer morena, chaparra y de facciones muy finas. Era una mujer bella, pues se veía muy bien a pesar de no traer puesta una sola gota de maquillaje en el rostro. Llevaba el cabello amarrado en una coleta mal hecha y su vestimenta era cómoda: jeans,

camisa blanca, chaleco negro de frío y tenis—. Estamos muy ansiosos por comenzar, sólo hacía falta usted —confesó con euforia y una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días —respondió el chico—. Tú debes ser Gabriela.

—Así es, Gabriela Fernández, jefa de contenido de la revista “Here México” —confirmó la mujer, quien no pasaba de los treinta—. Estamos muy contentos de que haya aceptado nuestra propuesta, señor Ámaro, sabemos que tiene una vida muy ocupada.

—Por favor, dime Tony. Es un placer para nosotros dar esta entrevista, así que... ¿por dónde comenzamos?

Una parte del estudio estaba decorada con objetos negros en su totalidad, desde las lámparas, la alfombra, las cortinas, hasta la madera de la chimenea y del librero, los libros mismos y los muebles de terciopelo.

—Tomarán asiento para una foto grupal y posteriormente tomaremos fotos individuales —explicó Gabriela—. Las entrevistas serán individuales; hay preguntas diseñadas para cada uno de ustedes, por supuesto.

—Espero hayan cuidado muy bien dichas preguntas —señaló María con tono prepotente mientras su maquillista terminaba de retocarle las mejillas.

—No se preocupen, todo está sumamente cuidado. En caso de encontrar algo fuera de lugar tienen el derecho de no responder y pasar a la siguiente pregunta —aclaró la joven de chaleco.

La foto grupal era un contraste entre el color negro de la escenografía y la ropa blanca que todos llevaban puesta; Tony les había informado dos días antes la temática de la sesión de fotos; él había elegido los colores y el lugar en el que se llevaría a cabo toda la entrevista. Las mujeres llevaban por supuesto vestidos caros de diseñador; Amelia lucía un modelo corto en una tela sencilla y lisa pero encima una gasa blanca translúcida se extendía hasta

sus pies dando la apariencia de un vestido largo con aberturas a los lados para que las piernas se asomaran de vez en cuando; el peinado consistía en una trenza elaborada que caía de lado sobre su hombro izquierdo y llevaba puesto un tocado de metal entre la trenza en forma de guirnaldas plateadas y portaba un anillo con un rubí tan rojo que era imposible no voltear a verlo cada tres segundos. María, por su lado, lucía un vestido de encaje blanco por arriba de las rodillas, tan pegado a su escultural cuerpo que parecía un delicado y hermoso tatuaje en su perfecta piel bronceada; la espalda estaba descubierta casi en su totalidad y el escote frontal era lo suficientemente sexy para que Tony lo aprobara y no lo tachara de vulgar. El peinado de María era un recogido en forma de esfera o cebolla en lo alto de la cabeza y llevaba los labios pintados de un tono tan rojo como el rubí de Amelia, además, lucía un anillo con una esmeralda enorme que destellaba glamorosamente cada vez que movía la mano, aunque fuese sólo un milímetro. Tania llevaba un vestido corto también, un poco más recatado que el de María, hecho de una seda angelical; el detalle de aquel vestido era la enorme cantidad de perlas que estaban bordadas en toda la parte superior, su cintura estaba perfectamente definida y se ajustaba a sus piernas de manera mágica y cómoda. El cabello de María estaba agarrado pulcramente en una coleta, sin que uno solo se escapara del peinado, ajustado con un hilo con perlas pequeñas que colgaban delicadamente hacia su espalda; Tania llevaba puesto un anillo con un diamante rosa, tan bello como su propietaria. Miguel mostraba las piernas a causa de una bermuda blanca que llevaba puesta y en la parte superior una playera lisa del mismo color, ajustada, que resaltaba su atlética musculatura. Alejo lucía un pantalón blanco hasta los tobillos, descalzo, y portaba una camisa con las mangas recogidas y dos botones desabrochados, los suficientes para no lucir ridículo, según Tony. Los dos chicos poseían un anillo de oro con un zafiro y un diamante blanco incrustados, respectivamente.

La posición de la foto grupal tenía a Tony sentado en un sillón de terciopelo negro con las piernas cruzadas y recargado majestuosamente en el respaldo con una mirada seria, penetrante, que realzaba sus azules ojos. En el descanso izquierdo estaba Amelia recargada en una pose relajada pero elegante, con media sonrisa dibujada en el rostro en señal de altivez y descaro. En el descanso derecho del sillón estaba Tania sentada con las piernas arriba, acomodadas delicadamente, flexionadas como una sirena flexiona su asombrosa cola de pez; de ese mismo lado se encontraba Alejo recargando un codo en el respaldar, con expresión seria y cautivadora. Del lado izquierdo, recargando la espalda en el costado del sillón, cerca de Amelia, estaba Miguel de pie, con los tobillos cruzados en señal de despreocupación y narcisismo, con una mano dentro del bolsillo de la bermuda que traía puesta, con el rostro mirando hacia la cámara, serio, con ambas cejas ligeramente levantadas, intentando decirle al mundo que no existía alguien más atractivo que él, y justo frente al chico estaba María, también de pie, totalmente de frente a la cámara con una pierna verticalmente acomodada y la otra ligeramente ladeada, como esa posición que tienen algunas muñecas famosas para niñas que simboliza un sexy movimiento femenino; la chica se tocaba la cintura con la mano izquierda y con la otra, sin voltear a verle pues tenía la mirada fijamente en el lente de la cámara, tocaba a Miguel en los muy bien formados pectorales; tenía la roja boca entreabierta y levantaba una ceja para cautivar a cualquier hombre que viese la fotografía.

Después de la sesión de fotos grupal e individual comenzó la parte de las preguntas y se fueron haciendo una para cada uno en un orden repetitivo.

—Dinos, María, ¿es verdad que has hecho algunos castings para iniciarte como actriz?

—Sí, es verdad. Hay algunos proyectos en cine que aún no tengo permitido revelarles, pero puedo confirmarte que sí, estaré pronto en la

pantalla grande —respondió la chica, provocando que Amelia y Tania sonrieran y aguantaran la carcajada, pues sabían que aunque María había hecho algunos castings, ninguna casa productora le había llamado para ofrecerle un papel y que lo más probable era que al final tuviera que pagar o valerse de contactos para aparecer en algún “papelito secundario”.

—Alejo, ¿es cierto que tuviste un romance hace unos meses con la modelo brasileña Tina de Solar? —Amelia lo miró fríamente.

—No, solamente coincidimos en una reunión, eso es todo, ni siquiera tenemos contacto en el presente —respondió sin voltear a ver a Amelia.

—Miguel, sabemos que todos los integrantes del círculo de diamantes reciben una piedra preciosa al ser aceptados, ¿nos puedes decir cómo se llama la piedra de tu anillo?

—Es un zafiro, se llama *Alma mar*. Es una joya extraída en el medievo europeo. Perteneció a un príncipe que falleció muy joven —respondió resumidamente.

—Tania, ¿es verdad que lanzarás tu propia marca de ropa este año?

—Estoy diseñando mucho, ajustando detalles cada vez que tengo tiempo para sentarme a hacerlo. Tengo muchos planes para una marca de ropa y accesorios de mi autoría, pero probablemente todos los detalles sean publicados hasta el año entrante.

—Amelia, ¿qué opinas del gobierno actual en México? —preguntó la mujer con el chaleco. Era obvio que la pregunta dirigida a Amelia estaba diseñada cuidadosamente para causar revuelo social.

—Verás, no tengo mucho interés en materia política. Me parece que los gobernantes hacen el trabajo que pueden o quieren. Definitivamente estoy segura de que nuestro país siempre podrá estar mucho mejor —dijo con soltura, como si hubiese ensayado antes la respuesta.

—Tony, el heredero más famoso de México y uno de los diez más

populares en el mundo. ¿Qué es para ti el círculo de diamantes? Y danos un adelanto de su próximo integrante.

—El círculo inició como un capricho mío por popularizar a mis amigos socialmente. Creamos un perfil de herederos mexicanos con características que el resto de los jóvenes herederos en México no poseen. Nos alejamos de la vulgaridad y también de la banalidad de desperdiciar el dinero en tonterías. Para mí el dinero es un objeto desagradable, pocas veces lo tengo en mis manos; es corriente papel con el olor a las millones de manos por las que ha pasado. El círculo resalta las cosas materiales que se aprecian mucho más que el dinero. Sobre el siguiente integrante no puedo decir mucho ya que no hemos tomado aún una decisión definitiva, lo que sí puedo decirte...

—Mateo acababa de entrar al estudio en silencio, parado detrás de cámaras observando a su hermano con los brazos cruzados—... es que este integrante será el último en este grupo, será quien cierre el círculo de diamantes para siempre —confesó dejando estupefactos a todos los presentes, quienes abrieron los ojos como platos, incluyendo a Mateo.

La publicación de la revista *Here* causó revuelo, principalmente por la declaración de Tony Ámaro con respecto a lo del último integrante del círculo de diamantes. Obviamente, después de la entrevista, todos sus amigos le cuestionaron al respecto.

—¿Se puede saber por qué no nos habías informado? —interrogó Amelia algo indignada.

—Lo acabo de decidir hace un momento, además, somos suficientes. No puedo hacer este jueguito estresante toda la vida, ¡maduren!. Además se los comenté en el jardín de Tania y nadie parecía oponerse —respondió Tony fríamente—. La comida está servida, pueden pasar ya al comedor —dijo antes de desaparecer y dejar a todos boqui abiertos. Aunque Mateo simplemente rió y decidió no comentar más al respecto, ya tendría la oportunidad de platicar

con Tony a solas. Hizo a los demás cara de resignación: “ya saben cómo es él”, les expresó sin emitir palabra.

En el campus el alumnado no dejaba de tocar el tema. Todos querían ser esa última persona que ingresara al círculo social más famoso del país, pero la temporada de otorgar tributos había pasado y solamente quedaba esperar la decisión final del joven heredero.

En la ciudad había un club nocturno llamado “H” que recibía solamente a personas que aparecieran en su lista de apellidos rimbombantes. Obviamente para el círculo de diamantes ese detalle no era ningún inconveniente. El lugar era un centro nocturno decorado de manera antigua, con un estilo victoriano elegantemente apropiado y ajustado a las necesidades de un bar.

—¿Es necesario que tomes esa porquería? —cuestionó Tania a María, quien agregaba una capsula de “oro” a su copa de champán. La chica no respondió y puso los ojos en blanco.

La música y el alcohol ya habían provocado que casi todos los presentes comenzaran a bailar eufóricamente, entre ellos Alejo, María, Tania y Miguel. Tony y Amelia estaban sentados bebiendo una copa de champán conversando sobre algunos de los niños ricos de Santa Villa que estaban presentes en el lugar. De vez en cuando algún flashazo les asaltaba las pupilas, producto de la cámara de algún periodista local. Algunos conocidos se acercaban a saludar a Tony y a Amelia y les preguntaban sobre la publicación de la revista y, por supuesto, sobre la drástica decisión de Tony con respecto al cierre del círculo.

—Tony —le llamó Amelia al oído mientras el chico ponía atención a Renata Ruíz, hija de unos empresarios exportadores de café. A su parecer la chica era algo insoportable al igual que su familia. *“No puedo tolerar la manera en la que la gente fuerza el hecho de ser reconocidos gracias a su*

dinero... eso es algo que se proyecta naturalmente, es tan... vulgar”, dijo el heredero Ámaro una vez en una plática con sus amigos al respecto de la familia cafetalera.

—Permíteme un segundo —le pidió a Renata, quien hablaba entusiasmada sobre su último viaje a Asia—. ¿Qué pasa? —preguntó a Amelia al volver el rostro unos cuantos centímetros con discreción.

—Es Adrián Indriú, el hermano de Romina. Está allá, en aquella mesa —informó su amiga al tiempo que señalaba estratégicamente con la mirada para que Tony pudiese colocar las pupilas exactamente en el mismo sitio. Observó al chico, muy parecido a Romina, con lentes de aumento y cabello algo largo, lacio y negro. Era como uno de esos hipsters que estaban de moda y que a Tony le parecían graciosamente poco encantadores. Le pidió una disculpa a Renata y le dijo que volvería enseguida, se levantó de su silla y se dirigió a la mesa en la que Adrián se encontraba con dos amigos más; rostros que Tony reconoció inmediatamente, eran hijos de empresarios medianamente acomodados de Santa Villa, con una actitud tan nefasta que ni siquiera valía la pena comenzar a pensar por qué Adrián tenía esa clase de amigos.

—Hola —saludó Tony, demandando la atención de Adrián entre los gritos de sus dos amigos, que al parecer se burlaban de una chica fea que estaba tres mesas al fondo. Era una estupidez al parecer de Tony, pues ellos eran muy feos también.

—Qué tal, Tony —respondió el saludo con media sonrisa.

—Disculpa que interrumpa tu... —observó a los amigos detrás de él con cierta repulsión, quienes miraban a Tony impactados, como si tuviesen miedo de que les disparara con un láser en cualquier momento—... festejo, solamente quería saber cómo está Romina. La última vez que le visité estaba muy mal de salud —le dijo Tony al oído, fuerte y claro, pues detestaba que la gente dijera “¿cómo? ¡No te escuché!” debido a la música del lugar.

—Está mal —respondió él—. No me estoy quedando en casa, pero mis padres han adelantado su llegada y ya están con mi hermana —informó.

—Ya veo, bueno, les visitaré pronto. Gracias, que te diviertas. —Y tras despedirse dio media vuelta y volvió con Amelia, quien a su pesar se había quedado platicando con la poco seria heredera Ruíz.

Había llamado antes de ir a la residencia Indriú para anunciar su visita. Era un lugar muy bello pero no dejaba de sentir ese vacío que se siente en los hogares en donde la familia se toma poca importancia, aunque, en su caso, eso de la familia no le permitía emitir muchos juicios; la suya no había sido la mejor de todas al final de cuentas.

Estaba sentado en la estancia, la cual estaba llena de imágenes y objetos en forma de mariposas, pequeños vitrales, retratos, figuras encapsuladas en miniatura, etc. Además de todo eso, observaba las fotos de los cuatro integrantes de la familia que habitaba aquella casa. Romina parecía en una foto estar contenta, estaba carcajeándose mientras Román, su padre, hacía una mueca extraña a la cámara, y Adriana, su madre, sonreía mientras Adrián le daba un beso en la mejilla. Toda la imagen le produjo un sentimiento extraño; en su mansión no se existían fotos de los cuatro integrantes Ámaro. Después de la muerte de sus padres y de enterarse de la terrible verdad que atormentaba a Mateo, Tony decidió quitar todos los retratos y guardarlos en una bodega en los límites del jardín, en una caja amarrada con muchas cuerdas. Lo único rescatado eran un par de fotos de su madre; una en la que aparecían él y Mateo con menor edad y otra donde aparecían en edad un poco más adulta en la graduación de su hermano.

—Hola, Tony, buenas tardes —saludó Adriana al entrar a la estancia y dirigirse al heredero Ámaro.

—Buenas tardes Adriana —devolvió el saludo y se levantó

inmediatamente del sillón para darle un beso en la mejilla a la atractiva mujer; alta y delgada, de cabello negro y piel medianamente clara, ojos negros, con una figura evidentemente ejercitada, incluso, víctima del bisturí de algún reconocido y caro cirujano plástico en el extranjero.

—Qué gusto verte, guapo —halagó la mujer y se sentó frente a él en uno de los sillones de la estancia. De pronto la Sra. Fabiana entró con una sirvienta joven caminando tras ella, sosteniendo una charola de plata con tazas y frascos de cristal.

—¿Café o té, joven Ámaro? —preguntó la Sra. Fabiana con una ligera sonrisa.

—Té, por favor.

La mujer sirvió el té en una taza de color negro, y en otra, sin preguntar, café con leche para Adriana, con una cucharada de azúcar. Tras ello, se retiró del lugar dejándoles solos nuevamente.

—¿Cómo has estado? —preguntó la mujer.

—Excelente, como siempre —respondió el chico.

—Me alegra, querido Tony. ¿Y Mateo?

—Trabajando, pero también muy bien, gracias.

—Oh, ese muchacho, lo que tiene de guapo lo tiene de trabajador —habló con una sonrisa pícar—. Pero claro, los diamantes no se dan en los árboles —agregó y dio un trago a su café.

—¿Cómo está Romina? —cuestionó al fin.

—Mal —respondió con un cambio de expresión que fue de lo sonriente a lo apesadumbrado—. El médico nos dijo que tiene un daño neurológico, posiblemente permanente.

—¿Por qué? —interrogó Tony sorprendido con el entrecejo fruncido.

—No sabemos aún. Las pruebas son muy complicadas y se enviaron a analizar a Estados Unidos. Sabremos hasta la semana entrante.

Tony sostuvo la taza de té entre sus manos y la colocó sobre sus rodillas mientras observaba a Adriana contener las lágrimas.

—Lo siento mucho, Adriana. Si hay algo que pueda hacer...

—Oh, basta, no te preocupes, eres muy amable, como siempre —dijo ella, y emitió una sonrisa que nubló de inmediato su tristeza—. La Sra. Fabiana nos dijo que viniste hace un tiempo. Sé que te preocupa Romina desde aquel momento en el que nos contaste lo que sucedía con su problema de anorexia y ese terrible control de impulsos que padecía —dijo mientras lo miraba tiernamente y con toda la honestidad que había en ella.

—Es muy extraño todo —opinó él con consternación.

—Lo es, pero además, me siento tan culpable, y Román también —confesó atormentada.

—No te culpes.

—Es que jamás le hemos puesto la atención debida.

Mientras Adriana hablaba como si estuviese con su terapeuta y descargaba toda la culpa que sentía por no prestarles atención suficiente a sus hijos, Tony pensaba en lo terrible que era la situación de la exintegrante del círculo de diamantes. Sentía mucha pena por ella y por su familia, dejando a un lado el coraje que alguna vez le tuvo por estar enamorada de Mateo; sabía que ese enamoramiento de Romina jamás sería correspondido, pero aun así no había dejado de sentirse incómodo con el asunto.

—Debo marcharme —declaró Tony una vez Adriana detuvo su discurso.

—Oh, muy bien. Espero verte pronto por aquí —expresó la mujer levantándose del sillón al mismo tiempo que su visitante—. Ahora Romina está internada en el hospital.

—Intentaré visitarle.

—No creo que sea lo mejor —refutó ella—. Romina ha quedado sorda

y ciega —declaró. Tony abrió los ojos como platos y sin esperarlo recibió un beso en la mejilla por parte de Adriana. Anonadado por la noticia final comenzó a preguntarse qué demonios le había pasado a Romina para terminar tan mal.

—Avísame qué sucedió en cuanto tengas los resultados de los análisis.

—Por supuesto —asintió—. Te acompaño a la salida.

—No dejan de hablar de ti y de lo que anunciaste en la revista —informó Mateo a su hermano, quien leía un libro titulado “Consumo Potencial Mexicano”, con los lentes de pasta negra y el pijama puesto, sentado en la cama mientras su amante le observaba acostado a su lado.

—No veo por qué no deberían hablar de ello —respondió seriamente sin dejar de leer.

—¿Por qué? —preguntó al fin, haciendo a un lado la revista que tenía sobre la cama, cerrándola y mostrando la portada en la que aparecía la foto grupal del círculo de diamantes.

—Supuse que era lo mejor —dijo, y volvió el rostro hacia Mateo—. ¿No crees que es un jueguito de secundaria que debe terminar ya?

—¿Es lo que realmente quieres tú? —preguntó arqueando las cejas.

—Por supuesto —respondió sin titubear—. Estoy exhausto de todo este asunto de admitir gente. Creo que ya el país es lo suficientemente hostil como para todavía agregarle este concurso que a veces me recuerda a los juegos de la antigua Roma—. Mateo no pudo evitar sonreír y pensar por un segundo que su hermano maduraba cada día más. Se sintió orgulloso pero contuvo ese sentimiento para que Tony no lo percibiera.

—Ok, si eso es lo que quieres —confirmó.

—Sí, y en realidad no me incomoda que me pregunten por qué. La respuesta es simple: así como decidí un día comenzar con esto, hoy lo termino

—agregó, y colocó nuevamente sus ojos en el texto.

—Entiendo —añadió Mateo en señal de aprobación y apoyo.

—Quiero hacer otras cosas con mi vida, quiero hacer otras cosas contigo... —dijo al despegar la mirada nuevamente de las páginas y dirigirla al frente de la habitación, en donde se encontraba el tocador blanco con el espejo apenas iluminado por las lámparas encendidas para ayudar su lectura y, tras unos segundos, cerró el libro y miró a su hermano.

—Entonces, ¿es por nosotros?, ¿es por mí? —preguntó Mateo.

—En algún punto, sí, es por nosotros.

—Entiendo tu decisión, y si así lo quieres que así sea, pero quiero que sepas que debes hacer siempre lo que te haga feliz, no lo que me haga feliz a mí —aclaró.

—Tú me haces feliz —dijo, y se recostó cerca de él para darle un beso en los labios y dejarse atrapar por sus atléticos brazos.

Los exámenes habían sido un martirio; el semestre estaba a punto de terminar y Tony se sentía atareado pues debía entregar los últimos proyectos en la universidad, organizarse para su viaje a Londres, apresurarse para tomar la decisión del nuevo miembro e iniciarlo antes de su partida a Europa; además de todo esto también debía pensar en sus declaraciones para la revista que habían generado críticas en todos los medios de comunicación. *Here* había vendido muchísimos ejemplares y muchas otras publicaciones y programas de televisión habían intentado contactarle para entrevistarle con respecto a sus declaraciones. El resto de los miembros del círculo tenían estrictamente prohibido dar una entrevista o declaración sin que Tony autorizara hacerlo. Sumado a todo lo anterior, debía prepararse para el evento de caridad que se llevaría a cabo esa misma noche en el auditorio del campus. Mateo asistiría para acompañar a su hermano y, muy probablemente dedicaría unas palabras

de motivación y esperanza a la fundación “Contigo”.

—He enviado un correo electrónico a la agencia —dijo Tony con el teléfono pegado al oído, mientras caminaba por los pasillos del laberíntico armario.

—Ok, bebé. Me alegra que no haya ocurrido nada más que esas estúpidas bromitas de mal gusto —respondió la voz de Fernanda Salvatierra—. Y pasando a otros temas; ya sé que estás harto de que te lo pregunten pero debo saber por qué —insinuó sin hacer la pregunta completa. Estaba segura de que Tony sabía a lo que se refería.

—Tengo muchos planes; seguir con esto del círculo afecta dichos planes —respondió con toda la propiedad posible al tiempo que elegía entre un número enorme de camisas colgadas en una de las paredes.

—Ya veo —asintió la joven millonaria—. Me gustaría poder ir a visitarte pronto. Ana Luisa se irá tres meses a Nueva York con mis papás y yo me quedaré en México, no tengo ganas de viajar por ahora.

—Deberías venir a Santa Villa por lo menos un mes —ofreció Tony con amabilidad—. Sabes que te puedes quedar con nosotros.

—Lo sé, guapo. Lo pensaré; debo ordenar algunas cosas si decido irme de la ciudad por tanto tiempo.

—Cosas... —dijo Tony en tono insidioso—. Cosas del amor.

—Jajaja, ¡calla! —respondió con una carcajada—. Tengo mucho tiempo sin enamorarme, supongo que ese es el problema; estoy tan cansada de los hombres.

—Deberías intentarlo más veces —insistió—. No porque uno sea basura significa que todos lo sean.

—Uy, ¿acaso encontraste a alguien?, ¿por qué no me lo contaste cuando estuviste aquí? —dijo indignada, dando por hecho algo que Tony aún no confirmaba.

—Jaja, ¡claro que no! —negó inteligentemente—, no he conocido a nadie y no tengo intenciones por el momento.

—Pues deberías intentarlo más veces —repitió la chica con un tono sarcástico, provocando la risa de su amigo.

—Debo colgar, estoy buscando un atuendo adecuado para esta noche —informó.

—¿Party? —preguntó Fernanda.

—No, un evento de caridad de la fundación “Contigo”. Mateo y yo somos benefactores.

—Ah, ya veo —dijo con cierta duda en la voz—. Según sé, esa fundación ahora recibe dinero del gobierno.

—No tengo idea —respondió Tony extrañado—. Investigaré al respecto. Supongo que la ayuda jamás será suficiente.

—Bueno bebé, te amo. Cuídate, estamos en contacto —se despidió la heredera Salvatierra.

—Igual, hermosa. Espero verte pronto. Saludos a Ana. —Y tras despedirse colgó la llamada.

Ya el auditorio se encontraba prácticamente lleno de personas y el escenario estaba arreglado de tal manera que los invitados estaría sentados en una rectangular mesa vestida con un mantel negro, con las respectivas botellas de agua dispuestas en cada uno de los lugares aún vacíos. Las personas iban vestidas de gala pues después de la ceremonia se llevaría a cabo una cena en uno de los salones dentro del campus.

Eran las ocho de la noche y el círculo de diamantes hizo su aparición. Había muchos medios de comunicación porque se trataba de un evento de caridad que aportaría sumas enormes de dinero; la voz se había corrido y todos los periódicos y programas de televisión de espectáculos y noticias se

habían enterado de que grandes personalidades del país asistirían, por supuesto, sólo por tratarse de una de las mejores universidades de México.

—Odio estos eventos —protestó María cuando se dejó caer en una de las butacas del auditorio.

—Tú odias todo lo que no sea fiesta, alcohol y sexo —refutó Tania a su lado provocando que Miguel y Alejo soltaran una risita burlona.

—¿Dónde está Tony? —preguntó Tania a Amelia.

—Me dijo que estaría con los invitados de honor, detrás del escenario.

—¿Vino Mateo? —preguntó María.

—Sí, ¿por? —le cuestionó Tania con los ojos entrecerrados.

—Por nada. Pero están de acuerdo en que ver a ese hombre es más que un deleite de pupilas —dijo observándose en el pequeño espejo que acababa de sacar de su bolso y sostenía con una mano—. Es una lástima que sea gay.

—¿Tú cómo sabes? —interrogó Tania con el entrecejo fruncido.

—Es obvio —dijo, y volvió el rostro para verla a los ojos—. Años sin novia, tan perfecto, tan metrosexual.

—¡God!, espero que Tony no te escuche porque te exilia —reprendió Alejo.

—Yo solamente reconozco la belleza en un hombre cuando lo veo, es todo —dijo casi ofendida—. ¿Por qué todos creen que soy una zorra?.

—Porque... ¿lo eres? —habló Tania con acidez.

—Pero no todo el tiempo —se defendió María fallidamente.

—Buenas noches jóvenes Ámaro —saludó el senador Juárez, uno de los invitados de honor, con sus esposa de unos sesenta años de edad tomándolo del brazo, con una sonrisa muy cortés.

—Senador —saludó Mateo dándole un apretón de manos—. Señora de Juárez —le estrechó la mano a la mujer de vestido negro y largo.

—Oh, cariño, dime Elsa —dijo con un gesto de modestia.

Tony hizo lo mismo que su hermano saludando a la pareja de adultos mayores. El senador Alberto Juárez era uno de los ciudadanos de Santa Villa que había alcanzado el éxito en la carrera política de México; era uno de los representantes en la cámara de senadores en la Ciudad México y se encontraba muy bien acomodado en lo que a contactos políticos respecta. Su única hija, la doctora Emilia Juárez, había estudiado hacía algunos años en Elena de Parra y la organización del evento no había dudado en invitar a dicha familia; Tony suponía que el senador también era uno de los benefactores de “Contigo”.

—¿Cómo están? De verdad es un placer verles —halagó el senador con una sonrisa orgullosa.

—Muchísimas gracias, senador, a nosotros nos da el mismo gusto —respondió Mateo.

—¿Son invitados de honor? —cuestionó la señora de Juárez.

—Sí. Tony y yo decidimos hacer una pequeña aportación a la fundación.

—Lo que tienen de guapos lo tienen de modestos —dijo la voz de la profesora Lorena, quien se acercaba al grupo de cuatro personas que acababan de saludarse.

—Buenas noches, soy la profesora Lorena Torres —saludó—. Es un gusto tenerlos por aquí.

—Oh, el gusto es nuestro, querida —respondió la esposa del senador.

—¿Mi amigo Rogelio estará en la ceremonia? —preguntó el senador a la profesora Lorena.

—Por supuesto —afirmó la directora académica inmediatamente.

El licenciado Rogelio Arrieta era el rector del Colegio Elena de Parra y había sido un amigo muy cercano a la familia Juárez; aunque en sus adentros Tony pensó que era un tanto engreído agregarle las palabras “mi amigo” al

nombre del rector; le parecía innecesario que el senador remarcara su amistad con el rector y lo que era innecesario en una conversación, para Tony Ámaro, era una completa falta de educación; “basura verbal”, le llamaba a este tipo de acotaciones lingüísticas en la comunicación interpersonal, pero no se sorprendía, era común que la mayoría de los políticos del país no tuvieran un alto nivel de educación moral y social.

—Les recomiendo que pasen a sus lugares en el estrado —indicó Lorena amablemente con una sonrisa—. Los veré en un momento —dijo, y se alejó de los presentes.

El evento comenzó con la presentación de Enrique Lozada y Graciela Quirós, los directores de la fundación “Contigo”, quienes dedicaron una palabras de agradecimiento a la universidad y a los benefactores presentes en la mesa de honor. La profesora Lorena fue la maestra de ceremonias y presentó a cada uno de los benefactores con los títulos de sus cargos y propiedades; algunos de ellos dedicaron un breve discurso que no duraba más de tres minutos, entre ellos Mateo, quien dedicó unas líneas preparadas en un par de hojas redactadas esa tarde en su oficina:

—*“Para mi hermano y para mí es un placer poder poner un granito de arena a una fundación que se dedica a darle una vida digna a quien menos tiene. Somos humanos, iguales, hermanos de alma; no encuentro una razón lo suficientemente poderosa para no ayudarnos los unos a los otros...”*

Tony se sentía muy orgulloso cada vez que escuchaba a Mateo dar ese tipo de discursos; en realidad estaba consciente de que todo lo que su hermano decía era absolutamente cierto pues era un hombre noble y de buenos sentimientos, a él le constaba demasiado. Tras las palabras finales del rector del colegio, unos minutos de aplausos calurosos y algunas sesiones fotográficas para los medios de comunicación de Santa Villa y del país entero,

todos los presentes en el auditorio se dirigieron a uno de los salones especiales del campus, al fondo de los jardines, en donde se había dispuesto un banquete para que todos los invitados disfrutaran de una cena digna de Elena de Parra. Debían caminar unos cuantos metros para poder llegar a la entrada del salón de eventos ya que no había manera de poder atravesar el jardín del campus en auto; los invitados, vestidos de gala, disfrutaban de la caminata sobre un pequeño camino de piedra que los dirigía hacia la lujosa recepción.

—Tony —habló la profesora Lorena al heredero Ámaro—. Me han dicho de la revista “ES” que quisieran preguntarles a ti y a tus amigos algunas cosas. Por favor, te suplico que acudan, no quisiera que se hablara mal del evento de esta noche debido a que se negaron a atender a los medios —dijo en tono delicado, intentando persuadir al joven—. Les esperan en el aula doce del edificio principal.

—Sí, iremos en un segundo —respondió con tranquilidad, y acto seguido reunió a sus compañeros para informarles.

—Los veo en la cena, chicos —dijo Mateo mientras se alejaba con el senador y su esposa hacia el camino empedrado, iluminado por unas cuantas lámparas.

—¿Por qué quieren hacernos una entrevista justo ahora? —preguntó al aire Tania.

—Obviamente es por lo de que ya no aceptaremos a más miembros en el círculo —respondió María con aburrimiento.

—Espero que sean rápidos porque muero de hambre —expresó Miguel algo ansioso.

Entraron al edificio principal, apenas iluminado por las lámparas que se encendían por las noches en los pasillos. El resonar de los tacones de Amelia, Tania y María rompían el silencio entre las aulas.

—Qué tético es estar en la escuela de noche —exclamó María con temor disfrazado de prepotencia.

Tony empujó la puerta de metal con una mano y se adentraron al aula número doce; era prácticamente igual que todas las de la universidad, con las sillas ordenadas en forma de estadio de fútbol en un semicírculo. Había una mesa en el nivel inferior en donde los profesores daban sus cátedras. El lugar estaba iluminado por las luces artificiales colocadas alrededor, el aire acondicionado estaba encendido y las pequeñas ventanas cerradas, cubiertas con cortinas dispuestas a lo alto de una de las paredes.

—Aquí no hay nadie —dijo Miguel, que fue el último en entrar al salón de clases, y tras haber dicho esto la puerta de metal emitió un sonido seco provocando que Tania y María se sobresaltaran inmediatamente.

—¿Qué mierda fue eso? —exclamó Amelia enfadada dirigiéndose a la puerta para abrirla, aunque, tras unos segundos de esfuerzo no pudo lograrlo—. ¡Está atorada!

—Por favor, es trabajo de hombres —refutó Miguel y se dispuso a abrir la puerta. Su esfuerzo fue inútil, lo que provocó que la pateara con frustración—. ¡Mierda!

—¿Se podrían relajar? —ordenó Tony y sacó su teléfono para marcarle a Mateo; al ver la pantalla pudo percatarse de que no tenía servicio para poder comunicarse—. No tengo servicio, ¿alguno de ustedes tiene recepción?

—No —respondieron todos negativamente al comprobar sus celulares.

—Esto no me está gustando nada —dijo Alejo con preocupación.

De pronto las luces se apagaron y un aroma asqueroso inundó la habitación; se trataba de una especie de gas que comenzaba a salir de las rejillas que proporcionaban el aire acondicionado.

—¿Qué coño es eso? —gritó Amelia.

—¡No puedo respirar! —exclamó María a gritos.

—¡Todos al piso! —indicó Alejo, y todos se pusieron pecho tierra.

—¡Auxilio! —gritaba Tania con desesperación.

Tony se arrastró hacia la puerta y colocó la boca en la rendija del suelo pero al parecer alguien la había sellado con cinta adhesiva desde el exterior.

—¡Vamos a morir! —dijo María envuelta en llanto.

—¡Maldita sea! —gritó Miguel y se levantó para patear la puerta e intentar derribarla pero el aroma del químico le invadió los pulmones y las neuronas y, sin que pasaran cinco segundos, cayó desmayado.

La puerta se abrió de golpe, es más, ni siquiera se puede decir que se abrió, más bien salió volando, arrancada de par en par debido a la fuerza de las embestidas de Mateo.

—¡Tony! —dijo con un terror dibujado en los ojos, con el rostro desencajado, con esa expresión que significa que el miedo se ha aferrado a cada célula del cuerpo.

Un grupo de personas entraron rápidamente al salón cubriéndose la nariz y la boca con las manos para no respirar el gas que emanaba de las rejillas de ventilación. La profesora Lorena y tres docentes más habían corrido hacia los botones de encendido y apagado del sistema de ventilación que se encontraban debajo de las escaleras al final del pasillo. Tony y sus amigos yacían en el suelo frío, casi desmayados. Mateo cargó a su hermano y se dirigió hacia el exterior del edificio para que respirara aire puro y sus pulmones se normalizaran. El resto de los miembros del círculo de diamantes hizo lo mismo con ayuda de otras personas y dos catedráticos cargaron a Miguel y lo recostaron en el césped del jardín. Tony recuperó el aliento poco a poco entre el llanto de Tania y María que apenas podían hablar debido a la tos. Amelia abrazaba a Alejo con los ojos abiertos como platos y

humedecidos; hiperventilaban y tenían la piel del rostro enrojecida.

—¿Qué pasó, pequeño? —preguntó el mayor de los Ámaro con las cejas entronadas una vez su hermano se hubo recuperado.

—No lo sé, alguien nos encerró en el salón y de pronto ese gas empezó a salir por las ventilas.

—Casi me matas de un susto.

—Yo casi muero dentro —dijo sarcásticamente.

—No lo digas ni de broma, ¿ok? —reprendió molesto.

—Les sugiero que se dirijan a la facultad de medicina, los paramédicos les atenderán inmediatamente —indicó la profesora Lorena con la voz temblorosa al igual que sus manos.

—¡Llamaré a la policía! —exclamó Mateo.

—No es necesario, ellos ya vienen en camino, yo misma hice la llamada —dijo la directora.

Según la policía de Santa Villa, alguien había conectado tanques de gas libre de plomo en el sótano en donde se encontraba instalado el aire acondicionado de tamaño industrial, el cual abastecía a todo el edificio; el gas comenzó a liberarse porque alguien abrió manualmente las válvulas conectadas a los ductos del aire acondicionado. Mientras Mateo dialogaba con los policías que habían ido a investigar lo sucedido, ayudado por varios docentes de la universidad, Tony y el círculo se encontraban en la enfermería bebiendo tazas de té caliente, que según la enfermera en turno, ayudaría a oxigenar las células sanguíneas y a desintoxicar su organismo.

—Sabía que no era buena idea que los de la agencia dejaran de investigar; seguramente esto tiene que ver con el idiota de las bromas —reclamó Alejo con coraje.

—Quizá se trata de un malentendido —dijo Tania con la voz adelgazada después de tan terrible noche.

—¡Por favor! ¡Esto no es un mal entendido, es un intento de homicidio! —espetó Miguel aún más molesto que Alejo, con los ojos rojos a causa del gas—. Llamaré a mis papás, ahora vuelvo —informó el chico y abrió la puerta de metal blanco, en ese momento dos personajes se asomaron por el umbral con rostros consternados; se trataba de Iñaqui y Carla, vestidos de gala para el banquete posterior al evento de caridad.

—Hola —saludó Tony desde el sillón en el que se encontraba sentado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Carla preocupada, con el entrecejo fruncido. Llevaba puesto un vestido negro hasta los tobillos, suelto, casi esponjado a partir de la cintura; era un modelo muy adecuado para su complexión, además, se había maquillado muy natural y su cabello estaba agarrado con una peineta adornada con perlas. A Tony le pareció por un instante sentirse familiarizado con ella; era una chica bonita y justo en ese momento, bajo la luz de la lámpara blanca de la enfermería, sintió cierta paz cuando la vio a los ojos.

—Alguien quiso asesinarlos encerrándonos en un salón y ahogándonos con gas para cocinar —respondió María con el maquillaje corrido en los ojos debido al llanto.

—¿Están todos bien? —preguntó Iñaqui con los ojos abiertos como platos; María lo vio y pensó que era un desperdicio que fuese gay. El heredero Romedo llevaba puesto un traje negro sencillo con una camisa blanca que tenía atada una corbata del mismo color del traje.

—Sí —respondió Tony con seriedad—. Por fortuna Mateo llegó a tiempo porque a él y a otras personas las entrevistarían en el edificio frontal y lograron escuchar los gritos de auxilio.

—¿No vieron a alguien sospechoso salir del edificio o algo? —preguntó Carla.

—No, nadie vio nada. Al parecer el culpable ya tenía todo planeado

—respondió Tania algo dopada pues se había tomado tres ansiolíticos que había robado de un cajón de la enfermería.

—Yo no quería hacer grande el asunto, pero es obvio que todo se ha salido ya de control; mañana mismo iré a denunciar este hecho —dijo Tony incitando a que los demás hicieran lo mismo.

—Por supuesto que todos iremos contigo, no hace falta que lo pensemos dos veces —añadió Amelia.

—Deberían investigar más a fondo —dijo Carla consternada, como si el hecho de denunciar lo acontecido no fuese suficiente—. Ya saben cómo funcionan las autoridades en este país.

—Teníamos investigadores privados a causa de algunos acosos, pero decidí detener la investigación porque creí que era innecesario —informó Tony.

—¿Han llamado ya a sus familias? —preguntó Iñaqui a todos los presentes.

—Mateo está afuera platicando con los agentes, me parece —respondió Tony.

—Mis padres están de viaje, no tengo manera de localizarlos —dijo Tania con simpleza.

—Los míos también —agregó María—. Además, aunque estuviesen en la ciudad no les marcaría. Creo que a veces su vida sería más fácil si yo estuviera muerta —dijo sin dejar de ver su teléfono celular.

—Mis papás ya vienen, les marqué hace un momento —respondió Alejo.

—Miguel acaba de salir a llamarles —informó Amelia—. Y no marcaré a los míos, creo que es mejor decirles mañana con más calma; deben estar dormidos y no quiero hacer un show en este momento, mi mamá está muy loca, eso ya lo sabe casi todo el mundo, y siempre altera a mi papá con su

histeria. —En ese momento la puerta se abrió y Mateo entró a la enfermería con el rostro serio y al mismo tiempo muy consternado.

—Chicos, espero que estén bien. Yo creo que lo mejor será que nos vayamos todos a nuestras casas a descansar —opinó—. Definitivamente no ha sido una buena noche. —Todos asintieron y se levantaron de sus lugares para dirigirse a la salida, se despidieron de los profesores que se encontraban en el pasillo y comenzaron a caminar hacia la salida principal que los llevaría al estacionamiento, pero justo antes de llegar al exterior, una mujer los interceptó.

—Buenas noches, Tony —dijo con altivez y media sonrisa dibujada en el rostro—. ¿Me permites un par de preguntas? —Tony se detuvo y observó a la mujer con desprecio y crueldad.

—No tengo intenciones de hablar con usted y le pido de la manera más cordial que no se atreva a perturbarnos más de lo que lo acontecido nos ha perturbado esta noche —respondió el menor de los Ámaro.

—¿Siempre utiliza esa amabilidad con los reporteros? —preguntó la mujer, a quien parecía que la tela del pantalón azul de vestir iba a rompersele debido al estiramiento causado por sus gordísimas piernas y trasero.

—A ver elefante, ¡muévete sola!, porque es obvio que ni con la fuerza de todos nosotros podríamos quitarte del camino —amenazó Amelia demasiado irritada.

—¡Jaja!, me están dando muy buena nota, muchachos —dijo entre carcajadas, lo que provocaba que la grasa de su cuerpo vibrara asquerosamente—. Imaginen el encabezado de mañana: “Ni siquiera la cercanía a la muerte hizo que el círculo de diamantes dejara su mala educación”.

—Parece que la que no tiene educación ni respeto por los demás es usted —sentenció Tony—. Eso puedes ponerlo en tu nota matutina.

—Vanesa, no es el momento, con permiso —habló Mateo con seriedad, provocando que sin decir una palabra más, la gorda mujer se hiciera a un lado y dejara de obstruir el paso con su enorme cuerpo. Todos comenzaron a avanzar por el pasillo hasta la salida del edificio.

—Prepárense para la nota matutina de *La interna* —aconsejó Tony con pesar dos segundos antes de subir al copiloto del auto de Mateo y cerrar la puerta.

9. El nuevo diamante

Amelia y Marco se habían conocido cuando ella estaba por cumplir veinte, en un evento político al que la heredera Dante había asistido con sus padres, quienes tenían una excelente relación con la familia de Marco. Ambos habían comenzado a salir durante un par de meses y todo parecía marchar muy bien, incluso formalizaron al título oficial de noviazgo en una cena en donde los padres de ambos estaban presentes. La pareja había sido nombrada “la pareja joven del año” en la revista *Olive* y habían aparecido en la portada de esa y de varias revistas nacionales relacionadas con el ámbito social. Habían viajado juntos a varias partes del mundo y durante seis meses todo parecía tener un futuro muy prometedor, hasta una noche en la que los excesos llegaron a los límites de lo moralmente permitido. Era la graduación de una de las generaciones de mercadotecnia del campus y Amelia conocía a casi todos los graduados, había asistido obviamente con Tony, Tania y María al evento; en ese momento eran los únicos miembros del círculo.

—¡Pero qué color tan horrible el que han elegido para los vestidos! —dijo María con brusquedad mientras encendía un cigarro afuera del salón en donde se llevaba a cabo el evento de graduación.

—A mí me ha parecido excelente decisión —refutó Tania—. El menta es el color del año —agregó.

—Equis, no lo usaría para mi graduación —refunfuñó María e inhaló con el cigarro en los labios para dejar salir una humareda dos segundos después.

—¿No vendría Marco? —preguntó Tony a Amelia quien texteaba algo en su teléfono.

—Sí, dice que ya viene en camino —respondió con rapidez—. Había

mucho tráfico en Ciudad de México.

—¿Por qué no vive aquí? —cuestionó Tania.

—Pues dice que lo mejor siempre será estar cerca de su papá para poder hacer carrera política desde ahora —contestó Amelia con un dejo de aburrimiento, de ese que te informa que ese tema ya se ha tocado antes en otras conversaciones.

—¡Qué flojera eso de la política! —habló María.

—Quizá su papá gane las elecciones del año entrante —opinó Tania con una sonrisa hacia su amiga.

—No sé si eso sea bueno para la relación —respondió Amelia.

Tony leía un mensaje de Mateo que decía:

“He llegado a casa. Veré una película. Avísame cuando quieras que vaya por ti, peque. Te amo” (12:44 am)

Él respondió:

“En una hora puedes venir. Estoy muy cansado. Yo te amo más.” (12:44 am)

La fiesta había transcurrido en paz. Marco Del Antía había iluminado la graduación al llegar al evento y, sin esperar, los medios de comunicación locales intentaron entrevistarle sin éxito. Para Amelia había comenzado a ser algo irritante el hecho de tener reporteros todo el tiempo encima debido a la presencia de su novio, además de que ella también ya acarreaba su propia fama debido a su rimbombante apellido. Tony y Tania se habían marchado una hora después y María se había sentado en una mesa con cuatro de los graduados, todos hombres, para hacer uso de sus dotes femeninos y sensuales. En otra mesa se encontraba la joven pareja, solos, bebiendo algo de vino.

—¿Iremos de viaje la próxima semana? —preguntó Amelia.

—No lo sé. Mis padres quieren que asista a un evento de campaña —respondió él.

—Marco —dijo ella en tono negativo, ese con el que las mujeres se quejan a menudo—, ya habíamos quedado.

—Lo siento, amor, no sé ni siquiera cuándo es el evento —respondió él tranquilamente—. Te aviso, ¿vale?

Amelia, siendo una mujer con un carácter muy difícil de sobrellevar, se levantó de la mesa sin decir palabra alguna y se dirigió hacia la salida. Al verla, Marco se levantó inmediatamente y la siguió. Ya en el jardín, antes de llegar a la reja de salida, la cual contenía a todos los reporteros que esperaban ansiosos a alguna personalidad de apellido majestuoso, tomó del brazo a su novia.

—¿A dónde vas?

—A mi coche —respondió enojada.

—¿Por qué te enojas?

—Ya habíamos quedado del viaje —repitió ella.

—Amelia, sabes que no puedo hacer nada si mis papás me lo piden —dijo él con toda la paciencia que pudo. Ya había tenido ese tipo de discusiones con su novia.

—No, Marco, ya no quiero seguir así. Estoy cansada de vivir al ritmo de la vida política de tu papá —habló exaltada mientras se dirigía al estacionamiento.

—Amelia, por favor —pidió él viéndole la espalda, caminando detrás de ella, detrás del elegante vestido negro que se movía glamorosamente entre la oscuridad.

—No, Marco, yo... yo no sé si pueda seguir con esto —dijo al fin con todo el pesar del mundo al detenerse y volver el rostro hacia su novio—. No sé si esta vida es la que quiero para mí en el futuro.

—No, no lo digas —dijo él con expresión de susto.

—Lo mejor será terminar —sentenció.

—¿Por un viaje? —reclamó él—. Hemos ido a muchos viajes; iremos a muchos viajes más.

—No es el viaje, es la situación con tu familia —explicó—. Sé que llegaste tarde hoy porque seguramente tu padre te pidió hacer algo para su campaña. No tienes que mentirme —continuó molesta—. Lo he estado pensando por varios días. Si tu padre gana las elecciones... ¿tendré que ser yo la que te espere en el altar para que atiendas un evento de caridad antes de casarte conmigo? o ¿voy a tener a nuestro primer hijo sola en el hospital porque estarás de viaje en algún estado necesitado de ayuda con tu papá?

—Basta, Amelia. Las cosas no tienen por qué ser de ese modo.

—Me voy a casa —dijo, y abrió la puerta de su auto.

—¡No! —gritó él y cerró la puerta tan de golpe que casi golpea a Amelia.

—¿Qué te pasa? Dije que me voy. —Y abrió el auto nuevamente.

—¡Y yo dije que no te vas! —gritó con una expresión que Amelia no reconocía; estaba respirando demasiado rápido y sus ojos estaban tan abiertos que creyó que se saldrían de su lugar. La piel se le puso roja y una vena se resaltó de su frente y cerró la puerta nuevamente.

—Estás muy mal, no voy a soportar esto —dijo ella para cortar la conversación con indignación.

Marco la vio con una expresión de enojo, le dio la espalda, la miró a los ojos nuevamente, se pasó una mano sobre la cara y apretó los párpados, obligando a que sus ojos se humedecieran.

—¡Eres mía! —gritó, y sin que pudiera siquiera dar un indicio de lo que iba a hacer, soltó un puñetazo en el estómago de Amelia; tan fuerte fue el golpe que la chica emitió un sonido ahogado y se tiró de rodillas al suelo cubierto de césped lleno de rocío—. Tú no me puedes dejar, ¿entendiste?, ¡no puedes! —gritó, y tras ello se alejó y buscó a su chofer, se subió a la

camioneta y se fue. Amelia se quedó tirada en el piso casi una hora intentando recuperar el aliento y esperando a que el dolor le abandonara; a partir de ese momento supo que las cosas no estarían nada bien y también supo que todo aquello sería un secreto que no se atrevería a confesarle ni siquiera a Tony. Fueron tres meses más en los que recibió maltratos de Marco y pudo darse cuenta de que, además de ser un drogadicto, Marco comenzaba a tener síntomas de una persona psicológicamente perturbada y enferma. Algo en su interior le impedía dejarlo, algo en su interior era tan masoquista que se dejaba dominar por las humillaciones de Marco y sus maltratos físicos y psicológicos, hasta el día en que la golpeó tanto que tuvo que ir al hospital y confesarle a Tony toda la verdad. Su amigo había sido muy prudente después de tanto suplicarle para no proceder en contra de Marco, ya fuese legal o ilegalmente. Los padres de Amelia estuvieron de viaje un mes y jamás se enteraron de lo sucedido y, además, no era como que estuviesen preocupados por la vida amorosa de su hija muy a menudo.

A pesar de que Amelia tenía un carácter muy duro, había cedido extrañamente a los maltratos de Marco. Era difícil de explicar, pero sabía que Miranda lo entendía muy bien; le parecía raro que siempre que tocaban el tema del maltrato que sufría en su noviazgo la terapeuta hacía la misma pregunta: *¿y tú quieres continuar con él?*. Amelia tenía la impresión de que esa simple pregunta abarcaba muchas preguntas más y era precisamente por esa razón que le costaba tanto trabajo responder. Al final pudo darse cuenta que responder que “sí” era porque estaba deseosa de caminar directamente a la muerte debido a los incrementos de agresión de su novio; la última golpiza lo comprobaba, pues después de haberle roto una costilla y de haberle tirado un diente, Amelia entendió que era momento de decir adiós y contárselo a Tony, así quizá recuperaría un poco de su dignidad.

Para Tania y María la situación del hospital había sido producto de una

desafortunada y lamentable caída de las escaleras, una típica mentira de las mujeres violentadas con una efectividad que le ha convertido en un cliché.

—¡No puedo creerlo, Amelia! —exclamaba Tony en la habitación del Hospital Fátima de la Villa—. ¿Por qué me has mentado? Debería no dirigirte la palabra.

—No lo sé, Tony. No me preguntes esas cosas ahora porque no sabré qué decir —respondió ella acostada en la cama con un bote de solución glucosada goteando boca abajo, fluyendo por una manguera hacia su torrente sanguíneo.

—Lo voy a destruir —pronunció Tony con esa voz que anunciaba una venganza perversa.

—No destruirás a nadie, es más, fingirás que esto nunca sucedió.

—Estás muy mal, los golpes de ese imbécil te afectaron el cerebro —dijo él con indignación y los ojos muy abiertos. Su rostro había dejado de ser blanco y se había vuelto una máscara escarlata que le inyectaba los ojos de sangre—. Amelia...

—Por favor, Tony. No quiero que nadie sepa sobre éste terrible error en mi vida —declaró con los ojos llenos de lágrimas—. Si procedes legalmente, o de cualquier otra forma, es muy probable que se creen rumores mezclados con verdades y no estoy dispuesta a ser humillada ante el país entero. Suficiente tengo ya.

Tony accedió ante las peticiones de Amelia y juntos lograron borrar con el tiempo los rastros de aquella terrible experiencia; ni siquiera en sus pláticas se tocaba el tema de Marco Del Antía. Tiempo después Alejo formó parte del círculo y Amelia comenzó a verlo más allá de un simple objeto sexual, incluso comenzó a sentir que había olvidado casi por completo los detalles violentos de su relación con el hijo del ahora presidente de la república; no había vuelto a verle hasta el día de la fiesta que las gemelas

organizaron para el círculo de diamantes. Su encuentro había sido frenado por todos los sentimientos de coraje que Amelia tenía en contra del heredero Del Antía. Había decidido no volver a tener contacto con él bajo ninguna circunstancia; si llegaba a topárselo en algún lugar se había prometido ignorarlo como si fuese totalmente invisible.

Habían pasado ya dos semanas desde lo ocurrido en Elena de Parra. El intento de homicidio había puesto al círculo de diamantes y a sus respectivas familias sumamente paranoicos. Ahora, como si fuese poco lo mucho que ya llamaban la atención, tenían siempre con ellos a dos o tres guardaespaldas con cara de boxeadores, vestidos de traje negro, siguiéndoles a todos lados con sus respectivos comunicadores enredados en la oreja izquierda. Mateo se había puesto demasiado ansioso al respecto y todos los días se reunía con agentes judiciales para revisar avances en una investigación que no rendía muchos frutos. Los padres de Amelia habían contratado más personal de seguridad en la mansión y dispusieron cámaras de vigilancia en todos lados, incluido el auto de su hija.

Eran las tres de la tarde y Amelia salía de tomar un baño envuelta en una toalla, con el cabello mojado envuelto en otra; tomó entre las manos ese artefacto extraño que su padre le había dado. Según él, el experto le aseguró que una descarga de ese aparato dejaría inconsciente a una vaca por varios minutos. Se sentía tan estúpida; por un momento pensó que quizás hubiese sido buena idea haberlo adquirido unos años atrás, cuando su agresor era su propio novio. Dejó el aparato en la cómoda de su habitación y se arregló adecuadamente para salir a almorzar con Alejo. Justo cuando se estaba dando los últimos retoques de maquillaje un sonido parecido a un zumbido le golpeó los tímpanos. Se levantó de inmediato y se dirigió a una especie de bocina colocada en la pared, apretó un botón y habló: — ¿Si?

—Señorita Amelia, disculpe que la moleste pero está en la sala el joven Marco Del Antía —informó una voz femenina.

Amelia abrió los ojos como platos y sus fosas nasales se dilataron de sorpresa e impacto. — ¿Me podrías explicar por qué lo dejaron pasar sin consultarme? —preguntó tan indignada que la pobre empleada doméstica debió sentir por un segundo que la hija de sus patrones tenía ganas de despedirla en el acto, pero su respuesta tenía mayor poder que los impulsos de Amelia.

—Ha llegado con su padre, señorita —explicó la mujer—. Y me ha dicho el señor que se reúna con ellos en cuanto pueda.

Amelia sintió ganas de bajar a la estancia de la casa y asesinar a su padre por llevar a Marco, aunque en el fondo sabía que la culpa era de ella por no haberles contado la verdad de su rompimiento a sus padres; quizá si lo supieran la situación sería muy distinta.

—¿Qué hace aquí? —se preguntaba una y otra vez en sus pensamientos mientras descendía por la escalera de mármol blanco.

—Hola, querida —saludó el padre de Amelia; un hombre muy parecido a ella.

—Hola, papá —devolvió el saludo con toda la seriedad que su enojo le permitió y con toda la rabia colocó la mirada en Marco; estaba elegantemente vestido con un traje azul marino y una camisa celeste ajustada con una corbata del mismo azul. Fingió una sonrisa y saludó exclamando el nombre del intruso: —Marco.

—Hola, Amelia —respondió con su gruesa voz emanando de los delgados labios rodeados por una barba de tres días—, luces hermosa hoy —halagó inútilmente.

—Gracias —respondió ella con sequedad.

—Mi vida, Marco está haciendo algunos negocios con nosotros,

independientemente de los acuerdos que tenemos con el gobierno de su padre, así que lo veremos muy seguido por aquí —informó Salvador Dante mientras tipeaba, concentrado, algo en su teléfono.

—Salvador me ha invitado a almorzar amablemente y...

—Y tú amablemente aceptaste la invitación —interrumpió Amelia para completar la oración como un gesto de molestia reprimida que solamente podía liberarse mediante groserías disfrazadas de cortesías—. Bueno, pues que disfruten el almuerzo, yo debo marcharme.

—Pero Amelia, me gustaría que te quedaras. Además sabes que no me agrada que salgas a la calle —habló el Sr. Dante con la preocupación que un hombre saturadamente ocupado se puede permitir para con sus hijos.

—No puedo, debo... —el sonido del celular la interrumpió.

—Un segundo, debo responder —informó Dante y se perdió en uno de los pasillos de la estancia que daban hacia el jardín lateral.

—Bueno, que tengas buena tarde, Marco. —Y sin esperar respuesta comenzó a caminar hacia la salida con el bolso sujeto en una mano.

—Espera, ¿por qué te vas?

—Tengo un almuerzo.

—¿Con tu noviecito ese? —preguntó con acidez.

—No tengo por qué darte explicaciones, ¿ok?, adiós —y continuó caminando hacia la salida. Marco la siguió hasta que estuvieron frente al portal.

—No me puedes dejar aquí así, he venido a verte, por eso estoy en Santa Villa —dijo con toda la sinceridad que pudo—. Me enteré de lo sucedido y quise venir a ver cómo te encontrabas.

—¡Ay, por favor, Marco! Ahora resulta que te preocupas mucho por mí —se burló entre risas—. Ahora sí, ahora sí me hiciste reír. Pero estoy bien, muchas gracias por venir. ¡Bye! —y poniendo los ojos en blanco, con una

expresión de aburrimento, le dio la espalda y abrió la puerta principal. Estaba parado justo frente a ella, del otro lado, Alejo, con una expresión de molestia repentina al ver a Amelia con el hijo del presidente detrás, sonriéndole irónicamente, burlonamente, casi con una expresión perversa.

Los reporteros habían declarado que recibieron un mensaje de texto comunicándoles que el lugar de la entrevista se había cambiado, por ello no se encontraban en el salón en el que el círculo de diamantes fue atacado durante el evento de caridad del campus. Según las investigaciones por parte de los agentes de policía, el número del cual recibieron el mensaje de texto no pudo ser rastreado ni identificado; eso ponía a Mateo de muy mal humor, pues las investigaciones, como muchas cosas en el país, tomaban un ritmo lento y áspero. La profesora Lorena declaró que el acuerdo había sido que los reporteros esperaran en el salón del edificio principal: — ¡No entiendo cómo es que hicieron caso a un mensaje de texto sin siquiera saber de quién se trataba! —exclamó indignada mientras una mujer tecleaba a toda prisa cada una de sus palabras en una computadora que tomaba todo como declaración oficial.

Las semanas habían transcurrido insípidamente y los miembros del círculo de diamantes se sentían observados o perseguidos por su agresor; lo imaginaban oculto entre los arbustos de sus jardines, por las noches, esperando cualquier oportunidad para destruirles la vida sin pensarlo dos veces. El tiempo escolar había concluido y las vacaciones decembrinas alegraban a cada uno de los estudiantes en el Colegio Elena de Parra, excepto por supuesto a aquellos que tenían ciertos adeudos académicos debido a su terrible desempeño durante el semestre. Tony en particular se encontraba demasiado emocionado por su viaje a Londres con Mateo, aunque eso no significaba que no estuviese preocupado por el misterioso agresor, pero su

euforia por viajar era aún mayor y borraba, gran parte del tiempo, cualquier pensamiento negativo.

—He tenido que tomar pastillas para dormir durante todas las noches, es horrible —informó María con cara compungida.

—¿De verdad? —preguntó Miguel consternado—. Mis papás se quieren ir conmigo todo el periodo vacacional a la casa de Miami, están aterrados igual que yo —confesó con una seriedad poco común en él.

—Supongo que la mayoría de nosotros se irá de Santa Villa; me parece mejor idea que esperar a que nos maten aquí —dijo Tania con el pesimismo más agudo que su expresión le permitió.

Todos habían salido libres de asuntos académicos, es más, con promedios finales excelentes. No era casualidad que Tony los hubiese seleccionado como parte de su grupo de amigos cercanos; era prácticamente un requisito indispensable tener un promedio muy cerca de la excelencia.

—¿Para qué nos habrá citado Tony tan temprano? —preguntó Alejo después de darle un trago a su jugo de arándano.

Tony los había citado nuevamente en el jardín de la residencia D'asot, pero esta vez a las diez de la mañana; cosa que no era muy del agrado de ninguno en periodo vacacional.

—Pues si tienes algo importante que hacer puedes irte, Tony entenderá tu ausencia —exclamó Amelia con dolo mientras el resto la observaba con consternación.

—Pues no, no tengo nada importante que hacer —respondió Alejo con un dejo de agresividad pasiva—. ¿Tú sí?, quizá tienes otro de tus almuerzos en casa con tu ex.

—Eres un imbécil —refutó la chica.

—¡Uuuuy! ¡Relájense! —intervino María con expresión de incomodidad exagerada, casi cómica.

Había pasado un tiempo corto desde que Alejo encontró a Marco Del Antía en la casa de Amelia. La pareja había discutido durante el almuerzo la situación; Amelia había refutado todas las acusaciones de Alejo:

—Mi papá lo invitó —repitió por tercera vez.

—¿Y por qué no me dijiste que iría? —preguntó el joven Praga con sequedad.

—Porque no sabía que iría, Alejo, ¡ya te lo dije!

—Pues él se veía muy contento cuando abriste la puerta.

—¡Claro que se veía contento, Alejo, si lo único que quiere es fastidiarme la existencia! ¿Qué no te das cuenta? —dijo ofendida, intentando no gritar para que las mesas cercanas no escucharan. Además estaban las amigas de su madre dos mesas más adelante.

—Pues yo creo que lo mejor es dejar las cosas hasta aquí, digo, si él va a interponerse decisivamente...

—¡Me encanta ver cuánto luchas por mí, cobarde! —lo interrumpió Amelia, se levantó de la mesa y se fue del lugar. Desde ese día no se habían vuelto a dirigir la palabra hasta la reunión en el jardín D'asot, en donde Tony misteriosamente los había citado a todos.

—Hola —saludó el heredero Ámaro al entrar al invernadero. Todos respondieron el saludo al unísono mientras él se colocaba en medio, de pie, para comunicarles algo importante al parecer—. He tomado la decisión —informó, y prácticamente todos comprendieron de qué se trataba al instante.

—¿Quién será el afortunado? —preguntó María con ansiedad disimulada.

Tony sacó de una de las bolsas de su abrigo color negro una caja de joyería pequeña y cuadrada, dorada, con las iniciales “L. A.” (Lazo-Ámaro) grabadas y, tomándola con tres dedos para exhibirla delante de todos, dijo con media sonrisa dibujada en el rostro: —Carla Azzaro. —Y el silencio envolvió

el lugar.

El círculo de diamantes había estado de acuerdo en su totalidad en que Carla Azzaro se uniera a ellos como última integrante del grupo; habían organizado una reunión especial para dar a conocer la noticia a la novata. Carla no tenía idea de que ella sería la nueva y última integrante del círculo de diamantes. El evento se llevaría a cabo en la mansión Ámaro, en un salón pequeño ubicado en la parte más lejana del jardín trasero, varios metros después de la alberca; se trataba de una pequeña construcción con un entelado blanco que forraba el techo y las paredes majestuosamente, con un candelabro de cristal cortado espectacular pendiendo del techo y un alfombrado color negro muy elegante en contraste con el blanco de la tela que cubría la mayor parte del lugar. Se dispusieron sillones forrados de rojo y, a pesar de tratarse de sillones con formas distintas, de un estilo victoriano, el terciopelo rojo del que estaban cubiertos era el mismo para todos. Por supuesto, Tony había contratado un banquete especial para que se sirviera una cena al terminar la iniciación de Carla; servirían platillos difíciles de pronunciar con sabores extranjeros y exóticos, además, cuando Tony volviera de Londres, se llevaría a cabo una sesión fotográfica por parte de una revista de talla internacional que daría la vuelta al mundo el mes entrante.

La iniciación acontecería un día antes del viaje a Londres que Mateo y Tony harían. Por su parte, el mayor de los Ámaro se había resignado a que la investigación judicial para descubrir al agresor de su hermano y de sus amigos era un proceso demasiado obstaculizado, así que se había dedicado a arreglar todo lo necesario para abandonar durante un mes el país.

—¿Y crees que ella acepte? —preguntó Mateo a su hermano mientras almorzaban.

—Todos quisieran estar en su lugar —respondió Tony con prepotencia.

—Pero ella no pidió estar en su círculo.

—No, pero sé que le encantaría recibir los beneficios sociales y la fama que el círculo puede otorgarle.

—Pues por lo que me has contado ella no tiene mucho en común con ustedes, bola de narcisistas engreídos —declaró Mateo con una sonrisa al final.

—Por esa misma razón me parece buena idea incluirla —respondió sin refutarle a su amado Mateo los adjetivos tan despectivos con los que le acababa de calificar a él y a sus amigos.

—Bueno, pues supongo entonces que ya tienes todo listo para mañana.

—Así es —asintió.

—Debes estar en el aeropuerto a las siete de la noche —indicó Mateo—. Yo debo arreglar un par de asuntos finales en la oficina, así que Pedro te llevará a ti al aeropuerto con mi equipaje. Yo te veré ahí, ¿ok?

—Ok —respondió y se acercó para darle un beso en la mejilla y luego en los labios—. Te amo muchísimo —le dijo al oído.

—Y yo a ti, peque. Te tengo otra sorpresa, pero la sabrás cuando nos veamos mañana —prometió, haciendo que Tony se emocionara aún más por su partida.

Tony había invitado a Carla a cenar a su casa y ella amablemente había aceptado la invitación un poco nerviosa de reunirse con el círculo de diamantes en la mansión Ámaro. Así entonces, la chica arribó muy bien vestida; llevaba puesto un vestido azul marino de una tela algo brillante que le llegaba hasta los tobillos y unos tacones negros, cerrados, de no más de seis centímetros de alto. La señora Edi la había conducido hasta el salón en donde ya la esperaban todos los miembros del círculo sentados, redundantemente, en círculo. Había una silla vacía, acolchonada y forrada del mismo terciopelo

rojo justo al centro de ellos.

—Hola —saludó la chica. No estaba extrañada, pues antes de entrar al salón había observado sillas y una mesa redonda elegantemente adornada con flores y velas en el jardín, así que supuso que la esperaban dentro quizá para conversar un momento y después, cuando la cena estuviese lista, salir al jardín a comer.

—Hola —saludaron todos al unísono y la puerta del salón se cerró una vez la señora Edi se hubo retirado.

—Esa silla es para ti —informó Tony mientras señalaba con todos los dedos de su mano la silla en el centro mientras el resto la observaban vistiendo elegantemente.

—¿Para mí? —preguntó admirada, con el entrecejo fruncido.

—Así es —confirmó Tony.

—Ok —asintió Carla y se sentó de inmediato en la silla colocada justo frente al líder del grupo, quien se levantó y comenzó un discurso que al parecer ya había memorizado desde hacía mucho tiempo y que no era la primera vez que lo pronunciaba.

—El diamante es reluciente, es pequeño pero al mismo tiempo fuerte, envidiado, codiciado. El diamante es un regalo de la vida y la naturaleza, es algo que todos quieren pero no todos pueden poseer —dijo mirándola a los ojos—. Un diamante nuevo nace esta noche, pero antes pediremos la aprobación de este círculo —informó, y acto seguido comenzó a decir nombres extraños—. Ojo de fuego —dijo, y colocó la mirada en Amelia, quien respondió:

—A favor.

—Punta de hielo —dijo mientras veía a Alejo.

—A favor —respondió.

—Rose's kiss.

—A favor —respondió Tania.

—Alma mar.

—A favor —dijo Miguel.

—Terra aether.

—A favor —asintió María.

—Bien, si alguien se opone que hable ahora o calle para siempre. —

Un silencio se produjo por unos segundos—. ¿Te opones a ser parte del círculo de diamantes Carla Azzaro? —cuestionó.

Carla se sintió algo presionada; no se esperaba semejante sorpresa, se le hizo un nudo en la garganta y enmudeció durante unos segundos. La fiesta de bienvenida que había organizado había sido una sugerencia de su madre, pero al parecer el círculo de diamantes lo había tomado como un tributo. Le agradaban, a pesar de ser niños mimados, había algo en ellos que le agradaba; no eran malas personas según pensaba, parecían más un conjunto de personas que habían sufrido demasiado y que, sin hacerlo quizá con consciencia, elegían a personas con cargas parecidas para incluirlos en su selecto grupo.

—Eh... yo... no, no me opongo —respondió, y la espera misteriosa se borró del rostro de todos los presentes.

—¡Excelente! —exclamó Tony y sacó del bolsillo del saco color verde esmeralda que llevaba puesto una caja pequeña de joyería, dorada, metálica, con las iniciales “L.-A.” grabadas y se la entregó a Carla—. En la época de la revolución existieron grandes compañías joyeras que intentaron subsistir, pero el estado en el que el país se encontraba no era el adecuado —comenzó una especie de historia—. El noventa y nueve por ciento de los empresarios joyeros en México tuvieron que retirarse del mercado. Pero bueno, como en todo lugar, siempre existirá alguien perseverante, constante, que busque permanecer. —Todos escuchaban con atención a Tony. Cada miembro del círculo tenía una piedra casi invaluable en su poder, producto de un regalo de

membresía para cada uno de los integrantes; esa noche la llevaban puesta en sus anillos. Esta ocasión no sería la excepción; y aunque ninguno de los miembros del círculo conocía exactamente qué piedra le obsequiaría Tony a Carla, estaban completamente seguros de que sería una pieza millonaria, con una historia detrás interesante de escuchar—. Un poderoso y rico empresario joyero decidió arriesgarlo todo para poder permanecer en el mercado. Le costó todo lo que tenía, incluso su familia. Al final pudo vivir decentemente hasta su muerte. Al fallecer, en su testamento se estipulaba que los bienes serían donados a un orfanato, todos excepto un par de diamantes azules que serían otorgados a sus dos hijas; unas gemelas de no más de doce años. Nadie supo nunca de dónde provenían los diamantes, pero al analizarlos pudieron percatarse de que se trataba de dos piezas sumamente caras. Los diamantes pasaron de generación en generación; en herencias o como presentes especiales. Uno de ellos se perdió, fue robado quizás, el otro está aquí —dijo, y extendió la mano con la pequeña caja para entregársela a Carla. Sorprendida, la chica tomó el pequeño accesorio y lo abrió; dentro relucía un anillo de oro blanco con una brillante piedra azul marino en el centro—. Su nombre es polvo de estrellas y a partir de ahora ese será el símbolo que te una a nosotros como un recordatorio de amistad y lealtad.

Carla no supo qué responder en ese momento, así que articuló la palabra más simple que se le vino a la cabeza: —Gracias —dijo nerviosa y se colocó el anillo.

—Cenemos entonces —indicó Tony con un intento de sonrisa. Todos los presentes aplaudieron y abrazaron, uno por uno, a la nueva y última integrante del círculo de diamantes.

10. Todo oscuro

La cena de la iniciación de Carla había transcurrido adecuadamente. Cada uno de los miembros del círculo había platicado a Carla cómo habían sido las fiestas de iniciación que el heredero Ámaro había organizado para ellos y cómo se sintieron al respecto. Como era de esperarse, por supuesto, el tema del fin de la admisión de nuevos integrantes salió a flote, pero Tony sólo se limitó a ser muy concreto.

—No pienso continuar con algo que ya no me satisface. Los tengo a ustedes, que por fortuna han demostrado ser mis verdaderos amigos —declaró mientras sujetaba una copa de vino tinto entre sus blancas manos—. No quiero que nos convirtamos en ese grupo de amigos que únicamente son amigos ante las cámaras. No permitiré que todo esto del círculo nos consuma, no permitiré que este grupo se convierta en esas amistades excesivamente vacías, como los típicos juniors de este país.

—Pero somos juniors —añadió Miguel.

—Sí, pero a diferencia del resto, y aunque a veces lo dude contigo, tenemos cerebro —contestó con sequedad, intentando establecer una de las muchas diferencias que se le venían a la cabeza en ese momento entre ellos y otros jóvenes adinerados del país.

Tony se había despedido de sus amigos pues pasaría casi todas las vacaciones en Londres. Había prometido a Carla que se verían el año entrante para explicarle una lista de actividades especiales que él designaba para el círculo. Amelia se había marchado de la mansión hasta el final, después de haberse despedido más de cuatro veces de su mejor amigo; sabían que se extrañarían a pesar de la frialdad que les caracterizaba a ambos. Estarían conectados a través de sus teléfonos celulares, y eso, en la actualidad, es un

consuelo para casi toda la humanidad.

—Espero que tengas mucho sexo, zorrita —dijo la chica con una sonrisa malévola a su amigo.

—Espero que tú también, doble zorrita —respondió.

—No lo creo. No tengo con quién —confesó con pesar.

—Como si eso te costara trabajo. —Amelia agachó la mirada y puso cara de tristeza—. Estoy seguro de que las cosas entre los dos se arreglarán pronto, no pueden estar peleados toda la vida —consoló Tony sentado en la mesa redonda en su enorme jardín bajo la luz de la luna, iluminados aún por los elegantes candelabros con velas naturales.

—No lo sé, además, Marco parece haber decidido intentar algo conmigo y sabemos muy bien que cuando algo se le mete a la cabeza es difícil detenerlo —dijo preocupada.

—No te preocupes por eso, concéntrate en estar bien con Alejo. Sé que tienes los recursos suficientes para controlar los intentos de Marco.

Tony se durmió algo tarde terminando de preparar su equipaje. Se había reunido con Mateo para repasar el plan de viaje y, por supuesto, tener algo de sexo. Estaban demasiado emocionados debido a las vacaciones que harían juntos, sobre todo Tony, quien esperaba ansioso la sorpresa que Mateo le había prometido. La noche comenzaba a enfriarse y Tony se despertó para cerrar las ventanas de la habitación, se detuvo un momento y observó la parte del jardín trasero que se iluminaba con la luz de la luna; los árboles agitaban sus ramas a causa del viento que provocaba que sus hojas hicieran ese sonido en coro que tanto encantaba a Tony. Vio la luna por un par de minutos, pensando en esa sensación brusca que tenía de repente, como si su vida probablemente fuese a tomar un rumbo diferente muy pronto. Cerró el ventanal, volvió a la cama y se acurrucó entre los brazos de Mateo.

El menor de los Ámaro se había levantado muy temprano al igual que su hermano; habían desayunado juntos para hacer algunos planes de viaje mientras tomaban los alimentos matutinos.

—¡No puedo esperar para ver qué sorpresa me tienes preparada! —expresó con una impaciencia poco habitual en él.

—Tranquilo, todo a su tiempo —respondió Mateo con una sonrisa—. Debo marcharme ya. Necesito arreglar unos detalles que me hacen falta en la oficina. Por favor —continuó cambiando el tono de su voz por uno un poco más serio—, cuando salgas de la casa el personal de seguridad te acompañará.

—Está bien —respondió Tony—. En realidad ya no creo que exista ningún riesgo. El tiempo ha pasado y...

—No, Tony —le interrumpió con cierta angustia dibujada en el rostro—. Aún no tienes idea de lo mucho que te amo; no soportaría vivir si algo malo te sucediera —explicó preocupado—. Te amo sobre todas las cosas, ¿entendiste?

—Ok, no te preocupes, saldré con compañía. Yo también te amo sobre todas las cosas, lo sabes. —Mateo sonrió de esa manera que Tony adoraba, con esa expresión inocente que perdonaba cualquier cosa, llena de una luz difícil de extinguir.

—Bien, entonces me marcho. Te amo, peque —se despidió, y tras limpiarse los labios por última vez con la servilleta de tela blanca, se levantó del lujoso comedor y salió de la mansión. Tony hizo lo mismo unos minutos después; se percató de que fuera había una temperatura muy baja y decidió vestirse con algo invernal, además de que esa sería la ropa con la que viajaría y seguramente Londres estaría esperándolo con un frío penetrante.

Miranda había agendado la última sesión del año ese día por la

mañana. Tony sabía que era importante tocar ciertos puntos antes de irse de viaje. En verdad tenía a la terapia como una prioridad que no podía desatender.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó Miranda.

—Pues... me parece que desde el incidente en el campus todo ha marchado muy bien, mejor de lo que podría imaginarme —respondió Tony desde el sillón, ese que ya le resultaba cómodamente familiar.

—Entonces, ¿nada de eso ha intervenido de alguna forma significativa en tu vida? —cuestionó la terapeuta.

—Pues no, en realidad no. Creo que a los demás sí les afectó un poco; incluso Mateo se ha mostrado algo obsesivo con el tema de la seguridad privada que ahora me acompaña a todos lados —explicó con simpleza—. Pienso que quizá la emoción del viaje ha provocado que las cosas negativas se queden a un lado.

—No sería la primera vez que Mateo tiene esta especie de obsesión por protegerte —declaró la terapeuta.

—Pues sí —confirmó Tony—. Desde aquel momento en el que prometió cuidarme de... —no pudo terminar la oración; un sabor amargo le inundó la boca. Aún no podía pronunciar la palabra *papá* o *padre* en una conversación que se tratara sobre él mismo.

—De tu padre —ayudó la terapeuta, como si intentase consolarlo tratando de decirle con sus palabras que ella era consciente de que aún le dolían muchas cosas, muchos recuerdos, y que entendía por completo que no pudiera resolverlas aún.

Tony no dijo nada y desvió la mirada hacia un lado; le costaba trabajo recuperarse cada vez que el monstruoso recuerdo de su padre le asaltaba los pensamientos. A partir de ese momento la sesión transcurrió un tanto agotadora para Tony, quien al final de la consulta sintió esa necesidad de hablar aún más

pero el tiempo no se lo permitió. Se despidieron cordialmente y ambos, paciente y terapeuta, se desearon felices fiestas decembrinas. Miranda le deseó un excelente viaje y anotó en su agenda el regreso de Tony a la consulta exactamente para la primera semana de enero del año entrante—. Si surge algún inconveniente o si llegas a necesitar me ya conoces mi número de teléfono y mi correo electrónico —le recordó la terapeuta.

Una vez que Tony hubo salido del consultorio, Miranda se dirigió a su escritorio de madera; aún tenía unos minutos antes de que su próximo paciente llamara a la puerta. Abrió uno de los cajones que tenía bajo llave y sacó una carpeta con el nombre de Anthony Ámaro Priss y comenzó a escribir algunas notas en la última de las hojas blancas, acomodadas y engargoladas en un conjunto de treinta o cuarenta cuartillas:

El avance es innegable, pero debo tener muy en cuenta que Anthony tiene una resistencia muy fuerte a profundizar en cuestiones que evocan recuerdos dolorosos. Pareciera que las decisiones que ha tomado recientemente le conceden cierto grado de madurez psicológica y emocional que facilitan algunos recursos para el proceso psicoterapéutico. Debo agregar, por supuesto, que no puedo dejar pasar por alto la enorme influencia de Mateo en la vida de Anthony. La relación que llevan los arrastra a bordes obsesivos, casi dependientes. Por ahora lo mejor será esperar obtener mayor material de análisis.

Hechas las notas pertinentes sobre Tony, Miranda cerró el expediente y lo guardó en el cajón. Le gustaba tener los archivos con los historiales de sus pacientes hechos a mano, en papel; pensaba que quizás algún día el uso de la computadora para registrar dicha información sería inevitable, pero mientras tanto se había aferrado a un método mucho más tradicional y simple. Observó por unos segundos las carpetas de color amarillo pálido dentro del cajón, el más grande del escritorio; había dentro únicamente el conjunto de pacientes

activos en la consulta; los pacientes que por algún motivo habían dejado de asistir a terapia se encontraban archivados en otro cajón bajo llave, perteneciente al librero justo a sus espaldas. Acto seguido, como si esas carpetas tan comunes en su día a día le recordaran algo, cerró rápidamente el cajón y se giró sobre su silla de oficina para abrir el otro cajón de los archivos obsoletos. Insertó la llave, abrió el cajón y buscó entre las carpetas, ya algunas con aspecto viejo y maltratado; encontró la que buscaba: *Carolina Priss*. Abrió el expediente y comenzó a repasar rápidamente las últimas notas. Un aire espeso llenó el consultorio y Miranda se sintió arrastrada al pasado, a uno de los momentos más complicados de su vida profesional. Alguien llamó a la puerta y la arrancó de su ensimismamiento, guardó el expediente, cerró con llave y se dispuso a atender a su próximo paciente.

Tony, con ayuda de Pedro, había subido todo el equipaje en el auto. Eran las seis de la tarde en punto cuando salió de la mansión escoltado por un par de guardaespaldas que conducían un automóvil gris, de lujo, blindado, como casi todos los vehículos de la familia Ámaro. Mientras observaba por la ventana, emocionado por su partida a Europa, pensaba en la sorpresa que Mateo le había prometido; vinieron a su cabeza un montón de posibilidades; regalos de todo tipo relacionados a sus gustos más exóticos y exigentes. Quizá Mateo había comprado una casa nueva en Londres o había organizado una excursión por los lugares con más historia de Inglaterra. De pronto sintió que olvidaba algo, pero la sensación no lo confundió; se trataba del recuerdo perdido de las atrocidades de su padre. En el fondo sentía una culpa inmensa y constante por extrañar a su padre. Se tenía prohibido extrañar a aquel monstruo que lo engañó durante años, a él y a su madre. La imagen de su madre se adhirió rápidamente a sus pensamientos; la veía sonriente como casi siempre, bondadosa, siempre irradiando una luz angelical. Se preguntó si en el

mundo existirían más personas tan perfectas como ella. Se sintió molesto por un momento; no podía creer cómo una persona tan buena e inteligente como su madre había elegido como esposo a un hombre tan enfermo como su padre.

Las nubes grises cubrían el cielo completamente; Tony las observó a través del cristal entintado del automóvil y percibió un panorama lúgubre; los árboles y las plantas se sacudían a causa del viento invernal. Al llegar al aeropuerto sintió que la temperatura había descendido algunos grados y decidió colocarse un abrigo y una bufanda, ambos de color verde aceituna. Pedro le ayudó con el equipaje y un cargador llevó las cuatro maletas de Tony y las dos de Mateo al lugar de documentación de equipaje del aeropuerto de Santa Villa. Después de documentar, quedándose únicamente con el equipaje de mano, Tony decidió sentarse en el café del aeropuerto para esperar a Mateo. Faltaba una hora para que el vuelo, directo a Madrid, fuese anunciado; ya en Madrid tomarían un segundo vuelo hacia Londres.

—Siéntate, por favor —invitó a Pedro, quien le hacía compañía de pie. El chofer se sintió algo avergonzado y sin decir palabra alguna obedeció a su jefe—. Ellos pueden quedarse de pie —añadió Tony al tiempo que colocaba la mirada en el par de guardaespaldas fornidos vistiendo trajes color negro, parados a unos cuatro metros de distancia, observando caricaturescamente a su alrededor.

Tony envió un mensaje de texto a Mateo en ese instante:

Estoy ya en el aeropuerto, apresúrate. Te amo.

Mateo:

Voy saliendo de la oficina. Te amo más, peque.

El chico rubio de ojos azules ordenó un té caliente de manzanilla con leche y una pieza de pan dulce.

—¿Algo para ti? —le preguntó a Pedro.

—No, muchas gracias —respondió el hombre algo apenado. Aunque

llevaba muchos años trabajando para los Ámaro, no se acostumbraba a esos momentos de cercanía poco común con sus jefes.

—¿Dónde pasarás las fiestas, Pedro? —cuestionó Tony mientras le ponía un poco de azúcar al té que una mesera joven, probablemente universitaria, le acababa de colocar frente a él en la mesita. Pedro se quedó callado unos segundos, perdido en la pregunta del joven dueño del dinero con el que se le pagaba cada quincena.

—No lo sé aún, señor Ámaro —respondió.

—Sé que tu familia vive en el sur del país. Es por eso que todos tienen siempre dos semanas de vacaciones cada año, para que puedan pasar navidad con sus familias —explicó con generosa simpleza—. Excepto la señora Edi. Ella no tiene familia, así que prefiere siempre quedarse en la mansión. Nosotros somos su familia.

—Lo sé, y todos estamos muy agradecidos por eso, de verdad —respondió Pedro. Había sido durante muchos años chofer de la familia Ámaro; había llegado a Santa Villa buscando una mejor oportunidad de empleo después de haber intentado durante un año entero en la Ciudad de México. Al final de cuentas tenía la seguridad de que en una ciudad de gente adinerada tendría quizá mejores oportunidades—. Prefiero enviarle a mi familia el dinero —respondió sin dar detalles.

La respuesta de Pedro sorprendió a Tony. Cada año había notado que su chofer se quedaba en la mansión trabajando, a pesar de que tenía el derecho de tomar un periodo vacacional. El heredero Ámaro siempre había pensado que para Pedro era una cuestión de comodidad el hecho de no hacer un viaje tan largo, incluso llegó a pensar que quizás el hombre que conducía su automóvil estaba enemistado con su familia. El sueldo que se le pagaba era considerado más que suficiente; cada quincena Pedro recibía un depósito por parte de la administración de “Lazo-Ámaro” de cinco mil pesos íntegros, además de que

vivía en una de las habitaciones para los empleados más amplias de la mansión, ubicadas en el jardín lateral, después de un caminito de piedra cercado por arbustos y árboles altos que daban al lugar una apariencia boscosa. Las habitaciones tenían aspecto de pequeños departamentos; cada una tenía un baño propio, cama, closet, tocador, una pantalla plana con DVD, un frigobar, horno de microondas, aire acondicionado y calefacción. Las recamaras estaban construidas en círculo, alrededor de una especie de pequeño parque con una fuente en el centro. Se trataba de una pequeña villa construida en los terrenos de la mansión, exclusivamente para los empleados, quienes no pagaban absolutamente nada por su estancia. La única persona que poseía una habitación dentro de la mansión era la señora Edi, debido a sus funciones como ama de llaves.

—Es cuestión de dinero entonces —dijo Tony.

—No quisiera molestarlo con mis tonterías —respondió Pedro, aún más apenado que al principio.

—Por favor, Pedro, estaría encantado de saber un poco más —insistió el muchacho tras darle un sorbo a su té caliente. En realidad conocía muy poco de los empleados de la mansión, quizás únicamente lo necesario.

—Pues —habló el hombre un tanto indeciso y nervioso—, lo que sucede es que tengo un hijo muy enfermo y siempre envío casi el total de mi sueldo para que mi esposa pueda hacerse cargo de todo lo que necesita —la voz se le quebró por unos segundos y perdió el flujo de su contestación—. Las medicinas —hizo una pausa para tragar saliva y humedecerse los labios con la lengua—... verá usted, son muy caras y a veces no —hizo otra pausa, esta vez algo más prolongada—... a veces mi sueldo y el de mis hijos mayores no son suficientes —concluyó con la mandíbula tensa, evitando derramar una lágrima.

—Estoy muy ofendido —dijo Tony con una frialdad tan tangible que el buen Pedro casi pudo sentir un descenso en la temperatura del ambiente—.

Además del aguinaldo te otorgaré un bono extra —añadió mientras veía los ojos cristalizados del hombre de bigote, flacucho y simplón.

—Pero... ¿por qué? —exclamó con sorpresa.

—Porque lo digo yo —respondió Tony—. No puedo creer que nunca antes hayamos tenido esta conversación. Eso es lo que me ha ofendido —continuó—. Ningún —hizo una pausa y tragó saliva en su seca garganta—... padre —dijo al fin— merece padecer lo que tú padeces; siendo un hombre tan trabajador y honrado. A partir de este momento yo correré con los gastos del tratamiento de tu hijo. Verá a los mejores especialistas del país bajo la condición de que lo traigas a Santa Villa para que Mateo y yo podamos conocerlo el próximo año.

El hombre sentado junto a Tony no pudo contenerse más debido a la emoción de todo lo que había escuchado salir de la boca de uno de sus jefes y se limpió las lágrimas con una servilleta que tomó rápidamente del centro de la mesa.

—¡Gracias! Que dios lo bendiga —dijo intentando contenerse de nueva cuenta. Tony lo observó con detenimiento y sintió una punzada en el pecho; pensó, quizás, que eso era lo que sentían las personas al realmente empatizar con alguien; sentir su dolor y compadecerse por ello.

—Con el bono extra irás a ver a tu familia estas fiestas y a mi regreso me platicarás todos los detalles de tu hijo y tu familia.

—¡Claro! —asintió Pedro con una sonrisa dibujada en la ya algo arrugada piel de su rostro.

Tony abrió el bolso de mano que llevaba y sacó su cartera de piel marrón con el logo metálico dorado de una marca en él. Tomó diez billetes de mil pesos y se los entregó a Pedro en las manos. —Este es tu bono extra —informó Tony, y con nerviosismo Pedro tomó los billetes y los guardó en el bolso interno de su saco color azul marino.

—Gracias de nuevo —expresó Pedro, esta vez con mayor tranquilidad.

Tony solía tener ese tipo de gestos con las personas que necesitaban ayuda. No era un chico millonario común; a pesar de tener una personalidad bastante imponente y un carácter para algunos detestable, no era una mala persona. Eso era algo que a Mateo le quedaba muy claro y no se cansaba de repetírselo a su hermano, pues muchas veces Tony llegaba a sentir que su despectiva forma de ser con algunas personas y en algunas situaciones era un motivo suficiente como para sentirse monstruoso.

De pronto, sin siquiera poner atención en el leve retraso de Mateo, su teléfono celular comenzó a hacer una alerta de llamada entrante. En el teléfono podía leerse: *Llamada entrante: Amelia Dante.*

—¿Qué pasa, pequeña zorra? —respondió como habitualmente lo hacía cuando su mejor amiga le hacía una llamada.

—Tony —habló ella con una desesperación que él desconocía en su voz —. Mateo está herido, alguien lo atacó saliendo de la oficina, voy camino al Millennial —y sin esperar a que Tony respondiera algo la chica cortó la llamada.

Una presión instantánea e invisible extrajo todo el aire de los pulmones de Tony y sintió como si las nubes grises que había visto camino al aeropuerto le cubrieran el rostro intentando asfixiarlo. Con los ojos abiertos como platos, aún con el teléfono pegado al oído, apenas y pudo articular la oración con una voz firme, resistiéndose a un quiebre. —Necesito ir al hospital Millennial, por favor —le indicó a Pedro sin dirigirle la mirada y acto seguido se puso de pie; el chofer, extrañado, no hizo ninguna pregunta y lo siguió hacia el estacionamiento a toda prisa. Ni siquiera se atrevió a preguntarle por el equipaje documentado o por el vuelo que debía tomar con su hermano dentro de unos minutos—. Necesito que lleguemos lo más rápido posible —ordenó mientras Pedro encendía el auto, al mismo tiempo que los guardaespaldas

encendía el suyo para seguir su ruta.

Mientras se alejaba del aeropuerto, Tony sentía que se alejaba de su felicidad, de su tranquilidad y de sus sueños. Las nubes grises se habían acumulado sobre Santa Villa en el cielo nocturno y el viento había intensificado. Pensó entonces que quizás intentaban augurarle algo desastroso; en ese momento el menor de los Ámaro pudo darse cuenta de que le esperaba un camino lleno de mucho sufrimiento y sintió como la luz en su vida se apagaba rápidamente y le invadía una cruda y cruel oscuridad que había decidido llegar para quedarse. Las nubes tapaban la luna; estaba todo oscuro, dentro y fuera de él.

Después de haber arreglado algunos pendientes importantes, Mateo Ámaro se dispuso a salir de su oficina hacia el estacionamiento de Lazo-Ámaro. Ese día había preferido conducir su automóvil hacia el aeropuerto. Al salir al estacionamiento se despidió del guardia que se mantenía siempre inmóvil en su pequeña caseta de seguridad, justo a un lado del elevador del aparcamiento subterráneo que conducía al interior del enorme edificio.

—¡Feliz Navidad! —exclamó Mateo al guardia; un hombre corpulento, de unos cuarenta años, que llevaba trabajando en la empresa casi diez. Mateo sonrió porque aún faltaban varios días para Navidad y probablemente el buen hombre se había extrañado con tan prematura felicitación. El hombre respondió la felicitación viendo cómo Mateo se alejaba hacia su auto; de pronto algo le hizo dar media vuelta y acercarse al guardia. —Señor Hernando, ¿puedo hacerle una pregunta? —Hernando asintió extrañado. No era común que el dueño del corporativo conversara con él. Mateo sonrió mientras el rostro se le ponía rojo de vergüenza—. ¿Qué pensaría si yo le dijera que me gustan los hombres? —Hernando abrió los ojos con sorpresa y se puso más nervioso de lo que ya estaba. Hubo un silencio incómodo y Mateo

estimuló la respuesta—: ¡Vamos, hombre! No tenga pena, hábleme con sinceridad. Soy yo el que debe estar nervioso, no usted.

—Eh... tengo un hijo homosexual, señor Ámaro —respondió al fin, mirando al suelo con el entrecejo fruncido, como si intentara encontrar la respuesta ahí, en el concreto del estacionamiento—. He aprendido con el tiempo que somos libres de amar a quien nos plazca. Si me lo está preguntando porque tiene miedo, debo decirle que es normal tenerlo; mi hijo me enseñó eso. Pero también le diré que sin miedo todo sería fácil y lo que es demasiado fácil no nos ayuda a crecer y a ser fuertes para enfrentar lo que venga después. Yo amo a mi hijo y estoy muy orgulloso de él. Que no le importe lo que la gente piense —concluyó viéndole a los verdes ojos y regalándole una sonrisa tímida.

—¡Mil gracias! — exclamó Mateo con euforia, y acto seguido abrazó a aquel hombre que se extrañó aún más por unos segundos y después pudo devolverle la calidez del abrazo—. ¡Feliz navidad! —repitió mientras se alejaba. Al llegar a su auto comprobó con la mano izquierda si encontraba un objeto dentro de la bolsa del saco que llevaba puesto aquella tarde; el sonido de un caminar apresurado le sedujo los oídos.

—¿Mateo Ámaro? —dijo la mujer. Llevaba puesta ropa muy simple y cómoda y un par de zapatos cerrados, de tela, con un tacón de no más de tres centímetros, los cuales hacían un juego terrible con los jeans baratos y la blusa de manga corta de color morado, casi negro. Mateo frunció el entrecejo y puso una expresión de sorpresa.

—¿Sí? —respondió, con ese tono con el que se responde cuando algo en tu interior te informa que tu cabeza encontrará en sus archivos de memoria a esa persona frente a ti en un tiempo no mayor a diez segundos. Solía sucederle a veces; era propenso a olvidar los rostros de personas que no frecuentaba. Era una especie de situación común para una persona que conocía personas

nuevas todo el tiempo.

—Hola, disculpa si estoy retrasándote en algún asunto importante, probablemente urgente y de suma atención. —La mujer hablaba con una entonación irónica, hilarante, casi grosera, disfrazada de un encanto falso poco cómodo.

—No te preocupes —respondió Mateo, esta vez con la seguridad de haber por fin recordado de quién se trataba—. Eres la directora de Elena de Parra, Lorena, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿En qué puedo servirle, profesora? —preguntó cortésmente y con cierto encanto—. ¿Es referente a la investigación sobre el ataque en el campus? Debo viajar, pero vuelvo el año entrante. Podemos vernos en mi oficina, con gusto mi asistente hará la cita. Tengo a varios detectives trabajando al respecto y...

—¡Claro! —exclamó en un grito y con una sonrisa exagerada que provocó nuevamente que Mateo frunciera el entrecejo y sonriera, como si la interrupción de Lorena le hubiese parecido la graciosa expresión de una persona con desequilibrio mental. Y en realidad, entre más pasaban los segundos, Mateo se percataba más de los rasgos y expresiones de la mujer que tenía frente a él; llevaba el rubio cabello suelto y desaliñado, tenía el rostro deshidratado, con ojeras, y las arrugas se le notaban más en el blanco de la piel, probablemente porque no llevaba encima ni una gota de maquillaje. Su voz era extraña, ansiosa, apresurada.

—Sí, lo sé. Con tanto dinero tengo la seguridad de que el mejor equipo de investigación está trabajando más que duro para ti —dijo Lorena, nuevamente acompañando sus palabras con una sonrisita que reflejaba una especie de psicosis. Por dentro Mateo se hizo la graciosa pregunta de si la profesora Lorena había tomado sus medicamentos antipsicóticos vespertinos

—. Me encantaría ser uno de ellos —agregó—. ¡Uff! ¡Ganarán una fortuna! ¡Estoy segura!

Mateo dejó de sonreír pero continuó manteniendo las cejas entronadas; a pesar de haber borrado la sonrisa de su rostro continuaba teniendo cierta expresión inocente, alegre, pero con un matiz de extrañeza que te provoca alguien que se encuentra actuando de forma poco frecuente.

—Emmm —expresó con duda, pero al mismo tiempo con una intención cortante—. Pues... dígame, profesora, ¿en qué puedo servirle? La verdad es que sí tengo un poco de prisa. —La mujer se carcajeó como si después de su risa el mundo se fuese a acabar; una mezcla eufórica y maniaca de júbilo mezclado con ansiedad y una preocupación que la torturaba y carcomía por dentro. Se calló de pronto, instantáneamente, y miró con vacío a Mateo, fijamente. Algo en su mirada, a pesar de tener cierta inexpresión, destellaba hambre de algo, deseos irremediables de llevar a cabo alguna situación.

Fue tan repentino que ni siquiera sintió dolor. Fue como apagar la luz en un momento inesperado. Quedó inconsciente tan rápido que no tuvo tiempo siquiera de saber por qué abandonaba el mundo de la consciencia y la vigilia. La luz se apagó en la cabeza de Mateo Ámaro y sus ojos se cerraron de inmediato, pero también, al mismo tiempo, todo aquello generaba una ventisca que apagaría la llama en el corazón de Tony y su luz se extinguiría junto con la de su amado hermano.

Tony entró en el hospital Millennial con una desesperación que no le era nada extraña a la enfermera encargada de la recepción.

—Mateo Ámaro —pronunció recargado del pequeño mostrador de madera barnizada y pulida que dejaba asomarse al rostro de una mujer simple de piel morena con una cofia blanca en la cabeza.

—Está en terapia intensiva —respondió la enfermera sin buscar en la

computadora—. Puede pasar; al fondo del pasillo, en la sala de espera está una joven y un señor esperando por ti, ¿eres Tony Ámaro, no?, hermano del paciente.

—Así es, gracias —contestó y se dirigió hacia la sala de espera que la enfermera le había indicado. Amelia lo vio y corrió hacia él para abrazarlo con todas sus fuerzas.

—¿Qué es lo que sucedió? —preguntó Tony conservando la calma.

—Encontraron a su hermano tirado en el suelo del estacionamiento, cerca de su coche —dijo la voz de un hombre alto, de piel blanca y una expresión de molestia permanente. Tony lo reconoció al instante. Se trataba del comandante de policía de Santa Villa, con el que se había entrevistado ya un par de veces en el pasado; la más reciente fue la tarde siguiente al ataque en el campus.

—¿Quién lo encontró? —cuestionó el heredero Ámaro.

—El guardia del estacionamiento —respondió el comandante, que según recordaba Tony, se llamaba Juan Antonio De La Vega.

—¿Cómo está? ¿Qué es lo que tiene? —interrogó mirando a su amiga.

—El médico no ha dicho mucho, está en terapia intensiva. Lo que sí era evidente, según el doctor, es que Mateo sufrió un trauma craneoencefálico muy fuerte —explicó la chica bastante angustiada. Amelia sabía que hablarle a Tony con rodeos sería ponerlo muy de mal humor y eso podría hacerlo detonar de algún modo, por ello la chica estaba siendo lo más clara y directa posible sin perder la fluidez de su explicación—. Llegó cubierto de sangre, que muy probablemente proviene de su cabeza.

Tony sintió una punzada en el pecho y se llevó una mano a la boca, cubriéndola por unos segundos en señal de desesperación reprimida. Sentía que el aire le faltaba y decidió sentarse en una de las acolchonadas sillas azules del hospital.

—Señor Ámaro, quisiera... —Tony interrumpió al comandante con una simple pero poderosa señal manual; ese ademán instantáneo que se hace extendiendo la mano para indicar que necesitas que alguien que habla se calle por un momento mientras tienes la mirada perdida y la mente absorta en un montón de pensamientos que han comenzado a hacer una guerra en tus adentros.

—No me pregunte, por favor, si tengo alguna idea de quién puede estar detrás de este incidente —habló Tony sin observar al jefe de policía que lo observaba desconcertado y con ganas de insultarlo debido a lo miserable e imbécil que lo hacía sentir. Pero no podía; Tony hacía sentir así a las personas de vez en cuando, pero los demás eran siempre incapaces de reclamarle porque jamás dejaba de ser educado, tanto, que lo imbécil que podía alguien llegar a sentirse era debido a ese exceso de educación—. Existen cámaras de seguridad dispuestas cada diez metros a lo largo y ancho de las instalaciones del corporativo.

—Necesitaré su autorización para eso —replicó De la Vega en un tono que intentaba ridiculizar a Tony levemente. El joven Ámaro no dijo ni una sola palabra ante el argumento del comandante y tomó rápidamente su teléfono celular, hizo un par de movimientos con los dedos y se colocó el aparato en el oído.

—¿Señor Mina? —preguntó el chico a la persona que seguramente ya había respondido la llamada—. Buenas tardes. Llamo para informarle que el comandante de policía, el agente De la Vega, irá pronto al corporativo a analizar las grabaciones de las cámaras de seguridad. Por favor, necesito que le den todo lo que pida él y su equipo para que lleve a cabo la investigación. —Tony se detuvo dos segundos y tras un sencillo “gracias” colgó la llamada—. El jefe de seguridad lo estará esperando, comandante.

—Lo mejor será que me dirija hacia allá ahora mismo —informó el

hombre corpulento con aquel eterno ceño fruncido—. Me comunicaré con usted cuando tenga algo de información.

—Está bien. Puede pedir en el corporativo que le proporcionen mi número de celular. Me quedaré aquí hasta obtener una noticia sobre el estado de mi hermano y... —un sonido de notificación interrumpió la conversación.

“¿Te ha gustado el regalo de vacaciones que te he dejado? Es una pena que no pudiera acabar contigo y tu asqueroso círculo, aunque me parece que es mucho más reconfortante verte sufrir. Pronto sabrás toda la verdad, Tony.”

(Número desconocido)

El rostro blanco de Tony enrojeció y una vena color púrpura resaltó en su frente. Miró a Amelia, quien lo observaba desconcertada, y después miró al comandante. —Es él —habló con un hilo de voz.

—¿Es quién? —interrogó De la Vega.

—El acosador; el mismo que nos atacó el día del evento de caridad. Él fue quien atacó a Mateo. —Extendió el brazo para mostrarle al comandante de policía el mensaje de texto que acababa de recibir.

Al parecer, el famoso acosador estaba consciente de que su identidad se revelaría muy pronto y mandaba un mensaje a Tony bastante explícito. Era una especie de burla, una humillación para Tony, pero sobre todo se podía percibir un tinte macabro impulsado por intenciones bajas y oscuras. Tony y Amelia podían sentir el odio tan grande que movía al acosador. Una parte de Tony deseaba encontrarse cara a cara con su agresor, enfrentarlo como se deben de enfrentar los miedos: de frente.

Mientras Tony y Amelia esperaban noticias sobre el estado de Mateo y sobre el progreso del comandante de policía en el departamento de seguridad del corporativo, María, Tania y Miguel entraban desesperados a la sala del hospital, fría por el aire acondicionado encendido hasta en los días más

helados de invierno, y vacía salvo por la deprimente presencia de sus dos amigos.

—¿Qué ha sucedido con exactitud? —preguntó Miguel, quien entregaba un vaso con café desde una bandeja portavasos de cartón a cada uno de sus amigos.

—No sabemos exactamente —respondió Amelia bastante angustiada—. Lo atacaron en el estacionamiento del corporativo y el guardia lo encontró. Según el médico que lo recibió tenía un golpe muy fuerte en la cabeza y había perdido algo de sangre.

—¿Nadie les ha dado más información? —habló María con una expresión de desánimo y pesar bastante real, una expresión que encarcelaba lejos, por un instante, a ese personaje falso, vacío e hipócrita que a veces le caracterizaba. Tony negó con la cabeza en respuesta a su amiga; no tenía ganas ni siquiera de hablar. Tania colocó una mano en la pierna de Tony y lo observó con tristeza.

—Alejo dijo que vendría en cuanto le fuera posible —informó Miguel, quien también demostraba preocupación.

Cada segundo era para Tony una eternidad. Se estaba volviendo loco en silencio y creía que en cualquier momento se desmayaría por reprimir tanto su agonía. Sus amigos eran un soporte que jamás había sentido tan cerca, tan real, tan firme; eso le tranquilizaba muchísimo. Aún continuaba sorprendido de cómo la vida era capaz de darle felicidad y después arrebatarse todo en un segundo. Habían pasado ya casi tres horas desde que había llegado al hospital y sentía que siglos infinitos transcurrían ante sus ojos, escupiéndole en la cara para hacerlo sentir peor que una basura. El segundero del reloj redondo colgado en la pared se reía de él, incluso podía ver cómo en ocasiones los segundos eran más prolongados de lo normal. Tony estaba desesperado, como nunca se había sentido en su vida; podía fundirse con la oscuridad provocada

por las nubes grises que obstruían la luz de la luna en el exterior y que contemplaba desde la pequeña ventana en la sala.

Amelia platicaba con María, Tania y Miguel mientras observaban de vez en cuando cómo Tony se levantaba para preguntarle a alguna enfermera sobre Mateo, pero todas siempre le respondían exactamente lo mismo: —El doctor vendrá pronto a hablar con usted.

—¡Estoy aterrada! —exclamó María.

—Yo también —añadió Tania—. Ese mensaje que Tony recibió me ha puesto más nerviosa de lo que ya estaba.

—Lo mejor quizá sea irnos de Santa Villa un tiempo —opinó Miguel con una seriedad fuera de su personalidad.

—No podemos dejar a Tony y a Mateo —refutó Amelia.

—No, no podemos —concordó Tania. Estaban bastante asustados al igual que sus familias, a pesar de tener guardaespaldas las veinticuatro horas del día, tenían esa sensación de ser observados y perseguidos por alguien sin rostro.

Tony volvía de traer más café para todos y caminaba pensativo, viendo el suelo blanco y extremadamente limpio del hospital. Sus amigos le sonrieron para aliviar un poco su pesar; el rostro del joven Ámaro lucía gris y preocupado.

—¿Familiares de Mateo Ámaro? —preguntó en el fondo del pasillo una voz masculina. Tony corrió de inmediato hacia el médico con esa ropa azul propia de cirugía, con el cubrebocas desplazado hacia la garganta para poder hablar con libertad.

—Soy yo, su hermano —aclaró Tony para recibir la información—. ¿Cómo está? —preguntó desesperado con el entrecejo fruncido.

—Estable —respondió el doctor. Estable era algo bueno, aunque aquella palabra no satisfacía del todo a Tony—. Recibió un golpe bastante fuerte en la

cabeza, tuvimos que intervenirlo quirúrgicamente. Ahora se encuentra en recuperación, veremos cómo reacciona su cuerpo en las próximas horas — explicó el neurocirujano—. No podemos hablar de secuelas aún, necesitamos más tiempo para comenzar a elaborar pronósticos mucho más acertados. — Tony guardó silencio unos segundos con la mirada agachada, pensando en la situación en la que se encontraba mientras sus amigos lo veían detenidamente esperando la respuesta que le daría al médico de Mateo.

—No voy a atreverme siquiera a pensar en llevarme a Mateo al extranjero o hacer que nuestro médico venga desde Nueva York porque tengo toda la confianza puesta en usted, doctor...

—Valenzuela —informó el médico.

—La vida de mi hermano está en sus manos —concluyó Tony.

—En efecto, trasladarlo sería demasiado arriesgado. No se preocupe, señor Ámaro, hacemos todo lo que está a nuestro alcance.

Tony se alejó del doctor y sus amigos lo siguieron para sentarse en la sala de espera. El teléfono del heredero Ámaro comenzó a sonar debido a la llamada entrante de un número desconocido.

—¿Sí? —respondió Tony pues se imaginó quién sería.

—Señor Ámaro, hemos encontrado al culpable del ataque a su hermano —dijo la voz del comandante De la Vega. Tony abrió los ojos como platos y observó a sus amigos—. Necesito que venga rápidamente a la delegación.

Sin decir nada Tony colgó la llamada y se dirigió a todos los presentes con un tono quedo. —Lo han encontrado —dijo con un hilo de voz, asustado, intentando contener su angustia—. Tienen al atacante—. Todos pusieron cara de preocupación, con las cejas fruncidas y el rostro más pálido de lo normal.

Tony había tardado un poco en tomar la decisión de abandonar el hospital por un momento para poder ir a la delegación de Santa Villa y atender

el asunto de la identidad del atacante. Amelia y el resto se habían quedado en el hospital prometiéndole que le llamarían por teléfono en caso de que tuvieran alguna novedad sobre Mateo.

—Señor Ámaro —saludó rápidamente el comandante De la Vega, que recibía a Tony en su oficina—. Me alegra que haya podido venir rápido. Hemos encontrado muy fácilmente la identidad del atacante de su hermano, incluso me han informado un par de agentes de policía que lograron interceptarlos y ya vienen hacia acá para un interrogatorio inicial.

—¿Interceptar... los? —. Tony hizo énfasis en la última sílaba de la palabra.

—Será mejor que vea el video usted mismo —aconsejó el corpulento hombre y volteó la laptop que tenía frente a él en el escritorio de metal.

El video captaba perfectamente y en alta resolución, a color, el momento en el que Mateo se aproximaba a su automóvil. Al principio Tony se sintió angustiado, incluso enfadado con su hermano por andar campante, solo y sin seguridad privada. No le parecía justo que Mateo insistiera siempre con la seguridad de Tony y que él mismo no se preocupara por su propia seguridad. De pronto apareció en la imagen la profesora Lorena y el semblante de Tony cambió instantáneamente, pasando de la seriedad al asombro, un asombro bastante tóxico que le golpeó justo en donde jamás se hubiese imaginado, en el corazón. Y ahí, en el momento menos esperado, apareció sigilosamente detrás de Mateo, avanzando como un fantasma en la oscuridad, el profesor Alberto con un tubo de metal sostenido con ambas manos. Medio segundo antes de que el frío objeto colisionara con el cráneo de su amado Mateo, Tony cerró los ojos y con las manos cerró la computadora. Los ojos se le cristalizaron levemente y giró para darle la espalda al comandante De la Vega.

—Todo el peso de la ley sobre ellos —habló el joven con cierta amargura y una rabia que no podía contener.

—Así será, señor Ámaro —consoló el hombre con sinceridad empática que hizo a un lado cualquier sentimiento de intolerancia hacia Tony. En ese momento alguien llamó a la puerta de madera de la pequeña pero muy ordenada oficina.

—Comandante, ya están aquí —exclamó un joven policía desde el umbral frente a Tony.

—Enseguida estaremos ahí —informó De la Vega. Tony supo entonces que había llegado el momento de enfrentar la realidad cara a cara—. Será necesario que me acompañe, señor Ámaro. Necesito su nueva declaración.

—Hola, Tony —dijo una voz que Tony no conocía. Veía a la directora de Elena de Parra pero su voz era diferente, su entonación era fría y macabra, hacía que se le pusieran los pelos de punta. Lo observaba fijamente con una sonrisa exageradamente falsa, sentada en una mesa de metal con tres sillas del mismo material, dos de ellas vacías frente a la detenida, quien se encontraba esposada de manos y pies. Era una cámara de Gesell, así que Tony podía ver los reflejos de todos los presentes en el espejo a su izquierda, alumbrado por la luz blanca de la lámpara colgada en el techo. El comandante se sentó en una de las sillas vacías y Tony lo imitó sin dejar de ver fulminantemente a la mujer que ya no podía considerar más su profesora.

—Lorena Torres —inició De la Vega mientras hacía algunas anotaciones en una hoja en blanco con una pluma de tinta negra—, existe evidencia contundente que prueba que usted...

—Señor policía, dejémonos de estupideces —interrumpió la mujer con un par de ojeras enormes en el rostro, el cabello alborotado y una cara alarmantemente demacrada, marcada por lo insalubre y lo demencial—. Estoy aquí porque quiero estarlo. —De la Vega se hundió en un silencio profundo provocado por la monstruosidad y malicia que aquella mujer emanaba—. Sé

que vieron las cámaras, pero no soy yo quien lastima al señor Ámaro, es mi esposo. En realidad no podrían detenerme porque no tienen pruebas de que yo haya cometido un delito. —Tony se paralizó un momento y sintió ganas de golpearla en ese preciso instante. Se trataba de una mujer que no conservaba un sólo rasgo de la profesora Lorena que él aún guardaba en la memoria, incluso le parecía una mujer nada atractiva, repugnante.

—Te vas a pudrir en la cárcel —espetó Tony. Lorena escupió una carcajada tan estridente e irritante que le resaltaron las venas del cuello a través de la piel. Se rió tanto que limpió lágrimas de sus ojos y en un segundo volvió a una seriedad lúgubre.

—Es el mejor lugar para vivir, ¿sabe, señor Ámaro? —dijo en un tono que hacía recordar a la profesora Lorena platicando en su oficina—. Puedo quedarme aquí, feliz, sabiendo que usted y su hermano sufren y bueno, si es que aún vive, porque lo mejor de todo será saber que llorarás toda una vida por tu hermanito.

—¿Por qué? —preguntó Tony.

—Creo que no debería hacer preguntas sin un abogado —sugirió De la Vega, provocando que Lorena pusiera los ojos en blanco.

—Está bien —repuso Tony—, esto se resolverá ahora mismo, porque esta basura confesará toda la verdad.

—Debería hacerle caso, señor comandante. El señor Ámaro tiene fama de ser extremadamente inteligente y persuasivo —habló Lorena—. Creo que sabrá muy bien cómo sobrellevar la muerte de su apuesto hermanito. —Una carcajada breve azotó los oídos de Tony nuevamente.

—¡Habla! —exclamó el chico con una furia contenida que amargaba su voz—. Habla y tendré compasión para que no sufras tanto en lo que te reste de vida.

—¡Uy, qué miedo! —se burló la mujer entre carcajadas y gestos

exagerados que reflejaban terror. Era como un payaso sin maquillaje, terrorífico y escandaloso—. Bueno, pues estoy aquí porque ya no tengo otras motivaciones en la vida. ¿Quieres saber por qué lo hice?, pues porque tus padres; esa parejita que derrochaba felicidad, podridos en dinero, con su familia perfecta y su vida perfecta, asesinaron a la persona que más amaba yo en este mundo. —Las lágrimas comenzaron a brotar de los enrojecidos ojos de Lorena—. Mi hermana murió el día que se enteró que estaba embarazada por culpa de un accidente automovilístico que, según las decenas de testigos y las declaraciones oficiales, fue provocado por los automóviles de los malparidos de tus progenitores —reveló al fin la rubia mujer. Se trataba de una venganza que golpeó aún más fuerte la estabilidad fracturada de Tony, quien no emitió palabra alguna ante el argumento que acababa de escuchar—. ¿Lo ves ahora? Es por esa razón que tenía todas las intenciones de mandarte a ti y a tu hermano al infierno con sus padres.

—¿Pero por qué acosabas y atacaste a mis amigos? —preguntó Tony desesperado, confundido, con un clavo invisible atravesándole la garganta.

—Tardé muchos años en poder llegar al puesto que me permitiera pasar desapercibida, y qué mejor que ser directora general de la universidad en donde estudiabas, digo, no puedo negar tampoco que mi currículum es eminente. Después de la muerte de Salma, mi hermana, quien ni siquiera pudo darle la noticia de su embarazo a su esposo, mi objetivo fue, en un principio, destruir a los Ámaro, pero bueno, no pude evitar sentir asco y desprecio por el resto de tus amigos, sobre todo cuando descubrí que el inútil de mi marido me engañaba con la más zorra de tu repugnante círculo de diamantes. —Se pasó las manos sobre el rostro y parpadeó varias veces con rapidez desviando la mirada como una enferma mental, con el entrecejo fruncido—. ¡Por dios, pero es que todos ustedes son tan parecidos! —Tomó aire después de gritar aquella oración y volvió a un tono de voz quedo—. Casi castro al infeliz, pero no, lo

necesitaba para que hiciera el trabajo sucio como pintar los coches o enviarles regalitos desagradables; no iba yo a ensuciarme las manos, digo, qué asco empacar cadáveres de pájaros. Debo admitir que casi fui descubierta cuando la niñita cabeza hueca de Romina me escuchó teniendo una conversación con mi esposo en mi oficina sobre los planes que tenía para, literalmente, asesinarte; pero bueno, la descubrí espiándonos y no pude hacer nada en ese momento. Gracias a dios, el accidente que provocó esa noche me dio el tiempo necesario para envenenarla con esa droga del campo que ha traído a todos bastante alarmados en la ciudad —volvió a ver al comandante—. Déjeme decirle que no es nada complicado conseguir honguitos.

Tony sintió cómo un ácido entraba por sus oídos y se mezclaba con su sangre destruyéndolo por dentro. Ahora estaba consciente de que Romina había intentado alertarlo y a causa de ello había terminado todo en un completo caos. Por eso quizás había llegado a la fiesta de Carla sin ser invitada, arriesgándose a la humillación.

—¿Pero quién sospecharía de una dedicada y seria profesora de universidad? —chilló con voz aguda la culpable mujer.

—Eres una basura —insultó Tony con el rostro enrojecido—. Desearía tu muerte pero eso no sería castigo suficiente para las atrocidades que has cometido.

—¡Ay por favor, no me hagas reír! —terció—. Además, me pusieron las cosas bastante complicadas con eso de los detectives privados. ¡Maldita gente millonaria! Creen que con dinero pueden obtenerlo todo. Hubiesen muerto la noche del evento de caridad que planeé si no hubiese sido porque los reporteros y tu muerto u hospitalizado hermano escucharon sus patéticos gritos. Debí enviarles un mensaje diciéndoles que se largaran, o mejor aún, que se quedaran en ese mismo salón para que se murieran junto a ustedes; lo único que hicieron toda la noche fue preguntarme por Tony Ámaro y su maldito

círculo de diamantes.

El comandante De la Vega no daba crédito a todo lo que Lorena Torres confesaba. Jamás, en sus veinte años de servicio, había escuchado semejante crueldad de la boca de una persona con tanto odio, rencor y desfachatez. Dejó que la mujer dijera todo lo que tenía que decir mientras hacía anotaciones en la hoja blanca y dejaba así que los micrófonos y las cámaras registraran también la confesión de una manera pura, absoluta e ininterrumpida.

—Justo cuando creí que mis esfuerzos habían sido inútiles apareció en mi cabeza la oportunidad de causar daño. Me enteré de tu viajecito a Londres y decidí hacer un último intento antes de tu partida; era muy fácil, había observado ya que Mateo no hacía mucho caso a lo de traer consigo seguridad privada, y cuando entré al estacionamiento del corporativo lo único que tuve que hacer fue decir mi nombre y que iba a tratar asuntos sobre las aportaciones financieras que recibe Elena de Parra por parte de Lazo—Ámaro. Por dios santo, era la directora de Tony Ámaro, ¿qué daño podría causar?, el guardia no se negó entonces a dejarnos pasar en nuestro propio auto —sonrió nuevamente con maldad—. Ni siquiera tuve que usar alguna máscara o algo. Ahora que mi objetivo perseguido durante tantos años se ha cumplido pues quisiera pasar unas largas vacaciones lejos de la mierda social a la que perteneces, Tony. Por cierto, tuve que sobornar a los representantes del evento de caridad con el dinero “donado” —dijo haciendo comillas con los dedos de ambas manos— para que me fuera fácil armar un teatrillo lo suficientemente distractor la noche del ataque—observó a De la Vega de nueva cuenta—. Con el malnacido infiel de mi esposo puede hacer lo que quiera, ya no me sirve para nada. Lo manipulé fácilmente durante el tiempo necesario. Pobre —dijo falsamente entristecida—, pasará mucho tiempo en la cárcel y pues siendo tan guapetón, no lo voy a negar, será bastante violable —se carcajeó un poco y volvió la mirada a Tony para dedicarle unas últimas palabras—. Ojalá sufras por lo

menos la octava parte de todo lo que te deseo. Tus padres me arrebataron a mi hermana, ahora yo te arretrato al tuyo.

Tony se sintió envuelto en desesperación y rabia. Quería asesinarla y torturarla infinitamente y justo cuando estaba a punto de decir algo su teléfono sonó.

—Tony —era la voz de Amelia—, Mateo se puso mal. Está entrando de nuevo al quirófano.

—¿Qué? —respondió automáticamente—. Voy para allá —dijo con un hilo de voz, apenas perceptible.

—¿Ya se murió? —preguntó irónicamente la mujer en un tono infantil, poniendo cara de puchero.

Sin que De la Vega o Lorena pudieran siquiera notarlo, en un segundo Tony se levantó de la silla, se inclinó hacia el frente y le propinó un golpe a puño cerrado al esquelético rostro de la mujer, quien salió disparada hacia un lado debido a la fuerza del impacto. Un río de sangre escarlata brillante comenzó a fluir desde la ahora rota y deformada nariz de Lorena, manchándole todos los labios y la blusa color celeste que llevaba puesta. — ¡Perra! — exclamó Tony mientras le daba la espalda y salía de la habitación. En ese instante en el que la criminal se incorporaba mareada de nuevo en la silla y escupía saliva revuelta con sangre, una risa proveniente de su garganta invadió el aire de una manera desagradable, taladrante y explosiva.

—¡Marica! —Gritaba entre risas— ¡Marica! ¡Maricón! ¡JAJAJAJA! ¡Volveré a matar a tus padres y a tu hermanito cuando los vea en el infierno! — exclamaba carcajeándose hasta que los oídos de Tony estuvieron lo suficientemente lejos para no escucharla más.

11. Cartas, puntos y comas

Cuando Tony entró corriendo a la sala de espera del hospital se dio cuenta de que todos sus amigos estaban esperándolo, incluidos Carla y Alejo, quienes lo abrazaron al llegar. En unas cuantas horas Tony había adquirido un semblante demacrado, bastante pálido y ojeroso; sus amigos pudieron notar que había llorado antes de llegar ahí por lo enrojecido de sus ojos.

—¿Qué sucedió? —preguntó inmediatamente.

—Mateo se puso mal —respondió Amelia con los ojos cristalinos y la voz medio quebrada—. Comenzó a convulsionar, según nos dijo una enfermera, y el doctor solamente salió a informarnos que Mateo tenía un coagulo en el cerebro y que necesitaba una cirugía mucho más delicada.

Todos observaron a Tony, inexpresivo, a punto de quebrarse desde sus adentros. Podían todos sentir, empáticamente, el dolor de su amigo en ese momento y lo mucho que los necesitaba aunque no se los dijera. Era un tiempo en el que los diamantes del círculo se cerraban para proteger con su brillo a uno de ellos de cualquier ataque proveniente del exterior. Amelia lo abrazó y una lágrima le escurrió a la chica por la blanca piel. Era como su hermano, sabía que aunque Tony no respondiera tan afectivamente al abrazo por dentro se lo agradecía infinitamente.

Pasaron tres horas desde que Mateo ingresó a cirugía. Iñaqui Romedo había arribado al hospital para acompañar a Tony en cuanto se enteró del ataque a Mateo debido a que Carla consideró que sería bueno avisarle con un mensaje de texto. El joven Romedo se sintió sumamente apenado y triste debido al momento tan angustiante que Tony pasaba y decidió quedarse en el hospital el tiempo que fuese necesario; iba a la cafetería por café para todos

los miembros del círculo y la pasaba platicando con ellos, a excepción de Tony, quien se encontraba aislado observando el reloj colgado en la pared con la esperanza inagotable de tener noticias positivas sobre aquel hombre que tanto amaba.

Poco a poco la sala de espera se fue llenando de personas que iban y venían; ejecutivos del corporativo y trabajadores que se habían enterado del ataque hacía algunas horas. Tony procuraba saludar a todos y poner su mejor semblante, incluso sonreía de vez en cuando.

—Todo saldrá bien —le decía la señora Edi por teléfono en cuanto Tony le llamó para comunicarle resumidamente lo sucedido y pedirle que se encargara de la casa y de tener todo preparado para cuando Mateo regresara, además, claro, de informarle que su viaje a Europa se había disuelto evidentemente.

Ya había amanecido; el cielo nublado espesó mucho más justo cuando Mateo cumplió siete horas dentro del quirófano y el sonido lejano de un paisaje relampagueante anunciaba una tormenta sobre Santa Villa. Tony observó el enorme campo, privado de la luz del sol debido a las grises nubes, que se encontraba a un lado del hospital; puso atención a las gotas de lluvia que comenzaban a caer sobre el pasto de un verde apagado y melancólico.

—¡Tony! —exclamó Tania cuando vio entrar al médico de Mateo por el umbral de la sala de espera, lo que provocó que el chico se levantara rápidamente y caminara hacia el cirujano quien se quitaba de la cabeza el gorro azul utilizado durante las cirugías. Todos siguieron a Tony y se colocaron detrás de él.

—Señor Ámaro —dijo el doctor con un rostro inexpresivo—, su hermano sobrevivió a una cirugía bastante difícil, pero lamento decirle que Mateo ha caído en estado de coma.

Las palabras del doctor fueron como dos pequeñas piedras que cayeron

sobre un delgado cristal que estaba a punto de romperse, despedazándolo con facilidad en el interior del menor de los Ámaro. Tony cerró los ojos lentamente y, sin poder contenerlo más, un par de lágrimas se escurrieron por sus enrojecidas mejillas. No quiso escuchar más de lo que fuese que el doctor tuviera que decir para consolar la terrible noticia que acababa de darle, dio media vuelta y pasó rápidamente entre sus amigos, abrió la puerta principal y salió corriendo hacia el campo mojado por la lluvia que ya comenzaba a ser torrencial; quiso convertirse en parte del viento, del agua y de la tierra de ahí afuera, desaparecer, dejar de existir para poder terminar el dolor que le vomitaba un veneno negro y espeso en las entrañas, con un alcance destructivo que podía incluso hacerle sentir cómo su alma se infectaba de semejante porquería. Corrió varios metros hasta que sus pies se tropezaron y cayó hincado sobre el lodoso suelo mientras las gruesas gotas de lluvia le reventaban en la piel. Pudo llorar a sus anchas y logró hacer sus lágrimas invisibles, confundidas con la lluvia que le empapaba el rostro. Vio el cielo cerrado de nubes grises y relámpagos que lo rodearon en un círculo tormentoso, amargo, aterrador. Gritó de dolor, gritó como nunca en su vida había podido gritar. A lo lejos sus amigos se acercaban corriendo, mojándose en la lluvia, encabezados por Amelia; se detuvieron unos metros antes de llegar a él y lo vieron gritando adolorido en el suelo. Era un diamante que no brillaba, se opacaba, volvía a su estado primario mineral, en bruto. Los otros se espantaban de dicha metamorfosis y supieron en ese momento que tiempos complicados habían llegado a sus vidas. Ni siquiera cuando sus padres habían muerto, quienes lo conocían de hacía mucho tiempo, habían percibido tanto dolor. Una coma puede arrebatarte una eternidad o más, y era justo ese pensamiento el que le hablaba a Tony en su cabeza, diciéndole que Mateo podría no volver nunca de aquel limbo en el que ahora se encontraba y que todos sus planes podrían derrumbarse para siempre. El escenario los envolvió

sin que dijeran absolutamente nada; todos se echaron al suelo para poder abrazar a Tony hasta que la lluvia se calmara y ellos con ella.

Al anoecer Tony ya ocupaba una habitación del hospital, sedado y dormido debido a la angustia excesiva que le provocó la noticia. Todos sus amigos seguían en la sala de espera, casi secos, esperando un resfriado por haberse dejado la ropa empapada.

El comandante De la Vega había tenido una llamada telefónica con Amelia y esta le había comunicado la noticia del estado de salud de Mateo; el hombre comprendió la situación y le explicó resumidamente algunos detalles sobre lo que había acontecido en la delegación y lo importante que sería que, en cuanto todos pudieran, acudieran a rendir una declaración de manera individual. Amelia por su parte informó a todos sobre las malas nuevas y cada uno marcó a sus familias para poner al tanto de los crímenes de la profesora Lorena Torres.

—Iré a casa un momento —informó Carla—. Mamá me espera en el estacionamiento; sólo tomaré un baño, me cambiaré de ropa y volveré en cuanto pueda. Ustedes deberían de hacer lo mismo, turnarnos quizá, para no dejar solo a Tony. —La chica salió del lugar y en ese momento el padre de Alejo, Emiliano Praga, entraba desesperado a la sala.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó—. En el corporativo todo es un caos. No había podido venir porque Mateo dejó pendientes para hoy de una importancia crucial en su ausencia, y poco después de que dejó la oficina me enteró del terrible suceso en el estacionamiento. Cuando bajé Mateo ya no estaba. Por más que quise venir yo...

—¡Papá! —lo interrumpió Alejo—. ¡Tranquilízate! Ven, vamos por un café y te explico todo.

—Ok —asintió y respiró profundo—. ¿Estas mojado? —preguntó

mientras se alejaba hacia la cafetería con su hijo.

Carla abrió la puerta de una camioneta negra aparcada en el estacionamiento frente al hospital, se sentó en el lugar del copiloto con la mirada perdida hacia la calle frente a ella a través del parabrisas, cerró la puerta y guardó silencio. Una mujer muy guapa, delgada y de ojos verdes, con las manos en el volante y observando la calle, al igual que su hija, habló:

—¿Cómo está tu hermano? —preguntó obligadamente, como si no quisiera escuchar la respuesta.

—Está en coma —respondió la chica mientras el llanto se le desataba desde el corazón. Contagió a su madre y ambas se abrazaron para consolar una pena amarga que solamente entre ellas podían compartir por ahora.

Tony abrió los ojos azules y se deslumbró por la luz de la lámpara que pendía del techo de la habitación en donde descansaba. Se sentía adolorido del cuerpo y con náuseas, probablemente por los medicamentos que le dieron por medio de una inyección cuando dos enfermeros lo recibieron en la entrada del hospital, empapado y temblando, casi convulsionando.

—Estás bien —dijo quedamente la voz de Amelia desde un pequeño e incómodo sillón en la esquina de la habitación. Llevaba ropa seca que su madre le había llevado al hospital.

—No, estoy muerto, pero sigo vivo —refutó Tony con una frialdad irreconocible, vacía y seca que casi hizo aparecer escarcha de nieve en la habitación. El chico se levantó de la cama y le preguntó a Amelia sobre su ropa, porque necesitaba quitarse la bata de hospital y vestirse para ir a ver a Mateo.

—No podrás, Tony —explicó ella apesadumbrada—. Nadie puede verlo aún.

Tony la miró a los ojos justo cuando la chica se levantó y se paró frente

a él, lo tomó de las muñecas y le dio un beso en la mejilla.

—Todo estará bien. Él despertará muy pronto. —Tony la observó y desvió la mirada hacia el piso blanco y frío en donde tenía plantados los descalzos y pálidos pies.

—Debo ir a casa, entonces —informó él—. Necesito un baño y ropa limpia. —Y tras decir esto abandonó la habitación dejando sola a Amelia.

Cuando Tony llegó a la mansión Ámaro se dirigió rápidamente a su habitación y ordenó a la señora Edi que cerrara con llave la habitación de Mateo; nadie entraría ahí, solamente él. Tomó un baño y se vistió sin poner atención al atuendo que elegía. Todo le parecía tan gris, tan insípido, tan silencioso; todo estaba mal. Podía escuchar los trozos de su corazón crujir cada vez que se quedaba en silencio, pensando, ensimismado. Bajó al sótano y descolgó el cuadro que escondía la pequeña caja fuerte que guardaba aquel regalo tan especial que su madre le había hecho. Sacó la joya incrustada en el anillo y se lo puso en el dedo anular de la mano izquierda, poco a poco la piedra incolora se tornó de color negro. Tony sintió cómo su tristeza fluía hacia la piedra y la pintaba de un color que no tenía alegría, que no tenía nada. Se tiró al suelo de madera y lloró amargamente en soledad imaginando que al cerrar los ojos su madre le abrazaba para consolarlo, haciéndole sentir acompañado en su dolor, en su agonía.

—¡Cuánta falta me haces, mamá! —dijo en voz alta y con furia. Al abrir los ojos golpeó el suelo con el puño cerrado abriéndose la piel. La madera no se rompió pero hizo un sonido sordo. Tony se asombró y golpeó nuevamente la tabla larga que formaba parte del piso; el sonido sordo apareció de nuevo, entonces golpeó otra tabla y el sonido fue seco. Sin dudar más fue por un martillo al cuarto de servicio en el patio trasero y volvió al sótano para quitar la tabla de su lugar rompiéndola a golpes.

En efecto, Tony descubrió un escondite secreto debajo de esa tabla en

donde se encontraban varios sobres de papel, húmedos y sellados. Se trataba de un conjunto de más de veinte cartas atadas con un listón de color negro. Tomó la primera del conjunto y rompió el sobre; no había remitente, solamente podía leerse una línea apenas visible a lápiz que decía: “Para Carolina”. Sacó la hoja amarilla por la humedad, la desdobló y comenzó a leer, con el entrecejo fruncido y limpiándose las lágrimas, una caligrafía bastante estética.

Querida Carolina, he decidido decir toda la verdad a pesar de lo mucho que te puedas oponer. No puedo continuar sosteniendo una mentira. Te amo demasiado, he llegado a amarte incluso más que a ella. Yo sé que no eres feliz con tu esposo y no desistiré en mi propuesta sobre irnos de Santa Villa, con tus hijos, y comenzar en otro lugar alejado de todo esto que nos hace daño. Quiero darte el lugar que te mereces, deberías considerar hablar con Antonio también, quiero dejar de ser el amante y convertirme en la pareja, y también quiero lo mismo para ti, por ello comenzaré a buscar la manera de decirle las cosas a mi esposa y separarnos. Te amo con todo mi corazón.

Siempre tuyo: “C”

Tony abrió los ojos tanto como le fue posible y se llevó la mano izquierda hacia el pecho, con la piedra negra en su dedo reluciendo tenuemente a la luz de la lámpara que alumbraba el sótano. Tuvo una sensación de vacío y después un frío desconocido lo abrazó con fuerza y se metió como el aire a sus pulmones; se mezcló con su sangre y con sus células. Tenía en sus manos evidencia de que su madre había tenido un amorío con otro hombre; se preguntó por qué, repetidamente; en qué momento su madre decidió engañar a su padre. No lamentaba el dolor que le pudiera causar eso a su padre, de hecho una parte de él entendía que su madre no pudiera soportar tener a un esposo tan enfermo con lo había sido Antonio Ámaro; pensaba que quizás, aunque su madre no estuviera enterada de las atrocidades que cometía con

Mateo, ella podría percibir algo malo en su esposo, algo enfermo que la orilló a buscar consuelo en alguien más. De pronto, con el rostro anonadado aún por el repentino descubrimiento, Tony sintió ganas de averiguar más sobre esa parte oculta en la vida de su madre; la tristeza no lo abandonó, al contrario, se reforzó cuando se percató de que su amado Mateo no estaba con él para ayudarle a enfrentar aquella verdad.

—Pues todo me suena terrible y tengo mucho miedo por ti, hijo, por ustedes —expresó Emiliano a su hijo mientras tomaban una taza de café en la pequeña cafetería del hospital. Alejo le había explicado todo con los detalles que él tenía en su poder.

—Pues la profesora Lorena y su esposo ya están detenidos, papá, no debes preocuparte más —consoló el chico—. Amelia nos ha dicho que necesitamos ir a declarar.

—Pues te propongo que mañana mismo vayas —opinó Emiliano—. Este asunto de Mateo me tiene sumamente preocupado, por Tony y, por supuesto, por la empresa.

—Estoy seguro de que tú puedes hacerte cargo. Además, quizá sea momento de que Tony comience a tener un papel un poco más activo dentro de esa empresa. No tiene mucha idea de cómo se maneja todo ahí porque Mateo siempre se ha hecho cargo.

—No sé si Tony esté lo suficientemente estable emocional y psicológicamente para tomar decisiones —dudó.

—Bueno, con tu ayuda y la del resto de los ejecutivos Tony puede sostener perfectamente a Lazo-Ámaro; sabes que es muy inteligente. —Alejo intentaba hacer ver a su papá que no sucedería nada grave con la ausencia de Mateo si Tony tomaba un papel más objetivo y concreto en el corporativo.

—No lo sé —volvió a dudar—. Quizá lo mejor sea que yo me haga

cargo de todo por ahora.

Alejo entronó las cejas y ladeó la cabeza; conocía a su padre muy bien, era un buen hombre y muy dedicado a su trabajo, pero le había parecido que un destello de ambición se asomaba en sus pupilas desde una zona muy profunda de su alma, casi invisible, pero que para Alejo no podía pasar desapercibido. Cuando estuvo a punto de volver a insistir con el tema de Tony y la empresa para borrar cualquier rastro de avaricia que pudiera intentar poseer a su padre, Amelia apareció.

—Hola, hija —saludó Emiliano a la chica.

—Hola, perdón por interrumpir. Acaba de llegar el comandante De la Vega y ha pedido hablar con usted, señor Praga. Mis padres acaban de llegar también y están con el comandante en la sala de espera —informó ella.

—Por supuesto —respondió—. No es ninguna interrupción. —Tras haber dicho esto se levantó de la silla y se perdió en el pasillo. Amelia dio media vuelta e hizo un intento por seguir a Emiliano pero Alejo la tomó de la muñeca.

—Siéntate un momento —le pidió—. Por favor —insistió al ver que la chica no se inmutaba.

—¿Qué pasa? —preguntó al sentarse al fin.

—Quería decirte que siento mucho mi comportamiento estos días. Yo te quiero, Amelia, quiero algo bien contigo. Es sólo que no soporto al imbécil de tu ex.

—Alejo, no es mi culpa, lo sabes —respondió con pesar—. Yo no puedo controlar lo que Marco haga o deje de hacer, quisiera que pudieras entender eso.

—Perdóname —expresó con toda la sinceridad que se pudo permitir—. Todo lo ocurrido me ha hecho pensar que te necesito conmigo, no quiero estar así, distanciado. —Amelia colocó sus manos sobre las de él, puestas encima

de la mesa blanca en la que se encontraban sentados.

—Yo también te quiero. —Al sonreírle, Alejo supo que tenía otra oportunidad y que debía enfrentar cualquier cosa que amenazara su relación con Amelia.

—Seamos novios formales entonces —propuso al fin.

—Está bien —aceptó ella con una sonrisa aún más grande, se levantó un poco, se inclinó hacia delante y le dio un beso en los labios a su novio. Sintió un poco de alivio en su interior; algo de luz dentro de tanta oscuridad.

Tony había llegado al hospital y se había detenido a platicar un momento con el comandante, Emiliano y los padres de Amelia. Después saludó a sus amigos y una enfermera le informó que podía pasar a ver a su hermano.

Mateo estaba postrado en una cama de hospital, rodeado de aparatos que Tony no entendía, con ese sonidito puntual y agudo que mide la frecuencia cardíaca. El mayor de los hermanos Ámaro se veía demacrado, cadavérico inclusive, rapado, con una sutura de doce centímetros en el cráneo con un drene manchado de sangre y un turbante de vendas que absorbían cualquier fluido que intentase escurrir. Cuando Tony lo vio, lleno de cables y tubos, sintió mil punzadas en el pecho. Lloró de inmediato y se acercó a él con los ojos tan brillantes como dos zafiros. Lo tomó de la mano y sintió el frío de su blanca piel. Apretó los ojos para dejar escurrir más lágrimas y poder despejar la vista.

—No me dejes —murmuró—. No me dejes —repitió destruido y doblado por un dolor que se movía lentamente en sus venas. Recordó la respuesta que daba siempre a Mateo ante la pregunta “¿me amas?”—. *El número de veces que has respirado* —recordó su propia voz en su cabeza—. No dejes de respirar —dijo en voz alta, se inclinó un poco y colocó su cabeza en el pecho de Mateo. Pudo escuchar su corazón latir, débilmente, y derramó

tantas lágrimas que por un momento pudo escuchar como los latidos incrementaban de intensidad. Comprobó que lo escuchaba, que lo amaba desde su sueño límbico y que seguramente luchaba por regresar a él. Tony escuchó cómo dos personas discutían en el pasillo fuera de la habitación de Mateo.

—¡Déjame pasar! —gritaba Amelia a una enfermera que le impedía el acceso a la habitación—. ¡Tony! —gritó, y provocó que su amigo saliera limpiándose las lágrimas con el entrecejo fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañado.

—La señorita quiere pasar pero no es posible que dos personas estén en la habitación, señor Ámaro —comunicó la enfermera bastante indignada.

Haciendo caso omiso de lo que la enfermera había dicho, Amelia le dio una explicación rápida a Tony.

—Hay reporteros afuera, Tony, no salgas.

Tony no dejó de entronar las cejas y comenzó a caminar por el pasillo que conducía a la sala de espera. Escuchaba voces hablando, algunas gritando. Un flash le cegó la vista de inmediato y le siguieron cientos más, golpeándole los ojos rojos de llanto una y otra vez. Sus amigos retrocedían lentamente de espaldas hacia el pasillo por donde Tony había salido, intentando huir de la avalancha de preguntas. Las enfermeras y el personal de seguridad intentaban desalojar la sala diciendo una y otra vez: “¡no pueden estar aquí!”. Amelia alcanzó a Tony y lo tomó del brazo para llevarlo de nuevo al pasillo. Sin que pudiera entender nada, todos sus amigos se colocaron detrás de él con expresión de susto.

—Señor Ámaro —gritó una reportera con desesperación entre la multitud de reporteros y camarógrafos—. ¿Es real la noticia sobre el incesto que usted vive con su hermano Mateo?

Tony no supo cómo reaccionar y su expresión fue de confusión e impacto. Los flashes de las cámaras lo idiotizaron aún más.

—Tony —gritó otro reportero—. ¿Fuiste tú quien envió la noticia a todas las editoriales y noticieros del país? ¿No es suficiente la fama que tú y tu círculo tienen ya?

—¡Tony, vámonos! —gritaban sus amigos detrás de él, apresurándolo para abandonar el aterrador escenario.

—¿Habrá boda? —preguntó otro reportero.

Tony pudo sentir cómo un pedazo de su alma lo abandonaba en ese momento y era consumido por los miles de flashazos y gritos; pudo sentir cómo su vida comenzaba a destruirse. Había deseado tanto decir la verdad sobre Mateo y él, pero no de ese modo y no en ese momento, justo cuando su amado se encontraba ausente para poder sostenerlo y ayudarlo a enfrentar al mundo. Cerró entonces los ojos con lentitud, inhaló profundo, exhaló despacio, abrió los ojos y dio un paso adelante. Llevaba aún en el dedo la lágrima de Klié; y fue en ese momento cuando pasó de negro a un color púrpura intenso.



El sonido del violín inundaba cada rincón del lujoso salón, era como si cada muro, elegantemente adornado, hubiese sido creado para recibir aquella música de una manera perfecta y distribuirla en todas direcciones con una armonía casi mágica. La noche era fría en la ciudad y la chimenea ardía cálidamente; la pequeña mesa redonda con seis sillas dispuestas tenía sobre sí una copa de vino tinto que reflejaba hermosamente el fuego de la chimenea que se retorció en frente. El sonido de unos tacones se mezcló con la suave música y el tronido de la madera quemándose. La mujer avanzó unos pasos hacia la mesa, como si saliera de una oscuridad que la luz de las flamas no lograba tocar, al fondo del salón; tenía una fachada demasiado elegante y algo medieval. Candelabros antiguos colgaban del techo y las paredes; había cuadros renacentistas también pendiendo de las paredes con marcos dorados adornándolos. Las cortinas blancas de seda serpenteaban desde el techo hasta el suelo de piedra fría a causa del leve viento que se colaba por el balcón a través del ventanal.

—Señora —dijo la voz de un sirviente de traje negro que acababa de entrar al salón a paso firme y con una seriedad casi tangible—, han llegado demasiadas noticias sobre los Ámaro, en México. Parece que las cosas no andan nada bien.

La figura de la esbelta mujer no se movió ni un centímetro y continuó dándole la espalda al sirviente mientras veía las flamas retorcerse, con una mano sobre la copa de vino. Era tan esbelta y alta que el vestido que llevaba puesto había ocupado muy poca tela; era un vestido pegado de tela dorada con bordados metálicos que cubrían toda la superficie, desde el escote hasta la larga cola que se arrastraba por el suelo en una extensión de un metro aproximadamente. Tenía la espalda morena descubierta, luciendo su perfecta

piel, el cabello recogido perfectamente y llevaba un par de aretes bastante brillantes al igual que la ostentosa gargantilla que colgaba de su delgado cuello.

—Reúne al consejo —indicó su dulce voz—. Hablaremos del asunto pronto —dijo sin despegar la mirada del fuego, acto seguido levantó la copa y dio un trago.

—Sí, señora —asintió el hombre sin chistar y salió rápidamente del salón.